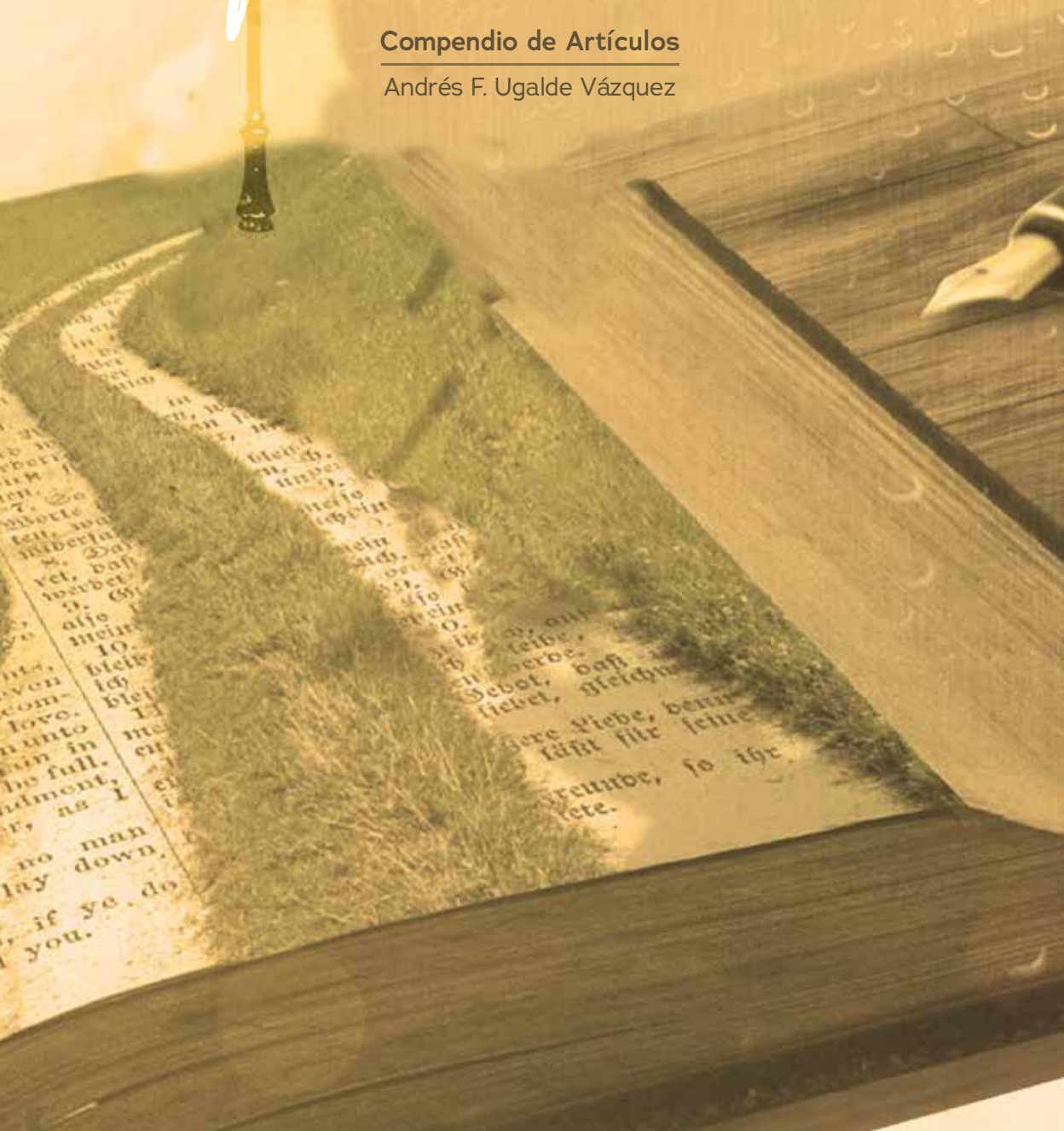


Lo que queda por decir...

Compendio de Artículos

Andrés F. Ugalde Vázquez



Lo que queda por decir...

COMPENDIO DE ARTÍCULOS

Andrés F. Ugalde Vázquez



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa 
Editora

Francisco Salgado Arteaga
RECTOR

Genoveva Malo Toral
VICERRECTORA ACADÉMICA

Raffaella Ansaloni
VICERRECTORA DE INVESTIGACIONES

Toa Tripaldi Proaño
DIRECTORA DE LA CASA EDITORA

Andrés F. Ugalde Vázquez
Autor

Sebastián Carrasco
Corrector de Estilo

Andersson Sanmartín
Diseño y Diagramación

Xavier Abad Ordóñez
Ilustración de Portada

Impreso en:
el Print Lab / Universidad del Azuay
Cuenca - Ecuador 2022

ISBN: 978 - 9942 - 847 - 28 - 7
e-ISBN: 978 - 9942 - 847 - 29 - 4

Agradecimiento

Todas las fechorías que vienen a continuación me pertenecen, y lo asumo. Pero no toda la culpa es mía, hay otros involucrados, claro que los hay...

Y tendría que empezar mencionando a Toa y todo el equipo editorial de la Universidad del Azuay, a quienes agradezco el nivel profesional y la paciencia. Al querido Paco Salgado, rector y amigo incondicional que, una vez más, emplazó la apuesta a mi favor. Al doctor Mario Jaramillo, por la paciencia de leer el primer borrador y extraer las palabras desde la que me honra en el prólogo. A Víctor Aguilar, quien cometió el despropósito de cederme su columna editorial, tantos años hace, para iniciar la aventura. A Jacky Verdugo, por concebir primero que nadie la idea de esta obra y haber tomado este proyecto como si fuera propio. A Nicanor Merchán, por poner alas donde antes hubo grilletes. Y a los amigos que tuvieron la gentileza de ponerme en la lista negra, yo no sé quiénes son... ellos sí.

Y por supuesto, de todo esto hay que echarles la culpa a los viejos. Al papá, por enseñarme que escribir es también un acto de lealtad con los viejos ideales; a la mamá por poblar mi infancia con la magia de los libros. Y al Bichito, desde luego, por estar, por ser, por existir...

Dedicataria

Este libro te lo dedico a ti, mi pequeña Sofía, por ser el motivo de todos mis motivos; por ser la razón de todas mis razones...

ANDRÉS F. UGALDE VÁZQUEZ
@andresugaldev

Prólogo:

tres perspectivas

Desde Orwell, que sostenía que periodismo es publicar algo que alguien no quiere que publiquen, hasta quienes hacen del periodismo un trampolín para satisfacer sus propios intereses, hay una gama inmensa de posibilidades en el ejercicio de escribir.

Pero, hay tres puntos que quisiera destacar en el ejercicio del periodismo, especialmente del periodismo de opinión que es el que hace Andrés Ugalde desde hace varios años.

El primero es que no existe en realidad una línea divisoria entre periodismo y literatura. Hay quienes sostienen que el primero trata sobre temas de la realidad, mientras la literatura se nutre de lo imaginario. Hace tiempos que esa división quedó abolida, cuando se demostró - en la medida en que pueden demostrarse estos asuntos- que el buen periodismo no es una fotografía en blanco y negro de la realidad sino una panorámica a colores de los matices y las distintas perspectivas que tiene el mundo sensible, especialmente el de la esfera de lo social. Algunos de los grandes escritores de las últimas décadas comenzaron haciendo periodismo y, según algunos de ellos -como García Márquez y Vargas Llosa- nunca dejaron de lado ese oficio de reflexionar, criticar y, en suma, pensar sobre la realidad del día a día. En países como los latinoamericanos, en donde la realidad deja pequeño al realismo mágico, los límites entre periodismo y literatura son tenuous o inexistentes. Y, hacer periodismo es, en el fondo, hacer buena literatura. Tan buena que los lectores esperan los artículos del periodista al que siguen y en el que confían con el mismo interés con el que esperan la próxima obra de sus autores preferidos. Pero el hacer buen periodismo tiene-además- la exigencia del espacio. Mientras en una obra literaria no hay límites para la extensión, en el periodismo hay fronteras en términos de espacio, que no deben ser rebasadas, so pena de que el artículo no

se publique o sea tijeateado por el editor. Hacer buen periodismo es no solamente el arte de bien escribir sino también el arte de saber resumir. Como decía alguien: si una idea no puede ser resumida en diez palabras, no es una buena idea. Por ello, en el gremio suele decirse que la forma más refinada de periodismo para los tiempos actuales- tiempos de prisa y de apuros- es la caricatura y las mejores caricaturas son las que mayor economía de líneas tienen y menos palabras requieren para expresarse. Hay quienes para expresar una idea central requieren de varias páginas. Un artículo de periódico tiene, en cambio, que elaborarse usando no más de mil caracteres. Andrés Ugalde- ustedes pueden ver en esta selección de artículos- asume esas responsabilidades y esas virtudes del buen periodismo.

Un segundo punto importante es que hacer periodismo es una forma de hacer política. Son fariseos quienes sostienen que el periodista debe ser independiente y no debe estar contaminado por la política. Algunos de los grandes combates políticos se han dado en el campo de batalla del periodismo. Batallas tan grandes y en principio casi imposibles de ganar como la de Watergate, que llevó a sacar a un mandatario de la presidencia del país más poderoso y quizá más estable del mundo a través de reportajes que mostraron la podredumbre de la politiquería. El periodismo no puede ser trinchera de política partidista, pero sí es y debe ser de política en el sentido de ideología y búsqueda del bien común. Andrés Ugalde hace política a través de sus escritos y lo hace porque, además, en su vida diaria hace política militante desde hace varios años. Porque lleva en la sangre la pasión de la política, entendida como el servicio a la sociedad y la búsqueda de mejores días para la ciudad a la que sirve y al país al que se debe.

Y, un tercer punto. Hacer buen periodismo de opinión es para Andrés Ugalde como para muchos una prolongación de la gran misión de formar. Una extensión, en suma - o una variante si se quiere- de educar. Con la diferencia de que mientras la cátedra tiene limitaciones

dadas por el número de estudiantes o las limitaciones de los programas, el periodismo es una cátedra abierta que llega a todos quienes quieren nutrirse de ella. Además, mientras la cátedra se centra en una o en pocas disciplinas en las cuales el profesor se especializa, en el periodismo el campo de acción es más amplio, aun cuando no menos exigente en formación y dominio de la materia sobre la que se escribe. El periodismo de opinión propone, argumenta, trata de convencer con razones. De mostrar un camino o más bien dicho de ayudar a buscar el camino.

LO QUE QUEDA POR DECIR... compendio de artículos de Andrés Ugalde Vásquez, se presenta dividido en cinco partes de acuerdo al autor y a la temática de los escritos. Política, Cultura y cotidianidad, Episodios históricos, Biografías y un apartado más específico sobre Cuenca, conforman esta selección que en realidad es un testimonio escrito de lo que piensa, en lo que cree y de los combates intelectuales del autor.

Una buena forma de aproximarse a esta selección de artículos de Andrés Ugalde Vásquez es hacerlo desde la triple perspectiva de la literatura, la política y la cátedra. Tres actividades profundamente humanas y solidarias, pues se las practica pensando más en los demás que en uno mismo.

Dr. Mario Jaramillo Paredes.

No escribo porque sea útil. No lo hago
tampoco porque sea rentable. Y no lo
hago, ciertamente, para los demás.
Escribo porque soy parte de lo humano,
porque he sido construido con palabras,
porque comprendo la vida a través de ellas.
Escribo porque la palabra es poema y es
injuria, es oración y es blasfemia,
es látigo y caricia...

Bajo la Cruz del Sur. Tomado del autor

Índice

9 | PRÓLOGO: TRES PERSPECTIVAS

EL JUEGO DEL PODER (POLÍTICA)

| | |
|----|----------------------------|
| 21 | EL PROBLEMA ES DE CONCEPTO |
| 23 | ARTE LIBERAL |
| 25 | VANIDAD DE VANIDADES |
| 27 | EL CULTO |
| 29 | NUESTROS LÍDERES |
| 31 | DOCTRINA POLÍTICA |
| 33 | EL ROSTRO DE JANO |
| 35 | EL PODER DE LA PALABRA |
| 37 | EL LIBRO DE LA PALABRA |
| 43 | UNA CARTA A SANTA |
| 41 | LA OBRA POLÍTICA |
| 47 | PASAR LA PÁGINA |
| 53 | EL DERECHO A PROTESTAR |
| 55 | EL DERECHO AL INSULTO |
| 57 | HIPNOSIS |
| 59 | EDAD DEL BURRO |
| 61 | ES OTRO PAÍS |
| 63 | UN LLAMADO A LA ALTURA |
| 65 | TIERRA DE NADIE |

| | |
|-----|--------------------------------|
| 67 | DARLE PASO |
| 69 | LA BALANZA |
| 73 | MIL NAVIDADES |
| 75 | DE PERROS Y GATOS |
| 77 | TRISTE RECUERDO |
| 83 | EL DESAFÍO DE NUESTRO TIEMPO |
| 87 | APATÍA |
| 89 | EL PODER DE UNA VISIÓN |
| 91 | NUESTROS SÍMBOLOS |
| 95 | NATURALEZA O CONSUMO |
| 99 | ¿QUÉ HACER CON LA VERDAD? |
| 101 | ENTRE LA ESPADA Y LA PARED |
| 103 | DEL DICHO AL HECHO... |
| 105 | ECUADOR: ¿PROYECTO O AZAR? |
| 107 | TIRO DE GRACIA |
| 111 | LA CLASE MEDIA Y EL MIEDO |
| 113 | CADENAS QUE ROMPER |
| 115 | EL DERECHO A LA AUTONOMÍA |
| 117 | UNA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL |
| 119 | LA ESCUELA DE LA VIOLENCIA |
| 121 | LA ESCUELA DEL CRIMEN |
| 123 | PALOS DE CIEGO |
| 125 | CONOCERNOS Y CONOCER |
| 127 | EL BUEN COMBATE |
| 131 | NUESTRA ESTRATEGIA |
| 133 | JUGANDO AL BORDE DEL ABISMO |

A MANO ALZADA

(CULTURA Y COTIDIANIDAD)

| | |
|------------|---------------------------|
| 137 | UNA PÁGINA EN BLANCO |
| 139 | UN AÑO NUEVO |
| 141 | EL DÍA DEL AMOR |
| 143 | ELLAS |
| 145 | EL REGALO DE PAPÁ |
| 147 | UN MINUTO, AMOR |
| 149 | ECCE HOMO |
| 151 | NOCHE DE BRUJAS |
| 155 | FIESTA DEL SOL |
| 157 | BODAS DE ORO |
| 159 | CUMPLEAÑOS |
| 161 | A FIN DE CUENTAS |
| 163 | ¡HASTA AQUÍ! |
| 165 | LA COSA MÁS PRECIOSA |
| 167 | CONSCIENTE |
| 169 | EL PODER DE UN SUEÑO |
| 171 | LAS ANTIGUAS ESCUELAS |
| 173 | CALENDARIO |
| 175 | EL FIN DE LOS TIEMPOS |
| 177 | DESINTEGRACIÓN DEL LEGADO |
| 179 | COPIAMOS LO PEOR |
| 181 | EL CANTO DE LOS PUEBLOS |

| | |
|-----|------------------------------------|
| 183 | EL MAESTRO LUCHO |
| 185 | BIEN EN EL AZAR, MAL EN EL AMOR |
| 187 | EL DIABLO |
| 189 | ¿DÓNDE ESTÁS? |
| 191 | EN LA MEMORIA |
| 193 | ORGULLO ROJO |
| 197 | HAY QUE ESTAR |
| 199 | EL ESTADIO |

GRIETAS DEL TIEMPO (EPISODIOS HISTÓRICOS)

| | |
|-----|---------------------------------------|
| 205 | LA OTRA MEMORIA |
| 209 | LECCIONES DE LIBERTAD |
| 211 | LECCIONES DE LA INDEPENDENCIA |
| 215 | AYACUCHO |
| 219 | AZOGUES, DEUDA DE GRATITUD |
| 221 | CIVISMO ILUSTRADO |
| 223 | JUNIO |
| 227 | JOSÉ |
| 229 | NO SE APAGARÁ JAMÁS |
| 231 | LAS CRUCES SOBRE EL AGUA |
| 233 | VIERNES NEGRO |
| 239 | FILOMENO |
| 241 | SERVIR Y PROTEGER: UNA HERIDA ABIERTA |
| 245 | EL HORROR |

| | |
|-----|----------------------------|
| 247 | LECCIONES NO APRENDIDAS |
| 249 | UNA VIEJA REVOLUCIÓN |
| 251 | AL TRABAJADOR |
| 253 | CONTRA LA APATÍA |
| 255 | CANTO DEFINITIVO |
| 257 | LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS |
| 261 | ¿EL FIN DE LA PESADILLA? |
| 265 | UN BELLO IDEAL |

IN MEMORIAM (BIOGRAFÍAS)

| | |
|-----|---------------------------------------|
| 271 | AUGE Y CAÍDA |
| 273 | ¡HÁBLANOS, LA MAR! |
| 277 | CENTAURO |
| 279 | ¡HÁBLANOS, BOLÍVAR! |
| 281 | ARTIGAS DESDE LA PLATA |
| 283 | ESA MUJER |
| 285 | TRÁNSITO AMAGUAÑA |
| 289 | EN MEMORIA |
| 291 | ALMA GRANDE |
| 293 | FACUNDO |
| 295 | «TODO LO QUE NECESITAS ES AMOR» |
| 299 | ANIMADOR DE CINE, ANIMADOR DE LA VIDA |
| 301 | CIENCIA MÁGICA |
| 303 | COMPAÑERO |
| 305 | JUSTO HOMENAJE |

LA CUNA Y EL VOLCÁN

| | |
|-----|--|
| 309 | CUENCA PARA TI |
| 311 | CUENCA, EN TUS FIESTAS |
| 313 | DEFENDIENDO EL PRIVILEGIO |
| 315 | LA NOCHE DE JULIÁN MATADERO, EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS |
| 319 | AMBIENTE E IDENTIDAD |
| 323 | BAJO EL VOLCÁN |

El juego del poder

POLÍTICA

EL PROBLEMA ES DE CONCEPTO

Yo creo que el problema es más bien de concepto. La política en nuestro Ecuador, hace ya demasiado tiempo, ha sido comprendida desde la lógica de un simple espectáculo, de un juego, un espacio en el cual se aparece en público y se brilla insultando desaforadamente a un adversario. Ese espacio no es más que el resultado de una subcultura arraigada por generaciones que recuerda a nuestros mejores políticos por su habilidad para insultar o hacer arrogantes desplantes de autoridad.

En efecto, el más irreverente, el más violento, el más mordaz iese es el mejor!, y lo ha sido siempre, desde hace décadas. Y así, mientras poco a poco la política se ha ido convirtiendo en no mucho más que una pelea de taberna, yo me pregunto ¿podemos darnos el lujo de seguir pensando así? Ciertamente no. Ni un solo día más. Creo que hemos alcanzado un punto crítico en el que se vuelve perentorio comprender, digámoslo de una vez por todas, que no es mejor político quien vocifera más ni es mejor político quien sacrifica, por un minuto de cámara, familia, amigos y principios. La calidad de un político no se demuestra en su habilidad para poner sobrenombres, inventar ingeniosas ofensas o pronunciar iracundos discursos.

Y verdad es que, alguna vez, estos políticos pueden convertirse en personajes teatrales que resultan simpáticos de observar. Más allá del espectáculo, ciertamente no es a ellos a quienes quisiéramos ver tomando las decisiones y planificando nuestras políticas de desarrollo. No son ellos a quienes quisiéramos ver como los representantes de nuestro Ecuador ante el concierto del mundo civilizado. No son ellos a los que quisiéramos lucir como referente cuando nuestros hijos pregunten qué es la política. Ahora, cuando parece que habíamos tocado fondo, la disputa reinicia incluyéndolo todo. Ya nada importa: los hermanos se convierten en mortales enemigos, el discípulo insulta al maestro, los amigos entrañables se traicionan, e inclusive los hijos –aquello que se valora como sagrado– se utilizan sin pudor para ganar popularidad o evitar el castigo.



¿Qué tan lejos estamos dispuestos a llegar? ¿Acaso no vemos que con cada nueva aberración del poder le damos otro zarpazo a esta cultura política que ya está en girones? ¿Es que no comprendemos que con cada nueva vileza apagamos más el espíritu de Alfaro, Peralta, La Mar y de los grandes maestros del pasado, de aquellos idealistas incansables que regalaron generosos su propia vida para legarnos una república limpia y fundada sobre los más altos principios de la moral, libertad, igualdad, fraternidad? Nuestra república fue concebida para la grandeza y no para levantar las tarimas indignas desde las cuales los chacales juegan con la inocencia de su pueblo.

Por eso, mantengo que el problema es el concepto de la política que se ha perdido junto a la palabra de los grandes filósofos y los viejos combatientes. Ese concepto de política que se comprende desde aquel llamado de servicio asumido con toda el alma y en su máximo exponente. La política entendida como el espacio de honestidad inexpugnable y de serena reflexión en la que nacen las ideas que transforman los pueblos. La política como el lugar privilegiado a la espera de aquel que, indignado, lo sacrifica todo menos su honor al servicio de esa patria grande que, algún día, habrá de convertirse en el refugio del justo, en el libro del sabio y en la espada del valiente.

ARTE LIBERAL

Nuestra política vive una nueva etapa. Y, aunque quede aún mucho por hacer y nuevos temas se impongan en la agenda pública (la participación de la mujer, la restitución del legado indígena o el debate sobre la naturaleza), la política contemporánea camina por otros senderos y va dejando atrás aquellos viejos hábitos que de seguro nadie extrañará. Y esto, en lo que creo profundamente, tiene una excepción, un paréntesis, un aspecto de la política del pasado que ciertamente extrañaremos: la oratoria que hoy tanta falta hace en nuestros foros

Hemos dejado de cultivar esa rara habilidad reservada a los maestros, aquel arte liberal y expresión pura de la inteligencia humana por la cual los viejos líderes electrizaban a sus audiencias hasta ponerlos al borde de las lágrimas, aquella vieja destreza inculcada por los viejos sabios, por la cual un líder era capaz de lanzar aquellas frases que terminaban por cambiar el mundo. Desde la antiquísima escuela de Sócrates en los jardines de Atenas, el Cicerón frente al parlamento de la Roma Antigua, hasta las voces de la independencia entre las cuales, y desde Angostura, Bolívar aún sueña en esa patria «sentada sobre el trono de la libertad y empuñando el centro de la justicia». Desde los foros que han construido nuestra historia nos hablan, a través de los siglos, los grandes oradores del pasado.

Será difícil olvidar la rabiosa voz de Hitler incendiando Europa, al general De Gaulle llamando a la resistencia, o las taladrantes palabras de Churchill, el viejo león inglés, disponiendo al mundo para la batalla. Estas frases fueron pronunciadas con tal convicción que difícilmente se borrarán de las páginas de historia. ¿Cómo olvidar el «no os preguntéis qué puede hacer vuestro país por vosotros, sino qué podéis hacer vosotros por él» con el que Kennedy asumía su histórico mandato? ¿Cómo no evocar al eterno Fidel Castro cuando le decía a la asamblea de la ONU que el «adiós a las armas constituye la responsabilidad y el deber más sagrado de todos los estadistas del mundo»? ¿Cómo olvidar aquel agosto del 63 cuando el sencillo «Yo tengo un sueño» de Luther King movilizó la manifestación



por los derechos civiles más grande de la historia? ¿Cómo no recordar al colosal Salvador Allende quien, en su último aliento, nos aleccionaba que «la historia es nuestra y la hacen los pueblos»?

Nuestra patria también ha visto surgir de su simiente voces que han sabido llenar con sus ecos los foros de la historia. Allí se perfilan las figuras de aquel histórico parlamento de Arosemena, Borja y don Buca. Allí se levanta la figura de Velasco Ibarra, el genial tirano de la memorable frase «Dadme un balcón en cada pueblo y seré presidente», o aquel inmenso Roldós, uno de los últimos titanes, cuyo vibrante «El Ecuador es y será un país amazónico. ¡Viva la Patria! » aún resuena en los graderíos del viejo Olímpico Atahualpa, como las últimas palabras con las que se despidió de su pueblo antes de ser cazado por la muerte y la conspiración. Voz, mirada, ideas, información precisa y vasta cultura general son los recursos que sirven para elevar la razón por la oratoria. Ahora son recuerdos tan lejanos a la insultante mediocridad con la que los políticos se dirigen a su pueblo mientras se alejan, cada día más, de aquellas piezas de oratoria que han tenido y tienen el poder de iluminar el espíritu de generaciones enteras.



VANIDAD DE VANIDADES

Recientemente, escuchaba a un par de amigos charlar sobre ciertos devenires del mundo de la política y me sorprendí a mí mismo reflexionando sobre algunas posturas que los términos de la moda política van imponiendo entre las más variadas agresiones a la lengua y la filosofía. *Correísmo* hoy, más atrás, *roldosismo*, *velasquismo*, *ca-maañismo* o *alfarismo*. Ampliando el espectro: *chavismo*, *castrismo*, *peronismo* o *leninismo*, entre un largo etcétera que los lectores, estoy seguro, conocen mejor que yo. Entonces uno se interroga: ¿es la fugaz vida de un ser humano, sujeto a errores y contradicciones, elemento suficiente para construir sobre ella un ideario filosófico y político?

Cuando definimos nuestro modo de pensar con base en la vida y obra de un semejante, ¿no es esto un reflejo de ese pasado de intolerancia y fanatismo que, precisamente, intentamos superar? ¿No es esto perder nuestra individualidad volviendo a la idolatría? Tal vez el más manifiesto reflejo de nuestra inmadurez política como sociedad se vea reflejado, justamente, en la incapacidad de llevar a cabo una tarea que es, en nuestros días, un verdadero desafío: el autodefinirse políticamente. Y cuando aludo a sociedad no me refiero a un conglomerado, sino a cada individuo que la compone para que, una vez superado el pasado atávico de nuestra naturaleza gregaria, asuma la tarea de reflexionar, formarse y comunicarse de individuo a individuo mediante la razón libre, única herramienta de progreso social.

Solo entonces se podrían rescatar del abismo de la ignorancia aquellos luminosos términos como *democracia* o *república*, aquellas gloriosas dualidades como *socialismo* versus *individualismo* o *liberalismo* versus *conservadurismo*; viejas e interminables luchas que, evitando caer en malsanos extremos, han construido las columnas sobre las que descansa nuestra sociedad. Así, entre el blanco y el negro, cada ciudadano encontrará su forma propia de pensar y concebir la realidad, en la que cada posición política será igual de tolerable siempre y cuando nazca de un análisis de las propias convicciones y la búsqueda del bienestar general.



Me pregunto si, a lo largo de la historia del ser humano, en verdad, habrá alguna idea que no merezca ser pensada nuevamente. No, por supuesto, y esta es la razón por la que no existe planteamiento político exento de ser perfectible. Son nuestras mismas convicciones las que deben ser, lejos de una doctrina incuestionable, constantemente desafiadas, pues la muerte de una ideología radica precisamente en su incapacidad de renovarse. Ley, esta sí, absoluta: *aquello que deja de evolucionar desaparece*. Creo firmemente que nuestro destino es ser, a lo más, una página del libro de la historia y que los grandes personajes son admirables, justamente, por ser librepensadores, ajenos a las doctrinas. ¿Es un ser humano, más allá de su talla histórica, capaz de volverse por sí mismo el catalizador de una tendencia de pensamiento? *Vanitas vanitatum* escribió el predicador del Eclesiastés. Vanidad de vanidades. Todo es vanidad...



EL CULTO

¡Caramba, hasta esto hemos llegado! Francamente había venido evitando escribir sobre este asunto por prescindir de innecesarias discusiones. Sin embargo, cuando la conciencia aprieta, la pluma debe responder. Y es que el sagrado deber de honrar los símbolos patrios y el saludable respeto inherente a las magistraturas del Estado, sea quien sea el ciudadano que transitoriamente las ostente, se ha ido transformando, gradual y progresivamente, en una suerte de culto a la personalidad que ya no encuentra asidero en los espíritus libres y este culto, a su vez, ha ido dando paso a una solemnidad ceremoniosa y protocolar a la que todos debemos asistir con gesto adusto. La voz baja. La mirada baja. Nada de bromas en presencia del líder supremo. Nada de murmuraciones que pudieran dañar el dogma de la sagrada revolución. Jamás una crítica al líder y mentor. Respeto. Y silencio sobre todo. Mucho silencio.

¿Acaso todo esto no les recuerda algo? Sí. Nos recuerda precisamente a los sombríos templos del oscurantismo y a los viejos foros del Reich. Nos sabe un poco a cuarteles, sacristías, rejas y capuchas. Evoca, duélele a quien le duela, las tiranías absolutistas que han opacado nuestra historia. Trae a la memoria el miedo, la vanidad y el odio de los viejos dictadores, y la sombra del miedo por decreto, aquella que los viejos luchadores continúan recordando. ¿Es que estamos ya en ese lugar? No lo estamos, de ser así, yo no podría escribir estas líneas. Sin embargo, estamos asistiendo a la siembra de un germen nocivo y ciertamente triste será el día de la cosecha. Lo sé porque la historia nos muestra que el camino empieza de ese modo: instaurando el culto, perdiendo la capacidad de reírnos de nosotros mismos y de tomar con humor nuestros complejos y simplezas. ¿Es que no lo vemos? ¿Es que no resulta preocupante que ya no podamos siquiera tolerar la sátira y la ironía? Alfonso Ussía solía predicar que «donde no hay sentido del humor hay dogma». Y sabemos que donde hay dogma hay doctrina, y donde hay doctrina hay sumos sacerdotes y fanáticos, también tiranos y déspotas.



Es por eso, justamente, que los que escribimos debemos hacerlo con pluma categórica y frontal, con pulso firme, con coraje algunas veces, y otras tantas con humor e ironía, con frases certeras y argumentos sólidos que aborden todo sin complejos de culpa ni temor al poder, sin preocupaciones por perder el puesto o convertirse en blanco del insulto y odio del caudillo. Con sabiduría y amor, con pasión, con profundo humanismo, ¡y con humor también!, un humor provocador, irreverente y desafiante que llame a la reflexión sobre la necesidad de seguir creyendo sin pruebas en la justicia y en la pluma de los hombres libres. Hay que escribir lejos del discurso oficial que ha cauterizado la opinión pública y lejos del fanatismo irascible que confunde la crítica franca con la traición.

Hombres de letras, ¡que nunca se diga que callamos ante el partido único! ¡Que nadie nos acuse, jamás, de desviar la mirada a la hora de la corrupción! Que la pluma, que algún día y con los años se detendrá, escriba sin arrepentimientos, que continúe invocando a la justicia esquivada, hostigando a los chacales del populismo y a las grandes fortunas que se gestaron desde el bolsillo del pueblo, retando la falacia de la «injuria» que el poder inventa para perseguir a gusto a los que le cantan las verdades y le desenmascaran las vilezas. Denunciando. Desmintiendo. Combatiendo. Escribiendo frases afiladas como estiletes que se sientan como latigazos en la espalda de los esbirros, de los que caminan con la cabeza baja, de los que olvidaron que ellos también formaron un día en la línea de los combatientes de la izquierda. ¿Y si a alguno no le gustó? Pues bien, ¡que así sea! Nietzsche solía aseverar que «la fortaleza del espíritu se mide por la cantidad de verdad que está en capacidad de soportar». Yo estoy listo para lo que venga. ¿Ellos? Veamos cuánto aguantan.



NUESTROS LÍDERES

Término ambiguo y complejo es este que llamamos *liderazgo*, esquiva cualidad reservada a unos pocos y que solo existe en el delicado balance entre la luz y la sombra, en la imprecisa línea que divide la lealtad del fanatismo. Y claro, un líder no será bueno si el pueblo lo obedece y aclama ciegamente. Y será aún peor si el pueblo lo desprecia. Entonces ¿cuál es el punto medio en el que se encuentra a este ciudadano participativo y moralmente inquebrantable que, además, es capaz de interpretar las aspiraciones de su pueblo y enseñar más por los hechos que por las palabras?

Pues bien, en este país, que probablemente vive la crisis de líderes, de figuras políticas, más importante de su historia, temo no encontrarlo. ¿Significa esto que en nuestras tierras ya no existen mentes preclaras? ¿Se han extinguido en nuestro suelo los hombres y mujeres de integridad indoblegable? ¿Ya no existen líderes en el Ecuador? Por el contrario, existen y son muchísimos. Solamente que la visceral dinámica de la política moderna los aleja y los excluye, mientras la integridad y los buenos propósitos van dejando de ser requisitos y se van convirtiendo en obstáculos para llegar lejos en la carrera política electoral.

¿Quiere un ejemplo? Tomemos por caso este desconcertante planteamiento que la torpeza de nuestros políticos ha bautizado como *muerte cruzada*, peligrosa figura que la ley contempla y que existe en el imaginario popular. Esta, más que referirse a la mutua destitución de los poderes del Estado, parece aludir a la muerte simultánea de la institucionalidad y el sentido común. ¿Realmente puede llegar tan lejos la vanidad humana? ¿Creen de verdad que al pueblo le interesa esta lucha infantil y sin propósito por alcanzar el poder? Supongamos que logramos descartar las figuras políticas actuales en un proceso semejante y que los destituimos a todos, ¿por quienes los reemplazaríamos?, ¿quiénes vendrían entonces?, ¿habría alguna diferencia entre estos y aquellos?



Y lo que más duele, en verdad, es que no siempre ha sido así, que antes sí participaron grandes líderes que han dado lustre a la historia nacional y que nos han mostrado otra democracia posible. ¿Carecieron de oposición? En absoluto. La política siempre ha sido cuna de diversas ideologías cuyo enfrentamiento, llevado a cabo con altura, sirvió siempre para construir y no para destruir. ¿Cómo olvidar aquellos legendarios enfrentamientos entre el gobierno de un genial tirano como García Moreno y la inigualable pluma de Juan Montalvo? ¿Qué decir de la oposición fantástica entre el verbo de poeta del gran Luis Cordero y la integridad inexpugnable del colosal Eloy Alfaro? ¡Cómo no añorar la arrolladora oratoria de Velasco Ibarra encontrarse con las taladrantes palabras de Galo Plaza o el discurso elegante y elaborado de Raúl Clemente Huerta contra la erudición de Camilo Ponce! ¡Cómo no recordar los duelos de ingenio y sarcasmo entre el icónico don Buca y el impredecible Carlos Julio Arosemena! ¡Cómo no añorar el discurso nítido y apasionado de Jaime Roldós! Hombres íntegros y honorables, fraternos enemigos de distintas tendencias que buscaban, por distintos caminos, un fin común: el bienestar de su patria.

Todo esto se ha perdido. El fanatismo, la ignorancia y la ambición han reemplazado a la justa lid de las ideas entre libre pensadores. El insulto, la imitación y la sorna han reemplazado al ingenio y la ironía. Pero entre los vestigios de aquella alta política que alguna vez nos enorgulleció, permanecen las inmortales ideas que podrían rescatar la calidad de la política del Ecuador. ¿Qué debe pasar entonces para volver al cauce? Se debe empezar por determinar qué clase de gobernantes estamos dispuestos a aceptar tanto en su calidad moral como en su capacidad. Luego hacer este tan necesario *mea culpa* sobre nuestra propia pasividad para, solo entonces, comprender que ha pasado ya el tiempo de consentir a nuestros líderes y permitirles cualquier exceso. Y ha llegado el tiempo de formar a nuestros jóvenes y de reformar a nuestros líderes.



DOCTRINA POLÍTICA

Hace unos días escuchaba a un par de amigos quienes, en una conversación casual, tocaban algunos temas relacionados con su filiación ideológica, pero en realidad era algo mucho menos que esto. Más bien se trataba de una entretenida discusión en la que, como siempre, había un socialista y un interlocutor contrario a la idea que manifestaba algo que podría sonar más o menos así: «¿y cómo es que eres socialista si tienes carro, casa, celular...? ¡Bah, tú no eres socialista!». Argumento que más de uno acepta como válido, olvidando que, en realidad, los que profesan voto de pobreza son los sacerdotes, no los socialistas...

Imagino que la situación se reproducirá en el seno de la comida dominguera y familiar cuando el socialista vuelva a manifestar su filiación política y provoque la escandalizada reacción de la abuelita que podría aconsejar algo así como «¡Cuidado, mijo, con los comunistas y los masones!» que, en su entender, son las dos peores formas de pecado concebibles. En una sociedad tan conservadora como la nuestra, estos episodios no deben sorprender a nadie. Lo que sí debería sorprendernos es que estas inevitables viñetas de los abuelos se amplifiquen a nivel de opinión pública. Y no será raro observar que cada vez que un gobierno de corte socialista busque un acercamiento a los sectores bancarios o empresariales se levanten algunos lamentables comentarios que, irreflexivamente, afirmarían algo así como que «el gobierno se está haciendo de derecha».

¿Es realmente así como pretendemos hacer oposición? ¿Ostentando ignorancia y pura mala voluntad? Lo dudo. Para hacer oposición primero hay que autodefinirse políticamente y precisar muy bien los conceptos del mapa político, cosa que, con honrosas excepciones, no ha sido común entre quienes se oponen a este gobierno o a cualquier otro. No lo digo por defender a nadie, sino porque, una vez ganadas las elecciones, debe ser el Ecuador el que nos preocupe y no la suerte de una tienda política u otra. Y el debate político, por tanto, no deberá girar en torno a las rencillas entre partidos, sino sobre argumentos

técnicos que permitan tomar decisiones correctas. Por eso, imagino que la oposición política deberá parecerse lo más posible a un buen licor, saludable en su medida justa y pernicioso cuando se pierde la altura y el objetivo. Ese objetivo será, siempre, la gobernabilidad y el sostenimiento de la democracia.

Además, las épocas de las doctrinas ideológicas atrincheradas en extremistas bastiones doctrinarios ya han sido superadas. Que yo sepa, acercarse a conceptos como la *productividad*, la *eficiencia* o la *necesidad* de integrarse a la economía mundial constituye una actitud perfectamente compatible con el socialismo democrático, con el capitalismo neoliberal o con cualquier otra doctrina política. Cualquiera que tenga el sentido común suficiente puede reconocer que el sector productivo está para eso, para producir, y que el Gobierno está para gobernar. Y, hasta donde conozco, el sentido común no tiene posición política, con perdón de los abuelos.

EL ROSTRO DE JANO

¿Socialismo o capitalismo? ¿Izquierda o derecha? ¿Aún cabe la pregunta? No es un secreto que la confianza de la gente en la política ha caído dramáticamente mientras las ideologías políticas están en cuidados intensivos porque van perdiendo su repercusión en la vida práctica y en la real conducción de la sociedad. ¿Cuál puede ser el motivo? Hagamos un poco de historia.

Los orígenes del socialismo, como de su tradicional antagonista, el capitalismo, están ligados a las primeras luces de la sociedad moderna en la que en un principio se debatió en el campo ético-filosófico: el socialismo como corriente de pensamiento opuesta al individualismo. Solo después de la revolución industrial apareció el neoliberalismo, tradicionalmente a la derecha, como expresión política del capitalismo, postulando la naturaleza superior de los mercados y la libertad absoluta de los agentes económicos. Esta tendencia actualmente entra en conflicto con su principal aliado, el cauteloso conservadurismo, cada vez menos compatible con el disolvente e irrestricto avance del mercado, por la estricta defensa de las instituciones tradicionales. Así, el libre mercado se detiene abruptamente en la frontera de la tradición intacta.

Frente a esto, el socialismo, tradicionalmente a la izquierda, toma la forma de una doctrina que pretende humanizar al capitalismo o acabar con él mediante una fuerte intervención planificadora del Estado que corrige los desajustes que el mercado genera. Esta ideología también ha mostrado serias disfuncionalidades, ignorando y coartando despóticamente la libertad de actuación y expresión de las sociedades en medio de un completo desfase en torno a la agenda política global.

Esta crisis general ha desdibujado los antiguos esquemas que mandaban ajustarse, sí o sí, a la dicotomía de izquierda versus derecha. Pero ¿no han pasado ya los días de las posiciones extremas y doctrinarias? ¿Cuál es el verdadero sentido de pertenecer a una ideología? Nunca como ahora la sociedad ha requerido cortar las cadenas con el pasado

y recuperar el énfasis en la libertad individual, la productividad económica, la legitimidad y gobernabilidad del Estado, en los principios de libertad, igualdad y fraternidad, la educación y la ciencia, la lucha contra la corrupción, la integración económica y la agenda ecológica. Muchísimos temas que no pertenecen a derechas ni izquierdas, sino a la condición misma del ser humano y que, hace tiempo, deberían estar en el debate público.

En efecto, históricamente, los neoliberales buscan reducir el Estado. Los socialistas buscan expandirlo. La nueva sociedad busca reconstruirlo. Más allá del gobierno «enemigo» o del gobierno «solución», la nueva política debe resultar en una ciudadanía más reflexiva y en un ciudadano que, como el rostro de Jano, pueda mirar en ambas direcciones y, superando las doctrinas, construir una democracia en la que la eficiencia económica y la seguridad social no sean conceptos opuestos, como no lo son la riqueza o la solidaridad.

EL PODER DE LA PALABRA

Un poco de filosofía para empezar. La palabra humana, como señala el Génesis, constituye el origen de los hechos; sin ella nada existe, excepto el caos y la indistinción. Con esto, el libro sagrado se refiere al hecho de que es a partir del momento en que aparece el lenguaje cuando comienza la cultura como tal. El poder de la palabra, en las culturas que nos anteceden y que honraban el silencio, alcanzó un estatus divino; es decir, ser Dios equivalía a tener el poder de nombrar, a tener la palabra, el logos primordial. Aquellos maestros ancestrales lo sabían bien: la palabra pronunciada puede generar armonía o puede provocar el caos. La palabra como expresión primaria de la voluntad humana es aquella que construye la sociedad o la destruye mediante las incontables expresiones que cada día pueblan nuestros oídos y, sobre todo, nuestra mente.

Ciertamente, los pensamientos, transformados en palabras, tienen el poder de crear o destruir vidas, destinos y naciones. Esto, que es una verdad para la vida cotidiana, se convierte en un imperativo para quienes, por elección, designación o mérito, cuentan con un espacio en la opinión pública. Así, las palabras pronunciadas por nuestros líderes curan o hieren a la sociedad. Estos, por lo tanto, deberán comprender que el buen gobierno consiste también en saber cuándo y qué decir, y, sobre todo, cuándo el silencio es la mejor alternativa. Será por eso que uno de los grandes deberes del gobernante radica en medir y utilizar sus palabras, en calmarse cuando esté resentido o colérico, y en hablar solo cuando esté en paz y en completo dominio de la razón.

Sin embargo, ocurre exactamente lo contrario en nuestra realidad política en la que priman los adjetivos soeces y en la que las ideas se lanzan por simple vanidad, orgullo herido o, peor aún, por el odio cerril que actúa visceralmente y prescinde de la razón. Es un discurso perdido en la amargura del poder que no diferencia valores de rencores y hiere la dignidad del mandato popular. Insultos al presidente, insultos a la oposición. Seres humanos enloquecidos en una irracional espiral de rencores que parece



no tener fin. ¿Debate político? ¿Y qué líderes tenemos con la capacidad de debatir? ¿Logran acaso sus palabras la movilización social? ¿Se responsabilizan esos líderes de las consecuencias de sus palabras o se escudan tras el discurso partidista que los multiplica y les permite esconderse entre la multitud? ¿Y quién responde entonces por la imagen que se transmite al exterior? ¿A quién culpar cuando la incertidumbre se filtra al sistema financiero y marca el inicio de las recesiones, por los proyectos públicos perdidos, por los millones de dólares que continúa perdiendo el Ecuador por su crónica inestabilidad institucional, su debilidad jurídica y el alto riesgo de una insensata inversión en nuestra sociedad?

Deberíamos tratar con más responsabilidad a estos *talones de Aquiles* de nuestro desarrollo, ser prudentes en cuanto a lo que decimos y a las señales que mandamos, pues cada paso incorrecto que se da nos aleja más de la gobernabilidad y nos acerca a la confrontación decisiva. Y es que simplemente no se puede jugar así con la democracia y el prestigio del país: es un juego demasiado peligroso.

EL LIBRO DE LA PALABRA

Está allí, justo en el tercer estante de la biblioteca, entre los invaluable libros de Peralta y las profundas reflexiones de Platón, junto a los textos de los forjadores de la democracia. Allí descansa una copia de la Constitución Política de la República del Ecuador, esa Carta Magna que escribimos bajo la atenta mirada de Ciudad Alfaro, la que fue legitimada por la mano de todos quienes conformamos este hermoso Ecuador, aun de los más humildes. Es el libro de la palabra. Descansa sobre el ara de votos y guarda la esencia y el espíritu de la patria grande de los abuelos.

Hoy la he vuelto a abrir, no con los ojos del legista que navega por los intrincados caminos de los cuerpos legales ni tampoco con los ojos del populista que busca encontrar en sus líneas los caminos para legitimar la vanidad y el atraco. No. Lo he abierto con los ojos de un niño, despacio, como buscando conservar intacto el símbolo sagrado de la palabra de un pueblo. El libro de la ley. Empiezo por leer sus primeras palabras: «Nosotras y nosotros, el pueblo soberano» y pienso en este pueblo corajudo y valiente, decidido a construir su historia contra viento y marea, contra los complejos de inferioridad de quienes niegan su grandeza, contra los pequeños tiranos y los grandes oportunistas que caminan por los corredores de nuestras asambleas y ministerios, contra los complejos de inferioridad de quienes niegan su grandeza, contra aquellos que buscan profanar los símbolos patrios sirviéndose de ellos para la vacía publicidad.

Continúo leyendo. Repaso la bella redacción en la que se alterna el reconocimiento de nuestras raíces milenarias, la celebración de la naturaleza como patrimonio último y fundamental, la invocación a ese dios abstracto e indefinido, ese *gran arquitecto* que ampara por igual todos los credos de este Estado laico y progresista. Y encuentro la memoria de nuestras gestas y nuestros héroes celosamente guardada bajo la mirada de Alfaro y Bolívar, el Sumak Kawsay y la armonía en la convivencia, la democracia irreductible y la dignidad como forma de vida. Hermosos postulados que se predicán fácil y se practican poco.



Aquellos soberbios ideales poco a poco se olvidan por el camino, se pierden en los laberintos de la memoria y se sacrifican en el altar del poder desmedido y el vil metal. Allí está la naturaleza consagrada en las letras y doblegada bajo el peso de la ambición y la devastadora industria extractivista que nunca mira hacia atrás. La nación laica sometida al fanatismo clerical que continúa conspirando en los corredores del poder. La democracia vaciándose de contenido ante quienes no distinguen dónde termina el gobierno y dónde empieza el rapaz partido político. Y está la corrupción, feroz, ahogando el Estado de derecho y justicia social, la intolerancia política en la tierra de la diversidad, el abismo abierto entre lo escrito y lo hecho. Por eso, la tarea fundamental, solo a nosotros heredada, es convertir el papel mojado en lluvia, en sangre, en lágrimas, en palabra viva, en una realidad luminosa que deberá defenderse cada día, a riesgo de olvidar lo que somos y de sacrificar nuestra mayor herencia, a riesgo de perder la palabra...



UNA CARTA A SANTA

Querido Santa:

Mi nombre es Ecuador. Soy un joven y pequeño país encaramado sobre los Andes y ubicado en la región más bella de los continentes. Hace no mucho he cumplido – dentro de la larga historia de la humanidad– la temprana edad de 190 años y, aunque mi casa está construida sobre enormes riquezas, soy lo que se podría llamar, un niño pobre. Resulta que en estos últimos días he visto cómo otros muchos niños pobres que me habitan te han escrito una carta porque, según entiendo, si uno se porta bien, tú le traes lo que pide. Así que, no teniendo nada más que perder –aunque la verdad este año no me he portado muy bien que se diga– he decidido escribirte yo también una carta por Navidad.

En primer lugar, te pido que me traigas valor y entereza para defender los últimos vestigios de nuestra democracia, pero no aquel cascarón vacío y lleno de espejismos en el que la democracia se diluye a punta de invocarla día con día. Ni hablo tampoco del incipiente derecho a realizar el solitario ejercicio del sufragio, ese que cada día se siente más como una sugerencia que como un mandato. No. Hablo de aquella democracia libre, sana, participativa, tolerante e incluyente, capaz de expresar y promover los anhelos, ideas y aspiraciones de mi pueblo cuando busca la justicia, la defensa de su cultura y la equidad.

Te pido también sabiduría, el discernimiento político para combatir la injusticia social, el despotismo, la intolerancia, la corrupción y la marginación social para así poder buscar el desarrollo humano de mi pueblo en medio del respeto a los derechos humanos de justicia y libertad. Me ayudará a crear una sociedad moderna, descentralizada e integrada al desarrollo global, donde todos dispongan de los medios para vivir con dignidad, y un Estado que deje de ser un fin en sí mismo y se convierta en un medio para la felicidad del ser humano. Dame la sabiduría para rechazar todas las concepciones totalitaristas que empequeñecen al ser humano. Enséñame, por el contrario, a utilizar la organiza-



ción política de la sociedad como una herramienta para el desarrollo físico y moral de la patria, lo que, en términos sencillos, equivale a salud y educación.

Te pido también que me regales dignidad, esa que hoy necesitamos más que nunca para rechazar las migajas del poder y para que jamás se vuelva a comprar la libertad política al miserable precio de un par de carreteras. Dignidad para defender con coraje y patriotismo los derechos civiles, políticos y sociales del ser humano y para defender, ¡hasta las lágrimas, caramba!, la vida, la paz y el progreso que no son más que la suma de las libertades.

Tráeme la fe y el optimismo, la abierta confianza en un futuro donde el desarrollo humano sea mucho más que el desarrollo económico y la simple acumulación de riqueza, sino que equivalga al mejoramiento integral de las condiciones de vida de nuestro pueblo, donde el incremento de la producción se acompañe de la justa distribución de los beneficios, donde el progreso implique, además de dinero, cultura, ciencia, arte y filosofía para dejar de buscar una sociedad adinerada y empezar a buscar una sociedad feliz. Por último, te pido la fortaleza para corregir el rumbo y mantenerlo, para acortar las distancias al sueño del país que somete el interés privado al bienestar general. Entonces, ya no tendré que ver a mis hijos cruzar las fronteras, protegeré al ciudadano de la cuna hasta la tumba. Entonces seré cuna, hogar, taller y escuela, lo que ahora mismo es una bella promesa.

LA OBRA POLÍTICA

Cuando Napoleón advirtió que «en la obra política más difícil es obtener la confianza que el éxito» quizás se refería a que es más fácil encontrar personas astutas que personas buenas. Tenía razón. ¿El motivo? Es sencillo: la inteligencia se puede adquirir y desarrollar, la confianza no. Esa es un valioso regalo que los demás nos ofrecen por cumplir acuerdos y actuar con transparencia. Y la honestidad, tampoco. Esa tampoco se adquiere. Esa es una virtud que simplemente se posee y que, en nuestro pequeño país, es una excepción. Una rara excepción...

Solamente fíjese en nuestra historia como República. Incluso el análisis más superficial encontraría evidentes y recurrentes patrones que inician en la Colonia y se repiten sin cesar hasta llegar al día de hoy. A este presente, repleto a rabiar de escándalos de corrupción, ¿cuántos presidentes del Ecuador han conocido la prisión o se encuentran prófugos de la justicia?, ¿cuántos ministros, alcaldes, prefectos, gobernadores y funcionarios de la más diversa índole se han visto envueltos en este siniestro juego de vender la dignidad?, ¿cuántos silencios se han comprado?, ¿cuántas vidas se han segado?, ¿cuántos mercaderes de la política han sido alertados y asistidos por el mismo gobierno para huir antes de su captura inmensamente ricos, absolutamente impunes? ¿Cuándo será suficiente?

Y esto se refiere a los pocos casos de corrupción que conocemos. Esos casos que son, por llamarlo así, la punta del iceberg. ¿Qué decir de los demás casos de corrupción, los innumerables casos que podrían llenar varias estanterías y que permanecen en silencio, y que tal vez jamás vean la luz pública? Sí, el espectáculo cotidiano de esta política delirante e incomprensible resulta indignante, agotador, en verdad. No vayamos muy atrás en nuestra historia. Dejemos para otro día los cargos que se ofrecían en subasta en los años de la Colonia. Dejemos para luego los terribles años de La Argolla y el conservadurismo ultramontano que apagó la vida de Alfaro. Concentrémonos solamente en lo más reciente. En nuestra generación y en estas pocas décadas transcurridas desde el regreso de nuestra aparente democracia.



Empecemos por el infame gobierno socialcristiano de Febres Cordero y la huida de su secretario de la Administración Pública, el siniestro Torbay, con una fortuna forjada a punta de sumarle sobrepagos a todo lo que se le cruzaba por delante (vías, aviones, recolectores de basura, etc). Y avancemos a los lejanos días del caso Flores y Miel, cuando el avión presidencial se ponía a las órdenes de los familiares urgidos por huir del país. Y sigamos al bucaramato y al hijo del presidente ofreciendo una fiesta en honor a «su primer millón de sucres» (lo recuerdo bien porque la fiesta se celebró en Cuenca).

Después llegan aquellas anécdotas dignas de registrarse en los anales de lo absurdo. Un multimillonario que, a fuerza de creerse el dueño del país al que asumía como su hacienda, terminó por lanzarse a presidente postulando como su binomio, nada más y nada menos que a su esposa. Naturalmente, perdió las elecciones. En su lugar, un nefasto coronel prestó juramento sobre la constitución que despreciaba dada su calidad de exgolpista. El periodo inmediato se sembró de caos y corrupción absoluta en el que gobernó sin tapujos junto a su familia, de cuyos días recuerdo también el armamento que salió de nuestros cuarteles y terminó, misteriosamente, en manos de las FARC. Y luego, cuando pensamos que ya lo habíamos visto todo, un joven presidente asumía el gobierno bajo la bandera de la Revolución Ciudadana. Allí, cuando supusimos que habíamos encontrado un oasis de honestidad, cuando pensamos que habíamos llegado a buen puerto, allí, precisamente, vino lo peor.

La absurda «Revolución Ciudadana» fue una administración que se inauguró con una incomprensible y chocante gresca protagonizada por el presidente de la República y nada menos que su propio hermano. La mal intencionada muletilla del «ñaño» y la impúdica exhibición de los más íntimos asuntos familiares con los propósitos más ladinos. Y la función recién comenzaba. Poco tiempo después fue el turno de un primo que, con un título falso, llegó a convertirse en presidente del Banco Central y hoy concede

entrevistas desde Miami donde exhibe su opulencia, pese a afrontar aquí un pedido de extradición por fraude y peculado bancario.

Y esto sin hablar de los muchos parientes y amigos que no obtienen cargo público, pero sí candidaturas para ocupar los puestos de elección popular y seguir tejiendo la red. Esta indignante y práctica común de gobernar con los amigos y la familia es bastante más que un problema legal (la ley solo contempla nepotismo si es dentro de una misma unidad administrativa), es un conflicto ético-moral al que, al parecer, ya nadie presta atención mientras los nuevos e incontables funcionarios públicos firman uno tras otros los formularios de nepotismo ¿Un requisito? Más bien una broma de mal gusto.

¿Se intentaba al menos ocultar la corrupción por un último rezago de decencia? Por el contrario, la corrupción institucionalizada pasó a convertirse en una forma de gobierno. Un paréntesis de poder absoluto en el que la corrupción, más que denunciarse, se exhibía y escalaba más alto cada vez con ministros y gobernadores repartiendo cargos con altos funcionarios del régimen sin el menor reparo, y estoy pensando en un Ministro de Turismo y un Ministro de Producción, que además son hermanos, convirtiendo a su madre, sin asomo de carrera diplomática, en furtiva embajadora. Y están las decenas de amigos y parientes forjando títulos, cumpliendo requisitos de la noche a la mañana, obteniendo doctorados al mismo tiempo, con la misma tesis y en universidades que no expiden esos diplomas, logrando concesiones de frecuencias en radio y televisión, fraguando monopolios, creando empresas «casualmente» dedicadas a la construcción de obra civil. ¿Contratos millonarios? ¡Bah!... incontables. Luego, más alto todavía, el fiscal y el contralor, los llamados a controlar la corrupción, huyendo del país. Y más aún: el vicepresidente recluso en prisión. Finalmente, como el colofón desaforado de esta bizarra historia, el expresidente, el gran caudillo, refugiado en Europa tras una orden de captura que desató esta lucha sin cuartel por los restos de esta fallida revolución.



Mientras todo esto sucedía, mientras la corrupción campeaba en todos los ámbitos administrativos y la inmensa riqueza petrolera se repartía como botín, la sociedad vivía un extraño fenómeno: la corrupción se multiplicaba y de forma simultánea se multiplicaban los organismos públicos creados para controlarla. Así emergieron la Agencia de Control, fiscalía, contraloría, comisiones de transparencia y comisiones anticorrupción, en medio de un largo etcétera que sugiere una relación directamente proporcional: mientras mayor es la corrupción más son las instituciones que ingenuamente creamos para controlarla.

Hace tiempo venía pensando que nada podría sorprenderme tras todos estos largos años de ininterrumpido derrumbe del nivel y la calidad de nuestra política, que nada más podría surgir de este abismo de envidia y ambición que parece no tocar fondo. Sin embargo, me he equivocado de manera crasa y contundente. La lucha sin cuartel entre los dos caudillos por los restos de esta fallida revolución, este nuevo subproducto de la política de nuestros tiempos, me ha dejado nuevamente perplejo y desconcertado. ¿Se puede caer más bajo? Los argumentos son de tal pobreza que bien podrían pasar de este circo a medio camino entre una cursi telenovela y el grotesco espectáculo del odio irracional. ¿Es así ahora la política en el Ecuador? Pues sí.

Nuestra política es hoy un compendio que resume en sí misma todos los vicios de la sociedad: el afán desmedido de protagonismo; el mordaz sentido del humor que, lejos de la altura que suele caracterizar a las personas ocurrenciosas, resulta irritante y ofensivo; la pobreza moral; el fanatismo político; la ignorancia atrevida; la lucha sin cuartel; la enloquecida carrera por un sendero que deja por el camino a los amigos y mentores, mientras se ganan terribles enemistades; se pierde el sentido de honor, la congruencia del hecho y la palabra mientras se sacrifican los más caros valores personales. Todo esto en aras de un éxito incierto en el que el miedo no proviene de los enemigos, sino de los propios compañeros.

El baile de máscaras sintetiza los vicios de la sociedad que todos consentimos en perpetuar mientras enviamos un claro e inequívoco mensaje a las nuevas generaciones: «Jóvenes, esto es lo más que se puede esperar de la política». Por eso pienso que, hoy más que nunca, es fundamental el releer nuestra historia para aprender y cuestionarnos: ¿queremos que las mismas personas sigan dirigiendo los destinos de la Patria? Difícilmente. Pienso que nuestra resquebrajada democracia debe al menos cumplir con el propósito de abrirnos los ojos a un solo hecho fundamental: mientras la política siga formando personajes de calaña, nuestra sociedad nunca encontrará la grandeza ni logrará la paz de las naciones políticamente evolucionadas. Y es que simplemente, algún día, de alguna forma, todo esto debe terminar.



PASAR LA PÁGINA

¿Dónde se originó esta pesadilla? ¿Cuándo, exactamente, comenzó a desvanecerse la justicia en los macabros pasillos de la política? ¿En qué preciso momento la mano que dicta las sentencias pasó de los luminosos estrados de los jueces a los insondables despachos de los políticos? ¿En qué momento se inauguró este sistema en el que, como lo señala Pábara, los exabruptos del presidente de la República se convirtieron en órdenes para la justicia, y para una legión de dúctiles jueces (con honrosísimas excepciones, por supuesto) que, so pena de soportar los procesos disciplinarios y destituciones del Consejo de la Judicatura, convierten al sistema penal en una herramienta para criminalizar a quien discrepa con los apetitos del poder?

Hay quien buscaría el origen de la pesadilla en aquellas reformas constitucionales del 2015, que abrían el abismo del poder absoluto para el Estado. Yo prefiero buscar mucho antes en la historia, recorrer la triste secuencia –que bien podría iniciar en los años 80 bajo la opresiva figura de Febres Cordero– en la que los actos de protesta que el pueblo intentaba para reivindicar sus derechos, o las noticias en las que los medios de comunicación intentaban dar luz sobre la cosa pública, eran también acalladas por la fuerza y los procesos judiciales. Esos años turbulentos en los que el nombramiento de un juez o ministro ajeno al régimen se zanjaba rodeando de tanquetas el Parlamento o la Corte de Justicia.

Y esto sin mencionar nuestra larga historia de exilios y persecuciones, muchos, demasiados nombres que tal vez deberían ir en listas separadas. ¿Son todos culpables? ¿Fueron algunos inocentes? Naturalmente, habrá entre ellos innumerables subproductos de la política, chacales que hoy viven de inmensas fortunas logradas desgarrando el erario público. Sin embargo, hallaremos también, mucho me temo, a seres humanos honorables que no han sido más que víctimas de los desvaríos del poder. Lo cierto es que, mientras la historia dicta el veredicto final sobre cada uno de estos personajes, siguen pesando sobre nuestras conciencias y sobre nuestras escasas probabilidades de



consenso, los rencores y pasiones de quienes se turnan las llaves del reino, sus cortes y sus poderes. En esta tierra de nadie, la persecución política ha sido una práctica común en nuestra historia, un signo de cada nuevo tirano que, desde el poder y en su visceral afán de acorralar a un adversario, se distorsiona la verdad y se omite cualquier análisis, prueba o debido proceso.

Los ejemplos son innumerables. Guarda la memoria aquel diciembre de 2013 cuando elementos de élite de la policía allanaron la vivienda de Fernando Villavicencio sin permitirle siquiera contar con la presencia de su abogado defensor, de aquel «acto urgente» y casi simultáneo por el que se allanó el despacho del legislador Cléver Jiménez. Allanamientos ordenados por la Presidencia de la República y obsecuentemente observados por la Corte Nacional y el entonces Fiscal General de la República. ¿Y qué ha sucedido con los demás casos presuntos de corrupción? ¿Por qué se allanó de manera tan tardía las oficinas de Oderbretch? ¿Por qué el allanamiento al domicilio de Carlos Pólit se efectuó cuando este ya había dejado el país? ¿Por qué nunca se allanaron las oficinas de, por ejemplo, Caminosca o Cuatro Ríos? Allanamientos selectivos y por conveniencia.

Los allanamientos llevan a pensar que la justicia también tiene preferencias y apetitos políticos. Preferencias que se traducen en penas antojadizas y desiguales. Si no, ¿cómo podría explicarse que una protesta indígena sucedida en Saraguro termine con sendas y desproporcionadas sanciones mientras que un delito como la entrega irregular de pases policiales se salde con ocho meses de prisión? ¿Cómo explicar que un grupo de ilustres y probos ciudadanos de avanzada edad haya tenido que sentarse en el banquillo de los acusados antes de ser declarados culpables por el hecho elemental de observar la actuación de un funcionario del régimen y denunciar uno de los monstruosos sobrepagos mientras el delito de peculado de un exministro se saldó con unos absurdos tres meses de prisión?

¿Cómo entender que ciudadanos combativos (cuyas denuncias han sido ampliamente probadas) hayan tenido que sufrir la persecución y el exilio por denunciar la feroz corrupción que ahoga las cuentas del erario público mientras un tibio Consejo de Administración Legislativa (CAL) de la Asamblea Nacional protege y bloquea la actuación de la justicia en casos que van desde la violencia sexual en unidades educativas, pasando por la manipulación de la justicia a cargo del Consejo de la Judicatura hasta la aberrante corrupción de un vicepresidente (hoy privado de su libertad) y juzgado por el delito menor? ¿Cómo podría, en suma, explicarse que decenas de jóvenes, obreros y ciudadanos de toda índole hayan sufrido infames procesos judiciales, en cambio las sombrías figuras cercanas al poder son juzgadas, si acaso lo son, casi pidiendo disculpas y eligiendo los cargos y penas más leves que la justicia norma?

Y esto no lo digo solamente yo, sino el mundo entero. Recuerdo hace poco haber leído un informe de Amnistía Internacional que trataba sobre la criminalización del derecho a la protesta en Ecuador; sobre el uso de la justicia para acallar a la oposición; sobre los incontables casos de privación de libertad, casi siempre dirigidos contra manifestantes, indígenas, estudiantes, obreros y campesinos, contruidos sobre cargos infundados y tecnicismos jurídicos que hablan de abuso y represión, uso excesivo de la fuerza pública y detenciones arbitrarias; sobre centenares de perseguidos políticos y decenas de sentencias por el delito de protestar; sobre nuevas e incontables injusticias arbitrarias del poder que han venido escribiendo nuestra historia desde los lejanos días de Vargas Torres.

Muchos afirmarían que así como hay un camino para el odio, hay otro para la reconciliación. En Ecuador hay antecedentes que marcan una pauta. Por ejemplo, en el 2008, la Constituyente otorgó amnistía al exmandatario Gustavo Noboa, a cuatro exgerentes de la Agencia de Garantía de Depósitos y a los comandos de Taura que, en 1987, participaron en el secuestro del entonces presidente de la república, León Febres-Cordero. Pero ¿qué es realmente la



amnistía? En la mitología griega, Mnemosine era la diosa de la memoria, de cuyo nombre surgen todos los vocablos relativos, entre ellos, la palabra *amnesia* (derivada del indoeuropeo *men* o *mente*) y que significa, literalmente 'olvido de todo'. Y surge también, inspirada en la misma raíz, la palabra *amnistía* para referirse 'al olvido de los delitos cometidos por parte de la autoridad constituida'. Es, por tanto, una figura jurídica que, no dirigida a las personas sino a los hechos, representa una suerte de «perdón», mayormente aplicado a los delitos políticos que con el devenir de la historia dejan de ser tales.

Por supuesto, solo se puede reclamar la amnistía para los hechos pasados, puesto que si se la reclamara para los hechos por cometer, no se llamaría *amnistía* sino *impunidad*, de la cual, también hemos tenido bastante. Luego, en la práctica, la amnistía vendría a ser un recurso que se concede a quien es perseguido tras haber ejercido un cargo político o a quien, sin haber ocupado alguno, ha cuestionado al poder o se ha enfrentado a él. Y es aquí donde reside la clave del asunto, la clave del perdón, ya que la amnistía no deberá prestarse para convertirse en un acto de vanidad del caudillo de turno. Es decir, amnistía sí, pero solamente cuando el gran mandante haya vencido y haya dejado clara su victoria para luego otorgar el perdón con el pulgar arriba, como lo hacía el César.

Y no, no es así. La amnistía es un derecho y no lo concede el ejecutivo. Además, según el artículo 147 de la Constitución, el Ejecutivo solo dispone de la facultad para conceder indultos. La Asamblea Nacional, en cambio, según el artículo 120 de la Constitución, puede otorgar cualquiera de los dos beneficios, sin embargo «no se concederán por delitos cometidos contra la administración pública ni por genocidio, tortura, desaparición forzada de personas, secuestro y homicidio por razones políticas o de conciencia». Es importante que sepamos también que tanto el *indulto* como la *amnistía* son derechos constitucionales, no herramientas políticas, y que poseen diferente naturaleza. El

indulto es una forma de extinguir la responsabilidad penal y perdonar la pena, aunque la persona juzgada permanece como culpable de su delito; en la amnistía, por otro lado, se perdona el delito y se extingue también la responsabilidad.

Efectúo estas precisiones porque aquí, más que nunca, es importante esclarecer los conceptos. En Ecuador, antes del nefasto correísmo, el perdón era un valor sagrado, un valor que, en manos del déspota, se convirtió en herramienta de burla, chantaje y humillación. Tal vez lo más grave de esto es el precedente que se crea a manera de advertencia a la sociedad, el mensaje inequívoco de que todo aquel que proteste en contra del régimen no va a encontrar justicia, sino miedo. Hay miedo en un país donde la mayor parte de las protestas se enmarcaron en la oposición, sindicatos y organizaciones de pueblos indígenas y de la sociedad civil, donde la justicia sirvió sin pudor a los apetitos del poder, donde el sistema de justicia fue nada más que un instrumento de persecución para acallar las voces críticas o fiscalizadoras.

Así visto, el perdón se convierte en un ente arbitrario. Y uno se pregunta: ¿acaso al presidente le complacía atormentar con los juicios y ordenar prisión para luego pensar en el perdón? ¿Acaso la intención era convertir un acto humanitario en un hecho denigrante? ¿Qué mensaje deja a la historia la figura de un presidente de la República que ordenaba dictar sentencias condenatorias para luego, con el ego del vencedor, decir «está perdonado»? En fin. En el Eclesiastés se lee que hay un tiempo para cada cosa, uno para vengar, cierto es, y otro para perdonar y pasar la página. Ha pasado ya la época de la venganza y es posible que nos acerquemos a la época de la razón y del debate sensato sobre nuestro pasado para legar verdad y no rencor a nuestras futuras generaciones, para poder hacer justicia, ya no tanto a los agraviados y perseguidos –muchos ya no están– sino para hacerle justicia a la propia historia.

EL DERECHO A PROTESTAR

Tal vez habíamos olvidado un poco cómo se veían y se sentían las protestas populares. Discurro que tras todos estos largos años de silencio han empezado a desdibujarse en la memoria popular las grandes revueltas de nuestra historia. Nos hemos acostumbrado al orden impuesto, al silencio, a la resignación.

No ha sido sino hasta solo unos meses que hemos sido testigos, nuevamente, de diversas marchas y protestas convocadas desde los colectivos sociales más importantes. Nuevamente hemos visto marchar por las calles a los trabajadores, estudiantes, indígenas y a otros miles de ciudadanos que, sin pertenecer, pertenecían, que sin militar en grupo alguno, militaban en las filas de este inmenso conglomerado que llamamos Ecuador. El pueblo ha marchado por la democracia, contra los abusos del poder, para proteger su economía y su dignidad. Sin embargo hay algo que me preocupa.

Y es que la falta de organización ha empezado a provocar la repetición intrascendente, una suerte de atomización de la protesta popular que, siempre a pequeña escala, ha empezado a volverse redundante y a perder impacto. Con esto no quiero, de ninguna manera, restar valor a la manifestación popular como legítimo medio de defensa de los derechos del pueblo cuando el gobernante no le presta atención. Sin embargo ¿no estaremos, de tanto utilizarlo, banalizando la marcha popular? Y esto dicho por quien ha visto con orgullo otras muchas gestas populares que han derrocado tiranos y han recuperado el cauce de la democracia, la moral y el derecho.

No se puede olvidar que cualquier manifestación, al volverse cotidiana, sufre un proceso de desgaste que le resta apoyo popular. Además, siempre será necesario formular algunas preguntas tanto a oficialistas como a opositores, por ejemplo: ¿Todos quienes participan en la marcha acuden de forma voluntaria y sin ninguna presión? ¿No existen allí funcionarios defendiendo su trabajo o trabajadores cohesionados por un nombramiento? ¿Todos los que sa-

len a las calles conocen a fondo la ley, enmienda o reforma a la que se oponen?

Subrayo esto simplemente porque estoy convencido de que toda marcha o protesta, sea de apoyo o sea de rechazo, requiere legitimarse a sí misma cumpliendo tres condiciones: libertad, propósito y propuesta. Libertad significa que nadie, absolutamente nadie, debe sentirse obligado o cohesionado para protestar o apoyar. Propósito implica que todo aquel que participe en una marcha debe saber los motivos y sus motivos para la protesta. Propuesta alude al hecho de que todo movimiento popular debe ser capaz de indicar al gobernante el nuevo camino a seguir.

Si estas tres condiciones no se cumplen, todo se pierde. Una protesta sin propósito es vandalismo. Una protesta sin libertad carece de la calidad moral. Y una protesta popular carente de propuestas reniega del mismísimo concepto de esa democracia. Esa democracia viva y saludable. En esa democracia se combate en el plano de las ideas, no en las calles. En esa democracia se lanzan propuestas no piedras. En esa democracia no son cristales los que se quiebran, sino paradigmas.



EL DERECHO AL INSULTO

Se ha convertido en parte del día a día el encender la radio o el televisor para observar con tristeza las muchas entrevistas y debates que, ya sea en los medios de comunicación o en las plazas públicas, se llevan a cabo entre los distintos representantes de las tiendas políticas de turno, entre la oposición y el oficialismo o, lo que es lo mismo, entre los que juntan los odios y los que juntan los fanatismos. Triste espectáculo por cierto en el que, cada vez más, el debate y los argumentos bajan en calidad y contenido para inscribirse en el indigno plano del insulto, la burla y la agresión.

No lo niego. Desde luego, todo político que se respete debe saber defender, enfáticamente y hasta fogosamente, sus propuestas, sus acciones públicas y las posturas de su tienda política. Debe también saber acusar y criticar, apasionadamente inclusive, las irregularidades de la gestión pública que lleguen a su conocimiento. Pero ¿es necesario ir tan lejos? ¿Caben allí los insultos o las intromisiones en la vida personal de tal o cual candidato? ¿Caben las imitaciones, las amenazas, el racismo, el machismo e incluso las burlas sobre los defectos físicos? ¿Es necesario caer tan bajo? ¿Es que la pasión por el debate justifica y absuelve el insulto más procaz? No, no lo hace porque no se trata del calibre del insulto, sino de este pernicioso intercambio de agresiones como la única forma de crítica conocida y la única forma de debate aceptable.

Pregunto yo si un ladrón entrase a mi hogar y se llevara algunas pertenencias, ¿radica la solución en averiguar la dirección del malhechor y entrar a su casa para robar yo las suyas? Con la misma lógica, ¿un insulto desproporcionado debe acompañarse de otro de igual magnitud para que se imparta justicia según la ley del talión que mandaba cobrar ojo por ojo y diente por diente? La verdad es que, no sé si seré yo un romántico de la política, sin embargo no puedo sino extrañar aquellos debates políticos de nuestros antepasados que, manteniendo la dureza de la crítica, no perdían la elegancia de la retórica y ejemplificaban verdaderas cátedras de política y cultura social.



El hecho es irrefutable: nuestra política está enferma de adjetivos ofensivos. Ha caído en la vulgaridad y, poco a poco, se ha ido convirtiendo en una pelea de taberna en la que prima la frase visceral y vacía de contenido que empañó la riqueza del argumento por la grosería de las formas. En tales disputas, desde luego, no puede haber un ganador. Sí hay, en cambio, un gran perdedor, y es ese pueblo común que continúa sumido en la ignorancia, y la juventud que sigue hundiéndose en la apatía política mientras asocia, cada vez más, a la política con una riña de maleantes.

Más allá de las formas, lo verdaderamente sorprendente y preocupante es que, en medio de este intercambio de insultos, se ha puesto de moda el invocar, ya sea por el agredido o el agresor, y utilizar como coartada dos derechos fundamentales del ser humano: el derecho a la libertad de expresión y el derecho a la honra y al buen nombre, incluso se ha llegado al absurdo intento de priorizar el uno o el otro. Confieso que en este punto me he sentido como un niño perdido en la intemperie porque no comprendo cómo alguien puede pretender elegir entre dos valores sociales que, además, son derechos humanos.

¿Cómo elegir entre la potestad de atropellar al prójimo y el confinamiento de las libertades básicas en una sociedad democrática? No. El concepto de libertad y derechos implica que estos acaban donde comienzan los derechos del prójimo. La libertad clara y honorable implica que los ciudadanos pueden expresar responsablemente sus opiniones y que asumen también las consecuencias de sus propias palabras. No se trata aquí del fallo de un juez o del ambiguo análisis de un legista, sino sencillamente de principios morales y sentido común, de comprender que las leyes sirven para regir la vida de las sociedades, y de que esas leyes se basan en los buenos usos y costumbres de comunidades que, buscando ser libres y civilizadas, han puesto el respeto y la responsabilidad como las columnas sobre las que levantar la sociedad que todos merecemos desde hace tanto.

HIPNOSIS

Alguien podrá decir que nuestra sociedad –inequitativa y signada por la pobreza, la corrupción y los profundos dramas sociales– no es, de hecho, un modelo a seguir. Hasta cierto punto tendría razón, ya que la pobreza y la represión no son modelos que se vendan bien en el resto del mundo civilizado. Sin embargo, antes de lanzarnos en una loca persecución de algo que no conocemos o intentar convertirnos en una caricatura de los países que llamamos «desarrollados», cabría indagar si sus modelos de desarrollo son preferibles al nuestro y si sus realidades son algo que quisiéramos replicar para nosotros.

En medio de esta civilización occidental que parece perder el norte y dar palos de ciego en todas las direcciones buscando un modelo verdaderamente coherente de desarrollo, se vuelve preocupante evidenciar esta suerte de anhelo de los más pequeños por parecerse a los más grandes, un rasgo socio-cultural por el que seguimos intentando calcar a las vertiginosas sociedades «industriales». Este complejo de inferioridad heredado de la Colonia nos lleva a pensar que las soluciones tienen que venir desde fuera y nos mantiene hipnotizados por aquello que imaginamos es el camino a la felicidad.

Hay que reconocerlo: las economías desarrolladas tienen, en efecto, mucho que enseñar, son economías pioneras en la creación empresarial y la gestión financiera, han demostrado poseer la habilidad de encontrar los puntos neurálgicos del mercado mundial y construir una saludable democracia que ha permitido la coexistencia pacífica de los grupos de centro izquierda y la esencia misma de la derecha capitalista. Muy bien: empresa y democracia: Concedido. Sin embargo, ¿es esto suficiente para, sin más ni más, lanzarnos abiertamente a emular el sistema? Antes de sentar un juicio definitivo, veamos la otra cara de la moneda.

Las economías occidentales, palabras más palabras menos, viven una crisis estructural cuyo principal y profundo detonante radica en el exagerado énfasis en las expectativas como medida de valor de las empresas. Son mercados



especulativos. Mercados contruidos sobre las bolsas de valores en las que la misma empresa que hoy vale millones mañana valdrá, en un abrir y cerrar de ojos, unos pocos centavos. Mercados de papeles y contratos. Mercados volátiles por naturaleza. ¿Necesitamos esto en verdad para nuestra frágil economía?

Por otro lado, pensemos que estos inmensos y atractivos mercados –más de 900 millones de consumidores de energía y recursos naturales entre Europa y EE.UU– han enfermado de consumismo y se han convertido en catástrofes ambientales, en colosales polos de deterioro en medio de una irrestricta liberalización de mercado que ha dejado al Estado indefenso cuando este es, al parecer, el único capaz de poner un poco de orden en el caos. ¿Necesita el mundo que sigamos nosotros también este camino?

Por último, ¿qué decir de lo que Stiglitz ha llamado el *déficit* moral de las sociedades occidentales? En efecto, la disposición social a la obtención de ganancias a cualquier precio ha trastocado los valores más elementales sobre los que se levantan las columnas de la civilización. El juego del «todo vale» en nombre de una ambición enloquecida –no por nada son las sociedades más violentas del mundo– ha generado una dinámica en la que aquel que se cruza en el camino de la riqueza se suma, se vende o se aplasta.

Cierto es que, en palabras de Galeano, hemos sido entrenados durante cinco siglos para copiar en lugar de crear. No obstante, la imitación servil de los grandes y feroces centros dominantes lo único que conseguirá es reproducir delirantemente sus mismos defectos en nuestras comunidades. Las pruebas están a la vista: varias metrópolis latinoamericanas ya se ahogan bajo los grandes problemas derivados de la destrucción del ambiente y la violencia desatada. Frente a esto, lo más sensato sería comenzar por superar el pasado, elegir con un poco más de cuidado nuestros modelos sociales de desarrollo, y concebir un modelo capaz de crear riqueza, pero de manera más acorde con nuestra herencia ancestral, en el que el único centro, motivo y propósito no sea el dinero por el dinero, sino la felicidad del ser humano.

EDAD DEL BURRO

La historia que ahora mismo vamos a relatar se ubica en un confuso mayo en el que nuestro pueblo descartaba de un plumazo todos sus referentes políticos y ponía al Gobierno en manos de un ambicioso muchacho que se había fraguado el camino entre amarres y conspiraciones, un político lo suficientemente astuto como para usar a su favor el derrumbe de la unidad nacional, el enfermizo regionalismo y el desgaste de las figuras tradicionales. Este político se las arregló para, a pretexto de «refundar la patria», convocar un Congreso Constituyente capaz de firmarle un cheque en blanco para hacer y deshacer a su placer y antojo. ¿Se les ocurre quien puede ser? No podría ser otro que el general Juan José Flores, jefe supremo de la naciente República del Ecuador que se escindía de la Gran Colombia e iniciaba su vida independiente y soberana según acta firmada por la Asamblea de Notables de Quito un 13 de mayo de 1830. ¿Qué? ¿se le había ocurrido a alguien más? ¿En serio? ¿A quién?

Lo cierto es que casi dos siglos han pasado desde aquella reunión celebrada en la Universidad de Santo Tomás de Aquino por la cual se consagró la existencia de una república oligárquica, católica y terrateniente que excluía de la vida política a los indígenas y a las mujeres, aquella que reconocía derechos políticos a los varones capaces de demostrar riqueza y ponía precio (30 000 pesos) a los cargos públicos; aquella república que existía bajo una Carta Política ideada para entregar el Ecuador a una suerte de club de propietarios cuyo plan era que nada cambiara por estos lares, salvo el estandarte español. Esa constitución fue el crisol en el que se fraguó nuestra manera de comprender la política como lucro, ambición y fanatismo. Esa carta, leída como origen de nuestra historia republicana, hoy sirve para explicar todos los desvaríos de nuestra política.

Uno podría pensar que ya es momento de aprender, que no se concibe que tras casi dos siglos todavía sigamos tropezando con la misma piedra. Y no, yo no estaría tan seguro. De hecho, Casciari suele explicar que para comprender a la política, y a los políticos añadiría yo, hay que



dividir la edad del país entre 14, de forma tal que logre una correspondencia con la edad humana. En este caso, resultaría que la edad política del Ecuador es de algo más de 13 años y, por tanto, el país es un adolescente, un conflictivo y empobrecido adolescente que atraviesa de lleno eso que las abuelas solían llamar «la edad del burro». Y como todo adolescente que se respete, actúa de forma tal que su comportamiento resulta simplemente impredecible.

¿Nota alguna similitud? Porque si no lo logra, podríamos brindar algunos rasgos conocidos de esta etapa de la vida. Se me ocurre, por ejemplo, el impenitente mal comportamiento, la falta de respeto a los mayores y un afán por llamar la atención que puede terminar en casi cualquier cosa. Esto podría incluir altercados, pataletas, contramarchas, ritos shamánicos y hasta conferencias en inglés. ¿Aún no está convencido? Refiramos entonces al desarreglo emocional, a esa sensibilidad a flor de piel por la que una crítica o un gesto inoportuno pueden conducir a las lágrimas o a la locura temporal. Y, finalmente, para que no quede duda ninguna, podríamos hablar del narcisismo, esas largas horas frente al espejo dedicadas a sí mismo, por ejemplo, durante un sábado en la mañana a eso de las diez. O inclusive podríamos notar la excentricidad por la que podría aparecer con un corte escandaloso o llevando al cuello algún collar de símbolos sugerentes. ¡Es que ya sabe usted cómo son los chicos!

ES OTRO PAÍS

No. No es el Ecuador. Es otro país, un país en el que, definitivamente, deberían empezar a televisar en vivo los debates de la Asamblea Nacional ¿Y por qué? Pues porque resulta formativo, informativo y francamente bastante entretenido. O acaso ¿alguien podría negar la saludable experiencia formativa (del tipo: «mira, hijo, por eso estamos como estamos») resultante de ver expuestas a la luz y en pastilla todas las conductas autodestructivas y complejos de inferioridad que padecemos como sociedad? Nadie podrá, tampoco, negar que cualquier psicólogo que se respete dispone allí de varias horas de sana diversión y uno que otro caso que podría hacerle acreedor a un Nobel.

¿Quiere un ejemplo? Veamos. Recuerdo una vez en la que, así de pronto, una asambleísta que no tenía nada que hacer, se acordó de unos helicópteros que el gobierno de la revolución ciudadana había comprado varios años atrás. Eran unos siete me parece, aunque ahora ya solo quedan tres. ¿Y los otros cuatro? ¡Pues se cayeron! ¿Acaso no funcionaban? ¡Claro que funcionaban! Lo que pasa es que no volaban. Y, de hecho, antes de que sean malpensados, el Contralor General, uno que luego huyó del país, informó que no se habían detectado irregularidades en la compra de los helicópteros o, más bien dicho, ninguna irregularidad más allá del hecho de que eran helicópteros y no volaban, o que volaban unas dos cuadras, me parece, antes de hacerse pomada contra el concreto del aeropuerto. Y no se vaya a pensar que esto se debía a que eran de una marca hindú que nadie había escuchado antes ni escuchará después. Por el contrario, los informes técnicos argumentan que los accidentes se deben a errores humanos. Y yo estoy de acuerdo porque es un error humano subirse a un aparato de esos y lo es también pagar 45 millones ¡Porque corrupción no es! ¿No, verdad...?

Esta asambleísta, justo cuando todo era sonrisas, camaradería y palmaditas en la espalda por el deber cumplido, decide salir con esto de que quiere crear una comisión especial que analice qué mismo pasó. Y eso fue todo. Se armó una de esas que solo suelen armarse allí. La pobre



asambleísta no pudo ni acabar su discurso porque sus propios compañeros ya no le dejaron hablar. Y después vino la misma escena que se repite siempre cuando alguien habla allí de auditorías o rendiciones de cuentas: la gente se incomoda, se revuelve en la silla, se estresa, suda, hace café, grita, pelea, se indigna. Y se va.

Se debió solicitar un receso de diez minutos, que terminó siendo de treinta, para que nuestros honorables asambleístas pasen las iras y se pusieran de acuerdo con el método de castigo a la oveja negra. Y claro, mientras todo esto sucedía, los de la oposición, que disfrutaban a rabiar, apoyaron la moción solo para ver cómo el presidente de la comisión se resentía y se iba enojadísimo. Tanto se divertían que, mientras duraba el zafarrancho, un asambleísta de oposición, muerto de risa, tuiteaba desde su curul la crónica de la tragedia. ¿Algo fuera de lo común? No, no en verdad. Más bien un día más entre los representantes de los pueblos, una postal de la política vigente en este país que, como bien advertimos, no es el Ecuador. Pero podría ser...



UN LLAMADO A LA ALTURA

Nuevos meses y semanas de actividad política y la misma historia repetida hasta el cansancio: comentarios, insultos, réplicas con más insultos. Triste realidad que llena de adjetivos ofensivos la política y hace tanto ruido que no permite a los gobernantes concentrarse en gobernar ni a los opositores en plantear propuestas razonables. Lo digo con pena. Nuestra dinámica de debate y el mensaje que esta da a las nuevas generaciones me deja siempre un mal sabor de boca. Yo considero, y lo digo con todas sus letras, que el Plan Nacional de Gobierno, de cualquier gobierno, debe ejecutarse en su totalidad (cuestión muy improbable) si el pueblo lo ha votado en las urnas. Sin embargo, sucede con frecuencia que una excelente agenda de gobierno, llena de transformaciones necesarias y positivas en el fondo, se vuelve cada vez más difícil de defender en su forma debido a este continuo ir y venir de desafortunados comentarios que empañan la fortaleza técnica del proyecto y desplazan la atención de los puntos importantes a los puntos banales. De los hechos o proyectos a las palabras vacías.

Dejémoslo claro de una vez por todas. Denigrar a la oposición, burlarse de ella, salpicar las declaraciones oficiales de frases mordaces y comentarios hirientes, no es, entiéndase bien, defender la posición del Gobierno o viabilizar sus proyectos. Es, a lo sumo, poner la majestad de la primera autoridad al mismo nivel de quienes buscan convertir la política en un circo amarillista. Así también, insultar o calumniar al primer magistrado no es, nunca lo será, hacer oposición. Es simplemente una expresión visceral de odio o frustración que nada aporta a la política ni a la sociedad. Y no lo sostengo por aversión a la crítica, ya que el Gobierno y su oposición son dos componentes de la democracia, totalmente necesarios para su correcta evolución, que se requieren mutuamente para señalarse los puntos ciegos que la subjetividad del ideólogo, a veces, pierde de vista. La discusión, además, no tendrá –no debería tener– fin ni consenso, pues la dualidad de las dos fuerzas contrapuestas genera la tensión política que permite el avance de las ideas.



Como se sabe, en economía y política todo es relativo, nada es absoluto. Por tanto, el debate, siendo de altura, lejos de deteriorar la democracia, la alimenta y coadyuva a la renovación de la demanda política por nuevas ideas y formas de gobierno. Sin embargo, cuando el debate se matiza de adjetivos o frases sarcásticas, la relatividad se pierde y el país se divide en dos posiciones absolutas: ofendidos y ofensores. A partir de allí, ya no se podrá esperar ningún respeto a la moral, a la autoridad ni a las buenas formas, menos aún se podrá esperar un proceso sensato de construcción de ideas que permita a la sociedad entender la democracia y plantearla como el proceso de concertación razonada entre colectivos y no como una guerra de facciones entre grandes grupos de enemigos irreconciliables. No es así como se escribe la historia.

TIERRA DE NADIE

No sé, en verdad, a dónde va a llevarnos este juego pernicioso que llamamos política. La falta absoluta de diálogo, la ausencia total de liderazgo, las demostraciones cotidianas de inmadurez política y desprecio por la democracia, la actividad de gobernar convertida en una guerra encarnizada no se condicen con el servicio al país. Y existe, entre todas las absurdas figuras y abusos del poder, una que me desconcierta en particular, aquella que el Art. 148 de la Constitución conoce como *muerte cruzada*. ¿Sabe usted lo que esto significa? Simplemente que, frente a una lógica y probable contraposición entre los poderes del Estado, la falta de creatividad política no ha encontrado otra alternativa que su completa anulación para acudir a nuevos comicios electorales. Un salto al abismo. Una receta para el desastre. ¿Es acaso una burla?

No lo es. El jefe de Estado culpa a la «partidocracia» de boicotear el plan de Gobierno. La oposición sostiene que el presidente teme ser fiscalizado. El presidente aclara, por si las dudas, que, de ser preciso, podría volver a ganar las elecciones. La oposición avizora ya en el horizonte el ocaso de la revolución. Y el pueblo se pregunta ¿es esto, en verdad, todo lo que les preocupa? ¿Es tanta la vanidad política de uno y otro bando? ¿Y quién habla de la incertidumbre y el caos que se crearía? ¿Y quién habla de la acefalía en el poder, de la democracia o el respeto por el pueblo? ¿Y la imagen de nuestra nación ante el mundo? ¿Mahuad, Bucaram, Gutiérrez, Correa... no es ya suficiente?

Si antes se temía un gobierno con una fracción parlamentaria demasiado débil, después se permitió un gobierno con una mayoría aplastante que insultaba por su docilidad, y hoy finalmente, se enfrasca en un juego de falsas lealtades, desafilaciones por conveniencia y dudosas mayorías, en la que la dignidad política se vende al mejor postor. Por un lado, una asamblea en la que se llevan a cabo verdaderas maratones legislativas carentes de argumento técnico y reflexión, por otro lado, la oposición que ataca irreflexivamente y de plano todas las leyes e iniciativas. Ambos bandos buscan, más que legislar, aniquilar. ¿Quién



debe doblegarse en esta contienda? Nadie, precisamente. Circo al pueblo mandaba el César. Circo al pueblo tenemos. ¿Es que no hemos aprendido nada?

Recuerdo aquel concepto aprendido en los años universitarios: *ganar-ganar*. Un concepto simple que sostiene que, para que alguien gane, no necesariamente debe haber alguien que pierda, que podemos ganar todos. La democracia, junto a la madurez política, debería permitirnos acuerdos para lograr el mutuo bienestar. Pero el proceder político en el Ecuador es, por definición, la antítesis de este planteamiento. La falta de capacidad y los intereses personales exacerbados hasta el irracionalismo han conducido a una situación en la que si no se puede ganar entonces perdemos todos. Y en medio de este concurso de bravuconadas y amenazas se decide el futuro de una nación que, cada vez más, parece estar gobernada por un grupo de perversos infantes disputándose un caramelo. Sociedad sin memoria, tierra de nadie.

DARLE PASO

Claro que me acuerdo. Y fíjese bien que en mis cuarenta años de edad, no estoy todavía para andar con eso de «en mis tiempos». Sin embargo, me acuerdo, aun adolescente leyendo asombrado *El derecho al delirio*, de Eduardo Galeano, y el sueño de que «una mujer, negra, será presidenta de Brasil y otra mujer, negra, será presidenta de los Estados Unidos de América; una mujer india gobernará Guatemala y otra, Perú». Y a mí me parecía que sí, que era un sueño lindo, por supuesto, pero un sueño al final.

Y fíjese usted, hoy me encuentro acá, escribiendo, acordándome de mi hija y pensando que sí, que todo futuro se hace presente y que los sueños se cumplen. Ya una mujer ha gobernado Brasil y otras cuatro han gobernado Argentina, Chile, Costa Rica y Alemania, entre otras muchas mujeres que en distintos momentos de la historia han regido o presidido sus naciones. Y hasta el fútbol, ese reducto inexpugnable de los hombres, ha cedido terreno y son mujeres las que mandan y deciden en la FIFA. ¿Es esto un cambio de era? ¿Lo dejamos a la astrología y lo explicamos desde el paso de Piscis a Acuario? ¿O es el sentido común adquirido en siglos de guerras y conflictos el que nos ha dado la pauta de que, tal vez, debería ser la innata sabiduría de una mujer la que dirija el timón?

Si algo queda claro es que la historia sería más humana, menos sangrienta, si hubiera sido escrita por las mujeres. ¿Por qué? Sencillo: porque no existe una madre capaz de consentir que otra, por muy enemiga que sea, pierda un hijo en una guerra o a causa de las violentas facciones de la política. Y aunque el fanatismo haya echado raíces en algunas damas de la política contemporánea, y aunque haya sido bajo un liderazgo femenino que la Asamblea Nacional ha cumplido su peor papel, no creo que esté en la naturaleza de la mujer el comprender la política como una pelea de taberna. Yo mismo, en mi calidad de varón, mantengo mi fe en el sueño de Evita Perón de una política más humana, en el sueño de Matilde Hidalgo, de una democracia hecha de realidades y dignidades. Y admiro el coraje de Violeta Chamorro, que puso fin al medio siglo de tiranía de Somoza y al irreverente tono con el que Violeta Parra nos cantaba las verdades.



Y si bien es cierto que apenas diecisiete de los gobiernos del mundo están dirigidos por mujeres, un 9 % nada más, también es verdad que el alba despunta en el horizonte. Y aunque la Iglesia aún les prohíbe la palabra, y los fanáticos musulmanes las obligan a cubrirse el rostro, va llegando la hora de aceptar lo que hace solo cien años resultaba inaudito y hoy es una dulce certeza. Y seremos nosotros, los hombres los que tendremos que reconocer este maravilloso cambio de era. Nosotros, que hemos protagonizado tantos inviernos, deberemos al fin darle paso a la primavera.

LA BALANZA

Tienen razón quienes sostienen que una nación no es una isla y que, por el contrario, prevalece por las relaciones que logra cultivar con el resto de países del mundo. También es cierto que la razón de ser de un Estado radica en la búsqueda del bienestar y la felicidad de quienes llevan el sello de haber nacido en su suelo. Será a este propósito al que deberá subordinarse la naturaleza de la política y el intercambio internacional.

Existe una serie de instrumentos que miden cuán saludable resulta este intercambio, al menos en el plano económico. Entre ellos, el más popular, es la llamada *balanza comercial* que registra la diferencia entre lo que importamos y exportamos al mundo entero. Desde luego, un saldo positivo indica un aumento de las ventas al mundo ya sea mediante nuevos mercados, mejores precios o nuevos productos; o podría también significar que las importaciones disminuyen debido a empresas locales capaces de proveer mejores productos.

El país, sin embargo, sigue dependiendo enfermizamente de la explotación petrolera (de ahí el crimen sin nombre que vive el Yasuní), del famoso «oro negro», maldición de la naturaleza que nos ha tenido tres décadas enteras con el alma en un hilo ante el caprichoso comportamiento del precio de un barril, pues, según suba o baje, se determina la bonanza o el sufrimiento de nuestro pueblo. Y no podremos, mientras esta realidad se autoperpetúe, cantar victoria. No mientras se siga alimentando el círculo vicioso del desaforado consumismo de nuestra sociedad moderna.

A esto se suma el complejo de inferioridad y la preferencia por el producto extranjero que hemos alimentado por generaciones, lo que ha resultado en la incapacidad para generar cambios productivos de relevancia y en la consecuente vulnerabilidad de nuestra economía ante los grandes mercados internacionales. Esto, además, bajo la consideración de que nuestro Ecuador aún vive de la generosidad de la tierra y el mar. Frutas, flores, mariscos, pescado, minerales y el siempre presente petróleo configuran nuestra oferta de materias primas, insumos



para la industria de otras latitudes que luego regresan al Ecuador convertidos en bienes complejos y generalmente suntuarios.

¿Cómo es que miramos con tanta apatía el enorme esfuerzo de nuestros obreros y campesinos de pronto neutralizados y largamente superados por quienes prefieren enviar las pocas divisas que tenemos a otras latitudes al consumir productos «*made in* donde sea menos Ecuador»? ¿No nos damos cuenta de que el sector exportador, que requiere por definición mano de obra, genera incomparablemente más empleos que aquella contraparte importadora que lo anula? ¿Cómo es posible que nuestra industria textil luche a brazo partido por sobrevivir mientras el ecuatoriano perpetúa el complejo de la ropa importada? ¿Cómo es posible que en un país con tantas necesidades nos demos el lujo de cambiar de celular dos veces por año? ¿Cómo podemos fomentar la inversión de nuestras industrias en la fabricación de bienes complejos (cocinas por ejemplo) para luego apuñalarlos por la espalda con un nuevo cupo de importación? ¿Es que nos somos conscientes de lo que hacemos?

Desde luego, a un Estado responsable no le quedará otra alternativa que restringir la importación y el consumo de bienes extranjeros y esta restricción deberá hacerse con sentido común, sin influencias políticas –tareas aún pendientes– y deberá acompañarse de una verdadera política de desarrollo industrial que permita reemplazar aquello que importábamos con la misma calidad y los mismos beneficios. ¿Cómo? Mediante una política de sustitución estratégica de importaciones que comprenda las cadenas productivas e identifique qué eslabones son susceptibles de generarse fronteras adentro.

Hablamos aquí de proteger nuestra industria y de devolverle la fe en sí misma. Para eso, la política de desarrollo deberá alimentarse de una honestidad a toda prueba en la que las palancas del poder no activen permisos de importación absurdos ni bloqueen el crecimiento de alguna industria doméstica poco conveniente. Finalmente, no se trata de dólares, sino de dignidad; se trata no solo de respetar el producto nacional, sino de despertar el sentido de grandeza, ese que desterrará la mano de obra barata, pasto de explotación, y transformará el país de brazos para la siembra en la patria de mentes para el progreso.

MIL NAVIDADES

La festividad de la Navidad posee la virtud de evidenciar en el mundo empresarial –tradicional y legítimamente enfocado en la obtención de rentas– la profunda conciencia social que caracteriza a nuestra comunidad. Así, conforme avanza diciembre, se despliega una febril actividad que logra, de una manera u otra, llegar a los puntos geográficos más recónditos de la provincia y el país con la esperada funda de caramelos y algún modesto juguete que podrá pintar una sonrisa en el rostro de aquellos niños que más lo necesitan. ¿Loable actuación? Sí, definitivamente. Siempre es positivo observar el golpe de timón, al menos temporal, que reorienta la actividad productiva a la responsabilidad social.

No obstante, una vez concluidas las festividades, la premura por las demostraciones de solidaridad desaparece, con honrosas excepciones, con la misma premura con la que se presentó, hasta el año entrante cuando, nuevamente, llegue el tiempo del impuesto a la conciencia. Alguien alegará que las empresas no son fundaciones y que ninguna organización comercial dura mucho si se dedica a dilapidar sus recursos en una interminable beneficencia. No le faltaría razón, desde luego. Además, zapatero a tus zapatos, existen otras organizaciones con propósitos benéficos, justamente para dejar a las empresas hacer lo suyo, es decir, generar trabajo y riqueza para la sociedad.

No obstante, la flexible sociedad moderna ha logrado crear una alternativa a medio camino entre el altruismo y la rentabilidad, una alternativa que, en la jerga empresarial se conoce como *responsabilidad social corporativa*. El concepto se refiere a la herramienta administrativa que ayuda a activar el comportamiento ético de la organización logrando al mismo tiempo un beneficio rentable, es decir, el reforzar lazos de solidaridad con nuestra comunidad puede resultar en una nueva imagen de compromiso social que contribuye, y mucho, al rendimiento de la empresa en el mercado. Es un valioso recurso intangible que podría determinar la permanencia del negocio en el tiempo.



¿Cómo hacerlo? Para empezar, podría buscarse evolucionar desde la conocida ética social, que simplemente busca el cumplimiento de los preceptos legales, a una verdadera intervención social estratégica que, al tiempo que mitiga los desajustes sociales, incrementa el nivel de posicionamiento de la empresa en el mercado. ¿Legítimo? Totalmente. Recordemos que el verdadero propósito de una empresa es lograr rendimientos positivos con los cuales responder a sus trabajadores y accionistas. Si esto puede hacerse mientras se diversifican los frentes de influencia positiva en la sociedad, estaríamos ante un ganar-ganar, que solo podría traer consecuencias positivas a quienes lo practican.

En resumen, inversión social e inversión productiva ya no tienen por qué ser dos concepciones opuestas, así como *productividad* y *solidaridad* tampoco lo son. Por el contrario, una correcta visión estratégica de la responsabilidad social podría dar lugar a que las empresas alcancen un doble desarrollo, un desarrollo más integral en el que la misma actividad comercial productiva sea el origen de un modelo de desarrollo distinto. Este modelo debe ser más eficiente, mostrarse más sensible a la realidad humana, generar solidaridad y desarrollo en serio, cada día, todo el año. Así podremos celebrar una y mil Navidades...

DE PERROS Y GATOS

Ha sido una constante a lo largo de toda la era petrolera que, casualmente, es también la era democrática: el petróleo, bendición y maldición de nuestro suelo y principal producto de exportación, no ha logrado jamás levantarse del banquillo de los acusados. Y no entiendo cómo, en casi cuarenta años de explotación petrolera, no hemos logrado concertar ni un solo un buen negocio con el petróleo. Ni uno solo. Desde las delirantes apelaciones a la soberanía que nos han embarcado en una guerra sin cuartel contra las multinacionales petroleras hasta los incomprensibles negocios de preventa con la China, la historia petrolera se ha escrito desde una seguidilla de fracasos y decepciones que, hasta la fecha, no le han hecho ningún favor a nuestra economía.

Se podrá responder que ya era hora de defender los derechos de las tribus ancestrales que pueblan el Oriente ecuatoriano. Y alguien más celebrará que ya era hora de detener la catástrofe ambiental que las multinacionales del petróleo han protagonizado en nuestra selva. Incluso podría aducirse que ya era tiempo de cambiar los abusivos contratos de operación por una nueva modalidad que le permita al Estado incrementar sus beneficios. Y tendrían razón. Sin embargo, ¿de qué ha servido lograr mejores contratos de explotación petrolera si estos se traducen en gigantescas multas dictadas por los tribunales internacionales? ¿De qué sirve parar la agresión a los pueblos ancestrales y la madre naturaleza por las multinacionales si las mismas prácticas continúan por mano de nuestro propio gobierno?

Además, según sé, el asunto de la soberanía va para todos. Luego, ¿cómo es que defendemos tan valerosamente nuestra soberanía ante las multinacionales norteamericanas o europeas y, al mismo tiempo, permitimos, por ejemplo, que PDVSA inicie sin mayores explicaciones la venta de millones de barriles de crudo extraído de los campos de Petroecuador?, ¿cómo permitimos convenios por los cuales la nueva vendedora del petróleo ecuatoriano, que no es ecuatoriana, mande a los barcos compradores, que



tampoco son ecuatorianos, a cargar el hidrocarburo en el puerto de Balao, en Esmeraldas, que sí es ecuatoriano? ¿Algo se me escapa? Espero que sí, porque, aunque me rompo la cabeza buscándole el lado bueno al negocio, no lo consigo. Buen amigo es el gato cuando no araña, dice el refrán.

Lo peor no es el hecho, sino el patrón de una historia recurrente que se repetirá mientras insistamos en depender irrestrictamente de un solo producto, que antes fue el café, el cacao, el banano y ahora es el petróleo. Es una economía eternamente dependiente de los caprichosos vaivenes de un mercado y de los tratos que, con mayor o menor fortuna, se hacen a su alrededor. Es una economía orientada hacia afuera, en la cual pagamos cuando compramos y cuando vendemos también. Es una lotería de materias primas, que es el único vínculo del Ecuador con la economía mundial, mientras el sector primario exportador, con sus altísimas tasas de crecimiento, es incapaz de transferir su rentabilidad al resto de la vulnerable economía que se estanca y se deteriora sin lograr visualizar un impacto real en la calidad de vida de la población.

Queda la certeza de que este recurso natural limitado, abundante pero limitado, algún día no muy lejano se terminará ¿Y qué vendrá entonces? ¿Volveremos a buscar un recurso único y sin valor agregado para entregarnos en alma y vida a explotarlo y a repetir el ciclo? ¿Es que no hemos aprendido nada de la historia? Verdad lapidaria: solo la diversificación de producción, el manejo consciente de la enorme riqueza de nuestro suelo y la soberanía sobre nuestros productos y, cosa nueva, sobre los procesos comerciales que los involucran, podrán marcar una diferencia. Hasta entonces, estas historias de amigos que, de tiempo en tiempo nos dan la espalda, se repetirán sin final posible porque, como reza el refrán: «Cuando de por medio hay un buen trato, amigos pueden ser el perro y el gato».



TRISTE RECUERDO

Hay en verdad muchas formas de contar la historia del Ecuador. Se la puede contar desde sus líderes y desde sus tiranos, desde sus triunfos y sus fracasos, y también, por qué no, desde su moneda. Para contar esta historia habría que comenzar, como es natural, por la época Colonial y por la existencia de aquellas monedas marcadas con imágenes de reyes, castillos, leones y demás símbolos pensados para mostrar el poder de la Corona Española sobre nuestra tierra. Luego deberíamos aludir a las guerras de la independencia, y no tanto a sus gloriosas epopeyas sino al enorme gasto económico que estas demandaron. A continuación, iríamos al inicio de nuestra vida republicana, marcada por la aparición de aquellas frágiles monedas que, aun siendo de menor contenido, mostraban ya la imagen de nuestros propios símbolos.

Finalmente, llegamos a la primera Constitución del Ecuador independiente y a la primera Ley de Monedas de 1831, por la cual se creaba la Casa de la Moneda de Quito. Allí fue donde se acuñaron con plata las primeras monedas, sucres para ser precisos, que evidenciaban una todavía incipiente identidad nacional. Los Andes, el Sol, el majestuoso cóndor y por supuesto la icónica imagen de Antonio José de Sucre aparecieron en el diseño de nuestra primera moneda nacional. Muy poco duró la vida de este primer instituto emisor que terminó por desaparecer menos de tres décadas después de haber visto la luz. ¿Las razones de tan efímera existencia? Pues sencillo. Regido por un congreso que respondía más a la política que a la técnica económica, carente de capital, pésimamente equipada y constantemente abandonada por los sucesivos gobiernos, su suerte quedó echada un 28 de noviembre de 1865 cuando, tras un contundente informe del Ministerio de Hacienda, el presidente Jerónimo Carrión sancionó un decreto por el que desaparecía la Casa de la Moneda y destinaba sus instalaciones al Colegio Nacional de Quito.

Después llegó el caos. La emisión nacional de moneda y de los primeros billetes quedó a cargo de los bancos particulares. El primero de ellos fue el Banco Particular de Luzárraga, en el Guayaquil de 1859. Casi enseguida



aparecieron, con los mismos fines, el Banco Particular de Descuento y Circulación (1861), el Banco del Ecuador y el Banco de Quito (1869) y el Banco de Crédito Hipotecario (1871) cuyo propósito, además, era financiar la obra pública del Estado. Y no terminaría allí, continuó la política monetaria en manos de los bancos privados cuando el Banco de la Unión (1880), el Banco Internacional (1882), el Banco Anglo-ecuatoriano (1884), el Banco Territorial (1886), el Banco Internacional (1894), el Banco Comercial y Agrícola (1895), el Banco del Azuay (1914), la Compañía de Crédito Agrícola e Industrial (1921), el Banco de Descuento (1923) y finalmente el Banco del Pichincha (1924) se embarcaron en sus propios proyectos de emisión monetaria por fuera de cualquier regulación estatal.

Fue una época caótica en la que la proliferación de bancos emisores no era más que el reflejo del creciente poderío económico de los grandes grupos de poder, especialmente en la Costa ecuatoriana. Por otra parte, era la viva imagen de la penuria fiscal que obligó a los gobiernos a transar con esos bancos tanto en lo referente a emisión como a préstamos. Era, en suma, el resultado del manejo económico y administrativo de una serie de gobiernos débiles y corruptos que amenazaban con hundir al Ecuador, aún más, en el caos monetario que la República venía viviendo desde 1832.

Tendría que llegar el año de 1926 para que la Caja Central de Emisión y Amortización fuera encargada de conducir la transición desde la moneda emitida por los bancos privados al manejo único del circulante monetario mediante la creación de un Banco Central. De hecho, los primeros billetes del Banco Central del Ecuador Sociedad Anónima circularon recién en 1928. ¡Quién hubiera imaginado en aquel entonces que nuestra moneda nacional no llegaría a cumplir más que 72 años de vida! ¡Quién hubiera imaginado que aquel domingo 9 de enero del año 2000, totalmente acabado en su prestigio y en su poder adquisitivo, veríamos morir al sucre y verlo reemplazado por el dólar, esa moneda ajena creada un 2 de abril de 1792 por el Gobierno de los Estados Unidos!

Los antecedentes todos los recordamos. Una huelga nacional de gigantescas proporciones y un Gobierno al borde del abismo, de todas formas habría de caer a manos de los indígenas y los militares 12 días después; un decreto por el que se congelaban los depósitos del pueblo en los bancos privados, tremenda decisión que buscaba rescatar lo poco que quedaba del sistema financiero nacional; el sucre, en sus momentos finales, alcanzando el inverosímil tipo de cambio de 25 000 unidades por dólar. Y no, no hubo ningún estudio técnico o social de transición. Hubo únicamente una decisión política desesperada por la que nos lanzamos a una aventura que no hacía más que formalizar lo que la sociedad venía haciendo por su cuenta desde hacía meses: utilizar al dólar como el único refugio para preservar el valor de los salarios y depósitos ante el devastador efecto de las devaluaciones y la desatada inflación.

Finalmente, ¿qué fue o es la dolarización? En breves rasgos, podría comprenderse como un proceso mediante el cual se reemplazó la moneda de uso corriente por el dólar, que pasó a ser el nuevo y único medio para reserva de valor, unidad de cuenta y medio de pago. ¿Decisión acertada? La verdad es que hoy, a décadas de distancia de aquel triste recuerdo, quedan grandes interrogantes. Sería insensato negar la estabilidad, la recuperación del ahorro o la reducción de las tasas de interés y la inflación, pero tampoco se debería dar la espalda a los profundos limitantes que plantea este sistema que, a fuerza de tirar de las riendas para frenar al potro desbocado, amenaza también con romperle el cuello. Y es que, por más cómoda que resulte la divisa extranjera, no se puede ignorar la pérdida de señoreaje, la inflexibilidad monetaria, la incapacidad de devaluar o financiar el déficit presupuestario ni la completa y demostrada vulnerabilidad ante los shocks externos del impredecible mercado internacional.

Limitaciones, todas ellas, que hoy más que nunca sentimos en carne propia, hoy que vivimos las secuelas de tantos y tantos gobiernos que jamás comprendieron la lógica de la dolarización y que utilizaron esta suerte de estabi-



lidad artificial que el dólar ofrecía para iniciar un largo e irresponsable despilfarro que se traduce en enormes dificultades para financiar el presupuesto. Este financiamiento, que permitiría inyectar de recursos frescos, sostener el modelo y encarar el tremendo peso fiscal, en realidad está compuesto de deudas y burocracia que hoy más que nunca presionan al actual sistema monetario.

Y no, no es reciente el espejismo. Ya desde el 2008 veníamos desbaratando el equilibrio entre aquella reserva internacional de libre disponibilidad, los «innecesarios fonditos» como le gustaba decir al oscuro Rafael Correa, la moneda corriente, el encaje bancario y los depósitos del sector público y privado. ¿Y a quién le importaba que las reservas internacionales comenzaran a derrumbarse cuando, en el 2015, la China nos entregaba 2 300 millones de dólares a cambio de comprometer la producción petrolera varios años en el futuro? Seguro pensábamos que los dólares del petróleo iban a ser eternos. No lo fueron. El resultado es que hoy, los pasivos a corto plazo de la economía, las deudas en lenguaje profano, duplican y superan por mucho las reservas nacionales.

¿Mesa servida? Es difícil imaginar una mesa servida ante el escenario de un nuevo gobierno al que le corresponde financiar un colosal déficit fiscal que las cifras oficiales fijan en varios miles de millones, una cifra astronómica que, de conseguirse, muy probablemente vía endeudamiento, se destinará al servicio de deuda externa y, con un poco de suerte, al pago de contratistas del Estado. No habrá allí un solo dólar para reactivar la economía, lo que significa que, adicionalmente, habrá que buscar financiamiento para solventar las necesidades de crecimiento estructural y algo más para acumularlo en esas reservas que al final del día resultaron ser muy necesarias.

En esencia, lo cierto es que, más ricos o más pobres, las asignaturas pendientes se mantienen: disciplina fiscal, lucha contra la corrupción, atención a la balanza comercial y orientación al desarrollo social. Y se mantiene, sobre todo, la urgencia de aprender a planificar nuestro futuro como sociedad para que, sea cual fuere el próximo modelo, entremos en él de forma voluntaria y no como el desenlace de una tragedia que, de tanto en tanto, parece reproducirse. Una tragedia que pesa como una página negra en la historia nacional, como un recuerdo de esos que uno preferiría olvidar.

EL DESAFÍO DE NUESTRO TIEMPO

El tema del emprendimiento es, hace ya algunos años, una prioridad en la agenda pública y académica. Los números no mienten. Nuestra economía local está basada en las pequeñas empresas. Estas nos sostienen y crean riqueza, absorben a la inmensa mayoría de trabajadores. Sí, los números son claros. Sin embargo, ¿por qué es, entonces, tan difícil lograr una cultura de emprendedores? ¿Por qué nos cuesta tanto motivar a nuestros jóvenes para lanzarse a la aventura de crear una empresa? ¿Por qué las universidades siguen graduando empleados que buscarán ocupar una plaza de trabajo en vez de crearla? Porque los números son claros, pero también son fríos. Porque los números no mueven a las personas. Lo hacen, sí, sus creencias y sus convicciones.

Así entonces, cabría preguntarse ¿qué y quién es este tan mentado emprendedor? ¿De qué está hecho este individuo que deja la comodidad del horario estable y el salario fijo para embarcarse en una aventura de resultados inciertos? ¿Cómo funciona la mente de quien prefiere la vida en esta sociedad llena de desafíos a la vida en los países que ya han logrado la serenidad económica? ¿De dónde nace tanta energía y curiosidad? Probablemente, el estereotipo popular lo imagine como un personaje carismático e inquietante, ligeramente parecido a un mago, capaz de erigir una empresa exitosa de la nada y de modificar su propia realidad, día con día, con base en una extraña habilidad para detectar nuevas ideas e introducirlas en la sociedad transformadas en innovaciones, en la sociedad.

Al contrario de lo que podría parecer ciencia oculta, el secreto está en nuestro cotidiano vivir. Es en medio de lo cotidiano donde se agazapa el elemento inventivo, la innovación empresarial, la gran idea susceptible de desarrollarse para quien esté dispuesto a cultivar el hábito. La creatividad, parte misma de la condición humana, elevada a nivel de propósito empresarial podría convertir a un simple mortal en un empresario en potencia, en un productor de riqueza social, en parte del motor que anima la economía de un país cuyo progreso no descansa en las grandes corporaciones, sino en las redes productivas, en



los entramados empresariales tejidos por las manos de miles de microempresas. Es en esos pequeños talleres y comercios, creados y fundados a pulso, donde aguarda el futuro del país.

Y si bien es cierto que la sociedad brinda algunas valiosas alternativas para apoyar técnica y financieramente a quienes deciden echarse el futuro a los hombros, también es cierto que queda mucho por hacer. Y son muchos los que lo necesitan. En el Ecuador, el problema no está en la cantidad de emprendedores, que son muchísimos, sino en las aterradoras tasas de mortandad empresarial que neutralizan, por no decir eliminan, el esfuerzo creador e inhiben el potencial creativo de nuestra gente, impotente ante la maraña legal y el arduo acceso a las limitadas fuentes de capital semilla. Estéril esfuerzo en un entorno donde el que desee emprender, lo hará «a pesar de» y no gracias a la sociedad y el mercado, y solo contando con el único auxilio de la creatividad y constancia.

Es posible que lo que nos falte por comprender es que los verdaderos emprendedores, aquellos geniales jóvenes que inventan productos y servicios, capaces de cambiarle la cara al mundo, no actúan por dinero ni por la fama, ni lo hacen tampoco por los autos de lujo o las grandes mansiones. Lo hacen por algo más: por su país, por darle una oportunidad a su pueblo y a su gente, para convertir el mundo en un lugar mejor. Y lo hacen simplemente para manifestar la más bella de las cualidades del ser humano, el origen mismo de la divina semejanza: la gracia suprema de imaginar, inventar y crear. Lo hacen, en resumen, para darse el lujo de abandonar la gran masa gris de seres humanos que cuentan los minutos para que el reloj del trabajo marque la hora de salida para llegar al fin de semana y salir del trabajo al que sienten como una prisión. Y lo hacen para no formar parte de las legiones de trabajadores que anhelan el domingo y temen el lunes, la hora siniestra de regresar al trabajo que no les gusta, al que asisten nada más que por el cheque de fin de mes. Vida vacía. Vida gris. No. No es eso lo que merecemos.

Por eso, la magia de los emprendedores no radica tanto en las geniales innovaciones de las que suelen ser autores, sino en sus razones. Radica en su necesidad de ser auténticos, de compartir con el mundo su ingenio, su pasión por crear y por dejar claro aquello en lo que creen y que es lo que defienden. Su habilidad mayor está en esa capacidad para invertir la lógica. No parten de un producto que debe embutirse sin más en el mercado, sino de un sueño, de una convicción, de una filosofía de vida que otros, sus clientes, comparten y luego, si esto se traduce en grandes productos e innovaciones, pues bienvenido. ¿El dinero? El dinero es solo una consecuencia.

La sociedad tiene parte en esta responsabilidad. Tiene el deber de formar una cultura profesional de emprendedores, una cultura capaz de llevar a buen puerto las incontables ideas que pueblan la mente de nuestros jóvenes. ¿Cómo lo conseguirá? Combinando el potente motor del sector privado productivo con las garantías del Estado y con la brújula de la academia. Solo así se podrá forjar este nuevo Ecuador donde las empresas basen su productividad en la búsqueda de la calidad y en la responsabilidad social. Este es el verdadero desafío de nuestra generación y de nuestro tiempo. Antes de enseñarles a nuestros emprendedores cómo realizar un plan de negocios o una proyección financiera, debemos enseñarles que el emprendimiento es más bien una actitud, una forma de entender la vida, una manera de lanzarse a la aventura del ingenio humano enriquecida por la generosidad de compartirlo con los demás. Eso. Simplemente eso...

APATÍA

¿Cómo entender o dimensionar la inmensa apatía que nos agobia? ¿Será tal vez uno de los males endémicos de nuestra generación? ¿De las nuevas generaciones? ¿O será tal vez el resultado de este bostezo existencial en el que los ideales y las grandes revoluciones se van perdiendo? Se van sacrificando en el altar del consumismo, en el vivir para tener, en el vivir para comprar, en el altar del populismo, en el vivir para votar y elegir otra vez a los encargados de perpetuar el espejismo, para que termine un gobierno y nos permita elegir otro igual o peor. Vivimos esperando que termine el día, contando los minutos en el reloj de la oficina, las horas hasta el próximo fin de semana, los meses para que termine un año. Presos sin cárcel. Presos de nuestros hábitos y decisiones.

¿Es esa la vida que merecemos? ¿De verdad? Lo cierto es que la apatía parece ser el nuevo signo de nuestros tiempos, y está reflejada en los ojos de nuestros jóvenes: apatía por cambiar, apatía por aprender, apatía por participar, apatía por vivir. Y desde luego no es esta nuestra naturaleza. Por el contrario, es la curiosidad por la vida y la pasión por aprender y trascender lo que anima el espíritu humano. Es la vocación por crear lo que define la condición humana. Y ha sido siempre la rebeldía y esa participación trascendente la condición de nuestro pueblo. ¿Cómo es entonces que hemos mirado apagarse nuestra llama? Por nuestros hábitos. Por haber convertido en hábito el dejar que otro actúe, que otro aprenda, que otro decida.

Pero los hábitos cambian. Y empiezan por cada uno. Por buscar esa primera victoria privada. Por negarse a sí mismo el derecho a la tibieza y forzar, si fuese necesario, el ánimo y la proactividad. Y empiezan reemplazando en nuestra mente el «nada se puede hacer» por la voluntad de abrir nuevos caminos y encontrar nuevas alternativas a la política y a la rutina, alternativas a la vida que no queremos vivir. Y esto implica tener el valor de elegir en vez de esperar que alguien más elija por nosotros, salir de la perniciosa zona de confort a la que nos confina la rutina, romper lo que damos por sentado, entrar en esa zona de reto y desafío donde se intenta lo no intentado, lo des-



conocido. Allí es donde esperan por nosotros las nuevas alternativas, el cambio, el progreso, la pasión por vivir. Allí aguardan las nuevas aventuras y los nuevos horizontes, la nueva sociedad más libre y democrática. El futuro.

¿Que habrá quien intente cercar el camino? ¿Que habrá amenazas y calumnias? ¿Que habrá momentos de miedo? Sí, los habrá. Y será bueno, ya que nos indicará que estamos avanzando, que estamos cambiando, que aunque cometamos errores ya estaremos en marcha. Y el verdadero valor consistirá más que en no sentir miedo, en no permitir que paralice el caminar. El seguir adelante pese a todo. Solo al principio si fuese necesario. Ya verá usted que pronto otros se unirán...

EL PODER DE UNA VISIÓN

Estimado lector, imagino que si lo encuentro leyendo estas breves líneas estará usted disfrutando de un momento libre y alejado, al menos en parte, de las mundanas preocupaciones de lo cotidiano. ¡Aprovechemos entonces el raro momento! Y hagámoslo mediante un ejercicio al que lo invito a participar. Vamos. Siéntese cómodamente en su sillón favorito y relájese.

Imagínese a sí mismo dentro de unos años. Los amigos algo cambiados, los hijos un poco mayores y usted mismo, un poco más entrado en años, con sus aspiraciones cumplidas, habiendo logrado en alguna medida lo que deseaba de la vida. Imagine también una tarde apacible, algunos años después, disfrutando su vejez junto a sus seres queridos, esperando con tranquilidad la hora de pasar a un nuevo oriente. ¿Qué diría entonces sobre lo que ha sido su vida? ¿Estaría satisfecho con lo conseguido? ¿Habría sumado con su vida a la gran tarea de construir un mundo mejor? Ahora imagine frente a usted un pedazo de papel y un lapicero. Decida escribir. Describa los grandes resultados conseguidos, las razones defendidas, el ejemplo dado, lo construido... ¿Lo ha hecho ya? Bien. Ya está. Aquello que escribió es su *visión personal de la vida*. Regrese a este día, en medio de este presente confuso y caótico, recuerde sus verdaderos objetivos, lo que es importante, y replantee sus prioridades.

Esa visión, compartida y sumada a la de todos sus pares, es lo que se llama *visión generacional*. Haga acopio de tolerancia y respeto por sus mayores y sus menores para incluir sus visiones generacionales en la suya y ya está. Esta es la *visión de nuestra sociedad*, la que hoy no existe, aquella que señala el camino de los pueblos y de la cual el Ecuador ha carecido por demasiado tiempo. Esta carencia es, por lo tanto, la principal causante de esta recurrente incapacidad para ponernos de acuerdo sobre lo que queremos hacer de nuestro país, de este permanente juego de suma cero, de este interminable borra y va de nuevo que nos ha mantenido discutiendo y patinando, por décadas, sobre temas que deberían haberse resuelto hace rato por medio del sentido común y el acuerdo social.



¿Cuánto tiempo hemos combatido la corrupción, los exilios, el irrespeto por la democracia, la debilidad institucional, la oposición irascible, los insultos, los juicios... sin ningún resultado? ¿No les da la idea de que todos estos políticos son los mismos, con nombres y fechas cambiadas, que aquellos que recordamos de nuestra niñez? ¿No sufrimos ahora por el petróleo, lo mismo que antes sufrimos por el banano, el café o el cacao? ¿Es posible que estemos asistiendo, una y otra vez, sin tregua posible, a una misma función? Ya Santaya, el viejo filósofo, nos advirtió: «Quien olvida su historia está condenado a repetirla».

Creo y mantengo que nuestro principal deber como sociedad y nuestro principal legado tendrá que ser un país con objetivos, es decir, formar esa visión de nuestra sociedad. ¿Qué nos legó Bolívar sino un sueño de unidad? ¿Qué nos legó Alfaro sino la capacidad de imaginar el progreso? ¿Qué más podemos legar nosotros? ¿Qué necesidad es más acuciante que esta, que las incluye a todas? Cada cosa, cada ser vivo tiene su razón de ser y cada nación también. Y en esa certeza de propósito se encuentra toda la capacidad, toda la riqueza, toda la fuerza de un pueblo.

NUESTROS SÍMBOLOS

Varios han sido a lo largo de la historia los pabellones nacionales que han ondeado sobre nuestro suelo y que nos han representado ante el mundo. El primero fue el estandarte español que se nos impuso durante la Colonia y fue brevemente reemplazado por aquella hermosa bandera roja con asta blanca que los próceres de 1810 levantaron durante la corta e inmensa gesta del Primer Grito de Independencia. Vendría después aquel pabellón de Olmedo, inspirado en el ideal masónico, que alternaba el azul y el blanco, inmenso estandarte que flameó sobre la gesta del heroico del 9 de Octubre de 1820 y representa aún, entre otros, al pueblo guayaquileño y a las fraternas repúblicas de la Argentina y el Uruguay.

Sin embargo, sería el glorioso tricolor de la Gran Colombia, nacido del genio de Miranda, el que presidió la epopeya de la independencia. Sería el amarillo, azul y rojo el que enarboló Sucre en el Pichincha y La Mar en Ayacucho. Bajo este pabellón nuestro territorio se anexionó a la Gran Colombia y fue el mismo pabellón el que sería definitivamente adoptado en septiembre de 1860 cuando García Moreno, luego del triunfo sobre Franco, lo consagró como la insignia del Ecuador. La acción fue legitimada después por el mismísimo Alfaro en 1900 y ratificada por la Convención Nacional de 1861 y de nuevo en 1955, cuando se estableció de una vez y para siempre la bandera y el escudo nacional.

¿Qué es entonces lo que significan nuestros símbolos sagrados? Las muchas interpretaciones de su simbolismo podrían llevarnos desde la filosofía, pasando por el profundo americanismo que nació en las glorias independentistas, hasta la política inclusive. La doble franja amarilla, antes referida a la Federación de la Gran Colombia, hoy simboliza las incontables riquezas de nuestro generoso suelo. Sin embargo, filosóficamente adquiere un significado mayor: simboliza la espiga que renace de la tierra, el ave fénix, el fruto que muere dentro de la Pacha Mama y renace a la luz del nuevo día. La luz de la consciencia americana que renace desde las sombras del yugo, el deber absoluto de proteger para siempre la llama del ser humano libre, de no permitir que nadie ni nada la apague jamás.



El azul, que en la bandera gran colombiana representaba al Océano Atlántico que nos une a Europa, en nuestro estandarte simboliza la riqueza de nuestros mares. Sin embargo y más allá, representa también el valor de la independencia, la libertad que fecunda las almas y la sagrada tarea de cuidar que jamás se proyecte sobre nuestro suelo la sombra del tirano. El rojo, por último, que para Miranda significó a la Madre Patria, en nuestro ideario representa la sangre derramada en nuestros campos de batalla para regalarnos la identidad.

En el centro del hermoso pabellón se contempla el escudo de armas ovalado, protegido siempre bajo las alas inmensas y desplegadas del mítico cóndor andino. Alberga en su centro al Inti, el dios sol de los incas, y a los símbolos del zodíaco que nos recuerdan a los memorables meses de marzo, abril, mayo y junio cuando se produjeron nuestras gestas mayores. Bajo el Sol, brilla inmaculada la cumbre más alta del mundo que es la cima del Chimborazo. De esta nace un río por el que navega el primer barco de vapor de América Latina llevando por mástil un caduceo para evocar la navegación y el comercio. Todo reposa sobre los haces consulares de la dignidad republicana y se adorna con ramos de palma y laurel.

Esos son nuestros símbolos. Pero ¿por qué resultan tan sagrados? ¿Por qué deben honrarlos las inteligencias modernas de esta sociedad que busca romper sus viejos paradigmas? Pues la respuesta es sencilla. Un símbolo, del latín *symbolum*, representa la forma humana de exteriorizar un pensamiento o idea abstracta que no se puede describir o verbalizar. Estas ideas en nuestro pabellón evocan la unidad, el patriotismo, la libertad, la consciencia y el progreso, ideas que merecen honra y reverencia, pues representan lo mejor del espíritu humano. No se trata del amor cursi por aquel pedazo de tela que ondea orgulloso al viento de los Andes, sino del profundo respeto por el

pueblo, de la ira implacable contra el que quiera dañarlo, del amor activo por la patria que renuncia a la contemplación y se transforma en trabajo, del vínculo que nos une con las naciones hermanas que lo comparten. Se trata, en definitiva, de un compromiso con la patria grande, del poderoso futuro de nuestro pueblo, del orgullo de ser quienes somos.

NATURALEZA O CONSUMO

A Eduardo Galeano, por la inspiración

Las fechas, desde luego, son muchas. Empecemos por el 22 de marzo, cuando se celebra el día mundial del agua, pasemos por el 22 de abril en el que se conmemora el día de la Tierra, continuemos hasta el 5 de junio en el cual recordamos el día del Medio Ambiente y hasta el 19 de noviembre que se ha establecido como el día del Aire Puro. En el camino seguramente habremos olvidado muchas fechas de orden local instituidas por gobiernos u organizaciones particulares que, sin embargo, cumplen un mismo fin: organizar y reeditar innumerables foros, conferencias y simposios que buscan debatir interminablemente –envueltos en el complejo y ambiguo lenguaje de los técnicos– un problema concreto que todos conocemos bien, la agonía del planeta y el desesperado llamado de una humanidad enloquecida que, desde hace poco, ha reparado en el colosal daño causado a la única casa que posee para habitar.

Hace poco, un grupo de expertos en el clima y la salud, provenientes de la Agencia Sanitaria del Medioambiente y el Trabajo (AFSSET, por sus siglas en inglés), indicó que el cambio climático es ya una contundente realidad que, además, ha empezado a mostrar algunos efectos indiscutibles en la salud. Se refería de forma apocalíptica a una feroz expansión de las enfermedades respiratorias, los problemas cardiovasculares y los cánceres cutáneos, todos ellos causados por la sobre exposición a los rayos solares que, poco a poco, van dejando de ser el origen de la vida para convertirse en unos silenciosos asesinos de los que debemos huir espantados. También proclamaban estos técnicos una nueva cultura de la adaptación que, básicamente, trata del cómo aprender a vivir cuidándonos de nuestro propio planeta.

¿Les parece que estamos exagerando? Ojalá y lo estuviéramos. Sin embargo los números no mienten: el mundo está enfermo y somos nosotros los culpables ¿Todos? Habría que empezar por recordar que, estadísticamente hablando, el 20 % de la humanidad –concentrada en Euro-



pa y Norteamérica- es la que comete el 80 % de las agresiones contra la naturaleza, un punto más que se suma la larguísima lista de agresiones perpetradas por este grupo infame de naciones que insistimos en llamar *primer mundo* o *países desarrollados*, cosa que cada vez más suena un poco a una broma de mal gusto.

Estos Gobiernos y las grandes transnacionales llevan décadas envenenando el entorno y, solo de vez en cuando recuerdan pagar el impuesto a la mala conciencia desembolsando un valor menor para «reparar el daño» en alguna selva, páramo, mar o río que ha quedado estéril para siempre. Triste recuerdo será para nosotros, los ecuatorianos en especial, el cataclismo ambiental provocado por las petroleras extranjeras en lo que alguna vez fue nuestra orgullosa Amazonía; triste recuerdo será para la amada Cuenca el desastre de Río Blanco. Desde luego que aquellas grandes corporaciones, que de vez en cuando se compadecen y arrojan algunas migajas a alguna organización de defensa ambiental, no actúan siempre por pura empatía con la madre tierra, sino, la mayoría de las veces, porque la responsabilidad ambiental constituye buena publicidad. Por eso, no dudan en imprimir en tinta verde millares de catálogos y reportes donde, en cada página, se repite la palabra *ecología* mientras, en los hechos, siguen imponiendo un ritmo de contaminación sin precedentes en la historia.

No olvidemos que los EE. UU. son los autores del 25 % del CO₂ que respira el mundo y que fue ese país el que primero retrocedió aterrado y repudió todas las formas posibles el legendario Protocolo de Kyoto y, tras él, todas las iniciativas orientadas a la concertación internacional para reducir las emisiones causantes del efecto invernadero. No sorprende, estimado lector, porque en la práctica todo el mundo es ecologista hasta que alguna medida concreta afecta su bolsillo o limita la libertad de contaminación. Entonces desaparece el disfraz de jardinero y los nuevos discursos suenan más o menos así: «los ecologistas son defensores de la ineficiencia y no entienden nada de nada sobre la producción y la inversión extranjera en una socie-

dad moderna». Esto sucede, además, mientras los países del Sur, cautivos en un servicio de deuda que demanda 250 mil dólares por minuto, aceptan que se siga atestando sus sociedades de productos y chucherías prohibidas hace décadas en el mundo desarrollado.

Dicho de otra manera, el mundo, o lo que queda de él, parece doblarse ante el imperio y sus súbditos, enfermas sociedades de consumo que basan su supervivencia en la explotación y aniquilación de la naturaleza. En tanto esto sucede, la humanidad entera paga las consecuencias de la intoxicación de las aguas, la enfermedad de la tierra, el envenenamiento del aire, la extinción de las especies, el desquiciamiento del clima y la explotación irracional de los últimos recursos naturales no renovables que nos quedan. Dicho esto, no puedo evitar pensar que todas estas complejas legislaciones y este intrincado sistema de cumbres y convenciones en las que los gobiernos llegan a solemnes acuerdos ambientales que después nadie cumple sirven para ocultar una contundente verdad: el tema del medio ambiente ha empezado a vaciarse de contenido y a servir de coartada a la sociedad de consumo, sociedad que, además de envenenar el planeta, ha empezado a envenenar las conciencias. Hoy son cada vez menos los activistas y cada vez más aquellos que miran impasibles cómo, poco a poco, el mundo a nuestro alrededor desaparece.

¿QUÉ HACER CON LA VERDAD?

El libro sagrado de la tradición judía, la Torá, tiene una característica singular que consiste en que, aun siendo la base de una de las religiones más antiguas, jamás ha sido divulgado (del verbo latino *divulgare*, que significa 'dar al vulgo'), es, por decirlo así, un texto cuyas antiguas enseñanzas se reservan para quienes son capaces de comprender. Este inmenso acierto que, de haberse comprendido a tiempo por la Iglesia, le hubiera ahorrado ríos de sangre y siglos de miedo a la humanidad. ¿Por qué razón? Porque la gran mayoría de atrocidades y abusos de la Iglesia han partido de la interpretación libre y arbitraria de un texto tan ambiguo y metafórico como la Biblia. ¿Y por qué hablamos de esto? Lejos de una disquisición metafísica, la intención no ha sido más que hacer el preámbulo de una reflexión mucho más mundana. Veamos...

Corría el mes de mayo del año 2007 cuando se creaba la famosa Comisión de la Verdad con el fin de investigar y esclarecer nuestro negro pasado político e imponer, de una buena vez, justicia de forma imprescriptible y no susceptible a indultos o amnistías. Tres años después veía la luz un singular documento que supera las tres mil páginas y que resume en seis tomos los fosos más sombríos de nuestra historia republicana. Este archivo, que nació bajo el título de «Informe de la Comisión de la Verdad», tuvo como objetivo explorar los largos años de violencia política de nuestra maltratada democracia y escrutar la corrupción innumerable, los secuestros, las muertes bajo custodia, las desapariciones forzadas, las torturas, los tratos inhumanos, las violaciones a los derechos humanos por parte del Estado.

La evidencia desnuda la faceta más oscura del poder, lo que preferiríamos olvidar y no haber traído al presente desde los desgarradores testimonios de las víctimas y testigos. De ahí precisamente el símil histórico con los libros sagrados y el poder inmenso de la verdad develada y la palabra escrita, esa que podrá conducir a la sabiduría, al fanatismo o al odio, servirá para aprender y caminar en manos de quien tenga la lucidez y la integridad para dejar el pasado atrás, o servirá para despertar el oportunismo



de los chacales que aprovecharán el rencor de los que no pueden olvidar. La palabra escrita podrá procurarnos un futuro de luz en la que nunca más le demos al poder derecho sobre la vida o podrá hundirnos en la venganza o la apatía.

¿La apatía? Sí, la complicidad por la que ese informe se ha perdido en la oscuridad de los archivos de nunca jamás, se ha ido perdiendo en la memoria popular entre los innumerables juicios y acusaciones que exigen también su propia verdad. Y es allí, justo antes de cortar cabezas y encender hogueras, que se me ocurre una pregunta esencial. Si en verdad algún día llegásemos a saber de cabo a rabo toda la verdad que oculta el poder ¿sabríamos qué hacer con ella? ¡Que se haga justicia, eso sí, y que paguen los culpables! Sin embargo, ese documento, revele lo que revele, representa solo el comienzo de un camino, no una conclusión final y, por tanto, no deberá utilizarse para dividir y ahondar más las ya profundas diferencias entre ecuatorianos.

Espero, de corazón, que este informe sirva para lograr una sana discusión y no se convierta, una vez más, en un instrumento de manipulación y que no sea nuestro pueblo el que termine envenenado de rencor contra el pasado y perdido en un mar de interpretaciones de conveniencia provenientes de los grupos de poder que distorsionan los hechos en un limbo de insultos y excusas. Existe una frase lapidaria al final del informe: «Solo la verdad traerá justicia». Verdad, siempre y cuando tengamos la madurez como pueblo para mirar la verdad a los ojos, salir de la ignorancia voluntaria y encontrar el valor para aprender del pasado. Espero que este documento sea una oportunidad para analizar el camino andado hacia el objetivo de una sociedad más fraterna y solidaria y una oportunidad para recordar, perdonar y aprender.

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Decía Buck Peral: «¿Tienes un enemigo? ¡Bien! Eso quiere decir que no tienes ante ti un hombre del que debas hacer amigo o esclavo». Esta liberadora frase se puede aplicar perfectamente a la sorprendente decisión que hace tiempo tomaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), la de iniciar un espacio de diálogo y concertación sobre la paz. No todo resultará fácil, porque este proceso implica también el darle al enemigo la oportunidad de explicarse, de exponer al mundo su visión del conflicto armado colombiano, de sentar en el banquillo de los acusados a la añeja estructura política, a la opinión pública internacional, y de revelar la intensa campaña de información sesgada que han utilizado a su antojo.

Será por eso que, antes de discutirlo siquiera, recibimos la noticia de un gobierno colombiano que, como si hubiera visto al diablo, rechazó de inmediato contar con intermediarios y buscó capitalizar políticamente la búsqueda de la paz mediante un referéndum que, por supuesto, perdió. ¿Y realmente debe sorprendernos que Colombia haya votado por el *no a la paz*? ¿Qué demuestra con eso más allá de pobreza de criterio y enorme rencor que ahoga a este pueblo hermano? ¿Tanto teme la sociedad escuchar a quien está dispuesto a cantarle sus propias verdades? Mientras tanto, los países vecinos debemos seguir tolerando en nuestras fronteras todos los efectos nocivos de esta guerra interminable.

No hay que darle muchas vueltas al asunto, pues la explicación es bastante sencilla. Ley universal del cóncavo y convexo. Para que exista día debe existir la noche, para que exista dios debe existir y el diablo y para existan los buenos deben existir los malos. Luego, ¿cómo actuar cuando son los malos los que toman la iniciativa de paz y pescan a los buenos armándose hasta los dientes? Es lógico esperar, entonces, que las alarmas de la ortodoxia se disparen y las puertas del diálogo se cierren de par en par. Si las FARC se borran del mapa o adquieren legitimidad política, como ya antes ha sucedido con otros grupos armados, ¿cómo se van a justificar los colosales gastos de la industria militar?, ¿a quién le van a echar la culpa del



tráfico de drogas que sostiene la economía colombiana?, ¿cómo justificar la presencia irrestricta de los EE. UU. en territorio soberano? Verdad. Demasiado pasado que ocultar. Demasiadas huellas que borrar.

Pues bien, a mi juicio, aquellos que no estamos aquejados de malos pensamientos, deberíamos ver con buenos ojos la posibilidad del fin de la violencia y, creo que estamos ante una situación histórica en la que el grupo armado insurgente más fuerte que ha conocido el continente ha mostrado voluntad para dialogar abiertamente a cambio de que, derecho entre derechos, se les deje manifestar su punto de vista. Aquí los gobiernos de América del Sur, colocados entre la espada y la pared, tienen la oportunidad de demostrar la intransigencia característica de las políticas internacionales del norte o, por otro lado, demostrar la madurez suficiente para buscar una salida política a esta confrontación y construir sociedades más sanas y más seguras. Bien reza el antiguo refrán «Escucha a tus enemigos que son los primeros en notar tus errores».

DEL DICHO AL HECHO...

La verdad es que, en el tema ambiental, mucho se habla y poco se consigue. Innumerables han sido las cumbres y encuentros de naciones que se han emprendido para ver si podemos sacar al planeta de cuidados intensivos y, sin embargo, cumbre o no de por medio, los niveles de contaminación, lejos de reducirse, se han incrementado en más del 100 % desde 1990 sin que a nadie se le mueva un pelo. En medio de todo esto, Ecuador, país que rara vez asoma en el mapa mundial, ha dado hace ya varios años un campanazo que ha puesto al mundo moderno en jaque. Resulta que en nuestro país existe una pequeña franja de selva amazónica, llamada Yasuní, y resulta que este pequeño pedazo, que no mide más de 10 000 km², ligeramente más grande que la provincia del Azuay, ha sido declarada «Reserva mundial de la biosfera debido a su asombroso nivel de biodiversidad», maravilla natural que alberga la mayor densidad de especies por hectárea en el mundo y, paradoja entre paradojas, nada sobre un mar de 846 millones de barriles de petróleo.

Y es así como la Organización de Naciones Unidas (ONU) que, tras medio siglo de cumbres y encuentros entre países, ya se había acostumbrado a quedarse en los discursos, se encontró un día con una papa caliente entre las manos: un proyecto concreto y tangible que llamaba a terminar con los buenos propósitos y pasar a la acción en esta tan postergada corresponsabilidad sobre el cambio climático, un proyecto real que dejaba de lado los convenios que se firman gratis y proponía invertir en una iniciativa medioambiental práctica y frontal que le evitará al mundo las 407 millones de toneladas de carbono representadas por la extracción de este petróleo. La iniciativa contribuirá a la defensa de los Derechos Humanos al respetar los territorios ancestrales de las comunidades Wao-rani y pretende detener el colosal desastre de la extracción petrolera en territorios de alta sensibilidad biológica. El proyecto consiste en un fondo común e internacional que aportará la mitad del valor real del petróleo y, bajo la administración del PNUD, lo destinará exclusivamente al desarrollo de fuentes de energía limpia y protección de ecosistemas, oportuna inversión equivalente a no más del

1 % del PIB mundial y que podría ahorrarnos un desastre de proporciones incalculables, simplemente dejando el petróleo donde está. La iniciativa ha planteado dos retos. El primero, casa adentro, habla del desafío político a un paradójico país petrolero cuya principal riqueza es la biodiversidad, el desafío de repensar este modelo de desarrollo basado en el populismo y la explotación de recursos naturales para evolucionar hacia gobiernos más honestos y propuestas más sostenibles. El segundo desafío para el mundo entero consiste en llevar a la práctica el cambio de paradigma que nos acerque a una sociedad global más solidaria, una sociedad capaz de ver más allá de sus narices y priorizar la conservación de la naturaleza y sus derechos sobre la rentabilidad económica en el corto plazo.

Ya hace cinco siglos las civilizaciones invasoras que venían a imponer los devastadores monocultivos de exportación confundieron a la ecología con la idolatría. Hoy corren el riesgo de confundirla con la mendicidad. Ya más de uno le ha dado la espalda a esta alternativa, tal vez la primera, en la que nuestro generoso suelo está siendo tratado con respeto en vez de ser vendido por retazos al mejor postor. Dejémoslo claro: el Ecuador no está pidiendo favores ni regalos, está dándole al mundo una oportunidad.



ECUADOR: ¿PROYECTO O AZAR?

Imagino, estimado lector, que como yo usted habrá escuchado una infinidad de veces los muchísimos proyectos que se ejecutan a largo y ancho del país por las incontables instituciones públicas, privadas y benéficas que conforman nuestro intrincado tejido social. Pero ¿qué significa hablar de proyectos en el Ecuador? Para empezar, cabrían algunas definiciones preliminares. Un proyecto implica la planificación en el futuro de una o varias actividades con la finalidad de lograr un objetivo concreto considerando la maximización de los beneficios y obrando dentro de una visión a largo plazo. Es decir, un proyecto, en buenas cuentas, se trata de establecer un norte alcanzable y la búsqueda de una solución inteligente para resolver una necesidad humana.

Ahora, supongamos que aún existe en el Ecuador un ciudadano participativo que conserva el sentido común y le reste fe en el porvenir. Este personaje, buscando vislumbrar el objetivo de su propio país, podría formular, entre los múltiples objetivos y proyectos del día a día, una pregunta básica, pero de proporciones catastróficas que podría sonar más o menos así: ¿cuál es el objetivo del Ecuador? Terrible cuestionamiento dirigido a cada empresa, a cada gobierno local, a cada ciudadano de la República, pregunta que seguramente dispararía las alarmas de nuestros cuerpos técnicos de planificación y generaría una avalancha de intrincados reportes, esos documentos que a menudo nos informan, y a veces nos explican los tortuosos caminos por los que avanza la obra pública en nuestra sociedad. Esos informes que, más allá de las estadísticas reales o forjadas, fallarían en lo más importante: ponernos de acuerdo sobre la gran tarea pendiente, lograr la concertación entre los actores de la sociedad para que este proyecto llamado Ecuador empiece a ser asumido por el gobierno, el sector privado y los gobiernos locales.

¿Es que para lograr este objetivo necesitamos crear, nuevamente, algún organismo de planificación? Ciertamente no. Ya la era republicana ha visto nacer demasiadas instituciones de planificación en las que, históricamente, nunca ha faltado algún proyecto o projectito para man-



tener aplacado al respetable, desde la Junta Nacional de Planificación (JUNAPLA), fundada en los años 40, pasando por el Consejo Nacional de Desarrollo de los 90, hasta terminar, por ahora, en la enorme Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES). Instituciones, todas estas, nos han acompañado gracias a una serie de aventurados procesos que, entre bandazos a derecha e izquierda, de frente y de retro, nos han llevado por una mirada de políticas de ajuste estructural, sucretización, dolarización, negociación, renegociación, endeudamiento y especulación que, hoy por hoy, rayan en el absurdo.

¿Por qué que la sociedad mantiene tantas asignaturas pendientes en lo económico y lo social? ¿Quién responde por los proyectos fracasados? ¿Quién sale ganando en esta miseria? ¿A dónde debemos llegar como sociedad? La respuesta no sorprende a nadie: los ecuatorianos no llegamos, porque no sabemos a dónde llegar. El superar esta carencia de visión no pasará por ningún líder o gobierno, sea cual fuere, sino por un pueblo capaz de definir con claridad los problemas que debe solucionar, los objetivos y los resultados que nos encaminen hacia el norte deseado. En este pueblo, cada ecuatoriano debe saber cuál es su papel y aporte en la suma de los esfuerzos que conducirá a un futuro mejor, en el que cada político, empresario, campesino u obrero comprenda al Ecuador como un proyecto que nos compete a todos, en el que los gobiernos locales generen, como su mayor prioridad, espacios de participación que nos permitan ponernos de acuerdo sobre lo que queremos para nuestro país.

Será esta elección, entre el caos o la comunidad, lo que trazará nuestro sendero y definirá el Ecuador que legaremos a las nuevas generaciones. Y es que, ciertamente, esta sociedad desorientada y sin objetivos será, tal vez, nuestro mayor desafío. Pero estoy seguro de que no es nuestro destino.

TIRO DE GRACIA

Fue un proceso bastante *sui generis* el que vivió en el Ecuador algunos años atrás. Un proceso que comenzó, lo recuerdo con certeza, con la creación de un nuevo poder del Estado, equivalente al Judicial, al Ejecutivo o al Parlamento. Ese poder tenía como único propósito el administrar y regular la democracia. Lo primero que salta a la vista es una contradicción en sí misma: ¿se puede realmente administrar la democracia?, ¿se puede pretender encerrar entre los límites de un código legal, por definición imperfecto, todo el subjetivismo y los millares de factores contradictorios que entran en juego cuando el pueblo elige a sus líderes? Lo cierto es que dicha entidad, en esencia, fue creada y dotada de poder para discriminar los movimientos y partidos políticos que podían participar de la lid electoral y aquellos que debían ser eliminados del registro.

El argumento legal prescribe que la tarjeta roja se debe mostrar a quienes no lograron obtener el 4 % de los votos válidos en las últimas dos elecciones y alguna otra cuestión relativa al número de alcaldes y concejales. Y, a decir verdad, el argumento tiene alguna lógica, pues, en la mayoría de los casos, se trataba de instituciones políticas que ya no representaban a nadie fuera de los cuatro o cinco indignados dirigentes que vociferaban en los medios de comunicación. En la mayoría de los casos decíamos, no en todos.

A mi juicio, el análisis debió haber ido mucho más allá y empezar por una pregunta obvia: ¿si realmente esos partidos políticos no lograron un calamitoso 4 % de los votos, tiene sentido protestar? ¿Y si hubiera sido el 5 %, ¿habría habido alguna diferencia?, ¿qué es lo que realmente están tratando de salvar? ¿No hubiera sido más sensato analizar sobriamente si la agrupación política está en vías de extinción por defender un ideario político que carece de vigencia o los intereses de una minoría que ya no representa a un colectivo social? ¿No sería más acertado discriminar si se trata de una institución política en crisis o si en efecto se estaban defendiendo los beneficios de los eternos dirigentes que se lanzaron, con el cuchillo entre los dientes, al asalto de las clases populares?



En el caso de las mismas tiendas políticas ¿no sería más digno aceptar con dignidad el tiro de gracia y dedicarse a pensar por qué el pueblo les ha dado la espalda? ¿No sería más sensato empezar desde cero y reconstruir los perfiles y las propuestas? Al menos a mí, se me ocurren algunas razones para el desastre. Podríamos, por ejemplo, señalar la falta absoluta de referentes ideológicos, la incapacidad para generar nuevos líderes más allá de los viejos caudillos que mandan y deciden, la práctica de seguir eligiendo sus candidatos de entre los jugadores, artistas de barrio, presentadores de televisión o cualquier otro espécimen que, por la razón que fuera, ha logrado alguna popularidad. ¿No es suficiente? Podríamos aludir a la política coyuntural y a corto plazo que, en buenas cuentas, se llama populismo o a la desesperación de los partidos por aferrarse a los manejos del poder que los llevan a aliarse con aquellos que antes consideraban enemigos jurados. Estas, entre otras razones, podrían servirles para comprender por qué su pueblo, asqueado del egoísmo, la arbitrariedad y la corrupción, ya no quiere saber más de ellos y por qué su propio pueblo siente que ya no lo representan.

Con esto no quiero decir que los movimientos políticos que se quedaron sí representen al pueblo, pues los vicios de la política son comunes a los que se van y a los que se quedan. Además, a mi modo de ver, el problema no se reduce a un simple porcentaje, y es, más bien, estructural. El problema es esta absurda dinámica por la cual la política se ha vuelto incapaz de renovarse a sí misma y los programas políticos no hacen más que repetirse, mil veces, retocados con nuevos ropajes: al campesino se le ofrece tierra, al consumidor facilidades, a los funcionarios públicos cargos vitalicios con sueldos aumentados y a los pobres, bonos del Estado. En ese mismo programa, el crimen será eliminado, los impuestos abolidos, y la maldad será desterrada de la superficie de la Tierra mientras se redacta una y otra vez el mismo programa que, en verdad, responde siempre al mismo e invariable principio: ganar la próxima elección.

¿Y después? Un largo periodo de apatía en el que se incumplén los compromisos políticos hasta que, en el cuarto año de mandato, el señor «representante del pueblo», se ve súbitamente invadido por el deseo de volver a su «querido pueblo», de escuchar sus problemas, dolerse de ellos y, aprovechando la granítica mala memoria de nuestra gente, presentarle una propuesta imposible y alucinante, una propuesta ante la cual el pueblo, deslumbrado y atrapado por el marketing electoral, responderá regresando a las urnas para elegir a aquellos que antes lo defraudaron. Y entonces, cuando llegue el final, se preguntarán por qué han sido eliminados del registro electoral. ¿Les cabe alguna duda? ¿En serio?

LA CLASE MEDIA Y EL MIEDO

Ya lo decía Galeano: entre el comienzo y el fin, la mitad; entre el infierno y el cielo, la tierra. Entre quienes tienen más que los excluidos y menos que los envidiados se encuentran ellos, la clase media, la vida media, la sociedad del medio, ese sufrido estrato al que la sociedad ha confiado la capacidad de luchar y decidir ¿Por qué podrían luchar ellos? Ciertamente no son los opulentos dueños del poder económico como para reunirse en las oscuras cámaras y conspirar por el poder. No son tampoco las sufridas clases populares en las que germina la rebeldía e incuba la revolución verdadera. No. Ellos están al medio, condenados a sufrir en secreto, sometidos al orden establecido y expuestos al descomunal desorden de las políticas erráticas y las ideas populistas. Paralizados por la costumbre y oxidados por la tradición que manda guardar las apariencias, no siendo sino pareciendo. Esta cruel convención social cada vez más difícil de cumplir, frágil tinglado que se sostiene desde la ceguera voluntaria de los que repiten compulsivamente: «estamos todos bien».

Esta sistemática inestabilidad social, que con torpeza hemos llamado *idiosincrasia* o *revolución*, tiene el defecto de concentrar la riqueza y difundir la pobreza. Tiende, en buen romance, a enriquecer a los ricos y empobrecer a los pobres, dejando en la mitad un grupo humano paralizado por el miedo. ¿Miedo a qué? A perder el trabajo, lo poseído, el estatus. Miedo cerval a no tener lo suficiente para ser y parecer. Y luego, resulta lógico ¿quién no siente que el piso cruje bajo sus pies? ¿No es comprensible entonces que sintamos cómo las paredes se cierran a nuestro alrededor? De acuerdo, no se les puede culpar ni reprochar por la realidad de nuestro país, pues ellos son víctimas de los absurdos extremos de nuestra sociedad. Víctimas que padecen una enfermedad de contagio viral que se transmite a través de la mirada de decepción con la que contemplamos las decisiones de nuestros gobernantes.

Sin embargo, digámoslo de una vez, existe también un tremendo pecado que imputar: la apatía, la profunda desidia con la que contemplan desde su televisor adquirido a cuotas toda la inequidad y la corrupción que nos han

enfermado durante siglos. Este desdén es el gran culpable de haberlos convencido de que todo aprendizaje se logra a la mala y que lo más cómodo es, a fin de cuentas, simplemente obedecer, hacer política a paños tibios, ubicarse cómodamente entre una perezosa oposición a media tinta que no logra hilar un argumento y el vago respaldo con reparos al partido omnipotente que ya no se molesta en ocultar sus propósitos. Desde luego, no sucede así con los otros dos estratos que forman el sándwich de la sociedad. No sucede con el frontal e irreflexivo grupo de los menos privilegiados, las legiones de obreros y campesinos que respaldan al gobierno de turno mientras dure la paciencia y se hacen apalear en las calles cuando la paciencia se acaba. No es el caso tampoco de la clase privilegiada, igual de irreflexiva y no tan frontal, que acusa recibo del país al revés y sabotea al gobierno de turno hasta lograr comprarlo o destruirlo.

Allí, entre unos y otros, la clase media vive su propia dinámica. O su propio drama por decirlo mejor. Allí, atrapada por el miedo a caer por el colador social hacia el estrato más bajo donde les espera la pobreza, han decidido encerrarse en su capullo, suprimir la capacidad de vivir plenamente y condenarse a la humillación del autoencierro, donde la calle se mira siempre mejor desde el balcón o la ventanilla del automóvil, esa calle donde se debe estar para asistir al espectáculo de la propia vida, esa calle donde se gestan los líderes y se combaten los tiranos, esa calle prohibida por la violencia, temida por el poder y atestada de tráfico que conecta a la sociedad, que comunica lugares, que junta personas. Esas, reconociéndose, comienzan a construir sociedades más valientes.



CADENAS QUE ROMPER

El 31 de marzo es un día especial en el que el mundo conmemora la fecha en que la Asamblea General de la ONU condenó definitivamente el esclavismo del ser humano. En efecto, la esclavitud como sistema jurídico y socio-económico se había establecido desde las más antiguas prácticas del imperio grecorromano y llegó a América con la Colonia y la mega explotación minera y agrícola con sus requerimientos de mano de obra barata que, en un principio, se obtuvo de los pueblos indígenas y pronto se reemplazó por esclavos provenientes del África.

Largos años duró el sistema en nuestra tierra. Largos años duró el genocidio, hasta que, un buen día de 1851, el Jefe Supremo Gral. José María Urbina decretó la abolición de la esclavitud en el Ecuador. La decisión fue confirmada ese mismo año por la Asamblea Nacional Constituyente, incluso ante la violenta reacción de los grupos terratenientes dominantes, retomado el eco de las tendencias abolicionistas internacionales surgidas desde la Ilustración y la gloriosa Revolución Francesa. Así se desterró definitivamente de nuestro suelo, por el valor de una Asamblea, esta infeliz institución que ofendía la dignidad y cubría de vergüenza a la República. Fue proscrita también por la Sociedad de las Naciones desde 1926 y legitimada por la ONU como un crimen de Lesa Humanidad que ha incluido, según la UNICEF, a cerca de cien millones de personas durante la larga historia de las conquistas.

Cabe interrogarnos entonces: ¿hemos dejado ya en el pasado este azote de la humanidad? La represión en la migración, el racismo y la violencia de Estado sugieren que la sombra de la esclavitud persiste bajo otros sistemas más modernos, pero igualmente crueles y opresivos. Allí están los submundos, mayormente en el Asia y en el Amazonas, donde los trabajos forzados, el trabajo infantil, la trata de personas y la explotación sexual todavía nos recuerdan nuestro pasado de barbarie. Entonces ¿es totalmente libre nuestra sociedad? Si partimos de la máxima política que reza que una sociedad solo será libre bajo la gran idea de la democracia y la libertad social como base de su poder y riqueza, la respuesta es *no*. Ciertamente es que nuestra nación,

redimida de las viejas dinastías esclavistas y de la intolerancia religiosa, ha logrado expulsar el veneno de los opresores y ha conseguido incluir la libertad como su principio fundamental, y es cierto que todavía no puede liberarse de la ignorancia, la ambición y el fanatismo de su política. Nación esclava del consumo, el imperio internacional y el populismo político ¿no teme acaso el juicio de la historia que irremisiblemente llega a aquellas sociedades que insisten en aferrarse a ideas muertas? ¿Qué será de nuestra política? ¿Es que vamos a continuar caminando tras viejos caudillos y votando sin un minuto previo de reflexión? ¿Por qué ahora, que ya no son esclavos los seres humanos, sí lo son sus conciencias? Considero que sería preciso mirar al pasado y recordar que allí, en donde aún se escuchan las cadenas no del cuerpo, sino de la mente, la palabra no podrá resonar y no podrá vivir el pensamiento humano.



EL DERECHO A LA AUTONOMÍA

Existen dos palabras que, hoy por hoy, van siempre juntas: *universidad autónoma*. Analicemos su significado por separado. ¿Se ha puesto a pensar alguna vez de dónde viene la palabra *universidad*? Su raíz etimológica se remonta al latín *universitas (univesus at um)* que significa 'el conjunto en uno'. En su origen, no se refería estrictamente a un centro de estudio, sino a una suerte de gremios de hombres y mujeres apasionados por la exploración del conocimiento, entendido como el germen profundo de la transformación del ser humano por la ciencia. Eso, precisamente, es lo que significa el entrañable término *alma mater*. *Autonomía*, por otro lado proviene del griego *auto* y *nomos* que, literalmente significan 'ley propia', y se refiere a la potestad de una organización para actuar independientemente de cualquier ley o intervención ajena a la propia voluntad.

Se podrá argüir que en una sociedad ordenada y progresista no pueden o no deben existir instituciones que se autorregulen al margen de cualquier ley y ninguna, desde luego, abrigará semejante despropósito. Así entonces, el término autonomía está incompleto dentro del matiz que la sociedad pretende darle. *Autonomía pedagógica* sería, sin duda, un término más acertado, pues se refiere a la liberación de la interacción del aprendizaje, y deja atrás las arcaicas estructuras que, desde el pasado, imponen un saber inmutable dirigido desde un infalible maestro a un desamparado alumno condenado a la pasividad. Mirando al futuro, se convierte en un sistema que da lugar a una pedagogía libertadora para ciudadanos de criterios independientes y capaces de integrar la vida activa de la sociedad con las herramientas del caso para buscar su progreso.

Por tanto, si vamos a hablar de autonomía, hablemos de la *autonomía del acto pedagógico*. Bajo este nuevo enfoque busquemos que, por fin, los representantes de los intereses públicos y privados comprendan que la educación no puede ser un negocio porque es un derecho humano, y que la educación no puede ser una herramienta política porque es un derecho humano. Este derecho debe buscarse mediante un proceso que, con las cartas sobre la



mesa, dé paso a la evolución concertada hacia un futuro deseado. Si el Estado puede sumar, que sume. Si los sectores privados pueden sumar, que sumen. Todos son bienvenidos en esta gran tarea que no debe concebirse ni solo como responsabilidad sobre los hombros de nuestro agobiado Estado, ni solo como iniciativa privada sujeta a los devenires del libre mercado. Bajo esta lógica, cualquier esfuerzo que busque dejar por fuera a un actor social, sea este público o privado, es básicamente una demostración de pobreza de criterios.

La tarea pendiente es lograr una universidad que sea, ya no solo el espacio de formación de profesionales, sino, de acuerdo con su naturaleza, un espacio de generación de conocimiento, innovación y avance de la ciencia en el aporte de soluciones a la sociedad. Y este cambio de modelo será posible si todos construimos más allá de los intereses particulares. Entonces podremos hablar de centros universitarios y autónomos con todas sus letras.

UNA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Ellos son, probablemente, la deuda más grande que tenemos como sociedad, nuestro punto ciego, ese oscuro rincón de la memoria y la consciencia al que preferimos no mirar. Ese mundo ajeno y desconocido para la gran mayoría lo representan las cárceles del Ecuador. Su historia de terror comienza y se remonta al lúgubre panóptico de Quito, ese edificio que solo podría haber nacido de la genial y retorcida mente de García Moreno. Aquel edificio, cuyas celdas, piso, paredes y techo se mandaron a pintar de negro, fue concebido a modo de una tumba en la cual enterrar en vida a quienes se oponían al tirano. Y podría, luego, seguir la historia con aquella cárcel siniestra que tuvo al mar como guardián: la colonia penal que existió en las Islas Galápagos, donde Velasco Ibarra olvidaba para siempre a quien se atrevía a obrar contra él o contra la ley, que era lo mismo. Y llegamos hasta la actual Penitenciaría del Litoral y las famosas cárceles de máxima seguridad (Cuenca y Latacunga), escuelas del crimen donde los inocentes se pierden y los delincuentes se perfeccionan.

Presos o infractores en proceso de rehabilitación los llamamos, si bien la terminología académica prefiere llamarlos *personas privadas de libertad*. El fondo sigue siendo el mismo: la frágil estructura de nuestra sociedad mantiene sus cárceles atiborradas de presos que hierven y se apiñan en estos inmundos lugares capaces de evocar al infierno de Dante. Presos pobres, además, porque solo los pobres son perseguidos. Al menos yo no recuerdo haber visto tras las rejas al responsable de una carretera que se resquebraja recién inaugurada o al autor del despilfarro de los dineros públicos de un municipio o ministerio. Pocos acaso. Los demás, alertados para huir antes de la captura o sancionados por una justicia que casi les pide disculpas antes de imponer la pena menor de cuantas fueran posibles e incluso la prisión domiciliaria en algún lujoso condominio. Estos presos poderosos, por una extraña alquimia, terminan por convertir la corrupción en persecución y se declaran mártires de la política.



Y así hemos terminado por diseñar una sociedad en la que, entre el causante del derrumbe de un banco, el saqueo de un gobierno y el autor del robo de una gallina, parece ser, este último, el que tiene mayores probabilidades de caer prisionero e ir a dar con sus huesos en uno de estos centros de encierro y olvido. En estos lugares están los presos, muchos de ellos sin condena o proceso, es decir, están ahí sin saber por qué ni hasta cuándo. Estos *centros de rehabilitación*, como insistimos en llamarlos como una broma de mal gusto, se convierten en centros de perfeccionamiento delictivo, verdaderas escuelas del crimen que el Estado financia, mal que bien. Mientras tanto, todos aquellos que nos autoproclamamos responsables y respetuosos de la ley, aprovechamos la oportunidad para mirar en otra dirección y preferimos encerrar y olvidar a este ciudadano que nos atemoriza.

Y sí, son peligrosos. Son, en efecto, hombres y mujeres provenientes, casi siempre, de realidades desgarradoras, que han vivido historias dantescas de miseria y violencia, son víctimas de sus propias mentes y su propio rencor que no ha encontrado otra válvula de fuga que las drogas, la violencia y el crimen en sus infinitas formas. Pero no olvidemos que siguen siendo seres humanos, conflictivos, por supuesto, pero seres humanos al fin, seres que se encuentran atravesando un largo y oscuro túnel. A ese túnel debemos encenderle una luz.

Hay que encontrar la madurez necesaria para tratar un tema tan escabroso como la rehabilitación de los ciudadanos que, por sus acciones o por sus omisiones, han perdido la libertad de caminar libremente y a su antojo por calles y plazas. Y hay que hacerlo con un poco de sentido común para comprender que los presos siguen siendo parte de la sociedad y que no se les puede dejar a la vera del camino porque su existencia misma plantea una prueba a la sociedad: nos permite conocer si al fin hemos aprendido a mediar el abismo que separa al encierro de la rehabilitación.



LA ESCUELA DE LA VIOLENCIA

Puede suceder en cualquier momento, ahora mismo inclusive. Una agencia bancaria tal vez, una pequeña empresa, incluso un ciudadano común caminando por la calle camino de su hogar o su trabajo. Basta un par de segundos para que ocurra el asalto, para que los delincuentes, usualmente mejor armados y organizados que la policía, consumen el hecho y consigan huir antes de que la fuerza pública pueda reaccionar.

Antes no sucedía esto. Cuenca, aquella tranquila comarca que yo recuerdo de mi niñez, solía ser totalmente ajena a estos hechos que hoy, de tan cotidianos, no llegan siquiera a ser noticia. Y no pongo en duda la evidente inversión en sistemas y tecnologías de seguridad que hemos vivido en los últimos tiempos. El 911, las cámaras y el sistema integrado de seguridad son una presencia constante que parece vigilar cada paso que damos. Entonces, ¿por qué la ciudad es, por lejos, más insegura? ¿Por qué ahora, en la era de la tecnología al servicio de la seguridad, transitamos por las calles mirando por sobre el hombro y con esa vaga sensación de peligro?

Tampoco se puede pedir mucho más. Bien sabemos que las autoridades poco pueden hacer ante lo que es una realidad contundente: la violencia, cuando llega a formar parte del tejido social, no se puede controlar. Y pregunto, ¿tampoco se puede hacer algo contra la violencia no existente? ¿Contra la violencia en período de incubación? ¿No valdría analizar más a fondo las causas por las que la violencia se ha convertido en una característica de nuestra sociedad? Un popular estudio de la academia Americana de Psiquiatría revelaba hace unos años que la televisión somete a los niños y adolescentes a cerca de tres horas y cuarenta escenas de violencia por día, una influencia poderosa en la formación del carácter, un código de valores que legitima la violencia y nos torna inmunes al horror. Aprendizaje que convierte la violencia en una forma aceptable de resolver problemas y conforma una absurda dinámica por la cual los medios promueven la misma violencia que después denuncian en los reportajes de crónica roja. Las sociedades exigen correctivos, mientras los medios



saturan de sangre la programación y convierten la vida de un capo del narcotráfico en modelo de éxito y en un comportamiento a seguir. Así, como decía Galeano, resulta que la programación de los medios confirma la eficacia de su mensaje en el auge de la delincuencia y la dificultad, cada vez mayor, de lograr una inserción positiva y productiva de los jóvenes en la sociedad.

Los efectos globales en la comunidad están a la vista. Gradualmente, la violencia se ha ido conformando en un elemento constitutivo de la sociedad, en parte de la vida contemporánea. La seguridad pública que se va convirtiendo en obsesión pública. Sociedad indefensa, donde los asustados pueden llegar a ser más peligrosos que su miedo, sociedad donde atacar es la consigna para evitar que se arrebate lo que se tiene como propio. Y esto, ya no solo para la clase más acaudalada de la población, sino incluso para las clases marginadas en la que los pobres sufren la delincuencia de otros pobres más pobres o más desesperados. ¿Qué nos queda? Pues en estos tiempos difíciles, en los que la violencia llama a la puerta y el miedo abunda, la única alternativa puede ser juntar los miedos para convertirlos en ideas y lograr un gran aporte común y participativo, en un programa de seguridad que incluya presente y futuro y cuidar a las siguientes generaciones para detener esta avalancha, al menos, en el mediano plazo.

LA ESCUELA DEL CRIMEN

Antes era noticia, hoy se ha vuelto cotidiano. Ya no es raro despertar por la mañana y enterarse por las noticias sobre algún hecho delictivo capaz de dejar a la ciudad, una vez más, herida en su tranquilidad e indefensa ante el desvanecimiento de la seguridad pública, esa seguridad que antes dábamos por sentada y nos enorgullecía, esa seguridad que va, poco a poco, desapareciendo. No importa que el jefe del Comando Distrital de la Policía jure sobre la Biblia que la ciudad, según las estadísticas, sigue siendo una ciudad tranquila. Los hechos lo niegan. Y ya no sirve la simple excusa de tener más policías armados y listos para combatir la violencia con más violencia. Ni sirve tampoco echarle la culpa al Gobierno o envenenarnos contra los ciudadanos colombianos, peruanos o venezolanos que, en su gran mayoría, están aquí para ganarse la vida como toda la gente. No. Esto es puro sectarismo y casi siempre corresponde a explicaciones muy pobres de nuestra realidad.

El problema es, más bien, estructural. El Ecuador registra una de las distribuciones de renta más desiguales del mundo y mucha gente sobrevive con menos de 1 dólar diario. Este monstruoso abismo de pobreza nos obliga a preguntar ¿qué pasa entonces con los jóvenes condenados a la desocupación o a los salarios de hambre?, ¿cómo debemos actuar con el saldo negativo resultante de la superabundancia de mano de obra?, ¿debemos esperar a que simplemente se resignen a su suerte? ¿No será acaso que la violencia es la consecuencia natural de ignorar a los miles de seres marginales que habitan los submundos de nuestras desproporcionadas ciudades? ¿Somos en verdad inocentes?

Mucho me temo que no. Y la gran explicación a la delincuencia que nos ahoga radica en este sistema que expulsa más gente de la que integra, en estas personas excluidas que libran su propia batalla contra una sociedad que les mostró el paraíso y les cerró la puerta en las narices cuando intentaron asomarse a la vida de una comunidad que, en realidad, los invita a desaparecer, que libran su batalla personal en la multiplicación de las deudas, en la imposibilidad del trabajo, en esta guerra que el Estado li-

bra contra los pobres más que contra la pobreza, en este modelo de educación eternamente desplazado por otras prioridades de corto plazo, en este niño como amenaza pública que pronto pasará a integrar el sector más potencialmente peligroso de la sociedad, en esta avalancha de necesidades artificiales que los medios de publicidad convierten sin descanso en necesidades reales. Ante esta agresión, ¿qué destino les espera a aquellos que salen sobrando en el supermercado universal? ¿No es acaso la misma estructura de la sociedad una invitación al delito?

Este sentido de urgencia de las clases marginadas ante la ansiedad de consumo confunde la calidad de vida con la cantidad de cosas es, de hecho, la famosa Escuela del Crimen que nos enseñó la magnífica pluma de Galeano. ¿Y mientras tanto? No habrá más remedio que seguir habitando, como se pueda, esta ciudad asustada donde unos no duermen por apoderarse de lo que les falta y otros no duermen por el miedo a perder lo que atesoran. En esta perniciosa dinámica, los intentos de los Gobiernos serán meros parches ante una conflictividad social que plantea un reto ciudadano a ser asumido por todos: luchar contra la corrupción que nos compete a todos y debe empezar en casa, en las filas de nuestras propias fuerzas del orden, en la pobreza de nuestras políticas migratorias, en la realidad de ese ciudadano marginado, de ese ciudadano que parece rogarnos que salvemos primero al joven para no tener que enfrentar al adulto. Quién sabe, tal vez aún estemos a tiempo.

PALOS DE CIEGO

Los ejemplos son innumerables, desde prótesis médicas hasta drones de última tecnología, desde puentes móviles hasta astilleros clandestinos que fabrican mini submarinos destinados al tráfico de toneladas de droga a través de nuestras y de todas las fronteras. No me sorprende. Como no me sorprende ninguna de las impensables maneras que se siguen encontrando para superar, y con mucho, los métodos y herramientas más sofisticados de la fuerza pública. Pero estos esfuerzos de control están mucho más enfocados en controlar el tráfico que el consumo. ¿Acaso eso tiene sentido?

Existe en la economía una lapidaria ley que rige el mercado: mientras exista demanda, existirá siempre la oferta. Es decir, mientras los países, que insistimos en llamar desarrollados, mantengan mercados de millones de consumidores, esta región del mundo sometida al modelo de desarrollo hacia afuera seguirá produciendo drogas, aunque deba hacerlo bajo las piedras. Y es que este negocio, junto al tráfico de armas, viene siendo el más rentable del planeta y para el cual la producción de nuestros pequeños mercados domésticos resulta insuficiente, así que seguirá reproduciendo sus fases de oferta mientras se sigan reproduciendo los ciclos de consumo que garantizan la demanda. ¿El transporte? Molesto detalle que se soluciona con los millonarios sobornos que compran la impunidad de los agentes de control y de las aduanas de los países productores, consumidores y todos los que quedan en el camino. ¿Y las centenas de kilogramos que han logrado efectivamente incautarse? Insignificante porcentaje de lo que no se incauta y que, a lo sumo, estará calculado por la industria como un riesgo aceptable de pérdidas previsibles.

Y claro, los grandes consumidores no están en América Latina. Ahora, ¿significa esto que nuestra juventud está libre de drogas? Difícilmente. La despiadada dinámica de este modelo consumista, violento, excluyente y carente de valores sobre el que estamos erigiendo nuestra sociedad, desorienta y mantiene a nuestras juventudes condenadas a morirse de hambre o a morirse de aburrimiento. No



será raro, entonces, que busquen la salida que les permita aturdir la soledad y enmascarar el miedo. Esta salida, desde luego, se acerca cada día más al abismo social por el que ya se han desplomado las sociedades de Europa y Estados Unidos.

¿Cuáles deben ser entonces las prioridades? ¿Se encuentra sentido a esta sociedad en la que son malos los que producen drogas y, en cambio, es bueno el estilo de vida que genera la necesidad de consumirlas? El problema no está en el tráfico, sino en el consumo. Verdad inapelable. El sentido común nos muestra que solo una sociedad más sana, incluyente, ética y educada, podrá conseguir lo que, atiborrando de policías las fronteras y aduanas del mundo entero, estoy seguro, no se conseguirá jamás.

CONOCERNOS Y CONOCER

Aproximadamente cada diez años, el Ecuador suele vivir un fin de semana bastante inusual: un fin de semana de fronteras cerradas, día de descanso, literalmente, obligado por la convocatoria a los distintos procesos censales por los que pretendemos conocer y conocernos como sociedad. Estos procesos censales ocurren cada diez años y, aunque con ciertas imprecisiones, se han repetido siete veces en la historia del Ecuador Republicano. El primero fue elaborado allá por 1950; en él, por primera vez, determinamos nuestra población con certeza (en aquel entonces éramos algo más de tres millones de personas). Luego, a razón de casi uno por década, hasta el último, el VII Censo de Población y VI de Vivienda que el INEC realizó en el año 2010, en el que pudimos constatar que ya bordeamos los 15 millones de personas y vamos en aumento. No es tarea fácil. El último proceso requirió un vasto esfuerzo conjunto que sumó a más de 400 mil personas entre estudiantes, profesores, servidores públicos, Fuerzas Armadas y Policía Nacional.

Un censo implica un proceso complejo y sumamente costoso que pretende conocer y conocernos, contarnos y analizarlos desde los muy diversos ángulos que la moderna cuantificación demográfica exige. Ojalá este proceso de gestión de conocimiento se pudiera realizar con mayor frecuencia y, viejo anhelo, se pudiera expandir al ámbito económico y productivo. Es bien sabido que el eficaz desarrollo de una sociedad depende en gran medida de la información cierta y veraz con la que cuenta. Y, si bien es cierto que mucho se ha avanzado en la elaboración de estadísticas oficiales, también es cierto que muchas de esas estadísticas son inexactas, poco congruentes o simplemente no existen.

Cabe entonces preguntar ¿cómo es posible que, en una sociedad que disfruta de acceso irrestricto y casi ilimitado a la mayor cantidad de información jamás acumulada, se pueda mantener al mismo tiempo una ignorancia tan asombrosa acerca de lo que ocurre dentro de las fronteras y en la vida cotidiana de las diversas comunidades y regiones que componen nuestra nación? ¿No será preci-

samente esta ignorancia lo que entorpece la planificación de nuestro desarrollo? ¿No será esta realidad la que permite vendernos simulacros y espejismos que aceptamos tan candorosamente?

Desde luego, lo que se ignora se teme, lo que se teme se desprecia y lo que se desprecia se excluye. Y así, tan simple como eso, esta desconexión con la realidad nos mantiene divididos y bloquea las posibilidades políticas de planificación y decisión pública en temas tan importantes como la distribución de rentas nacionales y municipales, la proyección de recaudación, la gestión urbanística, la intervención de la seguridad social y la planificación estructural-territorial del Estado.

No obstante, el éxito del proceso y la habilidad para aprovechar la información que de este se desprenda dependerá de dos condiciones fundamentales: por un lado, de un Gobierno consciente de que al medir y preguntar está también creando expectativas en la sociedad, lo que implica, en el corto plazo, la presentación de resultados concretos en planes y políticas de desarrollo. La contraparte, el requerimiento al ciudadano común pasa por vencer ese enfermizo sentimiento que nos asalta cuando un organismo oficial nos hace preguntas y nos lleva a distorsionar, cuando no a ocultar, las verdaderas respuestas

Que nada de esto suceda y que cada esfuerzo valga la pena, ya que la información, derecho humano inalienable, es el comienzo del conocimiento y el conocimiento es el origen de la sabiduría. Y ojalá las estadísticas que vamos construyendo, más allá de los fríos números y resultados, arrojen luz sobre la verdadera situación del Ecuador, sus etnias, regiones y realidades socio-políticas. Ojalá también que este conocimiento permita unir en vez de dividir, conocer para construir. ¡Ojalá!



EL BUEN COMBATE

Cuántas veces a lo largo de mi vida no habré visto marchar por las calles de mi ciudad a los trabajadores, a los estudiantes, a los indígenas o a cualquier otro conglomerado social que, movido por la defensa de sus intereses, movilizaban centenares y miles de personas. Estas marchas casi siempre se dirigían hacia las puertas de la gobernación, de algún ministerio, del palacio de justicia, de la sede del parlamento y, muchas veces, a las puertas del viejo palacio de Carondelet.

Antes de seguir habrá que hacer una aclaración. Y es que, si de marchas populares vamos a hablar, habrá que reconocer que las ha habido buenas y las ha habido malas. Guarda mi memoria el desazón que producían las muchas veces que el populismo se valía de la buena voluntad de la gente del pueblo y congregaba multitudes para impedir reformas de valor fundamental porque simplemente no eran «políticamente convenientes». Y recuerdo las muchas veces que los capataces del poder económico movilizaban, dinero de por medio, a grandes multitudes para defender los intereses y privilegios económicos o políticos de esos grupos que hoy, por ventaja, nos son bien conocidos y hemos desterrado de la memoria popular, ojalá que para siempre, si bien para reemplazarlas por otro tipo de marcha, tal vez más pernicioso. Se trata de aquella marcha del «rebaño» con la que el poder oficial intenta crear un espejismo de popularidad, aquella marcha de empleados públicos bajo amenaza, y de aquella marcha de oportunistas buscando congraciarse con el poder de turno. Marchas de andar cansino y mirada apagada. Libreto mil veces repetido: marchas tristes, vacías...

Y, sin embargo, no todo ha sido oscuridad. La dignidad del pueblo está allí, intacta. Y la historia guarda, con gratitud esta vez, el recuerdo de aquellas manifestaciones en las cuales el pueblo ha sabido pronunciarse por los principios universales sobre los que descansa nuestra sociedad. ¡Cuántas veces no habré yo mismo participado u observado con orgullo y admiración estas movilizaciones históricas! Estas marchas han sabido congregar lo más valiente y digno de nuestro pueblo para derrocar tiranos,



imponer reformas y conquistar derechos fundamentales, para defender la democracia, para apostarse a las puertas del poder y poner de manifiesto un mensaje histórico y universal: la última decisión la toma el pueblo.

¿Ha formado, usted, estimado lector, filas de alguna manifestación popular? ¿Ha participado en alguna marcha por la defensa de nuestros derechos? Si lo ha hecho, conocerá a ciencia cierta la maravillosa sensación de una de las expresiones más dignas de la organización popular. Al fin y al cabo, ¿qué es esto sino una más de las innumerables expresiones de la democracia? Por eso es que, para todos aquellos que seguirán participando de estos procesos en el futuro, ¡bien hecho! y bienvenidos. Nadie verá con malos ojos una manifestación en la que participen ciudadanos responsables, sin olvidar por supuesto que la misma sociedad que admira y respeta su valor, llama también a la cordura y la responsabilidad.

Esto no le quita razón ni le resta valor a la organización popular. ¿Cómo podríamos no manifestarnos en un país donde la pobreza impera por las calles? ¿Cómo no protestar ante aquellos consabidos grupos de poder que jamás confesarán su responsabilidad en un sistema que arroja cada vez más pobres a las calles y condena cada vez más gente a la desesperación? ¿Cómo no marchar ante esta corrupción atroz, impune y vergonzosa? ¿Cómo no protestar ante este simulacro de democracia? ¿Cómo no protestar ante un sistema que miente callando casi tanto como miente cuando defiende a los trabajadores, a los indígenas y a los estudiantes mientras son útiles para luego ignorarlos, sin pudor alguno, en el momento de cumplir las promesas?

De acuerdo. Y sin embargo, debemos reconocer una penosa realidad. Es la realidad de un país asfixiado por las obligaciones con los innumerables sectores sociales; un país donde, en algún punto, el gasto ya no depende de la buena o mala voluntad política, sino de la realidad de un gobierno que, como cualquier otro gobierno latinoamericano, se ve

impotente frente a todas sus obligaciones. Y no. La sociedad no puede volverle la espalda a esta realidad.

Hoy ya no protestamos por la infraestructura o la educación. Hoy protestamos por la democracia y la dignidad, por el derecho a decidir nuestro futuro, por la honestidad en la cosa pública y el legado natural, histórico y cultural que estamos dejando para nuestros hijos. Y las protestas, por tanto, deberán acompañarse de ideas para contribuir al debate más allá del enfrentamiento y comprender que la defensa de los intereses de un gremio encuentra su límite en el respeto a los intereses de los demás. Es hora de aprender del pasado y recordar que contamos con una larga historia de manifestaciones que, teniendo un legítimo propósito, han equivocado el método y el gobernante responsable, comprendiendo los motivos, debe reprimir los excesos.

Es por esto que los planteamientos, justos y coherentes, deben enriquecerse de comprensión y responsabilidad para evitar caer en diferencias irreconciliables. Hay que recordar que, más allá de la bandera política, somos todos hermanos. Somos todos partes de esta misma sociedad que hoy está enferma y dividida por esta absurda e incomprensible política en blanco y negro de «aquellos que no están a mi favor están en mi contra». Y debemos recordar que, al final del día, solamente será el diálogo donde cada parte podrá ceder en función del bienestar de los demás. Solo el diálogo podrá llevar el conflicto a la solución inteligente que la sociedad moderna demanda. Es hora de dejar de lanzar piedras para empezar a lanzar ideas. Y cualquier protesta debe tener por delante una propuesta.

NUESTRA ESTRATEGIA

¡Qué cosa tan sencilla y al mismo tiempo tan compleja es servir a un cliente! ¡Qué necesidad tan imperiosa, hoy que al fin nos hemos encauzado en una cultura de producción industrial, resulta el desarrollar productos que respondan a necesidades reales y soluciones específicas para el consumidor! ¡Qué importante es el conocimiento del mercado ahora que nuestro país, de alguna manera, ha empezado a escribir la historia que Europa y Norteamérica escribieron a comienzos del siglo pasado bajo el nombre de Revolución Industrial! Aquel proceso, bajo el impulso de la imprenta y la máquina de vapor, redefinió la industria humana de la manufactura al permitir alcanzar enormes volúmenes de producción, insospechados solo unos años atrás.

Este impulso productivo venía acompañado de un consumidor que aceptaba la producción estándar y masificada y que priorizaba los precios sobre la exclusividad y la calidad. Aquel consumidor fue pasando a la historia frente a la aparición de una cultura más sofisticada y exigente de clientes que demandan soluciones personalizadas y productos exclusivos. Ese, precisamente, es el tipo de consumidor con el que la industria ecuatoriana (que hoy vive su propia Revolución Industrial) debe trabajar. Ese consumidor, de la mano de los asombrosos adelantos tecnológicos, hoy busca interactuar con las empresas antes que elegir. A ese consumidor ya no le interesa que sus proveedores compitan en precio, sino en calidad.

Ese es el consumidor que la industria ecuatoriana debe capitalizar. La estrategia, por lo demás, debería resultar-nos bastante obvia a estas alturas del proceso. Ahora que nos hemos dado cuenta que, si bien jamás podremos igualar las economías de escala y los volúmenes de producción de China o Brasil, sí podremos en cambio igualar y superar los niveles de calidad de aquellos productos pensados para mercados más exigentes. Allí es donde los inigualables recursos humanos y naturales del Ecuador deberán convertirse en metales, cerámicas, textiles, comestibles, servicios o dispositivos de altísimo valor agregado y calidad incuestionable. Esa, y no la producción en masa, deberá ser nuestra estrategia definitiva.

Para esto, como primer requisito, necesitamos aprender a aprender de nuestros clientes y sus preferencias. Necesitamos reorientar nuestra industria, desde el pequeño café de la esquina hasta la gran planta industrial, en función de aquello que denominamos servicio al cliente. ¿Una moda solamente? Lo fue en el pasado. Sin embargo, hoy por hoy, representa nuestra única oportunidad para inscribirnos de una vez por todas en el mapa de la economía internacional. La oportunidad requerirá empezar por identificar a los clientes que constituyen nuestros exigentes mercados, diferenciarlos en términos de sus necesidades, e interactuar con ellos para mejorar nuestros costos y niveles de eficiencia. Una verdadera relación de aprendizaje que, con el tiempo, se irá volviendo más fácil y más barata. Esta nueva concepción mental, en resumidas cuentas, con el invaluable aporte de las bases de datos y la tecnología interactiva, abrirá y planteará una sucesión de nuevos horizontes que, así vistos, nos permitirán llegar lejos. Cada vez más lejos...

JUGANDO AL BORDE DEL ABISMO

Realidad recurrente. Asignatura no superada. La estructural inseguridad se está convirtiendo, poco a poco, en obsesión pública. Y con razón. Vivimos en un Ecuador asustado, abandonado y atrapado entre los profundos limitantes de una crisis económica estructural que está disparando los índices de desempleo, una Policía Nacional signada por la corrupción y la falta de preparación, el pobre desempeño de una administración de justicia construida sobre la base de burócratas y cuotas políticas, y la conocida y aberrante viveza criolla por la que las cortes, día con día, borran con el codo lo escrito con la mano de la justicia liberando, por vencimiento de plazo de prisión preventiva, a los pocos delincuentes capturados. Un país, en resumen, construido de paradojas y en el que la verdadera eficiencia se encuentra únicamente en las organizaciones criminales que lo atormentan.

La punta del ovillo está, desde luego, en la poca o ninguna efectividad del control, tanto interno como fronterizo, por parte de un cuerpo de policía que puede ser fuente de protección o abuso, dependiendo del agente y las circunstancias. A propósito, Eduardo Galeano escribió que, según las estadísticas confiesan, los policías son, en proporción, los ciudadanos que más delitos cometen. Sumemos a esto un entorno violento y autodestructivo, creado a imagen y semejanza de la televisión y los noticieros que, al tiempo que denuncian la plaga de la violencia, derraman océanos de sangre y consumo compulsivo en la mente de aquellos que nada pueden comprar. Así vista, la delincuencia es un indicador de la altísima «eficiencia» del sistema.

¿Qué solución hemos encontrado? Parece que lo mejor que se nos ha ocurrido es liberar a las Fuerzas Armadas en la sociedad civil. Se ha firmado un convenio entre las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional «para el trabajo conjunto en ejes estratégicos» en la lucha contra la delincuencia. Así, tenemos ejército y policía patrullando y actuando en acciones de inteligencia conjunta, lo que sea que esto signifique, para perseguir y detener a cualquiera que represente, o tenga cara de representar, una amenaza contra la seguridad pública. Bien hecho. Misión cumplida:

ya no están seguros los delincuentes, como debe ser. Pregunta obvia ¿estamos seguros los demás?

Es que una sociedad que prioriza el orden sobre la justicia y busca acabar con la falta de garantías y suprime las pocas que quedan mediante el poder militar en la sociedad civil está jugando al borde de un abismo. Y todos sabemos que cuando esto sucede, más temprano o más tarde, la vaina sale más cara que el machete, a menos que se cuente con un poder militar civilista y respetuoso de la Constitución y la Ley, es decir, con un cuerpo de policía y unas fuerzas armadas capaces de resistir la tremenda presión de la política y la cotidiana tentación de los sobornos y la corrupción ¿Son estas las características de nuestras fuerzas del orden? No lo sé. Sin embargo, si revisamos el pasado en este sentido, no es muy alentador. ¿Cómo podemos ayudar los demás? En estos tiempos difíciles, cuando el miedo es mucho y es mucha la violencia, vale recordar esa frase de Galeano: «Mil miedos juntos hacen un solo gran coraje». Así, la gran tarea que estamos llamados a cumplir es la creación de un gran pacto social que reconstruya la sociedad, la autoorganice para su defensa y controle los mensajes enviados a la mente de nuestros jóvenes. Ese pacto social debe proponer cambiar el tono del sistema desde esta cárcel de barrotes invisibles a una comunidad incluyente, democrática, segura y participativa, una sociedad que construya al fin la gran casa que todos queremos...

*A mano
alzada*

CULTURA Y COTIDIANIDAD

UNA PÁGINA EN BLANCO

Año Nuevo. Fiesta que, según la óptica de quien la reciba, marcará la feliz nostalgia de un año bendecido que termina o la agrídulce tristeza de quien espera nuevos vientos. Esta celebración, en realidad, corresponde a una variable festiva que, para el calendario chino o musulmán tiende a caer en la segunda luna nueva, aproximadamente en los últimos días de diciembre, o podría también caer en marzo, si hablamos del Losar o Nouruz de los tibetanos, los mesopotámicos y de varias escuelas iniciáticas. Podría también festejarse en septiembre, si aceptamos el Rosh Hashanah de los judíos. En noviembre, si el caso fuera para los celtas y los hindúes. O podría festejarse en pleno junio, si guardáramos correspondencia con nuestras propias culturas ancestrales andinas.

Entonces ¿de dónde surge esta práctica de celebrar el Año Nuevo cada primero de enero? Las fuentes históricas indican que nació en verdad del simple capricho de un papa. Fue la sencilla ocurrencia de Gregorio XIII que, un buen día de 1582, decidió descartar la costumbre romana, que tradicionalmente celebraba el Año Nuevo en marzo, para imponer al mundo cristiano una nueva celebración que conmemora el mes en el que los cónsules de la antigua Roma asumían el gobierno. Desde luego, este nuevo calendario (llamado *gregoriano* en honor a su gestor) no tardó en adquirir un tinte religioso y determinar que, conforme el Evangelio de Lucas, la fecha corresponde a la circuncisión de Cristo. Luego, en los siglos posteriores y gracias a la irrestricta expansión de la cultura occidental, terminaría por volverse una fiesta de carácter universal.

Arbitrario o no, es difícil pasar por alto una fecha semejante. Y es que, de alguna manera, cada comienzo de año se siente, un poco, como una nueva oportunidad, un nuevo comienzo para evaluar lo actuado y lo pasado, una nueva página en blanco para recomenzar la propia historia. Y este es, precisamente, el verdadero motivo por el cual todos celebramos esta frontera que termina a las 0h00 de la nostálgica Nochevieja del 31 de diciembre. Allí, entre los augurios para el año entrante y los viejos rituales de esperanza y abundancia heredados de las costumbres



populares –como el descorchar una botella de champán, quemar un monigote, comernos doce uvas, servirnos un plato de lentejas, vestir de blanco, saltar la llama o salir a la calle tirando de una maleta– habrá también que hacer un propósito y llamar, anhelantes, a la suerte. Y esto lleva consigo un mensaje implícito: que la suerte existe, pero hay que ayudarla.

Y dado que es necesario formular un propósito de Año Nuevo, me permito aquí plantearles algunas sugerencias. Por ejemplo, ¿por qué entre los acertados propósitos de iniciar la dieta o dejar de fumar no incluimos algunos otros que, estos sí, exigen un esfuerzo extra? Podríamos, se me ocurre, decidir vencer la comodidad e involucrarnos con el activismo que nuestra patria reclama. O podríamos también proponernos vencer la viveza criolla que ha convertido a nuestras instituciones en la cueva de Alí Baba. Más aún, podríamos prometernos vencer, al fin, esta profunda y odiosa apatía política que nos mantiene como ajenos espectadores de nuestros propios destinos. Un par de ideas nada más para la buena fortuna.

Y claro, los buenos propósitos valen y valen mucho. No obstante, bien sabemos que una sociedad no se construye de buenos propósitos, sino con acciones claras y concretas, lo que equivale a decir que un buen propósito, comunicado y compartido, puede conducir finalmente a una buena acción. Así que hoy (y solo por hoy) las ideas y los buenos propósitos bastan por sí solos. Ya mañana será otro día y habrá que actuar. De todas formas el buen propósito es el comienzo, y un comienzo es un comienzo.

UN AÑO NUEVO

Sin duda alguna, el artículo de hoy, dada la fecha y las circunstancias, no podría tener otro propósito que el de desearles, con todo el corazón, un venturoso Año Nuevo a todos los pacientes y bondadosos lectores que cada semana siguen esta columna, así como a todos los innumerables amigos y amigas que construyen día con día esta hermosa y diversa ciudad. Debo confesar, sin embargo, que largo rato he cavilado sobre el qué escribir en estas cortas líneas, pues, más allá de los deseos de éxitos y bendiciones, me siento bien lejos de hacer el papel de guía y ponerme aquí a dar consejos de vida. Sí puedo, no obstante, sugerirles estos días como un momento oportuno para la reflexión.

En efecto, la época es un buen momento para hacer el balance de lo bueno y lo malo, para separar el grano de la paja y para escoger la mejor semilla para la nueva siembra. Yo, que a fe de diablo honrado casi siempre saco de este balance los números en rojo, podría sugerir que el año entrante le dediquemos más tiempo a buscar la grandeza de la vida que nos espera agazapada en los pequeños detalles de lo cotidiano, o en los discretos susurros de los momentos vividos con la familia y los amigos que, tan fácilmente, se suelen perder en el ensordecedor torbellino de la vida convertida en carrera tendida hacia todo y hacia nada.

Por eso, siempre he creído que la magia del Año Nuevo no consiste tanto en formular propósitos, cuanto en recordar los simples hechos de la vida que alguna vez resultaron tan evidentes como, por ejemplo, el saber que siempre, siempre, hay tiempo para la ternura y el abrazo; que es lícito amar y odiar también; que todas las heridas terminan por cerrarse y todas las puertas terminan por abrirse; que somos seres de luz hechos de días y momentos, como proclamaba el génesis de nuestras culturas ancestrales. No es extraño, por tanto, que cada día venga preñado de una historia diferente e irreplicable, que quizá la vida sea eso, una historia grande compuesta de incontables historias menudas, que los años pasados han dejado también su huella, que después de todo, la nostalgia también existe.

Por eso se me ocurre que el próximo año va a llegar distinto. Y no quiero decir que llegará exactamente más luminoso, más próspero ni más sencillo. Simplemente distinto. Quiero decir que habrá nuevos momentos para guardar silencio y escuchar, otros más para levantar la voz y ser escuchado, elogiado, aceptado y perdonado. Quiero decir que serán esos nuevos e inesperados momentos que esperan a la vuelta de la esquina los que le darán a la vida el vértigo y la sorpresa que vuelven grato cada día. Por eso, para Galeano lo mejor de la vida está en lo inesperado y por eso él, cuando alguna gitana se le acercaba para leerle el porvenir, le pagaba «para que no cometa esa crueldad». Por eso, les deseo un año marcado por el derroche de sueños, placeres e ideales. Un año lleno de honduras y franquezas. Un año exento de bostezos y ajeno a la tibieza. Un año nuevo. Realmente nuevo.



EL DÍA DEL AMOR

Estimado lector. Hoy es 14 de febrero e imagino que, en el momento de leer este corto artículo, usted debe ya tener en mente algunas actividades y uno que otro presente dedicado para esa persona especial que hace más llevaderos sus días. Sin embargo, antes de salir a mezclarse en la febril actividad comercial para disputarse a brazo partido las últimas tarjetas y peluches del mercado, le sugiero una pausa para recordar lo que este mundialmente celebrado Día de San Valentín significa.

En efecto, el Día de San Valentín es una celebración cuyo origen se remonta a la Inglaterra del siglo XIV en las odas al amor del poeta Geoffrey Chaucer escritas a propósito del compromiso entre el rey Ricardo II de Inglaterra y Ana de Bohemia. La costumbre luego se institucionalizó en los EE. UU. para después –como cosa extraña– sernos legada como una tradición popular. No obstante, el verdadero origen de este día se puede remontar muchísimo tiempo atrás y se puede rescatar de la fiesta de la naturaleza que señala febrero como la temporada en la que las aves inician sus rituales destinados a la perpetuación de la especie, pasando por la fiesta griega del Gamelion que celebraba el matrimonio de los dioses Zeus y Hera, hasta aquella –en la que coinciden algunos autores– que se refiere a la fiesta pagana de la fertilidad de origen grecorromano llamada Lupercalia (del latín *lupus* o *lobo*), que recordaba la leyenda de Rómulo y Remo que dio inicio al imperio Romano.

Una fiesta que se celebraba en honor al dios del Amor (Eros en Grecia, Cupido en Roma) suponía una petición llena de ofrendas por la gracia de encontrar al amor ideal. Esta fue primero prohibida por el papa Gelasio I en el año 496 y luego, al fin, cristianizada en el Concilio Vaticano II de 1969 y llevada al calendario litúrgico en el 14 de febrero como el onomástico de San Valentín de Génova –obispo de la localidad que murió alrededor del año 307–, San Valentín de Roma –sacerdote que sufrió el martirio cerca del año 269–, o San Valentín de Terni –obispo de Interamna que falleció alrededor del año 197–, aunque muchos eruditos piensan que se trataba simplemente de la misma persona.



Los datos más precisos sugieren que la verdadera leyenda se refiere a un sacerdote de nombre Valentín que, allá por el siglo III, solía desobedecer el mandato del emperador Claudio II, aquel que prohibía el matrimonio a los soldados y legionarios para que marchasen a la guerra sin compromisos, y los casaba en secreto. Así que, nuevamente, antes de salir a ingerir copiosas cantidades de alcohol para berrear serenos en la madrugada de nuestra silenciosa urbe o antes de invitar a esa persona especial a una cena a la luz de las velas, valdría saber, estimado lector, que en realidad estamos perpetuando uno de los más antiguos rituales de fertilidad que la historia conoce. Y lo digo nada más porque, en estas cosas del amor, siempre es mejor estar bien informado.



ELLAS

Ciertamente son seres especiales. Seres capaces de demostrar en el gesto más pequeño el amor más sublime, un amor constante, firme, irreducible y tan poderoso que no se arredra ante nada ni ante nadie. Ellas albergan el tipo de amor que sabe transformar la dulzura en valor. Y poseen el coraje soberbio y capaz de enfrentarse al cepo y al fusil de las tiranías más feroces, sin arredrarse y armadas con nada más que un cirio encendido y la foto del hijo que falta en el hogar. La Plaza de Mayo es un mudo testimonio de aquel amor profundo e irreductible que se niega a olvidar en las épocas de la amnesia obligatoria.

Mi madre... ¿qué sentido tiene buscar palabras cuando ninguna hay que capaz de describir la inescrutable profundidad de su amor? Muchos han sido los momentos en los que me ha resultado difícil comprender ese caudal de ternura incondicional que me ha acompañado siempre y desde siempre. Y claro, ¿cómo podría comprenderlo?, ¿cómo podría este duro corazón de hombre vislumbrar esa vocación insondable? Queda, eso sí, la gratitud por la niñez mágica, por esos días difíciles en los que sus brazos representaban el oasis desde el cual enfrentar este duro mundo que aún no alcanzo a descifrar, por la adolescencia irascible en la que la dulzura sabía también endurecerse cuando urgía una lección, y urgieron muchas. Queda la gratitud por la fuerza y el amor que me guiaron cuando, ya convertido en un hombre, la vida me mostró sus primeros desafíos y el viento trajo las primeras lágrimas.

Queda aún entre nosotros un mundo que a nadie más pertenece. El profundo océano de silencios y complicidades por el que solo ella sabe, sin necesidad de mayor diagnóstico, cuándo algo duele en el alma, cuándo algo falta. Esa mirada escrutadora y capaz de leer por dentro para saber, aunque no se lo diga, la dirección en la que soplan los vientos y ese instinto que se anticipa al peligro que yo mismo no puedo ver. Y sí. Ya la vida me ha enseñado, a golpes y tropezones, que lo mejor es escucharla cuando tiene algo que decir...



Las bendiciones se han multiplicado para mí. Hace unos años apenas, mi esposa es madre también. Y hoy disfruto el espectáculo cotidiano de ver la historia repetirse en esa pareja singular que forman mi mujer y mi hija. Ella, la Sofi, con sus ocurrencias y su vocación por la anarquía. Aquella, la Fer, procurado imponer algo de orden en el caos. Ella, la Sofi, sentada sobre un banquito luchando contra el protocolo diario de la ropa y el peinado. Aquella, la Fer, llamando a la disciplina a sabiendas que la batalla se perdió de antemano.

Y es que, a fin de cuentas, mi pequeña se parece también un poco a mí. Es fogosa y caótica, pero buena y leal. Y forma con mi esposa una pareja compuesta de personalidades tan antagónicas que es un misterio ver cómo, al final del día, resultan ser tan complementarias. Será por eso que se necesitan tanto. Y por eso las necesito yo también. Basta para recordarlo solamente uno de esos días en los que llego tarde de la oficina y las encuentro dormidas. ¡Cuánto silencio! Todo tan en su sitio. Nada con qué tropezar. Y la casa, antes no lo había notado, ¡es tan grande!



EL REGALO DE PAPÁ

Estimada lectora, el artículo de hoy va dirigido para usted. Y lo hago considerando que, ya sea por cumpleaños, Navidad o Día del padre, en este momento o en algún otro usted habrá pensando en regalarle algo a ese hombre bueno, decente y constante que la vida le ha regalado en su esposo. Desde luego, mi propósito no va más allá de darle un par de consejos que podrán servir de guía para que el presente cumpla y supere todas las expectativas. Así, por ejemplo, valdría recordar que si su marido se encuentra subiendo del tercer al cuarto piso entiéndase de los treinta a los cuarenta o más, no serán solo los hijos quienes alcancen la adolescencia, sino él también, una nueva adolescencia con edad del burro incluida y que, por esta ocasión, utilizaremos a su favor.

Para empezar, un consejo importante. Deje de regalarle productos para la calvicie o la papada: no los necesita, las miradas de deseo han dado paso a las miradas de ternura provenientes, mayormente, de las amigas de su hija. Así que deje de preocuparse por su apariencia y piense en un regalo que realmente cause en él impacto y gratitud. Empiece por reconsiderar el tema de la moto, esa que sus padres –no los suyos, sino los de él– le negaron en su juventud, o bien la tuvo, pero la vendió al contraer nupcias a causa de esto que la medicina moderna conoce como SCD (Síndrome Cítrico Dependiente), en buen romance «síndrome mandarina». Así que cómprele la moto, anímesse. ¿No tiene el dinero? Entonces cómprele el casco y la casaca. Lo hará sentir igual de bien.

Otra alternativa eficiente es obsequiarle una botella cara de licor. No se preocupe, nunca se lo va a tomar. Es un adorno para mostrar a los amigos y que él protegerá de su voracidad. El mismo propósito cumplirá una súper televisión SmartHD de sesenta pulgadas con las gafas para ver en 3D que él, seguramente, utilizará para ver los mismos partidos de fútbol que ha visto durante los últimos veinte años, o la utilizará, a lo sumo, para repetirse todas las veces que usted se lo permita la saga de *Star Wars* y *El Padrino*, junto a las demás sagas de suspenso o aven-



tura que poblaron su candorosa juventud, no la suya, sino la de él.

Desde luego, si el presupuesto es un problema, un buen presente siempre será una prenda de vestir. No obstante, cuídese mucho de no causarle una penosa decepción comprándole una chompita de lana o una corbata. Permita, por el contrario, el regreso del ímpetu y cómprele unos tenis rojos marca Converse (no le miento, aún existen) y unos jeans rotos o descoloridos, un calentador marca Kanguro, la casaca de cuero tipo Top Gun, ese estuche para la correa que sirve también para guardar las gafas como si fueran un revolver, la navaja suiza multiuso, o al menos la correíta de cuero con el diente de tiburón que venden en el parque de los hippies.

Si, ya sé su alegato. ¿Qué lo único peor que un niño con corbata es un viejo en calentador? ¿Que con los jeans rotos se parece a Ricardo Montaner? ¿Qué con la casaca de cuero coge facha de atracador? ¿Que es que le queda muy feo? Pues sí, todos los sabemos y él también. Sin embargo, si a él no le importa, ¿le debería importar tanto a usted? ¿Qué le cuesta hacer una excepción y dejarlo perder el decoro por lo menos en estas fechas especiales? Recuerde que, a fin de cuentas, y ya sea por bueno o por malo, no hay otro como él.

UN MINUTO, AMOR

¡Quién hubiera pronosticado que veríamos llegar este día! ¡Quién hubiera sospechado que, después de todo, esta vida tejida a cuatro manos hubiera podido ganarle la batalla al tiempo! ¡Quién hubiera imaginado toda el agua que ha corrido bajo el puente nos ha conducido a este luminoso febrero en el que nos miramos sorprendidos por haber desafiado juntos al destino! Caminamos sorprendidos por todos los caminos andados de la mano que han confluído sin pensarlo en el dulce beso de esta mañana común, mágica, cotidiana, una mañana en la que, como todos los días, mi soledad errante busca tu compañía y la encuentra allí, incólume, desde hace tantos años.

Estos años dulces han sido como estaciones de un maravilloso viaje, como provincias pobladas por la memoria de esta nación inventada, de este país que solo los dos conocemos. Los innumerables capítulos de esta historia han servido para enseñarnos aquella sola y única lección: que no importa el trago amargo ni el tamaño de la duda, tú y yo simplemente teníamos que amarnos. Solo eso. Esa es y será nuestra fortaleza inexpugnable. Porque hoy estamos juntos como no se puede estarlo más. Juntos desde los días de lluvia hasta los amaneceres de sol, tan juntos que tú, siendo inmensamente tú, y yo, siendo solamente yo, hemos llegado a formar parte de un mismo símbolo, un mismo concepto que obliga a todos a pensarnos en conjunto, a abarcarnos en un solo gesto.

Y la verdad es que, aún hoy, hay días en los que me pregunto intrigado ¿por qué caminos me encontraste? ¿Cómo aprendiste los pasos que te condujeron a esta alma solitaria como pocas? ¿Qué canto, que solo tú escuchabas, te guio hasta mi umbría morada? Preguntas sin respuesta que, sin embargo, esconden una única verdad inquebrantable: nos encontramos, logramos romper los cerrojos de esa soledad de mil murallas. Nos encontramos... y yo, sin pensarlo un instante dije «Vendrás conmigo», y lo repetí mil veces, como si me muriera.

Por eso te pido que no olvides nunca que aquellos momentos en que estamos más distantes son los momentos en



los que más te necesito. Y si algún día miras desplomarse mis murallas, no te alarmes, simplemente recuerda que a veces, en su centro, todo hombre sigue siendo solamente un niño perdido que busca tus manos entre los pliegues de la noche y tu voz cálida para que le indique la hora de la luz.

En fin. Los años se han ido desgranando como una espiga madura y tú sigues aquí, nítida, abrumadora, irreplicable. Y yo, a tu lado, aún siento estremecerse el universo. Por eso, junto a ti lo cotidiano nunca termina de ser cotidiano, cada despertar es un milagro diferente y cada anochecer una dulce continuación de este largo amor que, durante los largos, ajetreídos y grises días en que estamos separados, sostenemos con valor y con la convicción de que esta ternura acosada por la rutina es lo más valioso que tenemos. Y conscientes también de que aún nos desvelan los mismos anhelos y nos conmueven los mismos ideales por un mundo mejor.

Por eso te escogí, compañera. Por eso te amo así, como ese poema a la vida que eres, con el fuego irreflexivo que propaga tizones al viento. Y también como se aman ciertas cosas sombrías, en el silencio profundo del alma, sin condiciones, sin preguntas, sin respuestas. Y te amo así porque nada en el mundo me es tan cercano como tu mirada, porque jamás me enseñaste a amar de otra manera, porque en la inmensidad del cielo que me cubre sigues siendo la más brillante de mis estrellas. Tan cerca estás que se desdibujan en tus manos las fronteras de los mapas y del tiempo. Tan cerca estás que puedo escuchar tus pensamientos y mirar tus sueños. Tan cerca estás que, ya lo dijo Neruda, quizá «esta noche se cierren tus ojos con mi sueño».

ECCE HOMO

Hablemos de la Semana Mayor, conmemoración central del mundo católico que el fervor popular ha bautizado como *Semana Santa*. Y hablemos, por supuesto, de religión. Al plantear este tema no pretendo –no es el momento apropiado– cuestionar o desafiar la creencia popular. Lo que sí pretendo, en cambio, es reflexionar sobre los profundos significados que se esconden detrás de estas añejas tradiciones y que a veces tienden a olvidarse, y esto dicho por quien, ajeno por completo a la religión, usualmente prefiere mantenerse lo más alejado posible de estos temas espinosos. Esta distancia, precisamente, es la que muchas veces favorece formular las preguntas adecuadas, las preguntas que son difíciles para quienes habitan la religión como un hogar cotidiano.

Las preguntas pretenden indagar qué enseñanzas se pueden extraer, para alguien ajeno a la Iglesia, de esa conmovedora historia de amor, coraje y entrega que un galileo protagonizó hace más de dos milenios y que seguimos contando y reviviendo sin cesar. Bien sabemos que la leyenda y el rito son formas de preservar una enseñanza en la memoria y que es deber de las conciencias libres el rescatar el rito de las manos de la superstición para inscribirlo con todo su rico simbolismo en las vastas arenas de la filosofía y buscar desde allí la reflexión escondida en estas hermosas narraciones.

Desde aquel jueves, preludio de la captura, tal como lo relata el Evangelio de San Juan, aquel al que llamaban «maestro» efectúa un acto que, usualmente, les estaba reservado a los esclavos: el lavatorio de los pies. Este hermoso gesto de amor fraternal elimina de un plumazo las castas y jerarquías entre los seres humanos que tanto daño han hecho y pone de manifiesto que «el señor no es más que su siervo, ni el enviado más que quien lo envió». El acto, que continúa con la cena en la que el Cristo convierte su propio cuerpo en el alimento de los que cenaban con él, constituye un hecho simbólico, difícilmente histórico, que pretende narrar el milagro alquímico de la entrega total. El momento en el que el maestro se convierte en alimento de su aprendiz expresa que, aunque mortal es



el cuerpo, no lo son las ideas. Termina este jueves con la profunda meditación de Jesús en el Monte de los Olivos. Este ayuno del espíritu y símbolo de la consciencia y de ese tan necesario silencio interior que hemos perdido permite, conforme el relato, enfrentar el trago amargo que todos tenemos reservado con la serenidad y la paz de quien sabe que la esencia humana no puede ser dañada, aunque lo sea el cuerpo.

Expresión última es el viernes, símbolo de la muerte. Una muerte que veremos repetida incontables veces a lo largo de las páginas de la historia cuando un ser humano paga con su vida el atrevimiento de acercarse a los marginados y enfrentarse al poder establecido. Esta muerte que es vencida el domingo siguiente, primer plenilunio después del equinoccio de primavera, cuando se celebra el milagro central de todas las religiones: la resurrección, el hecho simbólico, nunca histórico, por supuesto, de morir para permanecer. Este símbolo del antes y el después, es la certeza filosófica del quién fui y quién puedo ser, el último y verdadero testimonio, más allá de la íntima creencia que no corresponde juzgar, del yo real en medio de una sociedad atrapada por la soberbia y la vanidad.

Ecce Homo, «He aquí el hombre». Esas las palabras con las que Pilato presenta al Cristo ante la historia. He aquí el hombre débil y contradictorio que es, sin embargo, capaz de la grandeza al entregarse a un ideal hasta la muerte, capaz de morir y renacer una y otra vez a su propia búsqueda de la verdad. Esa muerte comprendida como mudanza que encierra, tal vez, la verdadera reflexión de la Semana Mayor, la que debería acompañarnos a ateos y creyentes al comienzo y final de cada día. Esa reflexión parte siempre de la pregunta fundamental ¿he renacido hoy?

NOCHE DE BRUJAS

Según parece, el tema es una batalla perdida. Y es que, tras años de amargarle la fiesta al prójimo recordándole que la Noche Brujas es una tradición importada y que lo que deberíamos estar celebrando en realidad es el día del Escudo del Ecuador, he llegado a la conclusión de que, a fin de cuentas, resulta más divertido disfrazarse de zombi y salir de fiesta que organizar una tertulia sobre las ramas de palma y laurel o explicar cómo así el río Guayas nace en el Chimborazo, y si no sabe de lo que estoy hablando es porque no se sabe de memoria su escudo (ivergüenza!)

Así que, acudiendo al refrán de *si no puedes contra ellos, úneteles*, he decidido claudicar. Y como símbolo de mi derrota el próximo fin de octubre pienso salir a festejar el Halloween. Eso sí, antes de darle el gustazo a mi señora de verme disfrazado, he de aclarar algunos puntos con ánimo meramente académico. Empiezo por romper aquella creencia de que la Noche de Brujas es una fiesta gringa porque no lo es. En realidad Halloween o Noche de Brujas encuentra su origen en una antigua festividad pagana que los Celtas, tribu ancestral que habitaba lo que hoy conocemos como Irlanda y Escocia, celebraban hace más de tres mil años.

Y si bien ahora la Noche de Brujas convoca una fiesta, en sus orígenes era una celebración más sombría, cuyo nombre original, en la mitología milenaria de los Druidas, era *Samhain* en honor al dios de la muerte. La época que marcaba el final del verano y la cosecha para dar inicio al invierno boreal y el año oscuro. Era, por así decirlo, la fiesta de Año Nuevo para este pueblo místico y extraño que gustaba iniciar el año con el invierno, en ese momento de frío y oscuridad que nuestra mente asocia instintivamente con la muerte, con las almas en pena y los hechizos. Se trata del día en el que se pierde la frontera entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, y de la noche en la que la puerta se abre y permite a los espíritus pasar y visitar sus lugares o seres queridos. ¿Eso significa que no debe asustarse si ve un espíritu? Pues no, porque seguramente será un amigo disfrazado. ¿Y si es un espíritu de verdad? Bueno, allí las cosas cambian, no están mal vistos los gritos y uno que otro desmayo.

Lo cierto es que, como en todo, hay espíritus buenos y espíritus malos. Los espíritus buenos, aquellos que en vida fueron amigos o familiares, solían ser homenajeados encendiendo una hoguera en cada casa y una vela ardiendo por cada uno. Los espíritus malignos, por el contrario, eran alejados poniéndoles mala cara que, para el caso, consiste en el uso de máscaras fúnebres y grotescas que adoptaban su misma apariencia, de ahí que los Celtas gustasen de vestirse con cabezas y pieles de animales para ahuyentar a los espíritus que cruzaban el umbral y vagar por los alrededores solicitando una suerte de pastelillos, básicamente pedazos de pan con pasas de uva, que representaban el número de invocaciones que podrían lograr para el paso al otro mundo. Es decir, a más pastelillos, menor el tiempo que permanecían en el limbo de las almas en pena. El negocio de los pastelillos, podemos suponerlo, habrá sido bastante lucrativo, algo así como el de la colada morada, por poner un ejemplo.

Luego, la cultura celta, ya conquistada militar y culturalmente por el imponente Imperio Romano, fundió su Samhain con la festividad de la cosecha romana, en honor a la diosa Pomona. Con los años, tras Roma, llegó la Iglesia Católica y, tal cual ha sido su costumbre, se mimetizó inmediatamente a la cultura local y cristianizó la celebración pagana convirtiéndola, por mandato de los papas Gregorio III y Gregorio IV, en la víspera del conocido día de Todos los Santos en el calendario eclesiástico. Desde entonces, el All Hallow's Eve, por su acepción en inglés, se convirtió en esta conmemoración del mundo anglosajón que derivó en el vocablo *Halloween* para designar a esta fecha, eminentemente comercial, que usted festejará vestido de Drácula u Hombre Araña sin necesariamente reparar en que el disfraz sirve para alejar demonios y los dulces que le regalen servirán para comprar oraciones y un pase libre al otro mundo. Ya había anticipado que no quería amargarles la fiesta.

Ahora, aunque el Halloween de por sí sea una fecha adoptada con fines netamente comerciales y que, de lejos, resulta totalmente postiza y ajena a nuestra cultura, hay

que reconocer que nosotros también tenemos en esto una larga tradición. Quiero decir que no nos resultan ajenas, en absoluto, las celebraciones donde se honra y recuerda a los que ya descansan en el sueño eterno. Por el contrario, nuestra Latinoamérica cuenta con una rica tradición relacionada, por ejemplo, al Día de los Muertos o Fieles Difuntos, marcado el 2 de noviembre. Esta celebración de los pueblos de Mesoamérica, tanto o más antigua que el Samhain celta, trata de la forzada cristianización de la fiesta inca de las cosechas y del culto a los muertos en los pueblos azteca y maya, entre otros. La fecha, ahora con tinte religioso, sirve para venerar a todos los santos que carecen de una fecha propia en el calendario eclesial, en medio de una verdadera fiesta familiar y gastronómica, en la que se cumple la particular tradición de compartir la comida con el difunto, cenando junto a su tumba.

Así, Halloween y Día de Difuntos son dos expresiones equivalentes de un mismo rasgo cultural universal como es el culto a los difuntos, con la abismal diferencia de que el primero es un mero resultado comercial de la enajenación cultural y el segundo, una viva expresión de nuestros ritos ancestrales ¿Comercio o cultura? Pregunta incómoda, respuesta evidente: el sacrificio de la cultura al comercio es el axioma de una sociedad insegura. La valoración de los símbolos propios es señal de una sociedad madura. La historia dará el veredicto de nuestras tradiciones. Y el de su disfraz se lo dará su mujer.

FIESTA DEL SOL

Más allá de los regalos y el delirante consumismo, ¿qué es realmente la Navidad? Habría que empezar indicando que es una suerte de fiesta universal que esconde mucho más de lo que enseña, una fiesta que nos obliga a preguntarnos ¿sabemos en verdad lo que estamos celebrando? ¿Es simplemente la conmemoración del natalicio de Jesús de Nazaret? Y si lo es, ¿por qué se celebra, desde mucho antes del nacimiento del nazareno en todo el mundo, incluso allí donde no llega la fe cristiana?, ¿por qué la celebraban nuestros pueblos ancestrales cuando todavía no habían sido conquistados?

La verdad es que entre el 21 y el 24 de diciembre se produce uno de los sucesos simbólicos más genuinos y trascendentales de cuantos registra la historia de la humanidad. Este fenómeno es conocido como el *solsticio de verano*, y junto con el solsticio de invierno, que en el Hemisferio Sur tiene lugar entre el 21 y el 24 de junio (día de San Juan Bautista de acuerdo con el calendario cristiano), forma las dos grandes fases de la dualidad cósmica que la naturaleza nos ofrece y que, hace milenios, han conmemorado todos los pueblos de la Tierra.

En efecto, desde la lejana Europa grecorromana, donde se festejaba a Apolo o Minerva, pasando por las culturas orientales y los celtas hasta nuestros ancestros andinos en las fiestas del Capac-Raymi (o Año Nuevo) dedicadas al Inti, la humanidad ha rendido homenaje al nacimiento de la vida misma, mediante el culto a la única y más sustancial deidad presente en todas las religiones: el Sol. Esta tradición pagana en algún momento de la historia fue adoptada por la Iglesia Católica bajo la forma de la Natividad de Jesucristo, tal como lo han hecho antes innumerables culturas –Krishna (India), Dionisio (Grecia), Mitra (Persia), Horus (Egipto)– que han asociado el nacimiento de sus deidades con la fiesta del Sol y, por su intermedio, con todas las manifestaciones de la vida.

¿Qué es el solsticio? Pues corresponde a aquella fecha del año en la cual el Sol alcanza su máxima declinación sur ($-23^{\circ} 27'$) con respecto al ecuador terrestre, provocada por la inclinación del eje de la Tierra sobre el plano de su órbita. Este complejo fenómeno astral da lugar al día más largo del año, un día en el cual el Sol permanece más de 12 horas sobre el horizonte en una posición aparentemente estática. De hecho, el término *solsticio* proviene del latín *sol sistere o sol quieto*, es decir, el Sol antes de iniciar nuevamente su marcha al norte, acortando los días y acercando el invierno.

Más allá de la explicación científica, ¿cuál es la enseñanza depositada detrás de esta celebración? El trasfondo simbólico y moral de esta fecha, tomando como metáfora la transformación que vive la naturaleza en su día más luminoso, llama a la reflexión sobre la corrupción y el egoísmo de la sociedad que puede y debe ser regenerada. Es, por tanto, el momento indicado para trazar los planos de un nuevo comienzo, para evaluar los avances logrados en la búsqueda de la libertad y la fraternidad, para mirar atrás y evaluar cuánto y cómo se ha caminado. Es también una celebración familiar por excelencia. Y es una fiesta que busca agradecer a la vida por la certeza del nacimiento y la renovación de todo cuanto existe una y otra vez. Para siempre. Y es, por sobre todas las cosas, el momento adecuado para plantear la gran pregunta que define a la humanidad: ¿qué es lo que busca el ser humano? ¡Luz!, respondemos, iluz!



BODAS DE ORO

Ha llegado el día esperado. Los queridos viejos están de Bodas de Oro. Y esto, por supuesto, llama a la reflexión no solamente porque en este mundo en el que la familia se ha convertido en un bien desechable el atravesar esta dulce frontera es una rara excepción, sino por todos esos días, meses y años que han desafiado juntos; todos esos momentos difíciles y felices; los innumerables caminos andados de la mano que los han llevado a este día común, cotidiano y, sin embargo, luminoso por el hecho de saberse juntos. Toda esta vida a cuatro manos. Toda el agua que ha corrido bajo el puente. Todo se convierte hoy en una sola gran lección: que no importa el trago amargo ni el tamaño de la duda, ellos dos tenían simplemente que quererse. Esa fue, desde siempre, su gran fortaleza inexpugnable. Por eso, a su lado lo cotidiano nunca resulta cotidiano.

Cada día que los miro avanzar juntos es para mí un milagro diferente, una dulce continuación de este extenso amor que ha hecho escala en cincuenta abriles, que a estas alturas se verán como cincuenta estrellas de un mismo firmamento. Como cincuenta estaciones de este largo amor que los viejos sostienen con coraje y con la convicción de que esta ternura acosada por la rutina es lo más valioso que poseen. Capítulos incontables que tienen, sin embargo, un finísimo hilo que los atraviesa y va enhebrando la historia de este amor profundo, directo, sin orgullo ni barricadas contra el tiempo. Tal vez sea eso, precisamente, a lo que se pretende aludir al llamarlas Bodas de Oro, pues el oro es eso: inteligencia, vida, el tesoro escondido en las profundidades del alma que solo se puede encontrar de la mano de quien ya es parte de nuestra propia esencia.

En fin. Es bueno ver a los viejos juntos, tomados de la mano en ese primario gesto de la pareja, e incluso cuando están silenciosos y sin mirarse, ella leyendo por tercera vez una novela de Isabel Allende, adivinando siempre el final, él leyendo el periódico en el comedor o escuchando noticias en un viejo radio portátil, con el volumen bajo para

no molestarla, y sabiendo también el final de la novela. No pueden quejarse. En cincuenta años la vida los ha tratado bien. Y más allá de algunos paréntesis de inmensa tristeza, les ha regalado esta colección insuperable de momentos, caminos, angustias, paisajes y recompensas. Les ha forjado en el crisol del gran amor y ha sembrado bajo su sombra una familia, que ya no acaba en ellos, sino que se multiplica en la mía, su prolongación, y en mi pequeña hija que es la luz de sus ojos.

Después de medio siglo de vida en común, se llega a estar juntos como no se puede estarlo más, juntos desde el alma hasta el cuerpo, desde su larga historia hasta este maravilloso presente. Tan juntos están que se han vuelto un mismo ser, un concepto que obliga a todos a abarcarlos en un solo gesto, a pensarlos en conjunto, como una sola vida, y a sorprenderse ante este testimonio vivo de amor y sabiduría. Incólume, sereno, eterno. ¡Caramba, cuánto respeto y admiración!

CUMPLEAÑOS

Creo que una de las fechas más particulares y gratas del año es, para cada quien, el día de su cumpleaños. Y es una fecha especial porque permite ver y apreciar muchas de las características más profundas de la persona, pues, como usted sabrá, aunque la fecha nos llega a todos, cada quien la vive a su manera. Todos conocemos a quien decide celebrar su cumpleaños con cierta aprehensión, como si vivir un año más fuera simplemente otro paso hacia el inevitable final que nos espera, sin excepción, al final de este largo sendero, con ese miedo atávico a la vejez y la muerte que hace que cada nuevo cumpleaños se sienta como un campanazo que nos anuncia que la cuenta regresiva sigue su camino inexorable. Otros, en cambio, prefieren vivir el día con cierta nostalgia, con ese sabor agridulce de haber vivido ya lo mejor y con la certeza de que los mejores años ya han pasado y solo queda por delante un camino sombrío sin mucho más que ofrecer.

Sin embargo, permítaseme aquí valerme del genio inmenso de nuestro querido Gabo cuando, en una de sus últimas obras, recrea precisamente el día del onomástico de un anciano que, en su cumpleaños número noventa, decide regalarse a sí mismo una noche de amor con una joven belleza y, para tal propósito, se embarca en una fiesta singular que termina con una frase mágica cuando el anciano asegura haber cumplido «sus primeros noventa años». Esta obra maestra le canta a la vida y a la alegría de seguir en este mundo que, con sus altos y sus bajos, sigue siendo un lugar maravilloso.

Por eso es que, yo al menos, espero y anticipo el día de mi cumpleaños con ilusión. Procuro dejar de lado la hipocresía de esperar a contar cuántos y quiénes lo recuerdan como si la amistad pudiese medirse y me dedico, por adelantado, a poner sobre alerta a toda la gente que quiero sobre la inminente noche de copas, recuerdos y abrazos que, mientras me sea posible, nunca pasaré por alto. ¿Cuál es el motivo? Pues la simple certeza de que no hay muerte sino mudanza. La perspectiva de que existen miles de metas por cumplir y la seguridad de que lo mejor

aún no ha venido, junto a la ilusión de una vida junto a los míos. Y es la oportunidad para efectuar un balance de lo bueno y lo malo, para separar el grano de la paja y empezar nuevamente.

Día de propósitos, de abrazos, de encuentros con viejos amigos, de cariño y de amor, el día que nos recuerda que estamos de paso en este mundo emocionante, desconcertante y condenadamente divertido. Espero y sé que aún me esperan, en algún rincón, no una, sino decenas, millares de copas de vino, libros, besos, miradas y sonrisas. Ellas que permitirán seguir dándole significado a la vida, a esperarla con ilusión y a desafiarla con coraje. Debo decirlo nuevamente: me encanta el día de mi cumpleaños!

A FIN DE CUENTAS

Indudablemente, el tiempo pasa para todos. Y esta verdad simple y elemental de la vida no debería causarnos preocupación ni malestar, excepto por el hecho de que, no solamente que el tiempo pasa, sino que en su camino va dejando tras de sí algunas señales evidentes. ¿Por qué lo digo? No lo es, ciertamente, porque a tan pronta edad esté empezando a sentirme viejo, sino porque hay ciertos fenómenos que no dejan lugar a la confusión y que, en un momento determinado, todos debemos reconocer.

El *chuchaqui*, por ejemplo, es un término que antes no existía en nuestro vocabulario, pues una noche de licor y festejos no solía dejarnos ningún efecto. Era sencillo disfrutar de las amenas veladas que, con algunos excesos, terminaban con las luces del nuevo día y luego bastaban unas horas de descanso para sentirnos nuevamente plenos y dispuestos a continuar con las actividades que la vida proponía. Hoy, por el contrario, hay que elegir cuidadosamente los días, o mejor dicho las noches en las que uno puede dedicarse a la bohemia, ya que las consecuencias de la mañana siguiente se pagan a un alto precio, no solamente por el glacial silencio y la mala cara de las esposas, a las que les cuesta tanto comprender que es muy mal visto entre los amigos retirarse primero y que, aun siendo secretamente un mandarina consumado, queda cierto prestigio que exige guardar las apariencias. Hay que hacerlo porque ese profundo malestar que lleva a que uno sienta malo el cuerpo, la sed atroz y ese insistente dolor de cabeza dan lugar a que el reciente pecador pague con creces las culpas adquiridas. El hecho exige la comprensión conyugal y la jarra de limonada, ya no solo como un signo de reconciliación, sino como un mero hecho de solidaridad y acto de humanidad.

Fíjese también que en estas veladas las anécdotas y las historias que narran aventuras pasadas –sucidadas en su mayoría hace al menos una década– empiezan a salpicarse con comentarios alusivos a la salud de los presentes. Términos como *colesterol*, *presión alta*, *insomnio* y demás son señales claras de que el cuerpo ya no es el

mismo y de que la candorosa juventud empieza a quedar atrás. Y están también algunas manifestaciones externas. Note, por ejemplo, que ese porte atlético y estilizado de la adolescencia empieza a dejar paso para que la barriga, elegante accesorio que los caballeros de mediana edad lucimos con orgullo, aparezca inexorable en un momento u otro. Note también cómo la frondosa y tupida cabellera, que ya empieza a mostrar algunas canas, ha comenzado a dejar algunos claros y zonas despobladas, a pesar de los innumerables tratamientos capilares con los que la consorte intenta detener lo inevitable.

Verdades todas que, sin embargo, no deben causarnos aflicción. Después de todo, se trata de las señales que va dejando el haber disfrutado una vida plena. A fin de cuentas, las historias hay que vivirlas, la barriga tiene su precio y, si el pelo fuera tan importante, estaría por dentro y no por fuera de la cabeza. ¿Verdad?

¡HASTA AQUÍ!

Seguramente algún filósofo sostiene que la juventud es más una actitud que una edad y que se puede ser joven toda la vida si se mantiene joven el espíritu. Concedido. Sin embargo, hay una certeza en la vida que debemos enfrentar: ser joven, lo que se dice joven, es una categoría a la que, apegados al derecho y al buen gusto, se debe renunciar en un momento determinado a riesgo de convertirse en el «tío bacán» o en uno de esos abuelitos roqueros que resultan ser, siempre, una figura algo aprehensiva.

Y será ese, precisamente, el momento en el que, junto al proyecto de ampliación de la casa y la porfiada compra de la motocicleta que nos fue negada en la adolescencia, se produce, sigilosamente, un fenómeno desconcertante que a las esposas les gusta llamar madurez y a los amigos les gusta llamar aburrimiento. Y ya verá que, así de pronto, junto a las primeras canas en la barba y las patillas, comienzan a rankear alto en el léxico algunos términos como *azúcares, grasas, colesterol o triglicéridos*, todos referidos a una suerte de diminutos y tenaces enemigos que llevamos en la sangre, siempre al acecho, y que recién empiezan a manifestarse de forma impertinente.

Quedarán atrás los días en los que las enfermedades se curaban solas y uno tenía que verse al borde de la tumba para aceptar que lo lleven al médico. En poco tiempo, ya verá usted, comenzarán las visitas al doctor sin estar enfermos, justificadas bajo el nombre de «chequeos preventivos». Y de allí en más, se entrará de lleno en esta siniestra moda de ser saludable y nos resignaremos a tratar de alargar la vida reduciendo al máximo los placeres. Ahora la leche entera, que mamá nos embutía con devoción, empezará a ser comparada con veneno y deberá cambiarse por una variedad llamada leche deslactosada, que es un tipo de leche que no tiene leche. Y se deberá mirar con sumo cuidado las etiquetas de los productos del supermercado, esas con facha de semáforo que indican «alto en azúcar» o «alto en grasa», y desconfiar de cualquier cosa comestible, bebible o fumable que haya adquirido dudosa reputación.

Mientras tanto, lo que alguna vez fue la cocina de la abuela se convertirá en una suerte de laboratorio experimental donde la comida se manipula como si fuera nitroglicerina y rebosa de recipientes que contienen nuevos productos con extrañas denominaciones como *sémola*, *lino*, *chía* y *aloe vera*. Y sí. Hasta hace poco el haberse vacunado contra la polio o haber resistido los hot dogs del Maño y los secos del terminal bastaba para ubicarse en el grupo de los sobrevivientes. Allí, entre la certeza de estar hoy y la incertidumbre de saber si estaremos mañana. Ahora, en cambio, sabemos que los problemas de salud no son más que el reflejo de la intoxicación generada por décadas de comer lo que nos gusta sin adquirir un solo nutriente, pecados inconfesables que hemos cometido mientras la salud ha ido dejando de ser una buena sugerencia para convertirse en una tiranía.

Y yo me pregunto: ¿qué debemos hacer ahora ante esa alacena repleta de pastas no integrales, pan con quesillo, quesos añejos y jamones serranos que hoy resulta ser una cueva de venenos? ¿A dónde irá el vino añejo y el cigarro cubano que imagino será el *non plus ultra* de los pecados? Pues al menos yo debo dar mi punto de vista. Empezaré por confesar que sí, me lo he comido todo, que tomo café, como mantequilla, carne roja y que solía fumar con fruición, y que me he emborrachado más veces de las que sería recomendable.

Aunque el nutricionista no se explique cómo es que sigo aquí, la verdad es que yo tampoco lo sé explicar, he decidido mantener incólume mi resolución de disfrutar el tiempo que me queda. Soy plenamente consciente de los riesgos y, sin embargo, mientras conserve un libro de Nietzsche o de García Márquez sobre la mesita de noche y una botella de Grand Marnier en la alacena, me rehúso categóricamente a dedicarle un solo minuto de mi vida a contar las enzimas que perdí o las calorías que consumí. Quiero ser lo que soy, un adulto que elige sus vicios, sus virtudes y, con un poco de suerte, su propio destino. Esto, desde luego, con la esperanza de que mi señora no lea este editorial.



LA COSA MÁS PRECIOSA

Al reflexionar sobre la sociedad actual, la llamada sociedad de la información, no puedo evitar traer a colación las palabras de Albert Einstein cuando afirmaba que «Toda nuestra ciencia, medida contra la realidad, es primitiva e infantil, y sin embargo, es la cosa más preciosa que tenemos». En efecto, es grato reparar cuánto conocimiento tenemos al alcance de las manos, lo que nos ha permitido expandir nuestros horizontes y conocer algunos de los grandes misterios de la Tierra, el ser humano y el universo.

Pero en el otro lado de la moneda, resulta preocupante verificar la cantidad de irresponsables publicaciones que abordan temas científicos o históricos prácticamente sin ninguna base real, y que siembran la confusión entre aquellos hombres y mujeres que, buscando ciencia, se encuentran con imitaciones de mala calidad. Ellos, por cierto, no son los culpables. Actúan guiados por su inexplorado amor a la ciencia, llevados por una de las más bellas cualidades del ser humano como es la curiosidad, siendo por esto sistemáticamente engañados. Ellos simplemente aceptan lo que las más vastas fuentes de información plantean como verdades incontrovertibles. Ellos ignoran cómo funciona la ciencia. Es a ellos a quienes hemos fallado como sociedad.

Ya Sagan advirtió que «la ciencia genera un enorme sentido de maravilla. Pero también lo hace la pseudociencia». Con tal verdad, podemos entender mejor que existan algunas academias científicas serias que abanen el campo para que nuevos y dudosos científicos aparezcan en escena para llenar los vacíos en revistas, libros, programas y páginas web, donde prima el material especulativo sin asomo de proceso científico y revisión que evalúe la investigación mediante un debate serio. Por supuesto, el escepticismo no vende bien. Esto fuera fácilmente evitable si se pudiese establecer, ante el ciudadano común, aquel principio básico de que el glorioso nombre de *verdad científica* solo se reserva para aquellos hechos que se respalden en sólida evidencia técnica y teórica.



Es posible que, si formásemos un poco más a nuestras nuevas generaciones en la necesidad de buscar calidad científica, podríamos abrir un camino hacia una sociedad más evolucionada, en la que cada generación que heredamos al mundo no sea evidentemente más ignorante que la anterior, aunque –paradoja entre paradojas– esté infinitamente más informada. Esta ignorancia es mucho más peligrosa en un mundo donde temas como el deterioro ambiental, la dinámica de los procesos de construcción socio-política, la globalización y el avance exponencial de la informática requieren de una profunda cultura general que, por explicarlo de algún modo, permitan separar el grano de la paja y formar criterios ilustrados y válidos, capaces de contribuir y construir. Solo así seremos capaces de comprender mejor el enorme sentido de maravilla que imbuye a la ciencia, la cosa más preciosa que posee la humanidad.

CONSCIENTE

Es en verdad fascinante el mundo de la ciencia. ¡Cuánta magia se esconde en las inexploradas regiones de la física y la biología! ¡Qué hallazgos fantásticos entrañan las leyes que rigen al universo, a nuestro cuerpo y a nuestra mente, que a fin de cuentas son lo mismo! Sí. Todas esas leyes, teorías y hechos sencillos desde los cuales explicamos nuestras vidas, y desde los cuales comprendemos que el azar no existe, que son nuestras decisiones las que marcan aquello que ha de suceder, que son nuestras convicciones las que dictan aquello que hemos de lograr.

Traigamos al caso la biología, aquella disciplina por la cual sabemos que, en estricto sentido, el comportamiento celular está gobernado por dos mecanismos básicos de supervivencia: la protección y el crecimiento. La protección, entendida como la programación inconsciente que heredamos de nuestros ancestros hace millones de años, es la que interpreta las señales del entorno y nos alerta ante un peligro inminente. La función de crecimiento, por otro lado, es aquella por la cual sabemos que el cuerpo humano jamás deja de crecer y renovarse, que las microscópicas células permanecen en un estado constante de cambio, que ni una sola de las células con las que nacimos existe ahora y que siempre somos, de alguna manera, recién nacidos.

Ahora bien, estas dos maravillosas funciones cumplen una condición: no pueden suceder al mismo tiempo. Es decir, la función de crecimiento y nutrición ocurre solamente cuando el organismo no necesita protegerse ¿Por qué? Sencillo. Porque si el organismo primitivo percibe un peligro dedicará todas sus energías a escapar e inhibirá cualquier proceso de renovación o crecimiento. ¿La conclusión? También es sencilla: mientras estás protegiéndote, dejas de crecer.

En el estado actual de la humanidad ya no necesitamos huir de fieras salvajes o luchas tribales. ¿Qué es entonces lo que podría activar nuestros mecanismos de protección? Pues, paradójicamente, son ahora muchos más sutiles y

más comunes los estímulos. Los ambientes tóxicos y llenos de ruido en los que pasamos buena parte del día, el estrés, la punzada en el estómago por la preocupación, ese momento de agobio en el trabajo cuando no encontramos las soluciones, ese minuto atascado en tráfico en el que maldecimos nuestra suerte. Estos momentos generan una sensación que la mente primitiva comprende como una amenaza y activan los mecanismos de protección, y se inhibe la nutrición, crecimiento y renovación. Esos momentos en los que, literalmente, envejecemos y enfermamos.

Luego, ¿no será acaso que la calidad de vida es, en realidad, una decisión consciente? ¿Acaso somos los autores de nuestras enfermedades?, ¿está en nosotros decidir sobre nuestros miedos y preocupaciones?, ¿es nuestro deber procurarnos ambientes alegres, serenos y estimulantes que desencadenen los procesos de crecimiento? Son preguntas cuyas respuestas tal vez nos lleven a una sencilla y trascendente conclusión: necesitamos vivir mejor, y tal vez el precio que estamos pagando por ese minuto extra ganado al reloj de la oficina, a fin de cuentas, no vale la pena.

EL PODER DE UN SUEÑO

Sí, me ha pasado también. Ese aprehensivo sentimiento de fastidio y apatía, esa sensación de perder el optimismo, la impotencia al contemplar que todo lo dicho y lo hecho cae en saco roto, la política perdida en un laberinto de insultos y adjetivos, la corrupción rampante exhibida con cinismo, las promesas de los gobernantes mil veces traicionadas, los negros nubarrones de una crisis anunciándose en el horizonte, el nuevo desengaño ante cada nueva esperanza de cambio y estas ganas de preguntar ¿Y qué hace uno cuando para donde quiera que mire ya no le cree a nadie? Esa desesperanza es capaz de ensombrecer el ánimo del más optimista. Sí, hay muchas razones para rendirse.

Sin embargo, es esa, precisamente, la hora en la que más debemos recordar que no hay crisis mayor para una sociedad que aquella en la que se pierden las expectativas del futuro, que la hora más difícil es aquella en la que se vuelve más necesario rescatar el optimismo, pese a todo. Y debemos recordar que la sociedad que queremos depende de nosotros, que no es en la mano errática de nuestros gobernantes, sino en el poder personal de cada ciudadano donde aguardan los cambios que tanto demandamos. Que depende de nosotros quererlo y pelearlo hasta convertirlo en realidad.

¿Cómo? Planteándonos primero nuestra visión del futuro para que sea esta la que guíe la elección de nuestros líderes. Sabiendo a ciencia cierta y con claridad cuáles son los resultados concretos que queremos y merecemos para poder después exigirlos en las calles y en las urnas. Empezando por asumir aquella ley universal por la cual todo pueblo tiene los líderes que merece. Que los resultados de toda sociedad no son más que la consecuencia de las ideas que priman en ella. De sus objetivos. De sus metas. O de la carencia de estas y aquellos. Que si queremos mejores resultados debemos primero conocer cuáles son. Que es difícil emprender un viaje si no se conoce primero el punto de destino.



Y reflexionar además que todo depende de nosotros. Que finalmente es nuestra decisión si perpetuamos el complejo de inferioridad que nos atenaza y nos lleva a quedar observando, con una mezcla amarga de admiración y envidia, a las sociedades que caminan por delante, a los triunfadores, a los que se han hecho cargo de sus decisiones y su futuro. O podemos lanzarnos a imaginar –iy conquistar, caramba!– el tiempo y la nación que queremos. Desde el pequeño espacio que a cada quien le corresponde, ya sea desde ese salón lleno de estudiantes ávidos por ideas e ideales, desde el pequeño taller donde se gestan las nuevas ideas del futuro, desde el pequeño comercio donde se perfila la gran empresa de mañana, desde el barrio en el que laten más vivos que nunca los anhelos de la sociedad, o desde la pequeña comunidad olvidada donde se agazapan las ideas que cambiarán el mundo.

El inmenso potencial de nuestros jóvenes necesita nada más que una visión de la patria a la cual apostar, una razón para desencadenar su innumerable poder creador, un girón de honestidad y genuino interés por el pueblo. Todos necesitamos un algo que nos permita creer que otra realidad es posible, que nos permita confiar, que nos dé una razón para no ceder terreno a la desesperanza, para entender que son muchas las razones para rendirse. Y sin embargo son más las razones para continuar la jornada. Siempre son más. ¡He allí el inicio de la primavera!

LAS ANTIGUAS ESCUELAS

En medio de la tranquila comunidad de personas con las cuales usted se cruza día tras día, existe un tejido que va mucho más adentro, un profundo entramado en el cual coexisten otras expresiones del complejo espíritu humano que, al igual que cualquier minúscula semilla que contiene en potencia al imponente árbol que de allí crecerá, existen como principios que contienen íntegro al tejido social. La lengua, la palabra, la religión, la política, las luchas y las conquistas de la historia conocida son nada más que expresiones externas de la batalla librada por el dominio del alma humana en los mismísimos cimientos sobre los que descansa la sociedad. Esta batalla entre la comprensión de la vida como este constante deambular en búsqueda de nombramientos y membretes que certifiquen el paso por el mundo tan opuesta a aquella íntima intuición de la realidad detrás de la vanidad.

Y allí, en el ojo del huracán, es donde encontraremos a las religiones y las ideologías absolutas como el canto de sirena que pierde al navegante. Y encontraremos también, en el contrapeso de la balanza, a las antiquísimas asociaciones que han heredado las viejas enseñanzas de las antiguas escuelas, cuyo único anhelo es el transitar por el camino del iniciado. Estas órdenes, lejos de proclamarse religiones o facciones políticas, acogen a todos los espíritus despiertos sin contar sus credos y con el fin de dedicarlos por entero a la construcción de una sociedad más libre, más fraterna, más equitativa.

Será allí, entre una rosa y una cruz, o a la sombra de una escuadra y un compás, donde se dedicará el pensamiento libre a la filantropía y al aprendizaje de las leyes que rigen al universo. Iluminados por símbolos ancestrales y bajo la atenta mirada de Pitágoras, Descartes, Newton, Bacon y los sabios del antiguo Egipto y el Renacimiento, entre la magia de la geometría abstracta y los principios de la transmutación del plomo, se levantará la tarea de reedificar el edificio de prioridades que gobierna el destino de nuestros pueblos.

Entre las *Bodas Químicas*, la *Torá*, el *Libro de los muertos* y el *Libro de la ley* esperan pacientes las palabras que, hace siglos, muestran el camino cifrado en grados y etapas que, como una carrera del espíritu, conducen al despertar de las más caras facultades humanas. Vieja enseñanza que muestra la existencia de un solo principio que nos gobierna a todos y a todo, que vuelve evidente la partícula del elemento divino que nos habita y que, mediante el estudio de la infinita capacidad de la mente, proyecta la potencia humana a lugares que antes nos eran desconocidos. En esos lugares surgen, en su manifestación externa, el laicismo, la ilustración, la tolerancia y el libre examen de la conciencia. En esos colegios invisibles es donde se fragua paciente y constantemente, día a día, el progreso de nuestra sociedad.

CALENDARIO

Es uno de los rasgos más fascinantes de la especie humana. Aquella inexplicable seducción que ejerce sobre nosotros esa extraña y misteriosa dimensión, existente solo en nuestra mente, lo llamamos *tiempo*. La mirada anhelante dirigida a las estrellas, buscando en ellas la clave del brevísimo pedazo de eternidad que representa la vida de un ser humano en el océano del tiempo. Lo mejor del genio humano empleado en medir lo inmensurable...

Los pueblos innumerables que medían su existencia por el movimiento del Sol. El Inti de los incas, rey de reyes que vio nacer y morir el vasto Tahuantinsuyo, iniciaba el año renovando el fuego. El imperio de la China milenaria que contó más soles que cualquier otro antes o después. Las culturas irrepitibles de los mayas y los aztecas que llevaban un calendario para el pueblo y otro para los dioses mientras nombraban a los meses con sonoros nombres que significaban *viento, agua o flor*. El eterno pueblo hebreo que giraba en torno al Nisán o 'época de las espigas'. La imponente Roma Imperial donde los calendarios juliano y gregoriano se creaban y olvidaban según los caprichos de los emperadores y papas.

Y están los otros. Los pueblos místicos que honraban la profundidad insondable del espíritu midiendo las edades por la caprichosa Luna que viste de plata el arcano de la noche. Los pueblos del secreto, como los antiguos egipcios, la majestuosa Babilonia, que honraban al tiempo erigiéndole dioses. La vasta cultura de la india milenaria poblada como ninguna otra de dioses innumerables. El joven pueblo musulmán y la bella costumbre de contar las horas a partir de la salida del sol y no desde la media noche.

Será por eso que la palabra *calendario* proviene del vocablo del latín *calare* que significa 'convocar, llamar', 'urgir a la reflexión' sobre esta inexorable cuenta regresiva hacia el abismo y explica esta imperiosa necesidad del ser humano de crear dioses, deidades y mitologías que nos conecten con el mundo imposible que existe más allá del tiempo, así como esa necesidad de nombrar los días en su nombre para darles un propósito que justifique el interminable desgranarse de las horas.



El domingo (del latín *Dominicus*) para el Señor y el culto al Sol. El lunes (del latín *Lunae*) para la Luna y el misterio. El martes (día de Marte), se consagró al señor de la guerra y se dedicó a la recia lucha por aquello en lo que creemos. El miércoles (día de Mercurio) recordaba al dios supremo de la filosofía y dedicado a la reflexión sobre el para qué de la vida. El jueves (día de Júpiter), enalteció al dios de dioses e inteligencia suprema, el día consagrado a la oración. El viernes (día de Venus), honró a la diosa de la belleza y el amor, a la sensualidad y la belleza de la vida. Y el sábado o *Sabbat*, fue el día de descanso para el cuerpo y el alma.

Nombres que no llevan más que un mensaje transmitido en susurros desde la noche de los tiempos: aun en la fugacidad de la existencia, el maravillo regalo de la vida lo contiene todo: tiempo para celebrar la vida y tiempo para celebrar el misterio, un día para luchar y otro para reflexionar, tiempo para orar y tiempo para amar. Y un día más, el último, para preparar el descanso final que inexorablemente llegará.



EL FIN DE LOS TIEMPOS

Será difícil olvidar aquella jornada, en extremo particular, que vivimos aquel viernes 21 de diciembre de 2012. En aquel solsticio de verano en el que debía cumplirse la vieja profecía del calendario maya según la cual, a eso de las diez de la noche se agotaría el reloj de la vida y se marcaría la hora última de la existencia de la Tierra. Pues bien, si usted está ahora mismo leyendo este artículo, es porque, seguramente, no se acabó la vida sobre el planeta, al menos aún no, aunque, desde luego, no estemos lejos de conseguirlo y no tanto por algún cataclismo cósmico que nos borre a todos de un plumazo, sino a causa de nuestra impenitente irresponsabilidad sobre nuestro pobre y abollado mundo.

Si hemos de ser honestos con nosotros mismos, no podremos negar que aquel extraño viernes fue una fecha al menos aprehensiva. No lo fue tanto por la tentación de ceder ante la superstición popular que llevó a mucha gente a construir refugios llenos de víveres y a otros a sumarse a sectas religiosas que invitaban al suicidio en masa para adelantarse unas horas al fin de los tiempos. Lo fue por la irresistible tentación de imaginar cómo sería el fin del mundo y, más aún, por imaginar las muchas tareas que quedarían pendientes, sabiendo que nuestra celebrada civilización no es más que un paso adelante en esta historia sin fin que llamamos tiempo.

Imaginar, decía, los muchos desafíos que quedarían postergados para siempre ante el final de los relojes y los calendarios, verbigracia podríamos anotar el nunca haber logrado erradicar la pobreza de tantos, cuya causa no es más que la riqueza de tan pocos. Podríamos también mencionar el nunca haber podido terminar con el azote de la guerra causada nueve de cada diez veces por diferencias casi infantiles entre quienes sospechan poseer la verdad y quienes están seguros de poseerla, entre quienes comprenden la política y la religión como certezas que no admiten oposición y castigan, por tanto, el atrevimiento de disentir. Estos y otros muchos desafíos, de acabarse el mundo en este preciso instante, nos dejarían el amargo sabor del deber no cumplido.



Por lo tanto, si quiere usted una recomendación útil para el próximo fin del mundo, podría decirle que, mientras dure la espera para el gran cataclismo, utilice ese valioso tiempo para reflexionar sobre las metas logradas y los resultados no alcanzados para evaluar sus prioridades, valorar a su familia, llamar a los amigos y encontrar nuevamente la punta del ovillo que tan fácilmente se perdió en el torbellino de la búsqueda del dinero y el poder. Por lo demás, cuando la nueva fecha pase a la historia y pueda nuevamente comprobar que el mundo no ha terminado todavía, le recomiendo utilizar este nuevo tiempo que la vida le regala (por eso le dicen presente) para olvidarse del pasado y sus amenazas y pensar, por una vez al menos, en el futuro que es, a fin de cuentas, lo que verdaderamente importa.

DESINTEGRACIÓN DEL LEGADO

Hay días en los que, a causa de una conversación o un comentario, no puedo evitar reparar con tristeza en lo lejos que ha llegado la ignorancia sobre nuestros ancestros amerindios. Estamos ante una suerte de desintegración de la cultura de nuestros mayores que, cada día, cae en un abismo más hondo, mientras las nuevas generaciones olvidan a quienes los llaman desde la sangre. Desde luego, no se puede pasar por alto el creciente interés que en los últimos años los estudiosos han mostrado alrededor de los diversos aspectos que emanan desde los mundos ancestrales. Sin embargo, este interés, lejos de reflejarse en una corriente seria, ha demostrado una incapacidad de aprehender de forma íntegra el legado ancestral y, por tanto, ha caído en una suerte de misticismo mal comprendido, en una avalancha de conocimiento fragmentario basado en datos y crónicas antiguas que, en su mayoría, provienen de los propios colonizadores.

La situación ha llegado a tal punto que hoy la mayoría de nuestros jóvenes van por la vida pensando que los incas eran una tribu de salvajes que olisqueaban biblias y confundían caballos con dioses, convencidos de que los aztecas tenían trato con los extraterrestres, y temerosos de un calendario maya en el que algún novelista desocupado vio el presagio del fin del mundo. Este pobre contacto con nuestras tradiciones nos aleja de la compleja y fantástica originalidad de nuestros mundos aborígenes. Mentalidad reduccionista, propia del hombre europeo, que busca comprender una civilización perdida desde los informes oficiales de los conquistadores que la destruyeron.

Choque de dos mundos y ausencia, casi general, de seres intelectualmente cualificados para trascender y comprender la esencia unificadora de la tradición primordial, documentos imprecisos y verdaderos desmanes en la traducción de las voces indígenas a manos de los clérigos de la época. Estudios llenos de imperfecciones que, más allá de alguna coincidencia fortuita o correspondencia fonética, no guardan relación alguna con la belleza original de la lengua sagrada, divina y secreta, y ensombrecen sin piedad los diversos grados de simbolismo tradicional y

sus profundas concepciones metafísicas. Sistemática eliminación de las más de mil lenguas que se hablaban en nuestra América antes de aquella fatídica Real Cédula de Carlos III con la que habrían de imponer el idioma único de ese castellano con el que nos adoctrinaron en un cristianismo que nunca nos perteneció y que, desde entonces, calificó a nuestra cultura ancestral como mera idolatría. Es por todo esto que, en un arranque de identidad perdida, sostengo que nuestras nuevas generaciones llevan consigo la grata tarea de seguir desmitificando y construyendo nuestro pasado, descubriendo la inmensidad del mundo andino y americano que, en su gran mayoría, espera pacientemente a ser descubierto por su propia gente. Y entonces sí se podrá desplegar ante nosotros ese enorme legado del cual, el mundo entero, aún tiene mucho que aprender.

COPIAMOS LO PEOR

Incluso a riesgo de herir a todos quienes guardan con celo su ascendente ibérico, lo debo decir con todas sus letras: yo estoy en contra de las corridas de toros. Esto a propósito de esta triste tradición que cada año se repite por las fiestas de la capital y que se replica después, aunque cada vez menos, en otros rincones del Ecuador, como el caso del triste y macabro espectáculo de barbarie y crueldad disfrazado de cultura, apropiadamente conducido bajo el nombre de Jesús del Gran Poder. Una corrida supone una verdadera masacre sistemática en la que un grupo de personajes, generalmente hombres con el tamaño y la contextura de un títere, se enfrentan a un enorme animal ante el cual, como todos los sabemos, en igualdad de condiciones no tuvieron la menor oportunidad. El animal inocente, luego de ser cuidadosamente criado bajo los más altos estándares estéticos hasta convertirlo en un verdaderamente hermoso ejemplar, es de pronto herido y disminuido, lanzado a un ruedo donde, atormentado y confundido, se defiende como puede ante el ataque espantadizo de quien se llama orgullosamente «matador». Aquel individuo, mientras dura el circo romano, se divierte y se burla del animal, lo hiere, lo humilla, prolonga lo más posible su agonía y finalmente lo asesina cobardemente. En este momento el espectáculo llega a su apogeo y, mientras el animal inocente da sus últimos estertores, la plaza entera ruge y saluda al «torero» como si se tratase de un ídolo.

Me pregunto yo, ¿por qué insistimos en guardar un pasado español que no nos pertenece? Y más todavía, ¿por qué de este pasado elegimos aquellas costumbres que más resaltan los rasgos atávicos de sadismo y brutalidad que han caracterizado el pasado de otras culturas del mundo? ¿Por qué debemos perpetuar –en pleno siglo XXI, entre los derechos de los animales y el reconocimiento de la vida– estos rituales que solo demuestran lo que fue el ser humano antes de evolucionar?

Algunos podrían aducir que es parte de nuestra cultura. Pues bien. No lo es. Si buscamos profundo en la historia podremos encontrar, en el Antiguo Testamento, el origen

de esta nefasta influencia. Podremos remontarnos hasta las fiestas sagradas de la antigua Judea y recordar aquellos holocaustos en los que millares de animales eran asesinados sobre un altar como parte de un brutal sacrificio ofrecido a la cruel y sanguinaria figura de Yahvé. De allí, tal vez, podría venir la herencia de la crueldad. Esta influencia tardíamente habría llegado a la España Medieval y habría dado origen a esta cultura inhumana y ajena por completo al milagro de la vida.

Las corridas son un rito ajeno y lejano, una fiesta perteneciente al oscurantismo medieval europeo del cual nunca formamos parte. Son contrarias en todo a nuestra legítima herencia cultural, la verdaderamente ancestral, esa que guardaba y cuidaba la naturaleza, respetaba la vida y no ejercía la crueldad como espectáculo de diversión pública. ¿Acaso no comprendemos que estamos reproduciendo lo peor de esta cultura ya de por sí impuesta y postiza?

Creo que ya es hora de que nuestras sociedades dejen, por fin, de promover y asistir a este tipo de espectáculos. Es hora de que la sociedad supere la ferocidad del animal humano involucionado y avance hacia un futuro en el que sea capaz de adquirir otras prácticas que no envilezcan a quienes lo practican y a quienes lo miran desde un graderío. Es hora de dejar atrás al ser humano verdugo que –abuso y cobardía sin nombre– atropella y asesina a las otras especies de animales inferiores que nada pueden hacer para defenderse. Símbolo patente de la cobardía. Tragedia de la vida convertida en espectáculo. Lo digo de nuevo: yo estoy en contra de las corridas de toros.



EL CANTO DE LOS PUEBLOS

La música ha sido uno de los patrimonios históricos de la humanidad. Ha sido en ella, siempre, donde hemos encontrado nuestra identidad y las claves para la frase precisa de amor, perdón, traición y olvido. Sin embargo, existe un género musical que hoy está empezando a perderse. Allí, entre el ensordecedor y procaz reguetón, la banalidad del pop y ese fluido incoloro de la música electrónica, con sus honrosas excepciones desde luego, hemos olvidado la discreta y valiente música protesta, esa que nos decía que «lo más terrible se aprende enseguida y lo más hermoso nos cuesta la vida». Ese género dio abrigo al espíritu de rebelión y desapego a las imposiciones del poder y, en los sesentas y setentas, animó a las juventudes que combatieron contra los vampiros más sanguinarios que han opacado nuestro cielo. Y era allí justamente, entre el miedo y la represión, cuando se levantaba orgullosa la voluntad del pueblo para recordar a sus caídos, para, ante los fusiles, cantar agradecidos «a la desgracia y a la mano con el puñal porque me mató tan mal que seguí cantando».

Es ese espíritu el que se ha ido apagando al tiempo que el conformismo y la banalización nos han invadido. Hoy, la música comercial, desecho de la sociedad consumista que se produce en masivas oleadas, plasma y refleja como nada el aburrimiento de vivir en una sociedad estandarizada. ¿Dónde han quedado esas letras sugestivas de Sui Géneris o Silvio Rodríguez cuando nos decían que hemos nacido para vivir y, por tanto, el tiempo es nuestro capital más precioso? ¿A dónde han ido las profundas reflexiones cantadas sobre las innumerables posibilidades de la inteligencia humana y el ilimitado poder del amor cuando nos recordaban que es preferible hablar de lo imposible pues «de lo posible ya sabemos demasiado»? ¿Qué ha sido de las valientes canciones que llamaban al coraje, pues «ahora mismo le puedes decir basta al miedo que heredaste, porque la vida es aquí y ahora mismo?»

Ya pocos son los artistas que, desde la dulzura de una guitarra, reclaman derechos y denuncian injusticias. Ya lo decía el inmenso Facundo que «cuando un pueblo trabaja, Dios lo respeta. Pero cuando un pueblo canta, Dios lo



ama». Y con esto se refería a estas canciones que daban dignidad a un pueblo que, en medio de su pobreza, podía dar la cara y cantar sobre «la necesidad de lo que hoy resulta necio: la necesidad de asumir al enemigo, la necesidad de vivir sin tener precio». Esas canciones irreverentes que hacían decir a la boca del obrero y el campesino el «pobrecito mi patrón. Piensa que el pobre soy yo». Eran coplas pensadas para la unidad del pueblo y cantadas por mil autores que sacrificaban la gloria por la eternidad. Esa voz sagrada resumía su lucha, su entrega y su coraje sin nombre en ese glorioso llamado: «¡que se levanten todas las banderas cuando el cantor se plante con su grito! ¡Que mil guitarras desangren en la noche una inmortal canción al infinito! ...»



EL MAESTRO LUCHO

Sucede con frecuencia. Un día cualquiera, sin previo aviso, el automóvil decide no arrancar, se enciende alguna luz o simplemente empieza a emitir algún sonido indescifrable. Claras señales de que el vehículo ha terminado su candorosa infancia y, como todo adolescente, entra de lleno en la «edad del burro», esa edad en la que, de tanto en tanto, las cosas se empernan y simplemente dejan de funcionar. Atrás han quedado los días en los que, sin esperar el daño, llevábamos el auto nuevo a los chequeos periódicos, esos que, en versión persona, se llaman chequeos «preventivos». Sin embargo, así como llega un día en el que se recupera el sentido común y uno empieza a ir al médico solo cuando está enfermo, llega también el tiempo en el que el auto va al taller solo cuando realmente pide clemencia.

En tales momentos, entonces, habrá que tomar una decisión. La primera opción siempre es volver al taller del concesionario donde un mecánico, ataviado con el impecable mandil blanco de un cirujano, somete el coche a un chequeo por computador que sacará a relucir sus más inquietantes secretos. Así de pronto, aquel daño que, según usted pensaba consistía en una direccional quemada, resultará en el cambio de frenos, empaques, alternador, batería y algún costoso microchip que usted ni siquiera sabía que estaba allí.

La otra opción, desde luego, es acudir a esa acogedora mecánica del barrio donde, al más puro estilo del zen, deberá preguntar por «el maestro». Aparecerá entonces un simpático personaje embutido en un overol que alguna vez fue azul, llevando una franela en el bolsillo trasero con la que se limpiará las manos antes de estrechar las suyas y de escuchar su confesión con cara de sacerdote. Luego, con ojos expertos, se inclinará sobre el capó, ladeará la cabeza y detectará ese «ruido» que nadie más escucha y que resulta ser la clave del problema. Esto sucederá, además, junto a un kit de herramientas que incluyen un tanque medio lleno de agua –infalible dispositivo para encontrar el hueco en la llanta– un par de cables para batería y un sinnúmero de artilugios de edad indescifrable que sirven para enderezar y corregir.



Quédese allí un minuto y verá llegar al taxista para someter su «nave» a un meticuloso chequeo de rutina. Y llegará la joven señora en facha de gimnasio explicando que «no sé por qué el carro se atranca», a lo que el maestro preguntará intrigado: «¿Si le puso gasolina?». Aparecerá también aquel que pide una revisión somera «para ver si compra». Paseará entonces el maestro dando sabios golpecitos y concluirá lapidario: «¡Pero si es pura masilla!», ante la cara de contrición de quien, seguramente, ya dio la entrada. Llegará, por último el abuelo al mando de su viejo compañero de batalla modelo 75, color apagado, faros gachos, carita de pena, a punto de suspirar, que el maestro, solidario, colocará junto a la furgoneta escolar en mantenimiento, al carro familiar recién chocado por el hijo rebelde y todos los demás vehículos que esperan volver a la circulación por gracia de aquellos secretos milenarios, esos que seguro costarán menos y, con un poco de suerte, funcionarán mejor. ¡Anímese! Haga la prueba.



BIEN EN EL AZAR, MAL EN EL AMOR

Hace tiempo vengo buscando una metáfora que me permita sintetizar, en una sola anécdota, las particularidades de nuestra sociedad y esa sal criolla que transforma las desventuras cotidianas en la materia prima para los más finos pasajes. Sucedió en una noche de jueves, pocos días atrás, cuando estaba reunido en casa de un querido amigo para la famosa noche de póker, la que, lejos de la práctica profesional del juego de azar, básicamente cumple con el propósito de jugar una modesta cantidad de dinero –que nunca excede los emolumentos de un par de horas de trabajo– mientras se cumple el verdadero objetivo que no es más que el de desviar la mente por una horas del día a día y degustar aquellos exquisitos bocados y licores que la cónyuge, siempre pendiente de la salud, nos suele vedar.

Sin embargo, esa noche un simpático amigo, algo entrado en carnes y de un humor ameno y contagioso, empezó a tomar de a poco el liderazgo sobre la mesa. En efecto, una mano tras otra mostraba imperturbable el juego más alto. Las cartas de mayor jerarquía parecían tenderse ante él. Las conocidas «escaleras» full, color y, por supuesto, póker se sucedían entre sus manos ante la mirada de quienes veíamos esfumarse sin remedio nuestras propias reservas. Una cosa lleva a la otra, y mientras este amigo arrasaba inmisericorde, un peculiar y mudo pensamiento empezó a incubarse en la mente de los demás cófrades. Poco a poco, empezó a brotar de los resquicios de la memoria aquel dicho popular acuñado hace décadas para justificar la mala racha y que reza: «bien en el amor, mal en el juego» y, por supuesto, viceversa. De ahí en más, todos los presentes empezamos a preguntarnos, entre broma y broma, si todo marchaba en orden dentro del venerable hogar del vencedor.

Desde luego, nadie lo pensaba en serio, no obstante la chanza pensada pronto fue verbalizada y empezamos a gastar a costa del amigo algunas bromas sobre lo que, suponíamos, debía ser el proceder de la consorte, si bien no en obra, al menos en pensamiento que –según nos atormentaba el confesor de la infancia– también cuenta. Debo confesar que a estas alturas ya me sentía solida-

rio con el compañero y que, ante algunos otros juegos perdidos, me sorprendí a mí mismo pensando apenado: «Caramba, lo que pasa es que la mía se porta demasiado bien». Desde luego, dejo expresa constancia de que en el momento en que esto se publique yo ya habré cambiado radicalmente de opinión, sobre todo si ella está leyéndolo. No obstante, lo que nunca sospechamos fue la reacción provocada. El camarada, tras meditar sesudamente sobre el tema, terminó por decir:

– Bueno, ¿y yo que puedo hacer ahora mismo? Además me está dando suerte ¿no?

Y por último pontificó acerca del intruso:

– Que haga lo tenga que hacer, pero, eso sí, que no se coma mi meriendita...t

¿Qué decir ante la lógica irrefutable? Nada. Simplemente sentarse a escribir este artículo cuyo título él mismo ha sugerido.



EL DIABLO

Fue siempre parte de los relatos que contaban los abuelos. De color rojo, cachos, cola y olor a azufre... ¿Qué de quien se trata? ¡Del diablo, pues! De aquella entidad del infierno que, de tanto en tanto, sube a la Tierra para acecharnos y, de vez en cuando, sugerirnos buenas ideas. Y claro, no venía solo. Poseía un extenso séquito entre los cuales se encontraba la Mama Huaca, el Chuzalongo (una especie de duende bastante bien dotado) y los gagones (unos «guaguas perritos» algo malvados). Yo de chico les tenía miedo, por supuesto, e intentaba dar pelea no al diablo, desde luego, sino a mi frecuente mal comportamiento que, para la abuela, era el que convocaba al maligno.

Y no. No hubo caso, por supuesto, y no lo hay todavía. De ahí que, como situaciones extremas requieren medidas extremas, mi abuela decidió un buen día llevarme «a curar el espanto», una ceremonia en la que una curandera azota sin piedad a un infante, valiéndose de ramas de eucalipto, durante el tiempo necesario para dejarlo mudo de terror por un par de semanas. Y luego, para destruir definitivamente la semilla del mal que germinaba en mí, me llevó a la iglesia de San Alfonso y me enseñó a observar el lienzo del «Cielo y el Purgatorio». El mensaje era evidente: tenía comprado el pasaje al infierno y la cosa se había puesto seria.

Sin embargo, a casi cuarenta años de distancia, debo reconocer con pesar que el esfuerzo de la abuela resultó inútil desde todo punto de vista, sobre todo en el área de la fe y la obediencia, que siempre me ha dado trabajo. Además, el diablo ha contado siempre con sus aliados. El primero que yo conocí fue una tía mía, a la que quiero mucho, quien tan pronto mis padres salían, me permitía algunas licencias en cuanto a mis deberes, por aquel entonces comer los vegetales y andar abrigado. Luego estaba también el pecado de la pereza, y allí es donde el diablo me llevaba una amplia ventaja, pues, pese a que mi padre pontificaba que «la pereza es la madre de los vicios» yo, a nivel personal, la consideraba mi pecado favorito. La cuestión quedaba cabalmente demostrada todas las mañanas cuando mentía sin pudor que no había clases, y todas las tardes



cuando mentía sin pudor que no había tarea. Demás está contar que, para aquel entonces, renuncié abiertamente a mis expectativas de ir al cielo y le apostaba, con un poco de suerte, al purgatorio. A mi favor, pensaba, recordando las interminables clases de religión: si el malvado Satanás se había atrevido a tentar al mismísimo Jesús en el desierto, ¿por qué no habría de intentarlo con mi joven espíritu que siempre demandó menos trabajo?

Pero los años pasan y, cuando del diablo se trata, la vida se ha encargado de irme presentando a lo más selecto de sus secuaces. Con los primeros hemos formado una bella hermandad que bautizamos como «la jorga». Con otros, quizá más irredentos, hemos formado una bella cofradía, un grupo de tipos decentes que comprenden bien que, esto que llamamos pecado, no es más que el derroche de nuestros valores más precisos, que el miedo no existe, que la perfección tampoco, que con buscarla basta y que la vida se trata de hacer cada día lo mejor que se pueda, no herir a nadie, aprender algo y dar la pelea. Y si bien mis expectativas por lograr visa al cielo se han extinguido definitivamente, mantengo la conciencia en paz y eso, por ahora al menos, basta y sobra. ¿El diablo? Francamente ya no creo que exista. Y es una pena. Últimamente había empezado a caerme bien.

¿DÓNDE ESTÁS?

Cuando era chico recuerdo que una persona hablando sola por la calle solía verse con cierta preocupación o incluso con alguna indulgencia, pues, a todas luces, algo no andaba bien con la cordura del individuo. Sin embargo, todo esto cambió un 4 de abril de 1983 cuando Motorola, bajo el nombre de DynaTAC 8000, lanzó al mercado el primer modelo de teléfono celular: un ladrillo intratable y con batería para cuarenta minutos que, no obstante, vendría para quedarse. Y tanto fue así que hoy, a tres décadas de distancia, los bisnietos del DynaTAC, más livianos y funcionales por supuesto, siguen haciendo lo que mejor saben hacer: atentar contra la privacidad y banalizar la conversación, reduciéndola a dos preguntas compulsivas: «¿qué estás haciendo?» y «¿dónde estás?».

Estas interrogantes, lejos de contribuir a la calidad de la comunicación, resultan siempre aprehensivas. En primer lugar porque, simplemente, entraña una respuesta tautológica e ineludible. «¿Qué estás haciendo?» Pues estoy hablando por teléfono contigo. Y en segundo lugar porque, sin quererlo, me recuerda a la SENAIN (Secretaría de Inteligencia), ya que, aunque venga formulada con la inocencia de un niño o el candor de una madre, «¿Dónde estás?» siempre será una pregunta policial. Además, debo confesar que desconfío de la gente que siempre quiere saber dónde están los demás y no me place pasarme el día reportando a los demás lo que estoy haciendo, no tanto porque me encuentre dedicado a actividades inconfesables –no todo el tiempo al menos–, sino por el simple gusto de ejercer mi derecho al silencio y a la privacidad. Eso, nada más.

Es por esto que estos pequeños dispositivos y yo nunca logramos entablar buena amistad. ¿Cómo podría alguien llevarse bien con estos sombríos artefactos que nos acompañan a donde vamos durante el día y además nos aguardan en la mesa de noche desde que, no contentos con su pérvida naturaleza, algún enajenado los equiparó con un potente reloj despertador? Sin embargo, no es allí donde se manifiesta realmente su tiranía, sino en todas esas conversaciones privadas y coyunturales que ciertos



individuos suelen infligirnos indiscriminadamente en los lugares más públicos como la cafetería, la sala de espera o el supermercado. Y me pregunto ¿cuál es el motivo por el que, cuando podría estar disfrutando de un libro y un café, debo de pronto verme groseramente invadido por una conversación llevada a gritos por un tipo que camina en círculos y gesticula de forma pomposa? Esa conversación no me corresponde escuchar y de ella, de todas formas, solo escucho la mitad. Esa conversación solo tiene sentido para los interlocutores y los demás soportamos estoicamente, así como se soporta el tráfico, es decir, con mala cara.

Para cerrar la lista, está la descortesía suprema con la que se deja de prestar atención al interlocutor, el de verdad, el de carne y hueso que tengo parado al frente o que me acompaña en el asiento del pasajero, para abstraerse en una serie de menudas digitaciones de roedor con las que se busca responder un mensaje o, peor aún, ese dedo levantado displicentemente que manda a callar al contertulio para contestar una llamada entrante. Una llamada que, casi con seguridad, comenzará por preguntar: «¿dónde estás?»

EN LA MEMORIA

Es un personaje del pasado. Y digo del pasado porque existe solamente en mi memoria y no sé bien si lo hace como historia o leyenda. Sin embargo, existe, o existió, en un mundo que ya se ha olvidado, uno en donde los seres humanos vivían sin conocer más que su tierra, en un tiempo en el que las distancias entre las ciudades parecían infranqueables y la vida transcurría pacífica entre pequeños pueblos y haciendas vastas como el cielo. Un tiempo de bosque, niebla y garúa en los gélidos y escarpados páramos andinos, un tiempo de vida y abundancia en la inmensa manta tendida al sol de nuestro litoral.

Era una época de mitos y leyendas, de personajes de rosario y sotana marcando la historia del poder clerical, de héroes y guerreros surgidos de la entrañas de las montañas liberales. Eran tiempos violentos en los que los héroes y los villanos se fundían y mezclaban en los campos de batalla y en la memoria popular. En esos momentos vino al mundo un niño con el ceño fruncido y los ojos de viento, primogénito que daría continuidad a una larga línea de señores. Temido, amado, odiado. Su nombre pudo ser Rodolfo o cualquier otro nombre distinto, sonoro como una clarinada para que incontables labios lo pronunciaran.

No sería la suya una historia feliz. Pronto, demasiado pronto, la vida le arrebataría su padre y, sin contar con doce años, debió ponerse al frente de una familia que sumaba tres hermanos y una madre tan frágil que a momentos parecía que el viento corregiría el error de haberla olvidado sobre la tierra mojada. Madre idolatrada, cuya frente pequeña nunca dejaría de besar. Solo una vez pasaría de largo: aquella, muchos años después, en la que su alto porte de caballero dormía ya en los cálidos brazos de esa muerte a la que nunca le temió.

De su adolescencia no se sabe mucho porque, posiblemente, no hay mucho que contar o porque hay demasiado. Se sabe, por ejemplo, que aprendió el camino caminando, que logró forjar una fortuna a base de trabajo y de un carácter que escapa a cualquier intento de definición, de una voluntad a toda prueba, y de un exquisito gusto por

las mujeres que traería problemas más a los suyos que a él mismo. Lo cierto es que un buen día apareció a las puertas de un pueblo de caramelo medio envuelto en el vapor que exhala la tierra en los primeros instantes en que la lluvia la besa desde el cielo, un pueblo de soberbias construcciones que contaban cientos de años y que parecían albergar en sus aleros todos los gorriones de la Tierra, un pueblo de fantasmas e historias añejas, repleto hasta la exageración de iglesias, y enmarcado entre cuatro ríos. Pongamos que se llamaba Santa Ana...y lo recorrió de extremo a extremo. Memorizó cada rincón, cada árbol, cada balcón encantado. Fue amor a primera vista. Y el pequeño pueblo también lo supo, supo que ahora le pertenecía, que se pertenecían. De pronto estaba allí. ¡Ese era el sueño! Fijaría en él sus ojos de huracán que ya nunca más mirarían a otro lado.

¿De verdad existió semejante caballero o habita solamente en mi memoria? ¡Cómo podría saberlo! A lo mejor es la encarnación de un tiempo pasado que, perdido en los oleajes de la sangre, vino a habitarme desde otra memoria. O podría ser que vivió, que tuvo nombre y fue uno más de los innumerables forjadores que nos heredaron la identidad. O no, existió. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez, solo tal vez, pudo haber sido mi abuelo...

ORGULLO ROJO

Galeano, uno de los escritores más fantásticos y apasionados de cuantos han existido, solía explicar su devoción al fútbol alegando que «todos los latinoamericanos nacemos gritando gol». Y en efecto, todos, desde pequeños, nos enamoramos de este juego de lealtades en el que se descifra mucha de la vida de esta sociedad. Yo mismo –devoto con dos pies izquierdos que nunca pudo entenderse con la pelota– he aprendido, tal vez por eso, a amar este juego que es mucho más que un juego.

En realidad, la cosa es bastante simple. El juego quiero decir. Se necesita una pelota, una cancha de césped (que puede ser de tierra o de cemento), dos grupos de jugadores (once reglamentarios, o siete, o cuatro, o simplemente el número de amigos dividido entre dos), dos arcos que pueden también delimitarse con un par de piedras y, de ser posible, un árbitro para descargar las culpas. Es tan fácil y barato que, virtualmente, cualquiera puede practicarlo. Y será tal vez por eso que ha logrado colarse en todos los estratos sociales y ha terminado por convertirse en un deporte tan soberanamente popular que acabó por abandonar el escrupuloso reino de las competencias atléticas para inscribirse, junto a las carreras de cuadrigas de los romanos, en el Olimpo de los deportes.

Sin embargo, fuera de la cancha la cosa es bien diferente. Este deporte –música del cuerpo y fiesta de los ojos– se ha convertido también en un inmenso negocio y se ha vinculado con una rancia oligarquía del poder. El sencillo juego de la canchita del barrio va perdiendo la belleza de lo simple y cae dentro de un reglamento más complejo e intrincado que las Sagradas Escrituras y una estructura de juego diseñada para impedir que se juegue. Reglamento escrito y administrado por la Federación Internacional de Fútbol (FIFA por sus siglas en inglés), cuya aplicación es la base jurídica de cualquier campeonato, y está por encima de las leyes internas de cualquier país miembro. Y esto no es poca cosa si consideramos que actualmente la FIFA, que ya va para los venerables 120 años de funcionamiento sin dios ni ley, cuenta con más Estados miembros que la ONU (211 en total), todos sometidos a una supe-

reestructura en la que el jugador debe dejar su juventud y su salud, si no su vida, en una cancha donde el juego del barrio se va convirtiendo en una suerte de esclavitud.

El resultado es evidente. La magia se ha transformado en industria y la industria condena todo aquello que no es rentable. Hoy el fútbol se ha convertido también en el epicentro de los movimientos financieros más impresionantes del mundo moderno. Hoy, los horarios ya no se fijan pensando en los hinchas, sino en los caprichosos horarios de la telenovela o el noticiero. Hoy inmensos mercados juegan su propio partido en esa cancha donde la televisión pagada, que ha desplazado a la democrática señal abierta, las pautas publicitarias, los patrocinadores, los medios de comunicación y las grandes marcas que convierten a los jugadores en carteles promocionales ambulantes y ya no se preocupan por lograr la victoria sobre la cancha, sino por conseguir el auspicio del pez gordo.

Es un mundo donde los clubs deportivos asumen deudas impensables por lograr la gracia de alinear a una de las carísimas superestrellas que pueblan el firmamento de los torneos internacionales. Un mundo donde el campeonato ya no se gana en la cancha, sino en las negras reuniones de los monarcas del fútbol en las que se trazan los destinos de los equipos aun antes de dejarlos jugar. En esos laberintos del poder y del dinero, se pierden los jóvenes deportistas que cada vez se reconocen menos en este juego tan distinto al que aprendieron en la canchita del barrio. En este juego, la mirada ya no se fija en la pelota, sino en la chequera; y el campeonato ya no se gana jugando, sino torciendo los destinos de los partidos mediante la compra de árbitros y jugadores. ¡Pobres equipos millonarios, bien los conocemos, sacrifican el amor inmenso de su hinchada al brillo del vil metal!

Como es mucho lo que se invierte, es mucho lo que se arriesga y es mucho lo que se exige. Los barrotes del comercio y la obsesión por el alto rendimiento han creado legiones de jugadores a los que se les tiene prohibido perder. Son ellos, muchachos de veinte y tantos años, los responsables de que la camiseta se venda, de que el estadio se llene, de que los patrocinadores inviertan. Una responsabilidad tan abrumadora que hace crujir el piso bajo los pies de aquellos muchachos que, como todos nosotros, también pueden tener un mal día. Y así, poco a poco, se ha terminado por atrofiar la fantasía de este deporte que está hecho para ser bello porque nace de la alegría del pueblo que lo juega y han terminado por encerrar al niño que el fútbol despierta, ese niño que, perdido en la memoria, todavía danza con la pelota y juega sin saber que está jugando. Ese niño que, desde dentro, mira con tristeza cómo la genialidad de la gambeta es reemplazada por la nota técnica y el cálculo del costo-beneficio.

Por esto y por mucho más es que cada Noche Colorada vuelvo a enamorarme y a sentir orgullo por este equipo que sigue creyendo en el juego y lucha por no perderse en el abismo del poder. Por este grupo de jóvenes hinchas que nos hemos echado el equipo a los hombros por nada más que este amor que llevamos en la sangre desde chicos. ¿Que vamos a buscar sostener la categoría porque tenemos el equipo menos costoso? ¡Qué va! ¡Vamos por el campeonato! ¡Por la historia, caramba! Poniendo de por medio la garra de un equipo que viene siendo uno de los equipos más importantes del país en cuanto a resultados y el primero de todos en cuanto a dignidad deportiva, esa que, al fin y al cabo, es la única que cuenta.

HAY QUE ESTAR

Claro que da coraje. Claro que resulta penoso observar la historia repetirse mil veces. El hincha, optimista, imperterritito, peregrinando al templo una vez más, convencido contra todo pronóstico de que hoy sí, de que hoy ganamos, de que esta vez le damos vuelta a la página y relegamos al pasado esta larga racha de tristezas. Y es que, ¿cómo no ser optimista cuando uno los ve salir?, ¿cómo no ser optimista al ver a la amada camiseta roja destellando bajo los reflectores o brillando al sol del mediodía. Los once leones saltando a esa cancha repleta de historia y de recuerdos. El ímpetu de los primeros minutos y los muchachos comiéndose vivos a los rivales. El conjunto ordenado, la defensa bien plantada, los delanteros picando al vacío para buscar el milagro, las barras bravas, los cantos, los tambores, la magia presente...

Y de pronto, como si alguien cambiase la película, el rival se asienta y la marca aprieta sobre los dos o tres muchachos más talentosos. Los pases erráticos comienzan a aparecer y se despiertan los primeros murmullos en los graderíos, las pifias, los errores infantiles. Los nubarrones sobre el horizonte anunciando la tragedia. El tiempo inexorable marchando mientras el equipo batalla por encontrar de nuevo el orden y romper el empate de local. Y súbitamente una falla. Una torpeza inexplicable en la defensa y la atroz sensación del gol cantado por la barra visitante. Los ojos cerrados para no ver el festejo de los rivales y otro partido al tacho. «A restar otra vez en la tabla de posiciones», publicará la prensa despiadada y puntual a la mañana siguiente.

Y bien, ¿qué querían entonces? ¡Esto es fútbol, caramba! Y se parece bastante a la vida, ¡ya verán! Se parece, sobre todo, porque no hay reglas escritas. ¿Se supone que hoy te tocaba tener un gran día? ¿Te salió todo al revés? ¡Pues nada! Eso pasa ¿Y qué hacemos entonces? Seguimos adelante. Así de fácil. Porque la alternativa, según sé, consistiría en sumarse a la siniestra moda de los hinchas de aquellos equipos europeos que nunca pierden y se parecen tanto a la realidad como la vida se parece a las películas. O sea nada.

Así que a plantarse duro. A comerse la amargura y a bancarse la mala racha con buena cara, que esto también es parte del fútbol, esas noches insomnes calculando los puntos necesarios para evitar el desastre, o la impotencia de no saber el ingrediente que falta para convertir a esta tarea de pelados impenitentes en un equipo de fútbol como dios manda. Sí. Esto también es fútbol. El aguantar estoicos los días de lluvia y esta seguidilla de derrotas que los analistas vuelven datos estadísticos: número de encuentros sin ganar, número de minutos sin anotar. En fin, ¡qué saben ellos!

Los que sí sabemos, y sabemos bien, somos los hinchas. Y sabemos que la dirección del viento cambia y aquella suerte que ayer se ensañó para el descenso, mañana empujará el balón a los cordeles para ganar el campeonato. Por eso hay que estar. Hay que estar allí cuando todo va mal para merecer el privilegio de estar allí cuando todo vaya bien. Y entonces sí. Entonces, aquellos que aún quedemos icaramba, los que quedemos, podremos contemplar el amanecer!

EL ESTADIO

Inspirado en Eduardo Galeano

Ciertamente, no hay cosa que se le parezca: el sonido de los graderíos repletos y expectantes, los bombos sonando profundos desde el vientre de las plateas, las barras cantando y agitando las banderas, las bengalas estallando como breves parpadeos en las entrañas del gigante de cemento. Y allí, en el medio del universo, el rectángulo verde e iluminado, los aplausos esperanzados para el local, las silbatinas ensordecedoras para el rival y el atronador grito de guerra que acompaña al inesperado milagro del gol... Sí. El indefinible magnetismo de un estadio de fútbol es fenómeno harto difícil de describir y, sin embargo, hay algo más...

Será magia o será locura, lo cierto es que los templos del fútbol guardan también sus propios secretos. Y basta quedarse hasta un rato después del final y esperar a que los graderíos se hayan quedado vacíos. Cuando ya se han ido los vendedores ambulantes y los guardias de seguridad, en el silencio de ese viento arisco que recorre y arremolina los papeles que quedaron huérfanos en los graderíos, ese momento algo fantasmal en el que parece que las gradas desoladas se mueven todavía y bailotean bajo los últimos estertores de las luminarias. En ese momento se podrá escuchar los otros sonidos que provienen del alma del templo. Y es que sabe usted, estimado lector, un estadio nunca está realmente vacío. Allí, en medio de las gradas, sin nadie, se escuchan los ecos lejanos de los cantos, las risas y las voces que susurran desde el pasado, al público que alguna vez rugía o aplaudía a rabiar.

Las voces que Galeano escuchaba en el Maracanã cuando, en las noches de luna, llora por la derrota brasileña en el Mundial del 50 mientras caminan por sus graderíos los hinchas que se dejaron la vida en esa final. El Monumental de Guayaquil aún suspira de nostalgia por la final perdida contra el Vasco da Gama en el 98. Las entrañas del estadio Azteca, testigo de dos finales de la Copa del Mundo, aún evocan los cánticos ceremoniales de los chamanes y conserva intacto el asombro de las últimas genialida-

des de Pelé en el 70 y el innumerable gol de Maradona contra Inglaterra en el 86; el mejor de todos los tiempos. Habla en catalán el cemento del Camp Nou y en quechua conversan las gradas del Hernando Siles de La Paz. Vibran con el mítico «¡Sí se puede!» los graderíos vacíos del Olímpico Atahualpa. La final del 74, que ganó Alemania, se juega noche tras noche en el Olímpico de Munich y se escucha todavía en los camerinos del Monumental de Buenos Aires el sonido de los grilletes con los que encerraron a los presos de la dictadura unas semanas antes de jugar, allí mismo, la final de la Copa del Mundo.

En el Centenario de Montevideo, aún trepidan los tambores y arden las hogueras que alentaban hace medio siglo las magias de Alberto Spencer. El Anfield de Liverpool aún canta el «You'll never walk alone». En el Flaminio de Roma, el antiguo Estadio del Partido Nacional Fascista, los fantasmas del 34 aún saludan a la tribuna del Duche con la palma levantada. En la Bombonera de Buenos Aires suena por las noches el griterío de las finales incontables. El estadio de Sarriá aún suspira asombrado por el recital del 82, que dieron Italia y Brasil, las dos selecciones que jugaban el fútbol más hermoso del mundo.

Más aún, en las profundidades del Serrano Aguilar se escuchan los murmullos asombrados de los que pudieron presenciar los zarpazos de Liciardi o los recitales que regalaban Caicedo, Martínez, Daza y Laterza. Aún retumban los ecos de la misa pagana que se desató la noche del campeonato que nos regalaba la velocidad del Ventarrón y el Galgo quienes, más que correr, estallaban; los pases al milímetro de Antuña; el cerrojo inexpugnable del Pavo Noriega, Matamba y Velazco; los reflejos felinos del Klimo bajo los tres palos. Todavía cantan los graderíos vacíos con la algarabía interminable de aquella noche en la que el pase prodigioso de Texeira y el remate envenenado de Preciado nos sirvió para vencer al Boca, el imbatible campeón intercontinental y campeón de todo.

El Cowboys Stadium, en Arlington, Texas, costó mil ciento cincuenta millones de dólares, tiene techo retráctil, puertas de cristal, centro comercial, aire acondicionado y cuatro pantallas LCD de más de mil metros cuadrados en alta definición. Sin embargo, allí por las noches reina el frío y el silencio. Pobre. Pobre estadio sin memoria, sin gran cosa que contar...

Grietas del Tiempo

EPISODIOS HISTÓRICOS

LA OTRA MEMORIA

Lo puedo imaginar tan vívidamente como si lo estuviera viendo: las tres orgullosas carabelas, la Pinta, la Niña y la Santa María, alejándose hacia el horizonte de aquella luminosa mañana del tres de agosto de 1492, dejando atrás el Puerto de Palos y navegando con rumbo a lo desconocido, lanzándose en búsqueda del enigmático Cipango asiático y emprendiendo una aventura imposible, lograda por medio de las Capitulaciones de Santa Fe y con la aquiescencia de su majestad la reina Isabel La Católica. A bordo, nada más que un pequeño ejército de hombres sin nada que perder, un variopinto grupo de valientes, mercenarios y canallas comandados por un intrépido almirante de nombre Cristóbal Colón, un humilde y valiente genovés nacido en 1451, de dos humildes tejedores llamados Doménico Colombo y Susana Fontanarrosa; un hombre de cuna humilde, en honor de quien han de nombrarse naciones y han de reconocerse continentes.

Antes de la gloria, habrían de enfrentarse al miedo, al inmenso vacío del océano y a los setenta y un angustiosos días que navegaron perdidos en la nada hasta que un buen día, ya en el límite de la fuerza y la paciencia, divisaron la costa de una pequeña isla que hoy conocemos como San Salvador. Corría el 12 de octubre de 1492. Se había producido lo que la historia recordará para siempre como el *descubrimiento de América*. Dos inmensas civilizaciones se encontraban en una pequeña playa del Caribe y daban inicio a una epopeya que reclamaría la vida de millones. Estas tierras, que antes habían sido visitadas por los fenicios y los polinesios, este inmenso paraíso que ya existía como Abya Yala en el imaginario de los mayas y como Vinland en los mitos de los vikingos, esta tierra de inmensas culturas milenarias, era hollada nuevamente por el pie de una civilización extraña. Cuatro viajes sucesivos se produjeron. Y finalmente, el gran Cristóbal Colón, olvidado y enfermo, murió en 1506 con la convicción de que había llegado a la India, y sin saber que, para la historia, era el descubridor de un continente. Fue hasta algún tiempo después que, en honor al florentino Américo Vesputio se nombraría definitivamente al nuevo continente como América.

¿Qué es lo que realmente sabemos de esta indómita América? ¿Qué tanto sabemos sobre lo que realmente ocurrió? ¿Descubrimiento? ¿Usurpación? ¿Conquista? ¿Invasión? Hoy, más de cinco siglos después, mal haríamos renegando de nuestra herencia española, implicaría perpetuar el complejo de inferioridad y negar que la cultura hispánica, suma de razas milenarias, elevó la esencia de América Latina. También es cierto que la historia cambia según la voz que la cuenta y no ha sido la voz de los conquistados la que la ha narrado. Es por eso que poco se ha dicho sobre el aberrante resultado de una civilización violenta e ignorante que no supo comprender a dónde había llegado y que marcó el inicio del apocalipsis de los pueblos americanos, el genocidio más dramático y colosal que la historia recuerda. El fanatismo en su máxima expresión ahogó en sangre la sabiduría ancestral y arrasó con la vida de más de sesenta millones de personas hasta marcar la virtual extinción de las civilizaciones más sabias, democráticas y avanzadas que conoció el mundo antiguo, bajo el peso de la cruz de los católicos y la española.

Esos dos símbolos del terror, la cruz y la espada, convirtieron a pueblos libres en razas de esclavos, exuberantes selvas en desiertos de monocultivo, y convirtieron a las civilizaciones más sabias del planeta en insumos para la pesada maquinaria del mundo colonial, mientras la vieja y decadente Europa del oscurantismo se enriquecía delirantemente durante tres largos siglos. Cruel modelo de obediencia y humillación que aún perdura como recuerdo y cómplice de un saqueo de proporciones tales que resultan inimaginables incluso para la economía moderna. Las consecuencias están a la vista, cinco siglos después, en nuestros modelos de servidumbre internacional. ¿Ha terminado ya? Lo dudo. Los mismos países que fueron esclavos del oro, la plata, el azúcar y el cacao hoy dependen del café, del banano, del cobre y el petróleo. Los indígenas, víctimas del más gigantesco atraco de la historia, siguen condenados a la negación de su identidad diferente que, más que distinguirlos, los delata y obliga a perderse en esta sociedad que niega sus símbolos.

Tierra bendita por la naturaleza y maldita por la historia. Nada ha cambiado. En medio de esta memoria mutilada, se pueden adivinar las claves de otra América posible. Aquella construida sobre nuestra identidad común y las grandes enseñanzas de los pueblos ancestrales, esos que ponían al ser humano como propósito del progreso social, donde la patria grande se festeja, se respeta y se defiende con coraje. Aquella América digna y orgullosa, repleta de pueblos en los cuales nos reconocemos y desde los cuales, libres al fin, remontaremos nuestra historia. Remontarla digo, mucho, muchísimo antes de 1492.

LECCIONES DE LIBERTAD

El bicentésimo vigésimo segundo día del año 1809 según el calendario gregoriano, nuestro 10 de Agosto, marca y marcará para siempre la historia de la humanidad. Y no lo hace tanto por tratarse de una simple insurrección o derrocamiento sin horizonte político, tan común en nuestros días, sino por ser el único ejemplo en la historia del Ecuador, junto a la revolución Alfarista, de lo que significa un verdadero movimiento revolucionario, uno con objetivos y con esencia política-jurídica, uno que fue tan genuino que logró producir la chispa que incendió a toda América.

En efecto, las frustradas revoluciones de los encomenderos, las alcabalas y los estancos, la independencia de Norteamérica, la desconcertante abdicación de Carlos IV y su intento de huir hacia América, las ideas liberales de la Revolución Francesa, toda la inmensa corriente libertaria impulsada por la francmasonería, el nuevo espíritu de libertad que incubaba en los viejos pueblos de la Colonia, todo llevaría, desde finales de 1808, a la conspiración patriota que desembocó un martes 7 de agosto de 1809 con la redacción del Acta de la Revolución. Dos días después, la noche del 9 de Agosto, en la bien llamada Sala de la resistencia, ubicada en la casa de doña Manuela Cañizares, se constituyó la Junta Soberana de Gobierno con su presidente, el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar.

Así llegó la madrugada del 10 de agosto. Los conspiradores lograrían sumar durante la noche el apoyo de la guarnición militar. Al amanecer, una figura recorría solitaria las oscuras callejuelas empedradas del Quito colonial, con paso apurado hacia las puertas del Palacio de Carondelet. Se trataba del Dr. Antonio Ante, quien llevaba consigo un documento por el que se daba a conocer a don Manuel Urriez, conde Ruiz de Castilla y presidente de la Real Audiencia de Quito, la conformación de la Junta Soberana y la cesación de sus funciones. Luego, tras el Cabildo Abierto del 16 de agosto, se enviaron sendas comunicaciones a los virreyes del Perú y Santa Fe, así como a los gobernadores de Guayaquil y Cuenca. En estas se notificaba al rey Fernando VII de la existencia del nuevo régimen en la antigua Real Audiencia de Quito que, aunque leal a la Corona y a la Iglesia, se declaraba independiente.



Pocas horas pasarían para que las autoridades realistas de Guayaquil, Popayán y Pasto dispusieran la reducción inmediata de la «rebelión» y despachasen tropas que pasarían fácilmente sobre la inexperiencia, la carencia de disciplina militar, la apatía de las fuerzas populares, las disputas intestinas de la junta y el nulo respaldo de las demás ciudades del país. Caerían vencidos fácilmente los magros ejércitos independientes y pronto se requeriría la dimisión del presidente Juan Pío Montúfar y se exigiría la oferta de capitulación de la ciudad al control español. El alba de un triste 24 de octubre del mismo año vería la rendición de Quito y daría inicio a la persecución y ejecución de los integrantes de la Junta de Gobierno.

Morales, Montúfar, Quiroga, Ante, Larrea, Salinas y el colosal Espejo son nombres casi olvidados que derramaron torrentes de luz sobre la América del siglo XVIII, nombres primeros en la libertad que fueron sacrificados a una revolución sofocada. Cosa natural: la historia olvida a los vencidos. Sin embargo, no fueron vencidas sus ideas. Fueron estas las que durante trece años incubaron en el alma del pueblo y bajo la espada de Sucre, y en el glorioso 24 de mayo germinaron con el triunfo final de la libertad, ese que ya no pudo ser visto por aquellos patriotas que plantaron la semilla, pues fue su sangre la que sirvió para regarla. Es en gratitud a su memoria que he escrito estas palabras.

LECCIONES DE LA INDEPENDENCIA

El impulso de la decadencia de una España desangrada y exhausta en la tarea de gobernar un continente, la inspiración surgida a la vista del viejo imperio que comenzaba a resquebrajarse bajo el peso de tres siglos de guerras continuas, la nueva luz de una renovada identidad americana que ya no respondía a la herencia española ni la reconocía como su legítimo gobernante, la labor desinteresada y constructora de la masonería abriendo los caminos a la libertad y la igualdad, la motivación inmensa aportada por la independencia de los Estados Unidos que empezaba con entusiasmo su vida independiente bajo la espada de George Washington, el empuje de las ideas democrático-liberales de la Revolución Francesa fueron, entre muchos otros, los factores que iluminarían a decenas de jóvenes y patrióticas mentes latinoamericanas en los ideales de la libertad. Serían estos jóvenes, espíritus inconformes, los que encendieron la antorcha de la campaña emancipadora del 10 de agosto de 1809 y el primer pronunciamiento cívico por la libertad realizado sobre suelos latinoamericanos.

Serían estas ideas las que, como un huracán, recorrieron de punta a punta al actual Ecuador e iniciaron una larga lucha que comenzó a verse cristalizada un 9 de Octubre de 1820 con la constitución del gobierno independiente de Guayaquil y, de forma casi inmediata, con la declaración de la independencia de Cuenca, el 3 de Noviembre del mismo año. Este fue el principio de aquel momento capitular en la historia ecuatoriana, aquel que se produjo el centésimo cuadragésimo cuarto día del calendario gregoriano del año 1822, nuestro legendario 24 de mayo. El día en el que la lucha libertaria vio cumplidos sus anhelos y resquebrajó para siempre el tiránico poder del opresor ibérico. Ese día nacería también la senda por la cual transitaríamos hacia la vida republicana de lo que hoy conocemos como República del Ecuador.

En efecto, una vez recapturada Cuenca el 21 de febrero de 1822 y liberada Riobamba, tras una larga batalla, el 21 de abril del mismo año, un variopinto ejército de tres mil patriotas enviados por Bolívar y San Martín se reunieron en las frías llanuras de la avenida de los volcanes. Los irreductibles veteranos neogranadinos, que lucharon en las legendarias batallas de Carabobo y Boyacá, los nuevos y fogosos reclutas que ascendían de la alegre costa ecuatoriana, los duros soldados de la Sierra y los valientes voluntarios que venían a presentar sus armas desde el Perú, Venezuela, Argentina y Chile, más un batallón de fieros húsares británicos, irlandeses y franceses, vinieron a rendirle honores al genio militar de Antonio José de Sucre. Un enorme ejército de espíritus libres se reunió sobre las heladas llanuras de los Andes bajo el estandarte inmortal de la Gran Colombia. Voluntad inquebrantable, cooperación abierta y desinteresada, ajenos por completo al venenoso regionalismo que distingue entre los hermanos, actuaron sin rencillas y sin vanidades, ajenos a los siniestros intereses de la política partidista. Resplandecientes bajo la luna plateada de aquella noche del 23 de mayo de 1822, desfilaron sigilosos como sombras por las laderas del volcán Pichincha, a 3500 m sobre el nivel del mar.

Allí esperarían, entre el frío y la escarcha, la madrugada del 24 de mayo. Las manos nerviosas sobre los fusiles dispuestos al combate. El vaho de la respiración agitada en las primeras horas de aquella helada mañana en la que miraban las columnas del ejército realista ascendiendo la montaña. El sonido de un primer tiro, lejano, como un latigazo. Luego otro. Y otro más. Una ligera humareda azul se levanta desde el fondo de la quebrada. Los patriotas desplegándose bajo el nutrido fuego de las tropas del general español Melchor Aymeric. La fascinación por el ejemplo colosal del joven cuencano Abdón Calderón que desafiaba las balas realistas mientras se aferraba con alma y vida el estandarte tricolor.

Pocas horas debieron pasar para que las órdenes pacientes, geniales y decididas del Mariscal Sucre terminasen por romper las filas españolas. El pueblo quiteño contemplaba desde los balcones de la ciudad. Y entre los riscos helados, teñidos con la sangre de los héroes de la patria libre, se levantaría el grito asombroso de una de las victorias más colosales de la independencia. Aquella victoria total y definitiva no solamente emanciparía al Ecuador, sino que permitió la incorporación de Guayaquil y abrió la senda para que los ejércitos de Bolívar, en las batallas finales de Junín y Ayacucho, sellen para siempre la independencia de la América Española.

Que esta historia prodigiosa sirva, entonces, para recordar todos esos valores que hoy deberían animar el proceder del Ecuador. Porque esta gesta grande es un ejemplo de lealtad y patriotismo que sirve de homenaje y deja una lección para quienes hoy, desde cada una de las profesiones y ocupaciones cotidianas, buscan levantar las columnas de la justicia y la democracia. Y es una lección para el político, que no solo debe ser un ser humano de bien, sino, más allá, debe simbolizar el bien en sí mismo y ser el ejemplo vivo para las futuras generaciones. Y es una lección para el ciudadano común, pues la patria, bien lo sabemos, se constituye de las acciones de entrega y heroísmo, esas que hoy nos hacen tanta falta.

AYACUCHO

Una de las costumbres cívicas de nuestra sociedad que más me enorgullece es el constante recuerdo de las grandes gestas independentistas, de aquellas grandes hazañas como la del 24 de Mayo o el 10 de Agosto, que han sellado los destinos de nuestra América Latina y nos han heredado nuestra maravillosa libertad. Sin embargo, creo que estamos incurriendo en algunas omisiones. Creo que faltan en nuestro calendario cívico algunas fechas de enorme trascendencia, tal es el caso particular de aquella que recordamos cada 9 de Diciembre, la batalla de Ayacucho. ¿Qué sucedió en Ayacucho? ¿Es acaso una fecha que corresponde únicamente a la hermana República del Perú? ¿O será un capítulo más de la misma epopeya orquestada por los mismos grandes hombres como Sucre, La Mar y Bolívar?

Hagamos un poco de historia. Corrían las primeras décadas del siglo XIX en una España ahogada por las luchas internas e imposibilitada, por tanto, de prestar el apoyo que reclamaban con desesperación las diezmadas guarniciones realistas en las colonias de América del Sur. La campaña independentista avanzaba a toda marcha. La reciente y colosal victoria de los ejércitos independentistas en las faldas del Pichincha y la reciente proeza de Junín al mando del mismísimo Bolívar. Todo esto había dado al movimiento libertario una fuerza y un empuje que encontraba su raíz en la fe de un pueblo que empezaba a creer en el sueño imposible y a vislumbrar la independencia al alcance de la mano. Pero era necesario un paso más, un colofón que selle la victoria definitiva y convierta en realidad el gran proyecto libertario. Se presentaba entonces el ineludible deber de lograr un último triunfo y hacerlo en el símbolo y corazón del poder español en América: el Virreinato del Perú, la Ciudad de Reyes.

Así es como la luminosa mañana de un 9 de diciembre de 1824, los escarpados páramos del Alto Perú verían marchar a los eternos mariscales sobre aquella llanura inmortal llamada Ayacucho que, muy al caso, significa 'rincón de las ánimas' o 'rincón de los muertos'. Por última vez des-

filaba el legendario Ejército Unido Libertador, conformado por un variopinto grupo de valientes peruanos, argentinos, chilenos, mexicanos, colombianos y ecuatorianos. Los míticos batallones Pichincha y Caracas, los invencibles Húsares de Junín, los batallones Rifles y los temibles Granaderos a caballo del Río de la Plata. Cinco mil setecientos soldados marchaban a la batalla bajo la atenta mirada de los grandes capitanes. El general Agustín Gamarra, como jefe del Estado Mayor; el general José María Córdova, mandando la Primera División que abriría los combates; el mariscal José Domingo Lamar, glorioso hijo de Cuenca comandando el centro del ejército; el bravo general Jacinto Lara, conduciendo la reserva; el general Guillermo Miller, al frente de la temible caballería; y la tarea inmensa del mando general, como no, sobre los hombres del irrepitible Mariscal Antonio José de Sucre.

Los esperaba en el campo de batalla el temible general José de Canterac y el mismísimo Virrey don José de La Serna, al mando de casi siete mil tropas leales a la Corona. Vendría finalmente el choque tremendo. La división de vanguardia de Canterac cruzó el Río Pampas y buscó atacar por la izquierda a las tropas de Sucre mientras el grueso de las tropas realistas se precipitó como una avalancha que descendía frontalmente desde el Cerro Condorcunca. La estrategia de Sucre rozó lo genial. La primera división avanzando en compactas formaciones de línea. La caballería de Miller acometiendo brutalmente contra las tropas españolas que descendían la montaña. La orden fabulosa del general José María Córdova cuando mandaba «armas a discreción, de frente, ipaso de vencedores!» Los capitanes y soldados, valientes hasta la soberbia. La carga feroz de la caballería venezolana y los jinetes de los llanos barriendo del campo de batalla a las divisiones realistas de los generales Monet y Ferraz. La heroica división de José Domingo La Mar resistiendo y derrotando al grueso de los veteranos de la vanguardia española.

Antes de dar la una de la tarde, llegó la clarinada del triunfo y la captura, sobre el campo de batalla, de don José de la Serna, Virrey del Perú. La victoria total e incuestionable. Vendría entonces la capitulación de las tropas españolas. El bravo José de Canterac, cuatro mariscales, diez brigadieres, dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes y más de dos mil soldados postraban sus armas a los pies de Sucre. Con nobleza a raudales, Sucre ofrecía a los vencidos una derrota llena de honor y respeto a las familias, posesiones y grados militares. Las cadenas de Pizarro estaban rotas. El imperio del Sol había sido redimido. La batalla de Ayacucho completaba en el Sur la tarea que George Washington inició un 19 de abril de 1775 en los campos de Lexington.

Casi cincuenta años de lucha habían concluido y al fin, el continente americano, de polo a polo, era libre. Y no podía ser de otra manera. ¿Quién hubiese podido contra este ejército hecho de girones de pueblo y nacido de la unión de los americanos? ¿Quién podría aún? Entonces, ¿por qué incluso con esta certeza histórica estamos ahora tan divididos? ¿Por qué no podemos enfrentar juntos los nuevos retos de nuestro siglo? Que la conmemoración de Ayacucho, fiesta de toda América, sirva también para celebrar la fuerza de la unión de las naciones americanas, para recordar, además, cuán cerca estuvimos de construir esta patria grande que soñó Bolívar. Esa unión nos hubiera evitado tantos sinsabores y, quién sabe, en ella aún se agazapan las soluciones del futuro. ¡Tal vez aún estemos a tiempo!

AZOGUES, DEUDA DE GRATITUD

Más de dos siglos habían transcurrido bajo el cálido sol del valle de Tomebamba desde aquel lejano 12 de abril de 1557, aquel día en el que, sobre la Biblia y bajo la espada de Gil Ramírez Dávalos, se realizó el juramento de lealtad a la Corona Española. No obstante, como la historia ha enseñado hasta el cansancio, no existe yugo eterno ni pueblo capaz de soportarlo.

Ya en 1795, empezaron a sentirse las primeras muestras del desasosiego en la tranquila comarca cuencana. Manuscritos y letreros pintados en los sitios públicos, hoy los llamaríamos grafitis, mostraban el nacimiento de una conciencia popular cívica que resumía su pensar en la frase «A morir o vivir sin el Rey prevengamos, valeroso vecindario. Libertad queremos y no opresiones». Tuvieron que pasar algunos años para que la chispa fuera prendiendo y convirtiéndose en hoguera popular, pese a las primeras acciones represivas de los funcionarios españoles y a las dos fracasadas tentativas de independencia que se habían perpetrado anteriormente y que habían acabado con un baño de sangre.

Así llegaría aquel 3 de noviembre de 1820, día singular en el que, muy temprano en la mañana, el Dr. José María Vásquez de Noboa, gobernador al secreto servicio de la independencia, convocó a la escolta militar a la plaza central, momento aprovechado por un grupo de patriotas para lanzarse sobre el cuerpo militar e iniciar la epopeya. Pronto se volvió patente la desigualdad de hombres y armas entre las fuerzas contendientes y el panorama se ensombreció para los patriotas. En la mañana del 4 de noviembre, los patriotas acodados en el barrio El Vecino, su último bastión, agotados y diezmados, pensaban abandonar la plaza e iniciar la retirada. Fue entonces cuando asomó la esperanza en la persona de Javier de Loyola, cura de Chuquipata, que ingresó a Cuenca al mando de numerosos refuerzos provenientes de Azogues, Déleg, Biblián y Cañar. Esta bocanada de aire fresco permitió a los patriotas rehacer sus filas y, finalmente, apoderarse de la guarnición y la plaza central, vencer definitivamente a las tropas realistas y declarar la Independencia de Cuenca en la Plaza de San Sebastián.

A Santa Ana de Los Ríos de Cuenca le pertenece la gloriosa iniciativa libertaria. A San Francisco de Peleusí de Azogues le corresponde la ofrenda de bravura que permitió sellarla. A los nombres históricos de Tomás Ordóñez, Javier Loyola y Joaquín Tobar, entre muchos otros, les corresponde el honor por el coraje de combatir al león ibérico y legar a Cuenca su estirpe libertaria. Esos nombres, valga el momento para advertirlo con enorme ingratitud, la historia olvida en sus plazas y monumentos para, en su lugar, recordar a sacerdotes y ultramontanos extremistas de dudoso proceder. Tres de Noviembre para Cuenca, cuatro de Noviembre para Azogues. Dos capítulos de una misma gesta que no hubieran sido posibles uno sin el otro. Cuenca, Atenas del Ecuador, ciudad libre y valiente, debe homenaje de respeto y gratitud a los valientes pueblos de Azogues Déleg, Biblián y Cañar, recipientes donde se cristalizó nuestro propio afán libertario.

CIVISMO ILUSTRADO

27 de Febrero. Fecha cívica por excelencia en la que recordamos uno de los grandes triunfos de los defensores de la patria en la inmortal Batalla de Tarqui. Y, sin embargo, esta fecha cívica es también una de las más manipuladas y peor comprendidas conmemoraciones de nuestro calendario cívico. Cuando se toma con ligereza la historia, el resultado suele ser la confusión de las ideas sobre la claridad de las lecciones.

Para empezar, el común de las divulgaciones históricas, irresponsablemente por cierto, gustan de relatar la gesta como el primer glorioso triunfo del Ecuador sobre nuestro tan satanizado vecino del sur. Pues bien, empecemos por aclarar que la República de Ecuador, a propósito fundada en 1830 tras la constituyente de Riobamba, no existía en 1828 cuando la invasión a Bolivia, por entonces Alto Perú, dio origen a la disputa.

La lucha se produjo entre la República del Perú, que no hacía mucho había dejado el protectorado de la Gran Colombia y la misma Gran Colombia, esa enorme república soñada por Bolívar que, aquel febrero de 1829, en los escarpados páramos del Portete de Tarqui, no hizo más que defender al departamento del Azuay, correspondiente a la parte meridional del Ecuador con su capital en la notoria ciudad de Cuenca, y defender, de forma indirecta, la importante plaza de Guayaquil donde una influyente burguesía apoyaba la anexión al Perú tras haber arrebatado su dominio al general gran Colombiano Juan Illingworth. Luego, mal pudo haber defendido su territorio un país que aún no existía.

En segundo lugar, se debe recordar que, más allá de la genialidad militar y el majestuoso coraje demostrado por los contendores, los páramos de Tarqui no fueron testigos de una de las gloriosas gestas independentistas contra el domino español, sino de un enfrentamiento en el que se batieron dos pueblos hermanos, comandados por los dos grandes mariscales de nuestra historia (hermanos fraternos de ideas y excompañeros de la campaña libertaria): el



gigante mariscal Antonio José de Sucre, al mando de las tropas gran colombianas, y el benemérito hijo de Cuenca, el Mariscal José Domingo La Mar, al frente de las tropas peruanas. Uno defendía la unión de la federación, tal cual su juramento, el segundo buscaba recuperar su ciudad natal que, por deducción histórica, pensaba legítimamente peruana.

La batalla, una vez inclinada la suerte de las armas por las guarniciones gran colombianas, dio origen a la capitulación peruana en el histórico Tratado de Girón que luego fue tantas veces ultrajado por las ambiciones políticas y trajo consigo más de un siglo de enfrentamientos y desazones para ambas repúblicas. Así, la trascendencia de la Batalla de Tarqui en la historia patria recoge nuestras más altas aspiraciones de soberanía, así como también guarda las más amargas lecciones de la historia sobre la importancia de la convivencia pacífica y la necesidad de buscar el desarrollo conjunto de dos pueblos que, por historia, son uno solo.

JUNIO

¿Qué significa para usted el 5 de junio? En este país, en el que honramos sin excepción las fechas cívicas que recuerdan las gestas de nuestros mayores, en este país en el que se han escrito mil páginas recordando el 24 de Mayo o el 10 de Agosto, ¿qué significa el 5 de junio? ¿Es acaso que la historia moderna también se escribe con la pluma de los vencedores? ¿Es que la apatía y la rutina nos han llevado al punto de olvidar las fechas históricas que más han moldeado nuestra sociedad?

Hagamos un poco de historia. Corría el mes de junio del lejano 1895. La joven República del Ecuador se debatía en el caos de la pugna de poderes entre las facciones gobiernistas conservadoras de Sarastí y las fuerzas liberales alfaristas. La nación se ahogaba en la sangre de las fuerzas políticas desatadas y de los miles de hombres que se dejaban la vida a las puertas de Babahoyo, Machala y Alausí, tomadas tras cruentas e interminables batallas. Ecuador, desesperado, tendía su mano suplicante hacia Managua, donde yacía enfermo, aislado y arruinado el inmenso Eloy Alfaro, única figura que podría poner fin a esta interminable guerra civil. Y eso era exactamente lo que se afrontaba: una guerra civil, por más que el Gobierno se empeñara en negarlo ante el concierto de las naciones, guerra librada entre el sedentarismo católico y el afán evolutivo del laicismo liberal. Bien decía el mismísimo Bolívar, todas las guerras civiles son, sin excepción alguna, libradas entre conservadores y reformadores, entiéndase, entre ultramontanos y liberales.

En medio de la lucha sangrienta, había llegado el mes de junio, un mes que, por alguna razón, la historia se resiste a dejar al azar y trae siempre bajo sus alas nuevos vientos a la lucha liberal, un mes, en el que las estrellas parecen alinearse para permitir al ser humano contemplar con más claridad su destino de grandeza. En un mes de junio se habían revelado por primera vez los hermanos Alfaro en el pequeño Montecristi. Y fue también al amanecer de un 5 de junio cuando el pueblo, asqueado de la corrupción conservadora, decidió batirse a muerte en las

calles del puerto principal. Esas calles fueron testigos, y no sería la última vez, del coraje soberbio de las juventudes liberales, que disputaron palmo a palmo la ciudad de Guayaquil hasta tomarse el cuartel general y obligar al conservador Reynaldo Flores a ceder el mando de la plaza ante una Junta de Notables. Aquel 5 de junio, día sublime, marcaría para siempre la estampa nacional, ya que puso fin a medio siglo de espera, a cincuenta años de opresión y humillación, al entierro de la dignidad ocurrido aquel 6 de marzo de 1845, cuando los chacales tomaron el poder del país.

Fue el mismo mes de junio, el día 18, el que contemplaría platórico la llegada de Alfaro a Guayaquil y su aclamación como Jefe Supremo de la República. Día luminoso, casas vacías, el pueblo entero en las calles para contemplar la llegada del viejo líder. La barba blanca, porte pequeño, mirada asombrada y perdida en la inmensidad de la muchedumbre de ese día puro e interminable, día en el que los gallos cantaron en vano porque el pueblo no dormía. Lleno de rabia y alegría se fundía en el mítico grito que definiría la patria: ¡Viva Alfaro Carajo!

Pocas horas habían pasado desde su llegada. La pequeña maleta en la que llevaba sus pertenencias permanecía sin abrir sobre el camastro de soldado. Un oficial entró sin aliento. Las novedades eran que Reynaldo Flores intentaba huir a escondidas, Alfaro dejaría huir en paz a su enemigo si con esto podía salvar la vida de un soldado. Vendrían unos pocos días de calma y aparecería otro gris nubarrón en el horizonte. El sacerdote católico Schumacher, corrupto y avezado obispo de Portoviejo, utilizaba el púlpito para atizar la rebelión y llamar al pueblo a las armas. Alfaro lo esperaba venir, sabía bien que el clero y los conservadores nunca descansaban cuando se trataba de defender sus privilegios. Los ricos terratenientes armaban sin cesar a las huestes de ignorantes campesinos de la Sierra para combatir al masón, al indio, al ateo Alfaro.

Él, contra todo pronóstico, respondió con comisiones de paz, porque era paz lo que anhelaba por sobre todas las cosas. Conocía bien el poder de la espada y sabía también que la sangre humana es muy valiosa como para derramarla en aras de la ambición y la política. La fraternidad fue su código inmenso, esa fraternidad a la que sacrificó las venganzas personales, a la obsesiva idea de la unidad nacional, a la colosal, tarea de regenerar la patria de la ambición, la ignorancia y el fanatismo que la oprimía, a la titánica tarea de separar la Iglesia del Estado, abolir el régimen del clero y el concordato para sustituirlo por instituciones liberales y demócratas como la Ley de Cultos, el matrimonio civil, la instrucción laica o la ley de industrias.

Sí, esos fueron, desde el campo de batalla, sus primeros decretos. El 25 de junio, día también de su cumpleaños, escribió su todavía vigente proclama: «Hoy es nuestra obligación, sagrada e ineludible, la de establecer la verdadera República, cortando de raíz las viejas corruptelas y estableciendo la más estricta moral administrativa». ¿Qué quedó por hacer después de Alfaro? Aprender del pasado, de sus ideas, porque lo que él no pudo hacer, por la corta y fugaz vida a la que nos vemos limitados los seres humanos, lo tendremos que hacer las generaciones venideras. Aquellas grandes tareas siempre consistirán, siempre, en el progreso material de la patria y la libertad de la conciencia del ser humano.

JOSÉ

Él me lo contó. Yo tenía apenas diez años y pasaba vacaciones en el campo. José tenía noventa y pasaba el ocaso de su vida en una casa de adobe y paja perdida entre la niebla eterna de las montañas. Su memoria intacta y centenaria, lo recordaba bien:

– Vivíamos en la Costa. Cerca de Portoviejo. Una hacienda grande, patrón, de esas que nunca se conoce bien dónde terminan. Mi padre y yo, peones de finca, nos levantábamos apenas salía el sol y nos íbamos a recoger el cacao bajo el látigo del mayoral. El dueño de la hacienda era señor poderoso –recuerda– de un grupo de políticos que la gente llamaba La Argolla y que gobernaba por aquel entonces al Ecuador.

Yo lo escuchaba sin saber qué pensar, pues su historia era simplemente eso, una historia más de los miles de campesinos que vivían en esa suerte de esclavitud del huasipungo, política que durante tanto tiempo imperó en aquel viejo Ecuador gobernado por ese impenetrable núcleo político de familias oligárquicas que la historia mal bautizó como *progresismo*. Aquel régimen cobarde y apocado humilló las bases mismas de la dignidad nacional. Aquel, hacia finales del siglo XIX, sintiéndose acosado por la dignidad del pueblo, recurrió al reclutamiento forzoso de campesinos para nutrir las filas con las que defender los privilegios de los terratenientes ultramontanos, clericales y conservadores.

– Papá me levantó a la madrugada, cuando estaba aún oscuro –recuerda José– y me dijo que nos uníamos a eso que llamaban Montoneras. El cura no estaba de acuerdo. Que esos liberales eran peligrosos, decía. Que el indio Alfaro. Que todo eso era de cosa de ateos y masones, decía. «Pobres, pero no cobardes» repetía mi padre mientras ensillaba el caballo. «Pobres, icarajo!, pero no cobardes».

Así es como esta mente va reconstruyendo, paso a paso, aquel proceso que terminaría con el derrocamiento de Lucio Salazar, caudillo conservador, y con la instauración de



una de las epopeyas más hermosas que ha vivido el Ecuador bajo la colosal figura de Eloy Alfaro.

– Lo de después –añade frunciendo el ceño– fue duro. Andábamos todo el día y dormíamos al descampado. Los soldados serranos nos perseguían, pero no podían encontrarnos –y sonreía con malicia– ¡Esos no sabían moverse en el monte!

Luego José se acerca al fogón y saca un poco de agua con azúcar muy caliente. Se sirve un trago de aguardiente con mano temblorosa y continúa:

– Que Alfaro ya venía nos decían. Que estaba en Managua. Que había que tomarse Guayaquil para esperarlo allí y allí mismo lo fuimos a esperar, pues, patrón. Tres días peleamos, a bala y machete patrón –y toma un primer sorbo–. Al fin, cansados y heridos, llegamos al puerto. Y allí lo vimos venir. Desde lejos nomás. Era pequeñito, pero algo tenía que lo hacía muy grande. Venía sonriendo y saludaba con la mano. Nosotros soltábamos descargas de fusil para festejarlo. ¡Cómo podría olvidarme, patrón! Era un cinco de junio.

Y José rememora bien aquella noche larga, una de esas noches interminables cuando, al amanecer, los gallos cantan en vano, pues ya nadie duerme, ni dormiría... nunca más.

– Ya después volvimos a casa –dice José– orgullosos de ser pueblo le diré. Pero el curita no daba tregua, patrón. Insistía e insistía. Que esto es cosa del diablo, nos decía. Que si expulsan a los curas entonces dios ya no protege al Ecuador, decía. Y un día yo se lo dije también a mi papá, pues... Y me acuerdo bien la cara del viejo. Me miró mi papá y me dijo, bajito, casi en secreto: «Tonto», me dijo... «Tonto. A la patria la protegemos nosotros, los campesinos».

NO SE APAGARÁ JAMÁS

¡Qué noble puede ser el ser humano cuando se lo propone! ¡Y qué monstruoso también puede serlo! Sostengo esto pensando en un día luctuoso que, ocurrido más de un siglo atrás, todavía quema como un tizón encendido la conciencia histórica del Ecuador. Sí, más de un siglo ya desde aquel amanecer en el que se encendería la inmortal hoguera, la Hoguera Bárbara de Pareja Díezcanseco, en la que se inmoló a Eloy Alfaro, aquel anciano inmenso que hoy es el más alto entre los muchos faros que orientan nuestro navegar.

¿Y qué es lo que cuenta la historia? Pues bien, según parece, la conspiración para su muerte había empezado unos días antes, cuando el Viejo Luchador había sido capturado gracias a la traición del miserable Leonidas Plaza, un oscuro militar que Alfaro rescató desde del fango. Preocupado como siempre solía estar por evitar un innecesario derramamiento de sangre, se había entregado por propia voluntad a las manos de sus captores. Triste, solo, encarcelado en esa misma Guayaquil que solo unos años antes lo había aclamado como líder supremo, en esa misma Guayaquil a la que, en esos momentos imposibles, le quemaba las manos la presencia de tan ilustre prisionero.

Las órdenes fueron contradictorias. Demasiados actores en el drama; frailes y militares confabulaban en las sombras. Sangre más que justicia pedía la prensa conservadora. Todo estaba dispuesto y el escenario era el propicio, pues la tibieza y apatía del gobierno de Freile Zaldumbide era, sin quererlo, el mayor de todos los conspiradores. Alfaro lo sabía muy bien. Sería por eso que, cuando un soldado entró a la prisión para notificarle de su traslado a la capital, le pidió valientemente: «¡Fusíleme aquí mismo, pero no me obligue a realizar este viaje!» No lo motivaba el miedo, sino la dignidad, para evitar el espectáculo atroz de ser trasladado como un animal al matadero, y de ser trasladado en aquel mismo tren, obra colosal de la ingeniería que pudo unir por vez primera al Ecuador. Aquella obra inmensa que solo su voluntad implacable pudo llevar a término.

Y no. No tuvo el soldado el valor suficiente para cumplir tan augusto deseo. Y fue, por tanto, trasladado como un vulgar prisionero a esa capital católica y conservadora que lo esperaba para asesinarlo. Viaje sombrío e interminable en el que una guarnición completa tuvo que escoltarlo para evitar que el pueblo, desorientado y enardecido desde los púlpitos, ultrajara a quien era su mayor paladín. ¡Cuán siniestra fue la voluntad criminal que, pudiendo disponer un arribo discreto a la capital en horas de la noche, dispondría, por el contrario, que los cautivos entrasen a Quito por la populosa terminal de Chimbacalle donde les esperaba el pueblo enardecido!

Una vez allí, ya las cosas fueron incontrolables. Arribaron abriéndose paso entre la muchedumbre, a las puertas inexpugnables de esa tumba de piedra que García Moreno mandó a construir y que, por un nuevo bautizo, llamaban *panóptico*. Fueron esas puertas las que los propios oficiales, azuzados por las sotanas, franquearon al populacho enardecido permitiéndole su ingreso a la prisión. ¿Lo que vino después? Pues la más atroz borrachera de odio en la historia del Ecuador, un capítulo bestial de nuestro pasado que concluyó en aquella hoguera encendida en el Parque de El Ejido donde arderían Alfaro y sus altos generales.

Claro, no sabían sus propios enemigos que con esto le daban a Alfaro un final acorde con la colosal figura que había sido en vida. El martirio por un ideal era justamente la forma en la que habría de morir para alcanzar la consagración suprema para personificar desde entonces al espíritu mismo del liberalismo, la izquierda y el progresismo ecuatoriano. ¡Insigne luchador, no se ha apagado aún aquella hoguera! ¡No se apagará jamás!

LAS CRUCES SOBRE EL AGUA

«¡Qué orgullo y qué desgracia haber nacido en Ecuador! ¡Pero qué fuerza saber que nuestro destino es nuestro mundo y que ni se quiere ni se puede salir de él!», es como, parafraseando, se podría transpolar a la patria entera el inmenso desasosiego de Gallegos Lara y su magistral obra literaria ante los acontecimientos del 15 de noviembre en su amado Guayaquil, ese pueblo valiente que, casi un siglo atrás, despertaba bañado en la sangre de sus hijos por mandato, como siempre, del tirano de turno.

En efecto, corría el aciago noviembre de 1922. Los altos edificios y los barrios residenciales comenzaban a multiplicarse en los opulentos centros urbanos del Ecuador. En derredor, como una triste y gris enredadera, nacían también los cinturones de miseria donde se hacinaban, entre el lodo y la basura, las inmensas masas proletarias. En vastos caseríos el alma se enfermaba de rabia e indignación ante aquellas criaturas sucias y semidesnudas que «de niños, es decir, hijos de hombres, no tenían sino los ojos: excesivamente blancos y con la gotita de una luz de miedo». ¿Su hijo sería así? Se pregunta con angustia el obrero, ante esos niños que, no sé por qué, son más niños que los demás.

Y como ha sucedido tantas veces en la historia, sería justamente en los interminables arrabales donde comenzaría a florecer la dignidad del pueblo. Despertarían un día los obreros del viejo Guayaquil mirando diferente y comenzarían a desenterrar los machetes de las montoneras liberales que dormían hace décadas. Por las noches comenzarían a reunirse los obreros para organizar la revuelta. Sin luz, sin comida, sin tregua, solitarios, emperrados, conscientes de que la victoria era improbable, pero dispuestos, eso sí, a defender hasta el final aquello que llamaban «su mal genio» y que, en verdad, consiste en la indoblegable dignidad de un pueblo que, siendo humilde, sabe bien cuándo cerrar las filas y hacerse respetar.

Los obreros sabían que no actuaban solos. Corrían rumores de un grupo de obreros que se habían inmolado en Chicago, un primero de mayo. Se hablaba en susurros



de la «semana sangrienta» que habían protagonizado los obreros de la Argentina. Ardían las hogueras de la dignidad americana y los tizones encendidos caían sobre los suburbios de Guayaquil. Y así, un buen día, el pueblo salió a las calles a procurarse justicia por su propia mano. No hubiera podido, el alma más oscura, imaginar lo que ocurrió entonces...

El Ejército Nacional, renegando de su propósito, cargaría aquella tarde contra sus mujeres y sus niños y contra aquellos obreros que no dudaron un instante en poner el pecho ante los fusiles y caer acribillados en medio de la batalla sangrienta y campal. Luego, el silencio. El amanecer de color gris más negro que cualquier otro antes o después. Atónito contemplaba el manso Guayas los centenares de cadáveres que poblaban silenciosos su corriente. El pueblo, triste y abatido, se reunía en el Malecón a rendir un silencioso homenaje a sus valientes, depositando sobre la corriente unos pequeños farolitos que flotaban con una vela encendida por dentro. Centenares de cruces flotaban también sobre las tranquilas y sangrientas aguas de la ría. Esas cruces aún hoy simbolizan la dignidad del obrero. Esas cruces que, desde los ecos de la historia, aún parecen decir: «¡Temblad, tiranos... temblad!»

VIERNES NEGRO

La historia del Ecuador es, y ha sido siempre, una larga y contradictoria sucesión de tragedias y gestas heroicas. Muchos han sido los capítulos que se han escrito desde las más altas cumbres de la nobleza humana y también desde los más insondables abismos del egoísmo y la traición. Entre los brillantes y pálidos eslabones que componen la larga cadena que somete a nuestra historia, uno en particular viene este día a la memoria, uno que, a mis ojos, marcó y marca todavía la forma en la que comprenderíamos, desde entonces, al gobierno y la política. Me refiero al lejano y sombrío viernes 16 de enero de 1987, que la historia ha registrado en sus anales como el Viernes Negro. En este punto será necesario efectuar, para entenderlo mejor, un breve antecedente histórico.

El Ecuador de 1984 vivía un profundo fraccionamiento político basado en el odio y la división absoluta entre dos facciones irreconciliables, muy parecido al que vivimos en nuestros días. Por un lado, la unificada derecha bajo la sanguinaria figura de León Febres Cordero y, por otro lado, el fraccionamiento de la centroizquierda que buscaba reencontrarse bajo la nítida y prometedora figura del joven Rodrigo Borja Cevallos. El proceso electoral, difícil y contradictorio, en una segunda vuelta declaró vencedor a Febres Cordero con un estrecho 52 % del padrón electoral. Fue un triunfo político agri dulce porque la consecución de la presidencia se vería inmediatamente ensombrecida por la aplastante derrota en el parlamento que pasó, casi por completo, a manos de la centro-izquierda.

Lo que vendría después es lo cabría esperar: una nación ingobernable, con el Congreso Nacional en franca confrontación con el presidente de la República, un brutal autoritarismo político ejercido sin piedad desde el sillón de Carondelet, encarnado en la figura de un Febres Cordero engeguedado por su propio poder, y un régimen enormemente impopular que caminaba a tropezones, sin atinar a resolver una crisis económica que, más que solucionarse, daba la impresión de crecer y agudizarse. Mientras tanto, la opinión pública y los sectores sociales se preparaban para oponerse abiertamente a la despótica figura del primer mandatario.



En medio de esta lógica autodestructiva, pasaron los primeros dos años del periodo presidencial. Una dramática caída del precio del petróleo, que llegó a cotizarse en ocho dólares el barril derivó en la consecuente paralización del aparato público y detonó en la movilización popular. En cuestión de días, se llevaron a cabo docenas de protestas estudiantiles y callejeras. Innumerables organizaciones populares, muchas veces auspiciadas por los líderes de un Congreso en manos de la oposición, se pusieron en pie de lucha y fueron, casi de inmediato, reprimidas por una escalada de violencia sin precedentes.

La violencia llegaría al extremo de movilizar al ejército y rodear la Corte Suprema de Justicia con tanquetas de guerra a fin de evitar la posesión del presidente del parlamento que no era del agrado de Febres Cordero. Un puño de hierro cayó sobre la protesta popular mientras el siniestro SIC (Servicio de Investigación Criminal) hizo su entrada en escena y abrió sus fauces, como un pozo sin fondo, en el que caerían varios líderes y ciudadanos de la oposición. Fueron tiempos sórdidos en verdad, tiempos de tenaz persecución a los opositores políticos, tiempos de desapariciones y ejecuciones sumarias, tiempos de gravísimas e innumerables violaciones a los más elementales derechos humanos.

Las consecuencias de semejante régimen no se harían esperar y la sociedad en su conjunto entraría en una época de penuria sin precedentes. Los salarios se ajustaban escasamente para sortear los efectos de la galopante inflación. El aumento impresionante del costo de vida. La expansión calamitosa del desempleo. El deterioro absoluto de las condiciones de salud. Un desmesurado gasto público que marcaba la clara conversión del presidente desde el neoliberalismo hacia las oscuras filas del populismo. Los decretos económicos «urgentes» pasando de ser la excepción a la regla de gobierno. Y finalmente llegó una medida desesperada: la convocatoria del pueblo a las urnas para un plebiscito cuyo único propósito era el retomar la iniciativa política.

El referéndum, en esencia, consultaba al pueblo la posibilidad de permitir a los ciudadanos independientes terciar en elecciones sin la necesidad de afiliación a partido político alguno. La consulta no tuvo el efecto deseado. Por el contrario, la derecha siguió perdiendo espacio y los desastrosos resultados de la consulta, en la que el partido oficialista perdió por dos a uno, consolidaron la presencia de la izquierda opositora en los gobiernos seccionales y le dieron el empuje necesario para marcar el inicio de aquello que se conoció como la «hora de la oposición». El movimiento masivo y contrario al régimen pronto mostró también su faceta más oscura.

Ocurrió cuando Febres Cordero asistía a una ceremonia castrense (una como muchas otras) que se llevaba a cabo en la base aérea de Taura. No pasó más de una hora de iniciado el evento cuando un grupo de comandos de élite apareció de la nada y, tras neutralizar a la seguridad del presidente, lo secuestraron y lo pusieron a órdenes del insurrecto general y Comandante de la Fuerza Aérea, Frank Vargas Pazzos. Este carismático militar de la alta cúpula, hace ya algún tiempo se había declarado abiertamente opositor al régimen y había revelado la atroz descomposición que caracterizaba al que fue uno de los gobiernos más corruptos de la historia (nos viene a la mente el Plan Carro, los recolectores de basura, el caso La Previsora, los aviones Fokker o la monstruosa vía Perimetral). Por ello, por hablar las verdades, había sido reducido a un calabozo desde el cual se las arregló para organizar a los temerarios Comandos de Taura.

No podremos olvidar lo ocurrido aquella mañana. El rostro aterrado del presidente Febres Cordero y sus dos infames y más célebres frases «¿dónde tengo que firmar?», «¿qué más quieren que firme?» que resumían los extremos a los que habíamos llegado como sociedad. No hubo ningún plan político detrás del motín. Hubo, eso sí, un plan militar que libró al azar las fuerzas sociales y luego lo convirtió en su propia víctima. Al final del día, Febres Cordero fue puesto en libertad, retomó el poder, recuperó su talante

dictatorial y tomó las represalias que había prometido no tomar. Ya el daño estuvo hecho. El odio, el regionalismo, la represión, los cobardes asesinatos políticos y la corrupción implacable habían dejado su semilla y el Ecuador desterraba la doctrina del despotismo y tomaba rumbo hacia la social democracia, en busca de sosiego.

¿Cuáles fueron las secuelas tanto inmediatas como a largo plazo de semejante descalabro? A corto plazo, la consecuencia fue el irreversible resquebrajamiento de la democracia y el honor de las Fuerzas Armadas al poner en libertad a un golpista. A largo aliento, las derivaciones fueron iguales o más dramáticas, pues aún hoy perdura el deterioro de la presidencia de la República como símbolo del poder. Las lecciones que deja Taura para la historia, sin el afán de justificar el atentado a la democracia, es que la corrupción irrestricta más el uso de la autoridad del Estado para agredir y reprimir a quien discrepe, tarde o temprano, tienen un precio.

¿Suena familiar, verdad? Pues debería. Y es que, a decir verdad, lo que Taura realmente hizo desencadenó fue poner un espejo frente a nosotros para mostrarnos nuestra verdad desnuda, nuestra faceta más gris como sociedad, la que cada día reflejamos en esta forma de comprender el «para qué» del poder. Nos mostró esta lógica que nos mantiene atrapados entre esta lamentable predisposición al lucro indebido, hoy llevado a extremos hilarantes, y este discurso basado en el lenguaje vulgar, el gesto iracundo y la actitud provocadora en la que hemos convertido esta actividad política. Esta forma de hacer política cada vez nos aleja más del digno estadista que se eleva sobre la administración pública para convertirse en un modelo de moral colectiva, y nos acerca al irascible populista que se sirve de su patria y de su pueblo.

La verdad sea dicha. Taura, o sus versiones modernas como el 30S, estarán condenadas a repetirse en cada generación en tanto no comprendamos la misión y el único precepto del gobernante: jamás utilizar con fines personales ni la voluntad ni el erario público porque le pertenecen al pueblo. Únicamente bajo esa certeza podremos tejer cuidadosamente esta compleja red de intereses y voluntades que representa el Estado. Ojalá algún día alcancemos la armonía que se logrará solamente bajo la credibilidad y buen juicio en la acción del gobernante y en el respeto a las instituciones democráticas. ¿Qué sucederá hasta entonces? Mucho me temo que la escena de Taura no será más que el preludio, aunque con otros actores, de una nueva función...

FILOMENO

Se llamaba Filomeno Serapio Ordóñez. Era uno más entre los miles de campesinos esmeraldeños de Quinindé. Un hombre que un buen día, hace más o menos treinta años, fue injusta y brutalmente secuestrado por un grupo de militares ecuatorianos. Un secuestro ordenado por el poder que lo condujo a un oscuro cuartel para someterlo a un verdadero viacrucis de interrogatorios, inyecciones que producen el delirio, golpes, vejaciones, amenazas y demás torturas sin nombre. Siempre encapuchado, siempre amarrado como un animal, negando desesperado una y otra vez sobre álbumes repletos de fotografías de extraños.

– ¿Consuelo qué...? ¿Alfaro Vive que...? Y la tortura empezaba nuevamente.

Y así llegaría una tarde, al final de dos o tres infernales días (no sabría decirlo con precisión) en el que una camioneta oficial se detuvo en medio de uno de esos caminos vecinales que no aparecen en los mapas. Allí lo dejaron, desnudo, frente a una pared «quién sabe si para matarnos de una vez, pues», recordaría Filomeno. Y recordaría también que, en medio del dolor, lograría reconocer a su lado el rostro desfigurado de Julia Acosta, la maternal profesora de la escuela del recinto.

– Identifíquese –ordenaba uno de los captores–.
– Consuelo de los Ángeles Benavides Cevallos –respondía orgullosa la profesora mientras se negaba a informar sobre un grupo al que llamaban *Alfaro Vive ¡Carajo!*

Y claro está, era la primera vez que Filomeno escuchaba esos nombres en su vida. Unos minutos después, nuevamente la capucha, y la camioneta empezó a rodar, así, despacito mientras Filomeno sentía alejarse y perderse en la bruma de la memoria los desesperados gritos de la mujer que de a poco se iba muriendo bajo la paliza de los mercenarios. Un par de días después, lo dejarían a él también tirado y medio muerto a la vera de un camino.

- Yo miraba esa camioneta, desde la que me lanzaron, alejarse entre el polvo del camino. Y le juro, amigo, que me costaba creer que todo aquello no era sino una pesadilla...

Unos días después, recuperándose del dolor sobre su vieja hamaca, escucharía en la radio que por allí cerca, en Rocafuerte, habían encontrado el cuerpo desfigurado de una mujer. Filomeno no pensó nada. No quería pensar.

Algo más de tres años después, lo fueron a buscar. Lo encontraron pobre y arruinado. La tortura lo había imposibilitado para trabajar y su familia lo había dejado porque su mente no podía dejar de recorrer, una y otra vez, aquella noche de terror. Querían que repitiese ante el Congreso Nacional esa historia que su mente intentaba olvidar desesperadamente. Luego le contaron que su testimonio había servido para condenar a una serie de militares y policías, incluso a un Ministro de Gobierno, que poco después se habían escapado o simplemente habían sido liberados. Todo había quedado en la más absoluta impunidad. El suyo fue solamente uno más de los muchos casos de violación de los derechos humanos, desaparición, asesinato o tortura a manos de los Escuadrones de la Muerte, brazo armado de aquel gobierno que la historia deseaba olvidar, el de Febres Cordero.

Filomeno luego supo que no solo habían sido torturados campesinos, sino también estudiantes, obreros, opositores. Incontables sombras que aún deambulan por los insondables archivos de esta justicia que nunca llegó!

- Esa fue la época en la que empecé a esconderme en el bosque -cuenta Filomeno-.

Sabe bien que a él nadie lo protege, que es, al fin y al cabo, solamente un campesino al que esta historia, que muchos ya olvidaron, aún le duele.

SERVIR Y PROTEGER: UNA HERIDA ABIERTA

«Servir y proteger» es el lema que, con orgullo, lleva el Cuerpo Nacional de Policía. Servir y proteger, reflexiono, mientras recuerdo uno de los episodios más aciagos de la historia del Ecuador, episodio del cual aún vivimos la resaca infundida por esa borrachera de odio e irrespeto que representó aquel aciago jueves 30 de septiembre de 2010 cuando ocurrió una triste insurrección protagonizada, nada más y nada menos que por la Policía Nacional. Aquel día, el servicio se trocó en agresión y la protección se trocó en total indiferencia ante la anarquía social, en total irresponsabilidad ante la seguridad ciudadana que, como nunca antes en la historia, vio a los delincuentes campear a sus anchas, asaltando y agrediendo, irrestrictos y libres, en esta tierra de nadie.

Hay en la historia fechas, hitos y acontecimientos que, aunque se quisieran olvidar, regresan desde el pasado y se presentan insistentemente en la memoria debido a que guardan una lección que espera por ser comprendida. El ya icónico 30S, como se ha registrado en el mito popular, recuerda aquella desafortunada provocación del Jefe de Estado que desencadenó una crisis cuyas proporciones y consecuencias se nos escaparon de las manos y dieron lugar a una de las jornadas más dolorosas de la última era democrática en el Ecuador. Con certeza, será difícil olvidar aquellas imágenes en las que la Policía Nacional, organización que existe para mantener el orden, renegando de su propósito y lanzándose a las calles para fundirse con los manifestantes, provocó uno de los momentos más anárquicos que hemos vivido. Será difícil olvidar aquel día en el que elementos de la institución creada para mantener el orden civilizado se embarcaron en una cobarde revuelta que puso a la institucionalidad democrática del país en jaque. Difícil será olvidar la irascibilidad de los manifestantes a bordo de los patrulleros cometiendo desmanes en conjunto: policías quemando llantas, secuestrando aeropuertos, oficiales de baja jerarquía dirigiéndose insolentemente a sus superiores y disparando desde las esquinas como delincuentes.



Será difícil olvidar a nuestras gloriosas Fuerzas Armadas, guardianes de nuestros símbolos, obligadas a enfrentar a los miembros del cuerpo de policía. Será difícil olvidar al presidente secuestrado dentro de un hospital al que se atacaba por encima de las más elementales normas de la convivencia civilizada. Será difícil olvidar a una sociedad sumida en el caos de la más absoluta indefensión, protegiéndose como mejor podía en medio del laberinto de las instituciones anuladas y lo peor de las fuerzas políticas desatadas y lanzadas al azar. Será difícil olvidar la vergüenza que sentimos como ciudadanos ante la cobardía en el comportamiento de lo que ahora, como un error, llamamos Fuerzas del Orden. Fue vergüenza ante el mundo civilizado que contempló, con estupor, cómo en este pequeño e ingobernable país, precisamente las fuerzas, las llamadas a contener la visceralidad de la sociedad y a proteger la democracia y el orden jurídico, fueron las que se sublevaban contra la Primera Magistratura de la República.

Esta revuelta, lejos de llamarse revolución, careció de nobleza. Por lo bajo, se insultó, se agredió, se vitoreó a antiguos caudillos caídos. Y en medio de todo esto, los sublevados presentaban pliegos de peticiones incluyendo, aunque le cueste creerlo, demandas de no represalias, demandas pedidas por aquellos que, más que nadie, saben aplicarlas. ¿Y por qué? ¿Por tocar una serie de fondos, prebendas y privilegios concedidos en el pasado sin ninguna razón? Precisamente por eso. Por dinero y privilegios defendidos por los que más atentos deberían estar para sacrificarse, primero y como ejemplo, por el resto del país.

Hay todavía algunas inteligencias pequeñas que sostienen que fue todo una farsa, una suerte de montaje teatral de proporciones descomunales. Es un solemne absurdo que ni siquiera merece réplica, pues aquella aciaga jornada sucedió en verdad y puso en evidencia lo más desconcertante de esta democracia que no terminamos de construir. Fue una triste jornada que corrió el velo de los defectos de nuestra política y nos obligó a autoobservarnos y a

advertir que somos un pueblo que no acaba de comprender el para qué de las instituciones políticas y el poder soberano que las sostiene. Fue una muestra del proceder iracundo y carente de reflexión, de los falsos liderazgos que se aprovechan del valor y la ingenuidad del pueblo, de los intereses electorales y cortoplacistas de las facciones siempre opuestas al Gobierno. Y fue el efecto corrosivo de algunos comunicadores que, en aquel momento en que el pueblo más que nunca necesitaba ser informado de forma veraz, utilizaron la información para ahondar el caos y demorar el restablecimiento del Gobierno.

¿Quién va a pagar ahora por todos los atropellos que sufrió la ciudadanía mientras la fuerza pública se dedicaba a romper la ley? ¿Quién responderá por el costo de los miles, millones de dólares que pierde el Ecuador a causa de esta sistemática inestabilidad que, como si fuera poco, esta vez fue causada por quienes deberían guardar el orden? Es que no se puede creer. Negra página de la historia, triste momento en el que se corrió el velo del engaño para conocer la verdadera naturaleza de quienes se llaman *servidores* y *guardianes* de la sociedad. Solo queda esperar que aprendamos la lección y que comprendamos que, en este país al revés, donde estamos cada vez más solos y a nuestra suerte, somos nosotros, los ciudadanos, los que deberemos defender el orden y la democracia. ¡No veo quién más podría hacerlo!

Por todo esto y por convicción de que una crisis no termina en realidad, sino hasta que se hayan destilado a fondo sus profundas enseñanzas, por la certeza de que no se cumplirán nuestros anhelos como sociedad mientras no logremos transformar esa enorme diversidad humana que hoy nos separa en una granítica unidad nacional que nos resuma, por el irrefutable hecho de que aún nos queda por aprender el cómo utilizar el enorme regalo de la democracia en beneficio de nuestra gente, por todo esto y por mucho más, el 30S es aún una herida abierta.

EL HORROR

Bicentésimo décimo octavo día del calendario gregoriano (6 de agosto del año 1945 después de Cristo), la Segunda Guerra Mundial daba sus últimos estertores sobre las cenizas de tres civilizaciones y más de seis millones de cadáveres. Una mañana clara y apacible en la que, a eso de las 8h15, se podía observar una pequeña escuadra aérea irrumpiendo en el cielo de Hiroshima, ciudad industrial perteneciente al ya derrotado Imperio del Sol Naciente. ¿Tres aviones? Muy poca cosa para un bombardeo. Nada de qué preocuparse. Nadie hubiese imaginado que uno de aquellos tres puntos en el cielo japonés era el macabro Enola Gay, bimotor estadounidense que traía en sus entrañas el símbolo de la devastación, un pequeño aparato, de apariencia inofensiva que habían bautizado como Little Boy. Paradójica y aberrante broma de mal gusto si se piensa que en realidad se trataba de aquel dispositivo, el más mortífero utilizado jamás, que había sido desarrollado por un científico llamado Robert Oppenheimer, en el tristemente célebre Proyecto Manhattan.

De pronto, un trueno ensordecedor. Un resplandor enceguecedor e imposible. Un inmenso hongo color gris violáceo levantándose sobre el horizonte. Y después, el infierno sobre la Tierra. La bomba de uranio o bomba atómica, como se la conoce más comúnmente, había sido detonada. Una ciudad entera, compuesta mayormente de población civil, desaparecía en cuestión de segundos, envuelta en una nube de fuego que ardía a más de 4000 grados centígrados y cegaba a su paso la vida de animales, plantas y más de 220 000 seres humanos. El espectáculo dantesco e indescriptible, pocos minutos después, daría paso a un extraño paisaje lunar regado por una lluvia de color negro. Un silencio absoluto y total. La Tierra entera callaba incrédula y horrorizada. Y nada más. Nada más que silencio hasta unas horas después, cuando la historia, idéntica y espantosa, se repetiría sobre una segunda ciudad: Nagasaki.



Lejos, a miles de kilómetros cruzando el océano, Harry Truman, presidente de los EE. UU. y autor del genocidio, esperaba ansioso la rendición incondicional del imperio más orgulloso del mundo. Ese imperio se doblegaba, no por cobardía, sino por comprender el valor de la vida y los alcances de esta nueva forma de carnicería, en la que ya no cabía el honor del guerrero. Poco después, el verdugo explicaba a su nación que la ciudad había sido seleccionada por «contar con grandes áreas urbanas que pueden ser exhaustivamente dañadas y colinas adyacentes que producirán el efecto de enfocar la explosión» y anunciaba que «con esta bomba (...) Ahora estamos preparados para arrasar más rápida y completamente», mientras ordenaba que se niegue la atención médica a los sobrevivientes para «obtener mejores resultados» en la investigación sobre los efectos radioactivos. La estupidez humana alcanzando su clímax. La crueldad humana, fría y racional, mostrando sus más delirantes límites.

No acabó allí. La tragedia duró años. La bomba atónica continuaría matando a través de las decenas de miles que caían aplastados por el cáncer proveniente de la radiación. Esas vidas innumerables que se perdieron, hoy, a siete décadas del genocidio, se levantan como un estandarte para recordarle al mundo que aún no ha aprendido nada, que aún bajo la sombra de esta historia, trágica como ninguna otra, hemos dejado pasar casi un siglo de nuevas guerras y nuevos genocidios. Un siglo bajo la sombra de Hiroshima. Un siglo evitando aquella pregunta, última y fundamental, que marcará el final o el comienzo de nuestra civilización: ¿hasta cuándo vamos a luchar? ¿Cuánto tiempo más vamos a destruir antes de empezar a construir? Si algo queda claro desde las páginas de la historia, es que no se pueden hacer las dos cosas al mismo tiempo.

LECCIONES NO APRENDIDAS

2 de septiembre de 1945. El orgulloso imperio japonés de Hirohito se doblegaba bajo el peso de dos explosiones atómicas y firmaba su rendición en el buque de guerra Missouri, tal como se habían doblegado unos meses antes los totalitarismos de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Terminaban los seis años más demenciales y sangrientos de la historia de la humanidad en lo que se conoció como la Segunda Guerra Mundial. Sesenta millones de vidas segadas dejó tras de sí el torrente de odio, racismo y violencia heredado del aparatoso fracaso del humillante Tratado de Versalles que, en 1919, intentó traer la paz tras la Primera Guerra Mundial.

Esta rendición, que le devolvía la cordura al mundo, daba paso también a la creación de lo que hoy conocemos como la Organización de Naciones Unidas (ONU), institución concebida para iluminar a los gobernantes del mundo en los causes de la razón y la tolerancia a fin de que no se produzca jamás otra tragedia semejante. Lamentablemente, según parece, ni la ONU ha sido capaz de conservar la paz ni los gobernantes han sido capaces de lograr la cordura. ¿Por qué lo digo? Veamos algunos números para explicarlo: el valor que, de acuerdo con la ONU, permitiría «combatir el hambre» y rescatar las inmensas regiones del mundo sumidas en la pobreza, asciende a USD \$ 700 millones, cifra que representa, nada más y nada menos que el 1 % del presupuesto para la Defensa de EE. UU. en un año cualquiera. El desquiciamiento se ha dado a nivel planetario, pues el gasto militar global en la actualidad bordea los USD 1,464 billones, que equivalen al 2,4 % del PIB mundial o, en otras palabras, a 217 dólares por cada habitante del planeta.

¿Y qué sucede casa adentro? Más de lo mismo. América del Sur registró en años recientes un salto de 150 % en el rubro de compra de armamento que solo en el 2008 representó USD 50.000 millones. El mismo Ecuador aumentó en un periodo similar en 66 % su presupuesto militar. Difícil será olvidar las orgullosas palabras del jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas que, en otra



demostración de lo que yo llamo «inteligencia militar», anunció que «hemos manejado un presupuesto que en la última década las FF.AA no habían tenido», revelando un gasto superior a los 300 millones de dólares.

Cifras de vergüenza, mundo enloquecido. ¿Para qué nueva guerra nos estamos preparando? ¿Es que no existen otras prioridades? Conflictos fronterizos, lucha contra el terrorismo que antes fue Guerra Fría, historias fantásticas llevan décadas engañándonos y nosotros seguimos creyendo como niños mientras insistimos en mirar al mundo a través del prisma del miedo, el odio y la ignorancia. Mientras tanto, las verdaderas necesidades de las naciones, aquellas que competen al desarrollo del ser humano y no a su exterminio, se siguen postergando. Dolorosa lección de la historia que no hemos aprendido, setenta años después.

UNA VIEJA REVOLUCIÓN

¿Sabe usted qué se celebra el primero de enero? Se recuerda y se celebra, además del Año Nuevo, el aniversario de la Revolución Cubana. Una vieja y desgastada revolución, es verdad. Una revolución que, más de medio siglo después, se mantiene a pie firme y divide las opiniones entre quienes reconocemos los vestigios de la hermosa utopía de sus primeros años, entre quienes recordamos en su lucha la construcción de los cimientos de un anhelado ideal, es decir, entre nosotros, los que aún creemos y aquellos que perciben la amenaza patente al estatus quo engendrada por la solidaridad humana forjada a cal y canto.

Partiendo de los últimos años del siglo XIX y retomando la enorme figura independentista de José Martí y del Partido Revolucionario Cubano (PRC), sumando la Revolución Bolchevique de 1917 y la resistencia a la dictadura fascista llevada a sangre y fuego por el sanguinario Fulgencio Batista, podremos encontrar los elementos para comprender el ambiente histórico y político que plantó aquella semilla nacionalista y que le dio vida al discurso rabiosamente antiimperialista que, con el tiempo habría de germinar en esa combativa juventud latinoamericana. Una juventud valiente y honesta. Esa juventud estuvo personificada en figuras de la talla de Fidel Castro, Camilo Cienfuegos o el irreplicable Che Guevara, míticos seres que supieron inscribirse, contra todo pronóstico, en una historia que intenta desesperadamente negar su memoria. Aquellos idealistas incansables, un luminoso primero de enero de 1959 condujeron el triunfo definitivo de la revolución socialista en la pequeña isla de Cuba. Ese día, lejos de las imposiciones doctrinales del socialismo de escritorio, y desde muy adentro de las inmensas mayorías oprimidas que forman nuestra América Latina, nació una promesa, una profecía popular, una que aún está por cumplirse.

¿Se han cometido errores en el camino? Muchísimos. Los juicios sumarios, la represión, el partido único, la prensa única, la verdad única y las absurdas imitaciones de elecciones libres. Tristes realidades de este gobierno acosado



y obligado a convertirse en una fortaleza. Tristes verdades por las que Cuba duele y duele mucho. Incluso así siguen siendo una de las revoluciones más bellas y valientes de la historia, capaz de mantener el rumbo inclusive frente a las innumerables agresiones de su todopoderoso vecino del norte, y aquí recuerdo a Playa Girón, Bahía de Cochinos y a este aberrante bloqueo económico y comercial que no parece llegar a su fin.

De estas agresiones, sin embargo, ha sabido salir incólume. Extraña dictadura, ciertamente, es aquella que cuando tambalea es defendida ferozmente por su propio pueblo. Y si bien ha tenido que sucumbir al despotismo irremediablemente resultante de cualquier gobierno que logra perennizarse en el poder, al menos lleva en su entraña la portentosa hazaña de la equidad, la educación y la salud, la belleza intrínseca de la nacionalización y la Reforma Agraria, esa por la que lograron devolverle a la gente su propio país.

Más allá de sus estrepitosos fracasos, han sabido darle al mundo una lección y enseñarle que escasez y miseria no son lo mismo, que siempre será preferible una sociedad donde todos tengan, aunque sea poco, que esas sociedades en las que la exagerada opulencia de una minoría ofende a esa descomunal mayoría abandonada a su suerte con menos de un dólar al día. Para la historia nada puede ser completamente bueno o completamente malo y todos los modelos son perfectibles. Cuba deja grandes lecciones: un camino a seguir para toda la izquierda en América Latina, un modelo mil veces traicionado, en el que, sin embargo, no es necesario poner al pueblo a elegir entre solidaridad y la libertad. Un modelo que, ojalá, algún día estemos listos para comprender, amar, corregir y construir...

AL TRABAJADOR

El primero de mayo es un día grato, un día de recuerdo y conmemoración, pues se celebra el Día Internacional de los Trabajadores, una fiesta dedicada por antonomasia a todos aquellos laboriosos seres que, lejos de los palcos electorales, construyen el país día con día. Y sin embargo, la verdad es que este festejo proviene originalmente de un hecho luctuoso que sucedió en los albores de la Revolución Industrial en el siglo XIX, durante los años dramáticos en los que millones de campesinos caídos en el desempleo y oprimidos por la miseria se movilizaban hacia las grandes urbes industriales para ser tragados por el abismo de las inhumanas condiciones laborales de la primera sociedad industrial.

Y fue en los EE. UU donde brilló por primera vez el valor del movimiento obrero que enarboló, como su principal estandarte, la lucha por la reducción de la aplastante jornada laboral –que en algunas fábricas superaba las 14 horas– a una medida más razonable y humana de 8 horas por día. Desde luego, la reacción de los empresarios no se hizo esperar. Los principales diarios de los EE. UU. publicaban sentencias que proponían el «plomo» como la mejor alimentación para aquellos «rojos» que se opusieron a sus patronos. A pesar de las amenazas, el 1 de mayo de 1886, más de 350 000 trabajadores marcharon y paralizaron a la primera economía del planeta por un lapso de más de tres días. En Chicago, por entonces la segunda ciudad industrial de los EE. UU., los explotadores decidieron cumplir su amenaza y se produjo uno de los choques más violentos que recuerda la historia de la lucha sindicalista. La policía, al servicio de los mercaderes, disparó contra una manifestación de decenas de miles de trabajadores y luego apresó a los principales dirigentes socialistas para condenarlos a muerte en un vergonzoso simulacro de juicio.

Es a este grupo de mártires a los que, a partir de 1989, se ha honrado celebrando este Día del Trabajador, instituido por obra del Congreso Obrero Socialista. A estos líderes el mismísimo Federico Engels reconoció emocio-



nado, por los resultados de la lucha del proletariado, unido en el mundo entero bajo una sola bandera y doblegando el poder del imperio para lograr algunas de las conquistas políticas más claras de la historia de la humanidad, como lo son la seguridad social, las pensiones jubilares y las múltiples leyes o garantías que protegen a todos los obreros. «¡Oh, sí Marx estuviese a mi lado para verlo con sus propios ojos!», exclamaba Engels con tristeza.

No obstante, el camino no ha concluido. La herencia histórica de marginación, el acoso laboral, el desempleo, la pobreza y la escandalosa concentración de la riqueza se mantiene como una afrenta y nos plantea nuevas conquistas por lograr. Ojalá este día del trabajador nos sirva para, además, replantear la agenda política de la concreción de los derechos y garantías de aquellos que, con su labor cotidiana, fortalecen el espíritu y forjan el carácter de la sociedad. Felicidades al trabajador por su día, por todos sus días.



CONTRA LA APATÍA

Sucedió hace algo más de cincuenta años. Corría la primavera de 1968 cuando un grupo de estudiantes franceses, libres y revolucionarios, emprendían una de las aventuras más lindas y significativas del siglo XX. Una aventura que el mundo recordará como el Mayo Francés y que representa, por excelencia, la esencia de aquellos irreverentes y bellos años 60. Esa esencia antisistema y repleta de idealismo hoy se ha perdido ante esta inexplicable e hiriente apatía que adormece a las nuevas generaciones.

¿Cómo empezó todo? Pues, la verdad, inició con un hecho aislado. Un grupo de estudiantes de la Universidad de Nanterre, en París, irrumpió en un edificio público y administrativo para protestar contra la reforma que pretendía convertir la enseñanza superior en una cueva de añejas doctrinas y viejos paradigmas. Como no podía ser de otra manera, los jóvenes insurgentes fueron rápidamente desalojados y brutalmente agredidos por la policía en un acto represivo e inhumano que, lejos de provocar los efectos deseados, habría de encender la mecha de una protesta que, menos de un año después, ya había convocado a una masiva huelga estudiantil. En tal levantamiento, decenas de miles de jóvenes universitarios levantaron improvisadas barricadas en las calles de París y pusieron al mundo entero en estado de sitio. Estos jóvenes, armados de nada más que su determinación, terminaron librando auténticas batallas campales contra la policía. Esa policía, siempre dócil a los apetitos del poder, porfiaba en cargar más y más, en herir más, en golpear y reprimir en un inútil y absurdo intento por detener aquello que era indetenible.

Pronto, la revolución desbordó cualquier medida represiva y abarcaría en el mundo entero a más de diez millones de estudiantes y trabajadores. Juntos, hombro a hombro, el estudiante y el obrero protagonizaron una de las huelgas generales más grandes que la historia recuerda. Miles de jóvenes en los cinco continentes despertaban del letargo y, al ritmo de Bob Dylan, John Lennon y Sui Generis, se lanzaban a las calles y se unían a una contracultura que le gritaba al mundo: «Mucho nos han quitado y esta vez. ¡Lo queremos todo y lo queremos ahora!»



Ya no se luchaba contra un gobierno o medida específica. Se luchaba contra el sistema, contra toda la neurosis inducida por el plástico estilo de vida del consumismo. Se plantaba cara a la enorme brecha de pobreza y desempleo causada por el libre mercado, a las viejas y corruptas estructuras políticas que durante siglos abusaron y explotaron a su pueblo. Se luchaba contra la cultura colonialista que mantenía al África esclavizada y a la América Latina doblegada y servil. Se luchaba contra la enajenación guerrera que devastaba Vietnam y contra el absurdo bloqueo de los hermanos cubanos. En resumen, se luchaba contra el pasado, contra todo el sistema de valores transmitidos por generaciones que, ahora, se desmoronaban ante el «prohibido prohibir» que, desde los grafitis en las paredes de París, le recordaba al mundo la necesidad, vital e inmensa, de mantener vivo el idealismo y la utopía.

Ecos de la historia que hoy nos duelen en esta juventud que se allana sin más a un destino ajeno, postizo, un destino impuesto que ya nadie intenta cambiar. Duelen las miradas de nuestros jóvenes. Esas miradas vacías que son la evidencia de un agobio sin nombre, de una generación que, más que aburrirse, se ahoga y se pierde en el laberinto de la tecnología vacía y la política inerte, en el interminable bostezo existencial de una sociedad que ha perdido la capacidad del asombro.

¿Acaso logró triunfar esta imposible revolución del 68? Por supuesto que no. Duró poco antes de ser aplastada por el poder. Y entonces, ¿qué sentido tiene luchar? El sentido está en la semilla sembrada, en la idea, en la convicción de que más allá del derecho a la propiedad existe el derecho a la humanidad, de que más allá de las inmensas estructuras del poder y el dinero, existe la solidaridad, de que se puede rasgar el velo de este mundo para encontrar otro mundo posible, uno donde el ser humano ocupe el centro y los abrazos valgan más que los billetes. Un mundo, a fin de cuentas, donde el Sol nunca se ponga sobre la utopía, uno donde no exista una idea, por absurda que sea, que no merezca ser pensada dos veces.

CANTO DEFINITIVO

Sucedió hace más de cuarenta años. Un día común, en el frío septiembre chileno, en el que debía haberse llevado a cabo una exposición artística y literaria en la Universidad de Chile, festivo evento en el que, entre otros políticos y artistas, debían participar Salvador Allende, el gran líder de la América irredenta, y Víctor Jara, aquel vibrante cantor que le puso música al anhelo de su pueblo y cantó como nadie su sacrificio, música denuncia, música protesta, música que alegra el espíritu y despierta el ideal.

Sin embargo, la exposición nunca habría de inaugurarse. Las voces que en ella debían levantarse fueron apagadas por el torrente de sangre y fuego desatado por Pinochet, sanguinario militar, que pronto habría de convertirse en uno más de los vampiros que ensombrecieron nuestros cielos. Fue por él que la voz de Allende tuvo que hacerse escuchar, ya no desde la alegría del foro universitario, sino desde el asediado Palacio de la Moneda donde se despidió de su pueblo y esperó a la muerte con un fusil y un mandato.

La historia cuenta que tanto fue el apremio por sitiar cualquier reducto de consciencia popular, que se llegó a cercar hasta los sagrados recintos universitarios, a rodearlos de soldados que durante horas prepararon la sangrienta jornada, como si se tratara de invadir una fortaleza militar en lo que, en verdad, no era sino un recinto de la libertad y el conocimiento. Cuentan también que entre las filas de los estudiantes paseaba un hombre con una guitarra entonando canciones de lucha y dignidad, las cantaba entre el aire estremecido por las ráfagas de ametralladora. Este hombre era Víctor Jara, aquel campesino comunista y proletario, aquel valiente espíritu que solía decir: «Mi canto es una cadena sin comienzo ni final, y en cada eslabón se encuentra el canto de los demás» y cuyo asesinato recordamos como una afrenta.

Unas horas después, vencidos los estudiantes por la fuerza, fueron arrastrados al Estadio Nacional, convertido aquel día en campo de concentración. Una vez allí, se desencadenó una de las más atroces borracheras de odio



que nuestra historia recuerda, esa que segó sin piedad la vida de miles de jóvenes revolucionarios. Fue con Víctor Jara con quien más enañamiento mostraron los captores, esos mismos militares, pueblo también al fin y al cabo, que tanto lo conocían. Y como para volver simbólica la crueldad, fue un sargento el que ordenó que primero le rompieran las manos para aplacar la guitarra y luego lo mataran para acallar el canto.

Sin embargo, cuenta Galeano, su voz no calló, pues miles de estudiantes coreaban en los graderíos sus frases afiladas en un canto último y definitivo. Por eso, el genial Galeano escribiría después: «como lo advirtieran los verdugos, al servicio del tirano, en el Estadio Nacional el hombre tocaba la guitarra mientras iba cantando, decidieron cortarle las manos, pero el hombre seguía cantando, entonces le cortaron la lengua y vieron que aun así seguía cantando, por esa sencilla razón, nadie que haya oído su canto podrá escribir su epitafio». Solo un poema sobrevivió de él. Un sentido relato de la crueldad que quién sabe cómo logró escribir. Lo traía consigo cuando su cuerpo apareció en una acera, se lo había escondido en un calcetín. El texto guardaba aquella frase final en la que explicaba al fin que «yo no canto por cantar ni por tener buena voz, canto porque la guitarra tiene sentido y tiene razón».

LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS

El 11 de septiembre de 2001, a las 08h46 de una tranquila mañana en la ciudad de Nueva York, un avión de pasajeros perteneciente a la compañía American Airlines se incrustó sin previo aviso en la Torre Norte del World Trade Center, corazón mismo del orgulloso Manhattan. Vinieron unos pocos minutos de estupor mientras se elucubraba sobre la probabilidad de un accidente. Versiones contradictorias. Confusión absoluta. Y de pronto, como una sombra terrible se comenzaría a perfilar en el horizonte la figura de una segunda aeronave. Un helado escalofrío recorría la espalda de quienes contemplaban, sin poder evitarlo, la proximidad de la tragedia. El vuelo rasante y el impacto brutal en el centro geométrico de la torre sur. Ahora sí, la certeza del horror. Ya no cabía la posibilidad de un accidente, sino solamente la macabra posibilidad de un ataque a gran escala, la certeza del terrorismo, del terror, antes patrimonio exclusivo de los indómitos gobiernos de Medio Oriente, hoy presente entre los que unos segundos antes se creían intocables.

Y no terminó allí la escena del horror. Las noticias comenzaban a llegar informando que a las 09h37 un nuevo avión se había estrellado contra el Pentágono, símbolo del poder militar del gigante invencible. Unos minutos más y otro avión fue derribado para estrellarse en un campo abierto de Pensilvania. El Congreso, la ONU y la Casa Blanca fueron evacuados. Las Torres Gemelas, símbolos del orgullo del imperio, se derrumbaban como castillos de naipes. Tres mil víctimas en total, entre ellos 247 latinos y 13 ecuatorianos.

El mundo entero despertaba a una nueva era signada por el miedo y la violencia. Una era extraña y desconocida en la que, además de una de las caídas más dramáticas de los mercados mundiales, las naciones modernas entraban de lleno en un estado de psicosis y desataban una escalada sin precedentes de odio y racismo. La población de EE. UU. quedaba marcada por el miedo, brindando su absoluto respaldo al delirante e irascible gobierno de Bush y aprobando la Ley Patriótica que permitía registrar el correo y las comunicaciones de cualquier individuo. Por todas par-



tes se leían los carteles del «If you see something, say something» («si ves algo, di algo») que mandaban delatar impunemente a cualquier persona con malas intenciones o con cara de tenerlas. Los organismos defensores de los derechos humanos y civiles, enloqueciendo por traer algo de cordura al caos, no lo lograron. Por el contrario, la oportunidad se perdió y, en su lugar, se declaró esta imposible «guerra» contra el terrorismo.

¿Qué sucedió en realidad? Por mucho que cueste aceptarlo, para los radicalistas musulmanes, esto fue un acto de justicia, la venganza final al apoyo militar a Israel. Eran las cuentas saldadas tras la ocupación militar de la península arábiga y la agresión infame contra el pueblo de Irak. Era el inicio de la venganza por haber violado aquello que ellos llaman Tierra Santa. Y es que, aun rechazando el terrorismo en todas sus formas como un inmenso acto de crueldad e injusticia, se debe reconocer que uno no puede ir por el mundo sembrando violencia y pisoteando derechos sin esperar que esto traiga consecuencias.

Ahora, luego de un acto de violencia tan irracional y destructivo, el mundo debió ser capaz de reflexionar y de poner un «hasta aquí». De acuerdo, no es cosa fácil sobreponerse al horror y renunciar a la venganza. Sin embargo, ¿qué hubiera sucedido de haberlo hecho así, de haber dejado el asunto al derecho internacional? Sí. Esa fue la gran oportunidad histórica que entendimos al revés, pues, aproximadamente un mes después, utilizando la democracia como coartada, se produjo la invasión de Afganistán, seguida de cerca por la de Irak. Armas ocultas alegaron mientras ignoraban la oposición frontal de la ONU y las leyes del derecho internacional. Pues bien, nunca se encontraron las armas. Las bajas del ejército de los EE. UU. superaron a las de los atentados y los famosos terroristas no aparecieron por ninguna parte.

¿Cuál es la moraleja? ¿Qué hay detrás de esta guerra interminable? ¿Golfo Pérsico, Balcanes, Afganistán, Colombia, Venezuela, Irán o Corea del Norte? ¿Qué país será el próximo? Que sirva este recordatorio para reconocer que la espiral de muerte, anarquía y corrupción que ha signado este comienzo de siglo y ha desangrado la economía en búsqueda de petróleo, poder y control, tal vez, sea nuestro mayor desafío, pero estoy seguro de que no es nuestro destino. La historia sigue escribiendo, la mano no se detiene.

¿EL FIN DE LA PESADILLA?

Han pasado ya unos años desde aquel marzo del 2010 en el que las tropas de los EE. UU. emprendieron la retirada de las tierras de Irak. Esta salida sigilosa se llevó a cabo en el séptimo aniversario de aquella invasión que dilapidó la astronómica suma de 713 mil millones de dólares y dejó por el camino más de 4000 soldados norteamericanos muertos, esto sin contar las decenas de miles de heridos del cuerpo y del alma, centenares de hombres y mujeres que regresaron para continuar el infierno dentro de sus propias familias, envueltos en la pesadilla de los complejos postraumáticos que les impidieron reinsertarse en sus estudios o empleos.

Esta estrepitosa fiesta de la crueldad, que comenzó a iluminar el cielo de Bagdad con bombas y fuegos de guerra allá por marzo de 2003, fue mordazmente bautizada como «Operación Libertad para Irak». Pero en realidad fue una *invasión*, en todo el orden de la palabra, que se justificó con el argumento de que el régimen de Sadam Husein poseía un completo arsenal de armas de destrucción masiva que, por supuesto, nunca fueron encontradas. Tampoco fueron encontrados los mortíferos arsenales de Afganistán, Irán, Yemen, Libia, Egipto ni de las demás naciones que han sufrido los delirios de persecución del gigante acorralado.

Además de esto, no podemos permitirnos olvidar que el juez de este bizarro conflicto, este delirante guardián de la paz mundial, es nada más y nada menos que el país que concentra la mitad del arsenal mundial de armas nucleares y que fabrica la mitad de todas las armas que el mundo compra. Y además estaría decir que el alarde de fuerza manifiesto en todos los casos anteriores y los que vendrán después, ignoró impunemente la opinión de las Naciones Unidas, lo que es un descuido sin importancia para quien sostiene su propia carta de impunidad mediante el derecho al veto y el dominio absoluto del Consejo de Seguridad de la ONU. Paradoja entre paradojas si consideramos que la justificación para la sangrienta invasión fue justamente el irrespeto mostrado al criterio de la ONU

por el cual Irak invadió, en su tiempo, al frágil reino de Kuwait. Cacería de brujas en la que todos son culpables. Ironías de este mundo al revés.

Sin embargo, el tema no da para rasgarse las vestiduras ni considerar a esto como un agravio excepcional. Al menos no desde la óptica de un país que venía, hace poco, de invadir a Panamá, una invasión más entre las innumerables perpetradas a ritmo de una por década desde los inicios de su vida independiente. ¿Que Bagdad –la ciudad de las *Mil y una noches*– y Afganistán encerraban algunos de los tesoros históricos más antiguos de la humanidad? ¿Que esos tesoros han sido arrasados y se han perdido para siempre? ¿Que se cuentan en miles los muertos entre la población civil? Detalles. Pequeños errores que la tecnocracia militar del imperio llama «daños colaterales» y que los grandes canales de noticias nunca mostraron. Cuestiones menores y sin importancia en el mundo al revés, en la tierra de la incoherencia.

Sin embargo, de unos años atrás, parecería que, al fin, se empieza a recuperar el sentido común con la llamada «Operación Nuevo Amanecer», iniciada en el 2008 y cuyo único propósito era reducir la presencia militar de 160 mil soldados a unos 50 mil. No vaya usted a pensar, estimado lector, que esto implica el regreso de los muchachos a su hogar. Afganistán, Irán, Libia, Siria y el conjunto del Oriente Medio podrán atestiguar que el «Nuevo Amanecer» de Irak es el comienzo de un sangriento ocaso en otras latitudes.

No obstante, el hecho es que los infames Marines han empezado a abandonar Irak, quién sabe si para volver dentro de poco. La despedida ha sido como tenía que ser: gigantescas manifestaciones que, a un tiempo han celebrado la salida del invasor y han protestado por la prolongación de la campaña. Y protestarán por generaciones, mientras quede un hijo o un nieto de aquellas familias cruelmente arrasadas. Por lo demás, los muchachos podrán marchar tranquilos, pues el propósito medular, que tiene mucho más que ver con el petróleo que con la paz, ya se ha cumplido.

¿Cuál es, entonces, la razón por la que esto debería preocuparnos? Ciertamente no serán los enormes problemas socioeconómicos con los que deberán lidiar por décadas estas naciones arrasadas. No. Lo que verdaderamente debería quitarnos el sueño es el hecho de que, con el conflicto terminado, la guerra desaparece de la atención pública y la siempre dócil prensa internacional pronto comenzará a enfrentar problemas de rating ante la carencia de bombardeos que transmitir y de piadosas mentiras que contar. Más aún ahora que ya han desaparecido de la faz de la tierra los siniestros Osama Bin Laden, Sadam Hussein, Muamar el Gadafi, Hosni Mubarak y toda la legión de angelitos que le alegraban la vida al Pentágono.

La peligrosa escasez de villanos, seguramente, pronto provocará que las asustadizas potencias europeas disminuyan las compras de armamentos. Esto, desde luego, no se puede permitir y, a falta de mejores conflictos, los ojos del imperio se han posado en las guerrillas colombianas y en los revolucionarios gobiernos socialistas de América del Sur, situación peligrosa en estos tiempos en los que el olvido suele estimular la repetición del delito y la paz suele ser el preámbulo de nuevas operaciones militares.

Ojalá me equivoque. Esperemos que este nuevo periodo de paz sea definitivo y marque el comienzo de un mundo que reemplace las armas por las ideas y permita a las sociedades buscar, por diversos que sean sus fines e intereses, los puntos comunes y los objetivos compartidos desde los cuales olvidar los odios y tender los puentes de la tolerancia y la cooperación. Ciertamente ojalá me equivoque de cabo a rabo y este nuevo periodo de paz, aun contra todo pronóstico y tendencia histórica posible, constituya un espacio duradero para construir una nueva humanidad. ¡Ojalá!

UN BELLO IDEAL

El término Naciones Unidas se pronunció por primera vez en 1942. Y no. No se pronunció en un momento de paz y claridad, sino en un momento de desesperación. Se pronunció en un momento aciago, cuando el mundo se encontraba a la mitad de aquella brutal borrachera de odio y sangre, de aquel apocalipsis que la historia recuerda como Segunda Guerra Mundial. Fue justamente allí, en medio del caos, cuando una luz se encendió para llamar a la cordura y formar aquella noble alianza de naciones que juntaron sus esfuerzos después de derramar juntas su sangre para derrotar al azote del fascismo. Esta alianza, a pocas semanas aún de haber concluido la guerra, el 24 de octubre de 1945, convocó a los representantes de 51 naciones (que se irían multiplicando hasta sumar hoy casi doscientas) para suscribir la carta que dio origen a la mayor organización intergubernamental que existe sobre la Tierra. ¿Su objetivo? Nacida de la guerra, es la guerra lo que busca erradicar, busca la paz y el entendimiento pacífico de los pueblos mediante el diálogo y la cooperación.

Pocos años más transcurrieron para que, ya en 1950, se eligiera a Nueva York, la capital del mundo occidental y el centro neurálgico de la economía más violenta del mundo, para instalar la sede definitiva de la organización a la que acudieron presurosas la gran mayoría de naciones. Mal comienzo que, no obstante, dio origen a una serie de logros positivos efectivamente alcanzados a lo largo de la historia. En efecto, a través de sus múltiples cumbres internacionales, el mundo ha podido por fin discutir con frontalidad los problemas relativos al desarme, la paz, la democracia y la libre determinación de los pueblos. Con enorme fervor, se ha abordado el impulso al desarrollo humano mediante la protección del medio ambiente. Con profundo humanismo se ha discutido la lucha contra el hambre y el fortalecimiento del derecho internacional. Estos propósitos maravillosos, cientos de ellos, ampliamente recogidos en los mundialmente conocidos ODM (Objetivos del Desarrollo del Milenio) han servido como fuente de inspiración para las naciones del mundo.



Hay que conceder que han actuado bien en ese sentido. Sin embargo, habría que recordar que toda moneda tiene dos caras. Por eso, no se puede olvidar que la ONU, institución no democrática formada por gobiernos que defienden la democracia, alberga profundas contradicciones en lo referente a sus políticas sobre los conflictos religioso-nacionalistas. Se contradice en su posición frente al creciente y devastador poder de las multinacionales. Se desdice de su propósito en el lamentable papel que ha desempeñado, en la práctica, frente a la búsqueda de la paz y la defensa de los derechos humanos. Ciertamente es que en 1948 y en 1976, se proclamaron extensas listas de buenos propósitos, entre los cuales estuvo la Declaración Universal sobre los Derechos Humanos, sin embargo, en la práctica, la gran mayoría de la humanidad solo tiene el derecho al silencio. La cruda realidad demuestra que la mayoría de países poco o nada tienen que decir en la Asamblea General, la Corte Internacional y el malhadado Consejo de Seguridad.

Este último, precisamente, es el que más desastrosamente ha fallado. Este consejo, cuya misión es mantener la paz, está presidido y dirigido por los cinco mayores productores de armamento en el planeta (EE. UU., Rusia, Inglaterra, Francia y China), casualmente los únicos países con derecho al veto sobre los conflictos armados ¿Qué significa esto? Sencillamente que se les permite ser juez y parte. Significa que, en cuestiones de paz, el resto de países pueden sugerir y solo estos pocos pueden decidir.

¿Los resultados? Evidentes. Según Galeano, por cada dólar que la ONU invierte en misiones de paz, el mundo gasta dos mil dólares en la guerra. No podrá el mundo olvidar las heridas abiertas en Vietnam, Corea, Afganistán, Irak, Siria, Yemen, Egipto y Colombia; la impunidad con la que los Estados Unidos han hecho la guerra, pasando una y otra vez sobre la opinión de la Asamblea de Naciones. Ni podrá olvidar la humillante y tibia oposición de la ONU

frente a la incontestable violación de los derechos humanos más elementales o la infame defensa de las más delirantes invasiones a las naciones pobres (con territorios ricos) por parte de los países ricos (con territorios pobres).

La historia, en resumen, deja claras algunas ideas. Primero, que ante el poder del dinero no existe ley que valga, excepto la del más fuerte. Segundo, que para los grandes imperios no hay opiniones que cuenten, salvo las suyas. Tercero, que las Naciones Unidas aún no son una realidad, sino una bella utopía por alcanzar, un propósito universal que plantea un deber a cada uno de nosotros, desde nuestra calidad de ciudadanos del mundo y desde nuestro modesto lugar en él: el deber de opinar y sancionar, de levantar la voz y defender el caro ideal de la paz, la democracia, la soberanía, el medio ambiente y los derechos humanos. Hay que defenderlos de los muchos que intentan servirse de ellos, o pasarles por encima, de los muchos que los desprecian y los ignoran, de los que nos los entienden. Y hay que defenderlos, para usar un término adecuado, a capa y espada.

In Memoriam

BIOGRAFÍAS

AUGE Y CAÍDA

Hay días en la historia que se prestan, no para el festejo, sino para el luctuoso recuerdo. De esa historia emerge la figura de Maximilien de Robespierre, inmortal político francés, líder indiscutible de la Revolución Francesa y encarnación de la pasión política que continúa cegándonos. Hombre de vasta ilustración, retórica soberbia e inteligencia notable. Político por herencia, descendía de una familia tradicional en la lucha por el poder, de ahí su temprana participación como Diputado de los Estados Generales en 1789. Iniciado en las ideas de la libertad, igualdad y fraternidad, en las viejas logias francesas de la Francmasonería, fue un ferviente partidario de la Ilustración, líder incuestionable de los jacobinos –grupo revolucionario, constitucionalista, republicano y abiertamente antimonárquico– y figura central en el derrocamiento de la Monarquía y la conformación de la Convención Nacional. Bajo su atenta mirada se produjo la primera elección por sufragio universal que conoce la historia. Fue este primer ejercicio democrático, justamente, el que convocó el apoyo de los grupos revolucionarios y llevó a Robespierre a la cima del poder de la naciente República Democrática y Popular de Francia. Fue esta naciente democracia la que lo convirtió en el precursor de la concepción moderna de la libertad y de los Derechos Humanos. Y fue también este primer ejercicio del poder popular el que nubló su razón y lo precipitó a los abismos del despotismo.

Fue conocido por no existir cantidad de dinero capaz de comprar su proceder; la virtud en la administración de la cosa pública fue, de hecho, la base fundamental de su pensamiento. Sin embargo, el que no cedió un palmo al vil metal, sí lo hizo ante la vanidad. Y así, poco a poco, el gran hombre de la revolución y la república, ebrio de poder, eliminó a toda figura que pudiera discutirle el liderazgo e inauguró una serie de excesos que la historia bautizó como la Época del Terror. Su despotismo, finalmente, un 10 de Termidor del año segundo –un 28 de julio de 1794 – lo condujo al abandono político, al juicio, y la guillotina cayó para apagar su vida en la misma Plaza de la Revolución que él había nombrado e iluminado.



¿Por qué rescatar en la memoria popular la figura de este político notable? ¿Qué enseñanzas no puede dejar esta antigua revolución para nuestra latente democracia? En estos días aciagos para la política nacional, esta historia de auge y caída nos permite algunas valiosas reflexiones. En primer lugar, nos muestra de forma patente cómo una gloriosa Revolución, que buscaba refundar el Estado y hacerlo evolucionar hacia la democracia y el derecho, puede ver empañado su propósito por los medios utilizados en conseguirlo, si estos son opuestos a la inapreciable libertad. Segundo, permite comprender que una revolución verdadera, jamás verá sus frutos mientras sus postulados sean un enigma para el pueblo llano y su forma se asemeje más a un pasajero caudillo que a un inmortal ideal. Por último y en palabras de Robespierre, que «son los países libres aquellos donde más respetados son los derechos del hombre» y que de esta dualidad –libertad y respeto– es de donde surgen las bases para que un pueblo pueda ser justo sin ser represivo y pueda ser libre sin ser insensato.



¡HÁBLANOS, LA MAR!

El patrimonio histórico de los pueblos no reside solamente en sus templos y monumentos, sino también en su memoria, en la gratitud de quien es capaz de honrar aquellas vidas asombrosas que han contribuido a levantar las columnas sobre las cuales descansa el templo social. Y entre estas vidas notables habremos de honrar, a riesgo de rasgar una página fundamental de nuestra historia, la figura sobresaliente del mariscal José Domingo La Mar y Cortázar.

Y, sin embargo, empecemos un poco antes y preguntemos ¿qué dicen las páginas de la independencia sobre el único cuencano que ostentó el rango de mariscal durante la campaña de la Independencia? Pues bien. La historia narra que vio la luz en la Cuenca de 1776, que provino de una de las familias más notables de la época, y que tan pronto como terminó su formación elemental fue enviado al Colegio de Nobles de Madrid donde comenzó su asombrosa carrera militar.

Valiente como pocos, no rehusó acudir al frente de batalla y combatir, llegado el momento, en defensa de la Corona Española durante las largas guerras contra Francia. Pronto su valor y genio militar se volvieron notorios a los ojos del monarca, lo que un buen día le valió el derecho de volver a su amada América con el importantísimo cargo de inspector general del Virreinato del Perú y gobernador de la plaza amurallada del Callao. Esa plaza, a partir de 1816, fue atacada innumerables veces por los ejércitos independentistas de San Martín. Y allí resistiría el valiente Lamar el asedio interminable hasta el agotar sus recursos y hasta la extenuación de sus tropas. Solo entonces, a salvo ya la dignidad de la plaza, ofreció una honrosa Capitulación que el gran San Martín aceptó sin vacilaciones.

Y entonces, rota por fin la cadena que ataba su honor de soldado a la causa realista, renunciaría a su condición de general y a todos los títulos y nombramientos que le fueron dados en el ejército realista y se sumaría, como un simple soldado y con total devoción a la causa de la libertad. Desde luego, semejante acto de nobleza no pasó des-



apercibido por San Martín quien, asombrado, le reconoció su rango de Mariscal y lo incorporó al Estado Mayor de los ejércitos de la independencia, donde pronto se conoció con el Libertador Bolívar.

Y sería a partir de allí cuando brillaría con luz propia sobre los campos de batalla y se consagraría para siempre en la colosal batalla de Ayacucho. Fue parte de la hora suprema que rompió para siempre las cadenas de Pizarro y redimió el imperio del Sol. Y será por eso, precisamente, que la historia lo recordará así. Gigante. Eterno. Con un pie en Ayacucho y otro en Junín, sosteniendo en sus manos la cuna de Atahualpa y la constitución de los pueblos libres de América.

Poco habría de durar, sin embargo, la unidad de la república. En su calidad de presidente del Perú, por mandato del mismísimo Bolívar, fue notificado en 1828 de la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de la Gran Colombia. ¿Debería dejar a su amada Cuenca librada a su suerte? ¿Debería permitir que las impúdicas ambiciones políticas que desgarraban la Gran Colombia profanasen también la cuna de Huayna Cápac? No lo hizo. Por el contrario, armó sus ejércitos y avanzó desde el sur hacia su tierra natal, hacia una Santa Ana de los Ríos de Cuenca que se engalanaba para recibirlo como un hijo pródigo. Y sería a las puertas de su ciudad, en los escarpados páramos de Tarqui, donde lucharía contra el invencible genio militar de Antonio José de Sucre, un 27 de febrero de 1829.

Es importante que la historia reivindique la memoria de este cuencano, cuyo delito, ante los delirios de la historia, fue batirse contra una nación que aún no existía y que sería fundada recién en 1830. Jamás la historia debe juzgar con las realidades del presente las decisiones del pasado. La Mar no fue un traidor sino un patriota. Su imagen es ejemplo de amor por la tierra natal y coraje soberbio en los campos de batalla. Es un Quijote de la civilización, un obrero secreto de la gran obra universal. Su nombre lo lleva hoy la logia libérrima del valle de Cuenca, el aeropuerto

de la ciudad, la calle que cruza por el corazón político de la urbe y se ha develado, finalmente, el monumento imprescindible que nos permite contemplarlo en los serenos jardines de la Casa de la provincia. ¡Al fin reposa segura entre nosotros tu memoria, Gran Mariscal! Has vuelto a habitar entre los tuyos. Cuéntanos ahora la verdadera historia de quienes somos. Háblanos ahora de nuestra tierra. Háblanos de las grandes hazañas que por derecho nos pertenecen. ¡Háblanos, La Mar...!

CENTAURO

Fue un personaje en verdad legendario, un ser de proporciones casi míticas dentro de la iconografía de las guerras de la independencia americana. Se asegura que fue él quien, allá por 1816, junto a los irreductibles Santander y Urdaneta, ganó la batalla del Yagual ante dos mil trescientos españoles y que lo volvió a hacer en la batalla de Mucuritas, una mañana de 1817, frente al famoso realista Miguel de la Torre y sus cuatro mil soldados. Y otra vez en 1819, con un puñado de hombres y frente general realista Pablo Morillo y sus mil ochocientos españoles en la histórica batalla de Queseras del Medio. Dicen que fue él, un 24 de junio de 1819, quien decidió la Batalla de Carabobo; que Simón Bolívar, asombrado, lo ascendió a general en Jefe de los Ejércitos Libertadores, allí mismo, sobre el campo de batalla. Dicen que fue Pablo Morillo quien respondió a una misiva de Fernando VII, reprochándole las batallas perdidas, con esta frase: «Dadme un Páez, majestad, y mil lanceros del Apure y pondré Europa a vuestros pies».

José Antonio Páez, el Centauro de los Llanos, como sus hombres lo llamaban, brilla entre las figuras más prominentes de la campaña libertaria y es, sin duda, uno de los políticos más importantes la historia venezolana. Su figura emerge junto a Bolívar, La Mar, Sucre, Santander y todos los altos generales, los invencibles. Y cabe preguntar entonces ¿por qué la historia no lo recuerda con la talla enorme de los grandes mariscales de la independencia? Sencillo. Porque fue también el principal artífice de la disolución de la Gran Colombia, aquel hermoso sueño de Bolívar que en nuestros días existe solo como el vago recuerdo de un inmenso país que pudo ser.

Fue un hombre de orígenes humildes. Nació un 13 de junio de 1790 en los indómitos llanos de Apure. A sus veinte años era ya el líder indiscutible de los temidos llaneros venezolanos. A los treinta era jefe absoluto del departamento de Venezuela y hombre de confianza del libertador. A los treinta y seis era ya su verdugo. A los cuarenta era el principal latifundista del país y el líder de las facciones conservadoras y separatistas que sacrificaron la Gran Co-



lombia. Él fue el principal artífice del ocaso del Libertador, en su sacrificio a los chacales políticos que ya por aquel entonces empezaban a poblar nuestro suelo.

Enorme es el recuerdo del intrépido llanero que al grito de «¡Vuelvan caras!» supo decidir las batallas más desesperadas de la campaña libertaria. Pero es triste el recuerdo del político, ahogado en su propia vanidad, que fundaba aquel movimiento llamado La Cusiata que, como su espíritu, significa 'cosa pequeña', que fue el foco por medio del cual los conspiradores acabaron con la gran nación de la Gran Colombia y se enriquecieron inmensamente a costa de la ignorancia del pueblo.

Extraño hombre este que se movió entre la gloria suprema de la lucha libertaria y los temibles laberintos de la traición. Extraña figura que gobernó su tierra durante doce años y se convirtió después en su martirio al sumir-la, una y otra vez, en la guerra civil contra todo gobierno que no fuera el suyo. Gran lección para la historia. Una más entre cuantas enseñan que el poder, embriagador elíxir reservado a unos pocos, puede ser también el potente veneno que convierte a los grandes hombres en pequeños tiranos. Una lección en verdad. Una a tener en cuenta.



¡HÁBLANOS, BOLÍVAR!

Fue un militar y político, un gigante. Nació un 24 de julio de 1783 dentro de una hidalga familia de Caracas. En su fe de bautismo consta como Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar de la Concepción y Ponte Palacios y Blanco. Discípulo temprano de Andrés Bello, Jerónimo de Ustáriz y Simón Rodríguez, se formó desde muy joven en el estudio de los grandes pensadores de la Ilustración (Locke, Rousseau, Voltaire). Iniciado muy temprano en los misterios de la masonería e imbuido de su libérrimo ideal, realiza un juramento en el Monte Sacro de Roma por el cual se consagra para siempre a la consecución de la independencia política de su pueblo.

Retomando la fracasada revolución del marqués del Toro y Francisco de Miranda, se convierte en el máximo conductor de la «Campaña Admirable» que en 1817 culmina con el Congreso de Angostura e instaura los primeros poderes públicos de Sudamérica. Hecho esto, dio paso en 1818 a la fulgurante hazaña militar que libertó Nueva Granada y Quito, la que pasaría a la historia como la mítica «Campaña de los Andes». Súmase la entrevista con su hermano de ideales José de San Martín en el Guayaquil de 1822 cuando se terminó de dar forma al proyecto libertario. Finalmente, y tras las batallas de Junín y Ayacucho, sellaría la revolución independentista americana y ganaría el glorioso título de Libertador.

Inmediatamente, sobrevinieron también las intrigas, los atentados a la vida del hombre grande y las traiciones políticas que le valieron la proscripción primero y la renuncia después, ante el último Congreso de 1830. Once días más tarde, conocido el asesinato de Sucre, un 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta, y tras augurar un triste destino a la política de los países latinoamericanos, su resentida salud sucumbió. No se equivocaba en sus presagios. Tajante en los fines morales de la administración pública, creía que no es siempre una mayoría la que inclina la balanza política de los pueblos, sino la superioridad de la fuerza moral, y que el ejercicio de la justicia era el ejercicio de la libertad. Se inclinaba por un poder ejecutivo enérgico, aunque amaba la democracia. Hizo de la educación el



centro de la gestión pública acuñando la máxima: «Moral y luces son nuestras primeras necesidades», puesto que un pueblo ignorante, incluso si alcanza su libertad, pronto la pierde de nuevo en los antiguos vicios políticos en tanto en vano se le presenta un camino que no comprende.

Bolívar, excepcional político, internacionalista, guerrero, literato, sabio legislador, ejemplar ciudadano, sé que desde la historia nos vigilas y, vana sería tu obra libertadora si nosotros nos dejásemos oprimir nuevamente, ya no por el yugo español, sino por la miseria, la corrupción y la anarquía. «Formemos una Patria, a toda costa, y todo lo demás será tolerable» nos exhortabas mientras mostrabas un camino que solo podremos recorrer mediante el resurgimiento moral, social y económico de nuestros pueblos, esos que, redimidos por tu genio, te debemos el afán de virtud y unidad como tributo al sueño de tu enorme patria: la Gran Colombia.

ARTIGAS DESDE LA PLATA

Tengo una certeza. La política, si quiere ser digna, ha de mirar al futuro con coraje y ha de aprender del pasado con humildad. Esto implica explorar sin tregua las páginas de nuestra historia americana, y encontrar en ellas las lecciones vigentes de los grandes espíritus que nos han precedido en esta inmensa tarea de lograr una patria para todos. Lo digo a propósito de una figura cuya mirada espera la tan postergada reforma agraria que devuelva la tierra a sus verdaderos amos: los indígenas y los campesinos. Inteligencia libre que, desde el hermano Uruguay, nos recuerda que «la causa de los pueblos no admite la menor demora» y llama con urgencia a cumplir la promesa de la patria soberana.

José Gervasio Artigas Arnal, gran prócer y protector de los pueblos libres, se levanta como el más importante estadista de la Revolución de la Plata y como una de las figuras más emblemáticas de las luchas independentistas y las ideas republicanas en todo el continente. «Que solo se vea entre nosotros una gran familia» le decía a su pueblo, ese que lo siguió durante la guerra sin cuartel que libró contra la Colonia Española. Ese pueblo que, después de haber dado su sangre en los campos de la libertad, fue traicionado por la hueste de mercaderes que, tan pronto lograda la independencia, relegó a los campesinos e inauguró la nueva era de la decadencia. Ese pueblo que lo siguió nuevamente cuando, indignando, volvió a levantar la pluma y la espada para defender a los desposeídos y lo siguió haciendo también en destierro con el que la oligarquía vengó en su persona el crimen de la dignidad.

Su principio supremo, tierra libre para hombres libres, le permitió bosquejar una reforma agraria medio siglo antes de Marx y doscientos años antes de que las camarillas de legisladores la convirtieran en un expediente más de cuantos reposan en los cementerios parlamentarios de las Asambleas y Congresos a lo largo y ancho de América del Sur. Profundamente consciente de la enorme riqueza que encierra nuestra tierra, nos exhortó a la soberanía y al compromiso de jamás vender el patrimonio de nuestros pueblos «al vil precio de la necesidad».

Será por eso que su voz resuena aún en la conciencia de América, su voz de profeta que, tal como si fuera contemporáneo de quienes hemos nacido siglo y medio después de su muerte, logró espiar por la rendija del futuro y ver a esos gratuitos herederos de la independencia que aún no saben qué hacer con ella. El advenimiento de las legiones de mercaderes de la política logró vaciar la reforma agraria de contenido y descubrir que la mejor manera de no hacerla era, justamente, invocarla cada día. Al pie de la letra se han cumplido sus augurios, uno a uno, país por país: campos vacíos, enormes latifundios improductivos, ciudades exageradas, legiones de desocupados que se unen a los desocupados, tierras sin hombres, hombres sin tierra. Una bomba de tiempo...

ESA MUJER

Había nacido en Quito, allá por 1797 y fue, sin saberlo, una de las precursoras de la dignidad de la mujer. Manuela Sáenz, aquella mítica patriota quiteña, quien fue la fuerza detrás de Bolívar en su colosal tarea de liberar a un continente, fue también una de las más reconocidas heroínas de la independencia americana. Y fue bajo su figura, inteligente y decidida, cuando comenzaron a forjarse las primeras reivindicaciones de la mujer latinoamericana.

De notables dotes intelectuales, formada en el monasterio de Santa Catalina de Siena, tuvo que vérselas desde un principio con los estrictos prejuicios de la tradición colonial. No podrían, sin embargo, las costumbres aherrojar el fogoso espíritu que reclamaba libertad. Muy joven rompió los atávicos paradigmas de su época y abandonó un matrimonio pactado por su padre con un hombre que le doblaba la edad para sumarse, junto con sus dos mulatas de hierro que siempre le acompañaron, Natán y Jonatás, a la conducción política de la campaña libertaria. Aquella aventura, reservada a los hombres, ella lo asumió de manera inteligente y decidida al buscar la movilización femenina en la campaña revolucionaria. La movilización sutil, casi secreta, de todas aquellas mujeres que infundieron el valor y despertaron la utopía en los innumerables padres, esposos e hijos que se dejaron la vida en los campos de batalla de la libertad.

Por eso, la historia la recuerda condecorada por el propio San Martín con la Orden «El Sol» del Perú. La recuerda portando la casaca azul con vueltas y cuello rojo bajo las órdenes de Antonio José de Sucre. Y, sobre todo, la recuerda junto a Bolívar aun en las horas más difíciles de la gesta libertadora. Y la recuerda, además, amando con nobleza y profundidad. Y fue ese amor el que la levantó sobre una arraigada tradición que se negaba a pintar los símbolos de la libertad con forma de mujer. La levantó, como se levanta una antorcha, en medio de aquella sociedad patriarcal que ignoraba y agredía a aquellas mujeres que se atrevían a reivindicar sus derechos.



Por eso, extraña coincidencia es esta de que, precisamente el día que recordamos la partida de Manuelita, se celebre también el día Internacional contra la Violencia hacia la mujer según los preceptos consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Día pensado para recordar el drama que viven seis de cada diez ecuatorianas para las que el lugar más inseguro es su propia casa, aquellas víctimas de la violencia física, sexual o psicológica que viven presas del insulto, la bofetada y la prohibición. Son mujeres presas de las tradiciones arcaicas y monásticas que perpetúan la humillación, la cultura del terror, la peste del miedo. ¿Miedo a qué? ¿Miedo de quién? Porque la verdad es que detrás de la crueldad se agazapa el terror cerval de los hombres de espíritu pequeño. De los hombres temerosos que ignoran a propósito el hecho fundamental de que los derechos humanos comienzan y terminan en el seno del hogar.

La figura de Manuelita sigue desconcertando a todos aquellos hombres inseguros que buscan proteger desde el atropello los espacios que no pueden conservar por mérito propio. Y sí. Nada hay más triste que el miedo de los cobardes ante la mujer que no tiene miedo. Esa mujer, valiente y segura, que debe brillar en el mundo con luz propia. Esa mujer inteligente y seductora que se admira y se respeta. Esa mujer que para ser feliz no necesita de necios iracundos, sino de hombres lo suficientemente maduros como para sentirse seguros, agradecidos y felices a su lado.

TRÁNSITO AMAGUAÑA

Poco queda de ella. Será porque ha pasado ya mucho tiempo desde que partió o porque siempre le caracterizó esa especie de altiva dignidad por la que nunca buscó cámaras ni protagonismo. Lo cierto es que las pocas fotos y testimonios que sobreviven de su memoria bastan para saber que Tránsito Amaguaña fue, en su vida, el resumen de lo que vive la mujer indígena y fue también el prototipo de lo que debería ser la mujer ecuatoriana.

Nació en un pequeño caserío indígena llamado Pesillo, allá por 1909. Sus padres fueron dos jornaleros en una vasta hacienda latifundista, dos rostros sin nombre de entre los muchísimos que sobrevivieron a la inmensa opresión de comienzos del siglo pasado. De ellos vino al mundo una mujer indígena, analfabeta, maltratada desde sus primeros años, sumida en la más abyecta pobreza. Tuvo que trabajar desde los siete años en los inmensos campos de la hacienda. Y no acabó allí de ensañarse con ella el destino, pues, poco después de cumplir catorce, la entregaron en matrimonio a un hombre mucho mayor que ella, un alcohólico maltratador que pronto le dio su primer hijo cuando todavía trabajaba como empleada doméstica en la casa del patrón.

No sería ese el final de su historia. Dentro de esta mujer, ejemplo y paradigma de la inmensa opresión de la mujer indígena, comenzó a arder la llama de la dignidad. Allí, precisamente en ella, decidió la historia sembrar la semente del progreso y la conciencia humana. Y así querría que la suerte que un buen día conociera a otra mujer de hierro llamada Dolores Cacuango y junto a ella abandonó esta vida de humillación y emprendió una tarea imposible. Crearían juntas los primeros sindicatos agrícolas en 1931 y fundarían, en 1944, la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) para poner fin a la explotación y exigir el cumplimiento del Código de Trabajo. Poco después, incansable como era y sin ningún tipo de apoyo por parte del gobierno, crearon las primeras escuelas campesinas en quichua-español, cuatro en total.



Desde luego, la vida que había elegido pronto despertó el odio de los que le temen al progreso y a la dignidad humana. Tendría que ver destruida su casa y su mundo antes de tener que marchar a la clandestinidad por más de quince años, años gratos en los que pudo caminar por el mundo, fue recibida con los brazos abiertos por el gobierno socialista de Cuba. Sería allí, en esa tierra de la dignidad, tierra extraña, donde aprendió a leer. Y sería desde esa tierra extraña que proyectaría sobre su patria una nueva forma de comprender la historia. Nada podía contra ella. Nada pudo el destierro ni las amenazas ni pudo la prisión a la que se vio recluida tantas veces. Nada, nada podría con su pasión por la justicia y la dignidad. Nada pudo contra su recio liderazgo basado en la certeza de que la injusticia es política y moralmente intolerable. Verdad simple, vívida y sencilla que justificó su lucha pacífica y constante. Lucha noble, libre de ese odio avinagrado que nubla la mente de algunos líderes indígenas, libre para amar y proyectar amor. Ese fue su gran estandarte.

Y claro, en un país donde «indio» era el insulto preferido de aquellos que ignoran su pasado y donde los indígenas, en dictadura o democracia, eran considerados atractivos turísticos o bestias de carga, pronto se multiplicaron las voces contra el movimiento de resistencia indígena, súbitamente reducido a cosas de indios. Y la existencia de Tránsito fue un balde de agua fría, una bofetada a las rancias élites del poder. Que fuera india y fuera mujer... ¡allá ella con su doble desgracia!, pero que cometa la imperdonable insolencia de la rebeldía y se convierta en un símbolo continental de la dignidad era salirse de su lugar. Así que en 1963 fue absurdamente acusada de recibir dinero y armas para promover la revolución y encerrada en el Penal García Moreno, una de entre las muchas veces que fue perseguida y encarcelada.

Sin embargo, el tiempo pasa y las nuevas generaciones se suceden. Y así, conforme pasaron los años, el odio comenzó a convertirse en admiración, hasta que en 1988 el Gobierno le concedió una pensión de por vida. Tiempo

después, a los 91 años de edad, recibió también el Premio Eugenio Espejo, única conmemoración decente y justa que, además, sirvió para darle una buena desempolvada a la política nacional. Al tomar la palabra en el foro del parlamento dijo que el lugar no era desconocido para ella. Ya antes, otras nueve veces, había ido hasta Quito, había ido caminando, y lo había hecho para protestar.

No le interesaban los premios ni las condecoraciones. Era otro su verdadero premio, ese que recibe cada día y consiste en el amor de los humildes y en el odio de los tiranos, en el agradecimiento de su pueblo, en el amor y la admiración de las nuevas generaciones. Esa fue, siempre, toda su fortuna. «Chaupi punzhapi tutayarkha», que significa, «Anocheció en la mitad del día». Tránsito murió la madrugada del 11 de mayo de 2009 a la edad de 100 años en su pueblo natal. Paciencia y constancia es lo que nos enseñó, paciencia y constancia me repito ahora. Paciencia, extraña planta de raíces amargas y frutos dulces.

EN MEMORIA

¿Cómo lo recuerda la historia? Su estampa misma ya es un símbolo: barba larga, el eterno uniforme verde oliva, incansable, sereno. Un gigante que apareció cuando millones de latinoamericanos se ahogaban bajo las tremendas dictaduras de Batista, Trujillo, Duvalier y Somoza. Allí precisamente, cuando más lo necesitábamos, brilló la luz enorme de la Sierra Maestra y el mundo conoció la figura de este hombre que, desde una pequeña Isla del Caribe, determinó el curso de la política mundial.

Por eso, me parece injusto lo que han hecho con su memoria y me parece injusto que las nuevas generaciones no lo conozcan más que a través del grotesco espectáculo de su muerte celebrada en las calles de Miami. Que no lo recuerden como verdaderamente fue: un coloso, uno de los pocos hombres que entraron vivos en la leyenda y que forma parte del panteón de los gigantes que transformaron con su propia mano el curso de la historia, junto a Mandela, Lenin, Gandhi o Allende. Odiado por los imperios, respetado por los líderes del siglo XX, admirado por las mentes más brillantes de su tiempo (Sartre, Hemingway, Neruda, Cortázar, García Márquez, Guayasamín, Saramago y Galeano) quienes desfilaron por La Habana de los años sesenta para beber un poco de ese ideal inmenso que permitía soñar despierto.

¿Cuba? Cuba inspira y duele. Y quererla no significa ocultarla ni significa justificar la aberrante política del partido único, la represión o las innegables penurias económicas. Sin embargo, antes de hacer juicios de valor, habrá que recordar que Cuba es una isla no solamente en el sentido geográfico, sino también una isla desde que, hace más de medio siglo, Washington le impuso un bloqueo que, como una soga al cuello, ahoga el desarrollo e impone la militarización. Ya San Ignacio de Loyola solía decir que «en una fortaleza asediada, toda discrepancia es traición».

Y aun así, pese a todo, para millones de hermanos Cuba aún es una utopía. Hay pobreza, es verdad, pero no le falta lo básico y eso, solamente eso, ya es difícil de imaginar

para los millones de campesinos que se hacinan en chozas o para los millones de obreros que sobreviven en los cinturones de pobreza de nuestras metrópolis. Cuba es una utopía para los millones que no pueden soñar con pagarse un tratamiento médico, para aquellos que nunca han visto de cerca una universidad. Para todos aquellos que no tienen más médico o escuela que la calle, Cuba es una utopía.

¿Podemos realmente juzgarlos? Estas «democracias» (Guatemala, El Salvador, Colombia y México) se ahogan en sangre; estas naciones «libres» se hunden en la más abyecta pobreza mientras miles parten, al igual que las balsas, a morir a manos de los coyotes en la misma frontera amurallada de odio y vergüenza ¿Podemos juzgarlos? Porque si lo hacemos, entonces también hemos de juzgar todo lo alcanzado. Hemos de juzgar la solidaridad y la equidad, la educación y la salud universal, la ayuda humanitaria y la defensa de la libertad desplegada en cuatro continentes, la dignidad soberbia de su pueblo, lograda por este viejo comandante que aún es, para muchos, un símbolo entrañable.

ALMA GRANDE

Se me ocurre que rescatar su entrañable y formidable figura es más necesario que nunca. Hoy, cuando los líderes del mundo han perdido el sentido común y los países más poderosos se dejan llevar por el errático comportamiento de un grupo de seres humanos desquiciados por el odio. Hoy, cuando aquellos que mandan sobre los arsenales nucleares se enfrascan en la danza macabra de las amenazas y los líderes de las grandes naciones invocan el racismo como lo hicieran en los años treinta, poco antes de la Gran Guerra.

¡Cuán necesario es escuchar nuevamente su voz modesta y taladrante que insistía en que «la violencia es el miedo a los ideales de los demás» y nos recordaba que «no hay caminos para la paz, porque la paz misma es el camino». Sí, en estas breves líneas recordamos la palabra de Mohandas Gandhi o Mahatma (Alma Grande) por bautizo del genio de Rabindranath Tagore. Hombre inquebrantable como su pueblo, que llegaría en una época de penumbra para enseñarnos que nada hay más poderoso que la fraternidad de los humanos, para enseñarnos que no existe escudo más fuerte que la serena dignidad.

Nació en un pequeño pueblo costero de la India. Formó parte del milenarismo misticismo de su cultura, personificado en su madre, de quien aprendió el valor de la tolerancia hacia todos los pensamientos, credos y religiones. Y aprendió también el profundo respeto por el poder de la palabra, como se aprecia en una de sus frases: «cuida tus pensamientos porque se convertirán en tus palabras. Cuida tus palabras, porque se convertirán en tus actos. Cuida tus actos, porque se convertirán en tus hábitos. Cuida tus hábitos, porque se convertirán en tu destino».

¡Qué importante es hoy ese mensaje! Esas palabras poderosas que hoy serían un bálsamo sobre la conciencia de los pueblos. De nuestros pueblos. De aquella Venezuela que hoy se ahoga en sangre bajo el estandarte atroz del populismo, de ese pueblo que hoy más que nunca necesita recordar que «a lo largo de la historia siempre ha

habido tiranos y asesinos, y por un tiempo, han parecido invencibles. Pero siempre han acabado cayendo. Siempre». ¡Qué importante son sus palabras en nuestro pequeño Ecuador donde los desvaríos de la política extraviada por el odio son capaces de destilar ese viejo rencor que tanto nos ha dividido al punto de que hoy ya no sabemos cómo reconciliarnos! ¡Cuánto necesitaría nuestro pueblo escucharlo decir que «un error no se convierte en verdad por el hecho de que todo el mundo crea en él», escucharlo decir que «en cuanto alguien comprende que obedecer leyes injustas es contrario a su dignidad, ninguna tiranía puede dominarle!»

¡Cuánto necesitamos las profundas lecciones de este gran político del siglo XX que fue capaz de reivindicar a su pueblo sin herir a nadie! ¡Cuánto necesitamos recordar a esta figura menuda y capaz de mover a millones en la gran marcha de la sal (1930) y lograr independizar a su pueblo del imperio británico en 1947! Él, que sería asesinado por el fanatismo que combatió un 30 de enero de 1948 ante la mirada atónita de su propio pueblo, justamente cuando les decía que «lo más atroz de las cosas malas que hace la gente mala sucede por el silencio de la gente buena» Por eso, precisamente, es que no callamos ni callaremos, en honor a ti, maestro.

FACUNDO

«No has perdido a nadie, el que murió, simplemente se nos adelantó, porque para allá vamos todos» así nos cantaba, como presintiendo su pronta partida. Y añadió «además lo mejor de él, el amor, sigue en tu corazón», esto para recordarnos que en realidad no nos deja, que no hay muerte, hay solamente mudanza, que todo esto no es más que un simple hasta luego. Y sin embargo una parte de mí siempre estará de luto desde aquel día en el que apagaron tu voz serena e irreplicable, cuando caíste acribillado en una lúgubre calle de Guatemala a los 74 años de vida y lucha. ¿Qué más se puede decir? ¿Cómo se podría tratar siquiera de comprender la lógica detrás del asesinato de quien solo vivía para cantarle a la paz? ¿Qué palabras podrían expresar el dolor y la frustración de ver cómo una de las voces más dulces y más libres fue apagada por el absurdo sin nombre de la violencia?

Porque eso fue Cabral. Un ejemplo de vida y de fortaleza, un espíritu que, nacido en lo más profundo de la pobreza y el dolor humano, supo hacer de su vida un milagro. Un hombre formado en los preceptos de Gandhi y Jesucristo. Amigo fraterno de la ejemplar Madre Teresa. Fue un alma que la vida golpeó sin descanso, llevándose una y otra vez la fortuna y los seres que amó. Pero toda la tragedia del mundo no lograría doblegar a este espíritu bajo el peso del rencor o la desidia, y mantuvo siempre alta la moral cuando nos decía convencido «¡No digas no puedo ni en broma, porque el inconsciente no tiene sentido del humor, lo tomará en serio, y te lo recordará cada vez que lo intentes!»

Por eso, Facundo era tan especial. Había aprendido su magia de la esperanza, el amor y el sentido del humor hacia la vida. Porque era magia lo que hacía. Cuando uno empezaba a escucharlo, comenzaba a admirarlo y terminaba por quererlo. Como lo quería yo. Y no podía ser de otra manera ante esta alma libre que nos aconsejaba que «ahora mismo le puedes decir basta a aquello que te encadena, a los que quieren dirigir tu vida, al miedo que heredaste, porque la vida es aquí y ahora mismo». Mente lúcida que supo siempre mirar el presente y ser feliz pese a todo,

entendiendo la felicidad como un camino, una adquisición que se decide cada día un día a la vez, cuando cantaba que «bienaventurado es el que sabe que compartir un dolor es dividirlo y compartir una alegría es multiplicarla».

¿Qué se puede hacer cuando alguien así desaparece? Nada más que comprender que, con el tiempo, esta pena por el filósofo perdido irá pasando. La rabia no, esa quedará y se volverá poesía. Y quedarán las enseñanzas de quien reflexionaba para sí y para el ser humano común como cuando se preguntaba: «¿Para qué quiero yo una agenda si solo hago lo que amo?» mientras le cantaba a la sociedad que solo existe paz «donde mis hermanos trabajan la tierra y mis hermanas tienen hijos», y cuando repetía que el servicio al prójimo era la clave de esa felicidad que, decía, nos espera al final del camino.

Y yo creo que siempre supiste que ibas a partir sin despedirte. Por eso, hermano, nos dejaste dicho, y lo repetiste muchas veces, cuál sería tu última voluntad. Lo recuerdo bien: «solo quiero que cuando llegue la muerte me encuentre totalmente vivo». Pues bien, esa voluntad, al menos se cumplió. ¡Caramba si se cumplió! Saludos, maestro, y hasta pronto...



«TODO LO QUE NECESITAS ES AMOR»

Su nacimiento estuvo enmarcado por el brutal realismo del delirante siglo XX. Su llegada al mundo ocurrió en una macabra noche de comienzos de octubre allá por 1940. Una noche en la que Inglaterra ardía bajo el bombardeo de la temible *Lutwaffe*, esa precisa y metódica máquina de muerte que gobernó los cielos de Europa durante casi toda la Segunda Guerra Mundial.

Aquella noche un coche viajaba a toda velocidad, sorteando los escombros ardientes de la bella Liverpool, valiéndose para su marcha nada más que de los terribles resplandores causados por las innumerables bombas que estallaban a su alrededor. En el interior viajaba una mujer en labor de parto. Su nombre era Julia Smith. Y el niño que reclamaba nacer en medio de tanta muerte llevaría por nombre John Winston Lennon Smith. Y vendría al mundo para convertirse en uno de los grandes músicos revolucionarios del siglo XX, para convertirse en un símbolo y encarnar la rebeldía y el inconformismo de las nuevas generaciones que se asomaban al mundo.

Su niñez transcurrió en medio de una nación que intentaba recuperarse de la terrible resaca de la guerra y de un hogar destruido por la indolencia y la infidelidad. La adolescencia habría de encontrarlo convertido en un muchacho conflictivo y reservado, en un joven al que unos tíos que tuvieron la bondad de recogerlo le habían regalado una armónica y una guitarra, dos instrumentos esenciales con los cuales, muy temprano, comenzó a mostrar un excepcional talento.

Pronto conoció a quienes serían sus compañeros de camino (Paul, Ringo y George) con los que, y contra los deseos de su familia, fundó una primera banda de rock llamada *The Quarrymen*, que el destino se encargaría de convertir, unos años después y contra todo pronóstico, en los legendarios Beatles, la banda más exitosa y aclamada de la historia de la música. Aquella banda logró resultados tan fabulosos que sus integrantes serían reconocidos como «Miembros de la Orden del Imperio Británico» por



una agradecida Reina Isabel. Esa condecoración de la que Lennon se burlaba en los conciertos cuando decía «los del gallinero pueden aplaudir y el resto de ustedes basta con que hagan sonar sus joyas». Desde luego, unos pocos años después sacudiría el avispero de las formas y las tradiciones al devolver dicha condecoración a su perpleja majestad.

En esta banda Lennon encontró su voz, su expresión y empezó a brillar con luz propia. Aferrado al micrófono de este cuarteto genial, sería reconocido entre los diez cantantes más grandes de todos los tiempos. Dotado de un ingenio mordaz y una vasta cultura, fue escritor, cineasta y dibujante. Fue de su vasta imaginación y sus profundos ideales de donde surgieron aquellas canciones icónicas para una generación entera como «Give Peace a Chance» o «Imagine», himnos por los cuales la mítica juventud de los setenta se enfrentó al absurdo de la guerra y a la banalidad sin límites de la naciente sociedad consumista.

Nunca fue un santo. Y tal vez su magia consistió en que nunca intentó serlo. Envuelto en las drogas, las relaciones disfuncionales y los celos, fue todo lo humano que se puede ser. Y fue también una de esas almas inquietas a las que la inmensa fama no lograría destruir. Fue una razón sensible que se mantenía alejada de la religión y los dogmas mientras comentaba burlón que «somos más famosos que Jesús» y buscaba por todos los caminos – no siempre los más acertados– esa aura personal que le permitiría catalizar la psicodelia de los setentas en sus fuertes, conflictivos y simbólicos mensajes.

Sería, desde luego, como todos los hombres libres, perseguido por los grupos conservadores y católicos que siempre le temen y le temerán a la llegada de los nuevos tiempos, aquellos espíritus tristes que se helaban de rabia y terror cuando millones de seres humanos despertaban a una nueva conciencia y empezaban a repetir aquello de que «la religión es solo una manera de sacarles el diezmo a los ignorantes, solo existe un dios, y ese no se enriquece como los sacerdotes». Sin miedo, sin pudor, sin pena

anunció, como todos los grandes hombres en la historia, una nueva sociedad en la que las fronteras, las religiones y el fanatismo ya no tendrán cabida.

Mordaz, impaciente, anárquico, de carácter acendradamente humanista, mantendría a lo largo de toda su vida un activismo por la paz que nunca desmayaría e inspiraría a millones. De su mente nacería aquel mítico país llamado *Nutopía*, esa nación «sin fronteras, pasaportes, nada, solo gente». Esa idea fantástica y alucinante que pronto lo inscribiría en la lista negra del sistema, que desde siempre lo consideró su enemigo. Fue el propio Nixon, personaje al que le debemos Watergate y lo peor de Vietnam, quien lo persiguió con un odio encarnizado, pasmado por todas esas canciones que hablaban de los derechos de las mujeres, de los conflictos raciales, de los derechos humanos y de las pequeñas naciones oprimidas por los grandes imperios.

Sí, el sistema lo censuraba. El poder lo aborrecía y le temía. ¡Cómo no temer a este hombre libre que les cantaba las verdades y les mostraba las costuras, mientras nos recordaba que «vivimos en un mundo donde nos escondemos para hacer el amor, mientras la violencia se practica a plena luz del día!» Y fue tal vez por esto que un día -10 p.m. de un triste lunes 8 de diciembre de 1980- un fanático conservador se atrevería a dispararle por la espalda cuando entraba a su casa. Una bala absurda que apagaba con un torrente de odio a una de las voces más dulces y taladrantes del siglo XX.

Y me pregunto, ¿por qué los genios mueren siempre a manos de los fanáticos? ¿Es que la serena belleza de la rebeldía exige siempre el sacrificio en los lóbregos altares del poder? La historia parece demostrarlo así, incansablemente. Sin embargo, más allá de la violencia absurda, quedan las ideas, esas que no se pueden asesinar. Y queda sembrada la noción y semilla de un mundo diferente, de un mundo al alcance de la mano, de un mundo para el cual, en palabras de Lennon, «todo lo que necesitas es amor»

ANIMADOR DE CINE, ANIMADOR DE LA VIDA

Existió en la historia un genio que nos legó una máxima: «No duermas para descansar, duerme para soñar». Fue Walter Elías Disney, animador de cine y animador de la vida, autor de esas figuras que, poco a poco, han pasado de existir en el papel a vivir en el corazón de generaciones enteras a lo largo y ancho del mundo.

Fue hijo de un granjero y tuvo la suerte de vivir toda su infancia en el campo. Ahí acuñó la idea de que «podemos aprender mucho de la naturaleza en acción», adagio que unos pocos años después le pondría a la cabeza de un imperio que hoy genera más de 30 000 millones de dólares anuales. Hombre de talento particular, nunca se destacó como un gran estudiante, sí lo hizo, en cambio, como un hombre de profunda mística e inquebrantable esperanza en el mañana. Por eso, no tuvo problema para iniciarse en el mundo del arte animado, trabajando en pequeños estudios donde creaba anuncios para periódicos. Ni tuvo problema tampoco para dejarlo todo y plantarse un buen día a las puertas de Hollywood con 40 dólares y una copia inconclusa de *Alicia en el país de las maravillas* metida en el bolsillo.

Fue suficiente para conquistar el mundo y hacerlo por medio de su infalible embajador: un simpático ratón bautizado como Miguel, el hoy universal Mickey Mouse. Este personaje entrañable logró meterse en el corazón de varias generaciones del mundo, a tal punto que, en plenos años de la cruenta II Guerra Mundial, tanto Roosevelt como Mussolini –las dos caras de la guerra– declararon, casi a la vez y sin saberlo, su admiración por el simpático ratón animado y sus amigos, un pato llamado Donald y un perro llamado Pluto.

En esa época, el hombre que había roto los esquemas, los rompió de nuevo y produjo el primer largometraje en dibujos animados, *Blancanieves y los siete enanos*, que los críticos consideraron una locura y los fanáticos convirtieron en leyenda. Después llegaron Pinocho, Bambi, La Cenicienta, Alicia en el País de las Maravillas, Peter Pan y

La Dama y el Vagabundo, entre otras innumerables obras que traen a la mente la nostalgia de los momentos mágicos de la infancia. Cierto es que, fuera del taller, no fue precisamente un modelo a seguir. Convencido antisindicalista y anticomunista, llevó durante toda su vida una dura lucha contra sus propios obreros. Activo militarista y agente pasivo del FBI, apoyó sin reparos la incursión de su país en la II Guerra Mundial. En fin...

Existen hombres a los que la historia juzga por sus ideas, otros a los que juzga por la grandeza de su genio. Disney está, sin duda, entre los segundos, entre aquellos que serán recordados por haber traído al mundo dulzura y buen humor, factores sin los cuales la vida no sería tan hermosa. Por eso hoy, a medio siglo de su desaparición, rendimos homenaje de respeto a su legado que se perpetúa cada día, y no me refiero a los millones de dólares que amasó, sino a cada niño de las nuevas generaciones que sonrío y comparte con él esa capacidad de asombro que no lo abandonaba. Esa infancia eterna que llevaba dentro y le hacía repetir que «los adultos son solo niños crecidos». Hermosa concepción de vida que hoy tanta falta nos hace.

CIENCIA MÁGICA

Un 20 de marzo de 1916, un hombre de aspecto curioso se presentaba ante la Academia Prusiana de Ciencias para disertar sobre lo que había bautizado como la *teoría general de la relatividad*. Y me pregunto ¿Habrán imaginado aquellos que asistieron a la conferencia que estaban por presenciar la revelación de una de las ideas más elegantes y extraordinarias de cuantas ha producido el genio humano? ¿Habrán imaginado aquellos brillantes académicos que asistían a un momento cumbre de la ciencia que habría de redefinir la forma en la que comprendemos el mundo y el universo?

Sí. Fue Albert Einstein, uno de los últimos genios de nuestro tiempo, aquel que tan pronto como subió al estrado refutó, sin más ni más, la Teoría de la Gravitación Universal de Isaac Newton, única aceptada por más de doscientos años y comenzó a hablarnos de una nueva forma de comprender el Universo. Sería su voz modesta y su lógica irrefutable la que asombraría a las más vanguardistas mentes de su tiempo al circunscribir en la rígida lógica de la geometría un nuevo conjunto de fantásticos e intrépidos postulados que hablaban de cosas como la dilatación de la luz o la curvatura del espacio-tiempo, ideas tan atrevidas como la geometría de cuatro dimensiones o la formulación geométrica de la gravedad. Ideas que alumbraban los misterios más insondables sobre el origen y expansión del Universo mientras sentaban las bases para disciplinas tan asombrosas como la astrofísica o la cosmología.

Su planteamiento fue expuesto con la desnuda sencillez de quien afirma que «Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas» y responde con la complejidad y elegancia del más grande científico del siglo XX, lo que pronto, en 1921, le mereció el Premio Nobel de Física por su colosal contribución a la expansión de los horizontes del ser humano moderno.

Desde luego, lo usual es que las grandes mentes despierten la violenta oposición de quienes los envidian o la ambición dañina de las mentes pequeñas que no logran comprenderlos. Y así, al tiempo que su obra se convertía en pasto del poder político, del cual emergió la temible bomba atómica bajo la siniestra sombra de Robert Oppenheimer, su persona se hacía blanco de innumerables ataques, a tal punto que, ya para el final de su vida, ocurrido en 1955, el viejo científico lamentaría: «¡Triste época la nuestra! ¡Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio!». Hombre amante de la ciencia, le dedicó su vida a la cátedra universitaria y su búsqueda intelectual abarcó la filosofía y la política en las obras de Spinoza, Kant y Marx.

Pacifista por naturaleza, sionista por deber, demócrata socialista por convicción, sostuvo siempre que «la vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa». De ideas religiosas bastante singulares, mantuvo siempre la bella concepción de «un Dios que se revela en la armonía de todo lo que existe» buscando comprender la inteligencia universal lejos de los dogmas y desde el asombro del conocimiento, hasta que él mismo diría una vez: «Creo en el Dios de Spinoza, que es idéntico al orden matemático del Universo». En definitiva, fue un hombre de ideas claras, convicciones sólidas y resultados prácticos. A la gran genialidad de este espíritu sencillo le debemos el mundo que conocemos y del que aún tenemos mucho que aprender en esta sociedad que cada día sabe más y comprende menos. Y a su genialidad le debemos este aporte de quien nos dejó dicho: «Hay una fuerza más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica. Y esta fuerza es la voluntad».

COMPAÑERO

«Por qué se me vendrá todo el amor de golpe cuando me siento triste, y te siento lejana» decía el poeta. Y a la distancia de los años y los acontecimientos, ya no sé con certeza si se refería a un amor perdido o a su patria lejana. Ricardo Eliezer Neftalí Reyes Basoalto nació en Parral el 12 de julio de 1904. La madre, doña Rosa Basoalto Opazo, murió al mes de nacer el hijo, como cumpliendo una última misión. El padre, don José del Carmen Reyes, fue agricultor y ferroviario de Temuco, región austral de niebla, lluvias y bosques, tierra muy parecida a la nuestra, que marcó la infancia del poeta y despertó ese irascible amor por su patria y su tierra. Ya de adulto adoptó, primero como seudónimo y luego como nombre legítimo, el de Pablo Neruda en homenaje al poeta checo Jan Neruda, con el cual se consagró como el escritor universal que simbolizó en su obra las más intensas realidades del pueblo americano.

Ganó, entre otros muchos, el premio Nobel de Literatura y pasó a la historia como uno de los más grandes poetas del siglo XX. Al escritor se sumó el diplomático, la carrera consular que lo llevó por todo el mundo y vino también el político, el cargo de senador. El despertar de esa confianza en la palabra poética como transformadora de la realidad, tornó sus dulces versos de amor y soledad en aquel fogoso «Canto General» que denuncia los abusos e inequidades del sistema. Esta dramática advertencia para el continente, magistralmente recogida en su «Carta íntima para millones de hombres», es un vívido retrato del sufrimiento y la esperanza de los pueblos de América a los que nos recordó que: «Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera».

Con los años, esta vida de lucha, además de la persecución y el exilio, le valió una precandidatura presidencial a la que, profundamente humilde, renunció a favor de su amigo, otro gigante: Salvador Allende. Su renuncia unificó a toda la izquierda chilena y permitió la elección de este hombre excepcional que, poco después, fue asesinado en

el golpe de Estado de 1973 a cargo del dictador Pinochet. Poco después llegaría aquel trágico 23 de septiembre en el que, enfermo de pena por la patria perdida, Pablo Neruda pasó al oriente eterno.

¿Por qué utilizar estas valiosas líneas para recordar la figura de Neruda? Tal vez porque traspasa las fronteras del mapa y del tiempo, haciéndolo compatriota y contemporáneo de todos los que creemos que hay que encenderle una candela a la libertad. Y lo es de los que estamos convencidos de que aún queda mucho por aprender de esta voz modesta y taladrante que, tan magistralmente describió esta América irredenta y devorada por la jauría de oportunistas que le niegan el pan y la dignidad.

Llama aún su poesía a la defensa de la sagrada democracia en la que «el pueblo vota por un programa y no por un caudillo, por principios y no banderas manchadas por el tráfico electoral». Le habla todavía su voz al hombre público y privado cuando dice: «Algún día (...) te encontrarás a ti mismo, y esa, solo esa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas». Le habla a la sociedad cuando encarece el sacrificio de la vanidad personal en aras de la unidad nacional. Le habla a la nación americana cuando le dice «O la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión».

JUSTO HOMENAJE

Miembro de la Real Academia Española y Premio Cervantes, Doctor honoris causa por las universidades de Oxford y Harvard, candidato a la presidencia de la República del Perú, hombre vasto de fecundo y hondo pensamiento. Mario Vargas Llosa es uno de los representantes más importantes –junto a Cortázar, Fuentes y García Márquez– de la hermosa literatura y la cultura moderna latinoamericana. Y así también lo ha creído el mundo todo, al consagrarlo con el premio Nobel de Literatura. Orgullo de todos quienes creemos en la riqueza intelectual de nuestro pueblo, manifestada diáfananamente en quien sostiene que «con el tiempo se descubre que lo importante no son los libros que se escriben, sino el hecho de escribirlos, el tránsito hacia el libro».

Nació en Arequipa, Perú, allá por 1936. Su infancia y juventud se desarrollaron a lo largo y ancho de la América Andina, empezando su educación en un colegio religioso y pasando luego por una academia militar que, a lo más, inspiró una de sus primeras y más críticas obras, *La ciudad y los perros*. Sin embargo, el río corre al mar y, como era de esperar, su vida militar duró muy poco. Terminó su primera educación en un colegio regular, la complementó en la Universidad Nacional de San Marcos y de allí saltó a España para doctorarse en Filosofía y Letras.

Solo entonces su pluma despertaría definitivamente: «La literatura nace del paso entre lo que el hombre es y lo que quisiera ser» expresaba mientras desarrollaba su colosal capacidad de narración y suspenso. Florecerá su verbo innumerable a todo lo largo de su amplia carrera de novelista, literato, periodista, político y profesor. Llegaría a culminar en obras tan sobresalientes como *Pantaleón y las visitadoras* o *La guerra del fin del mundo*. Luego demostró su mordaz y aguda capacidad de crítica social en obras como *Conversación en la Catedral* o *Historia de Mayta* en las que, él mismo lo explicó: «Se escribe para llenar vacíos... para tomarse desquites contra la realidad». Posteriormente abrió una nueva etapa en la que exploró sin tabúes el profundo erotismo de la mente humana en

Los Cuadernos de Don Rigoberto o Travesuras de la niña mala, para concluir con una extensa y valiente introspección en su obra *El pez en el agua*.

«Un escritor no escoge sus temas, son los temas quienes lo escogen», escribió mientras nos guía por este laberinto de géneros e ideas, por este camino enredado y empapado de realidad latinoamericana, esa que siente tan propia y, sin embargo, no le impide escribir para el mundo entero. De ese aprendizaje escribiría: «Los enfrentamientos religiosos son la más antigua forma de matanza que la historia conoce... Estamos otra vez como al principio».

Esta perspicaz manera de concebir el mundo, esta postura ideológica de derecha y, sin embargo, tan humana, esa lucidez en la concepción política de la sociedad, ese porte de escritor en un mundo donde la literatura es, más que nunca, un desafío. Todo llama al respeto por este profundo pensador y valiente escritor que nos dejó dicho «escribir es servidumbre y gozo». Yo no podría decirlo mejor. ¡Bravo, maestro!

La Cuna y
el Volcán



CUENCA PARA TI

Ciudad encantada que hoy vistes de gala para embellecer a la patria grande, déjame alegrarte una vez más, cantándote con palabras, a tu sustancia de cuna y hogar. Ciudad milenaria, Tomebamba o Guapondélig, el paso de los siglos no ha podido derribarte, pues tu pecho austral guarda con celo la dignidad y la esperanza que, como anclas inmensas, han resistido las olas del tiempo.

Solo nosotros, los que te amamos, podemos reconocer el fuego escondido que arde en tus viejos callejones, la noche arrullada por el murmullo de los ríos que te besan los pies y se abren como un torrente para que surja el amor y la poesía, las montañas que besan el cielo y guardan tus puertas como ciclópeas murallas que en la noche se ven repletas de luces titilantes, como un ejército de luciérnagas que marcan el sendero del caminante perdido hasta llegar a la liturgia de tus calles y tus plazas. Reconóceme aquí, valle florido que te derramas por las montañas, cual colosal enredadera hacia los bosques del Cajas y Tarqui que tejen tu futura corona de jardines. Todavía soy el muchacho que viste nacer. El que se enamoró de las gotas de antaño que destilan tus balcones, de la chola bonita que engalana tus plazas, del caminar pausado del artista, del ímpetu del obrero que encarna el genio de la industria y las alas abiertas con las que avanzas hacia el porvenir. Ciudad de rostros incontables, ivivir sin conocerte es vivir sin el misterio de la tierra! ¡Del pueblo que cree no puede morir!

Y, sin embargo, bien lo sé, a ti no basta con amarte, hay también que merecerte. Todo cuanto ocultas y cuanto irradias: las plazas atiborradas de historia y el aguardiente que aconseja al corazón, tu música, tu arte, tu ímpetu de vanguardia y metrópoli, los gorriones incontables que pueblan tus aleros, un día de faena por cada noche de nostalgia, el invierno de la mañana que a la tarde se convierte en primavera, las orillas de tus ríos que suspiran con el caer de las hojas... todo un despilfarro; la mirada de Peralta perdida en las estrellas, la espada de La Mar señalando el horizonte...



Tenemos una conversación pendiente. Una que hoy vamos a reanudar. Hablaremos despacio, durante horas. Nos contaremos secretos y anhelos. Caminaremos juntos. Te acompañaré con las beatas de cabeza cubierta a encender una vela en la catedral imponente, con sus décadas de luz y de incienso. Iré con el obrero a levantarte contra el viento. Iré a mecer una cuna junto a la mujer campesina. Iré al alba para sacar el pan del horno. ¡Qué encuentro tan hermoso! ¡Tan dulce! Tan esperado...

Escucha ahora. No hay siquiera un ruido en el jardín. Todo estará quieto hasta el amanecer. Si tan solo supieras cuánto amo estas noches tranquilas de luna plateada, y esa canción lejana que se pierde en la distancia. Y tú. Tú tampoco olvides estas noches ni olvides estas palabras que explican lo que no pueden expresar. ¡Si tan solo con mis manos pudiera tomarte! Asirte. Abrazarte. Entonces, solo entonces, ciudad luminosa, comprenderías este amor que tengo ...

CUENCA, EN TUS FIESTAS

Amada Cuenca, ¿quién me ayudaría a explorar tu larga historia de ciudad veterana para armarla de nuevo paso a paso y volverte a conquistar? Noble rincón de mis ancestros, comarca vestida de gala, brillas con luz propia en el mundo entero. Te camino desde los misteriosos Tarqui o Yanuncay que fueron los verdes parajes de la terraza fluvial baja de la ciudad y hoy corren junto a las populosas avenidas de tus modernas y atractivas zonas comerciales, hoteleras y financieras, y por tus barrios residenciales y orgullosos de la más bella arquitectura del país. Te recorro por el encañonado Machángara que otrora regó los páramos andinos de la zona alta y hoy atraviesa tus pujantes centros industriales. Y termino al pie del Barranco, en el bravo Tomebamba –el viejo Julián Matadero– que te atraviesa el corazón histórico, trazado en forma de damero cual los antiguos usos coloniales y renacentistas, ahíto de arte y atiborrado de santuarios católicos levantados sobre los viejos templos del Sol y la Pacha Mama. Descanso del viajero y cobijo del prójimo. Ciudad ejemplar, el mundo entero, asombrado, ha reconocido tu belleza y te ha inmortalizado en su patrimonio como un tesoro de la Humanidad.

Ya antes de ser esta que eres, has tenido otros nombres. *Pumapungo* –que significa ‘llano grande como el sol’– fue como te nombraron los bravos cañaris, tus primeros señores, para convertirme en capital de su reino. *Tomebamba* te llamaron después los inmensos incas, cuando te convirtieron en fortaleza y en santuario; en tu seno viste nacer a Huayna Capac, el más grande de los incas. *Santa Ana de los Ríos de Cuenca* te llamas ahora, desde aquel lejano 12 de abril de 1557, cuando Gil Ramírez Dávalos te nombró en honor al virrey don Andrés Hurtado de Mendoza. Tierra de Calderón, Peralta, Vázquez y Lamar, incontables han sido las hazañas de tus hijos.

Si tienes o has tenido problemas, estas líneas no serán el espacio para nombrarlos. Hoy simplemente quiero exaltar la belleza y el progreso de esta urbe histórica, literaria, turística, olímpica y universitaria. Ciudad para querer y

ciudad para vivir. Ciudad que has albergado a tres vastas culturas, hecha de leyendas y retazos de la historia, has sabido conservar las claves de tu pasado y plantear orgullosamente tu presente ejemplar para todo el Ecuador.

Vamos, tomemos la historia y sigamos construyéndote. Tu voz será la voz de todos los que un día tuvieron algo que contar. Tu tierra seguirá siendo la cuna de sabios y guerreros, «Atenas del Ecuador». Tus angostas calles coloniales, tus sauces suspirando al borde tus ríos, tus iglesias, tus plazas encantadas y tu hermoso rostro joven de memorables tiempos continuarán siendo la fuente de la que beban las bellas artes de la nación. Santa Ana de los Ríos de Cuenca, madre de mi identidad, tu larga historia te ha convertido en lo que eres y a mí en lo que soy. Tú, la más bella de Ecuador, y yo un enamorado agradecido de su cuna y orgulloso de su tierra.



DEFENDIENDO EL PRIVILEGIO

Fenómeno extraño el que hemos vivido en estos últimos años, una prueba más de lo pequeño que se ha vuelto el mundo y lo profundamente integrados que estamos en esta *aldea global*. En esta casa común, donde las redes virtuales han logrado que la información se masifique y comparta a escala planetaria y que cualquier hecho relevante pueda difundirse al planeta entero en cuestión de horas y provocar, en el mundo real, efectos insospechados que podrían cambiarle el rostro a una sociedad y alterar su estilo de vida ¿No lo cree así?

Pues pongamos por caso a Cuenca, nuestra propia ciudad, esa que solo un par de décadas atrás era todavía una pequeña comarca ajena por completo a los problemas endémicos de las grandes metrópolis, un valle tranquilo que caminaba a su propio ritmo hacia el desafío de convertirse en una gran ciudad. Pues bien. Todo fue cosa de que un par de famosas revistas internacionales de notable autoridad, me parece que fueron *International Living* o *Lonely Planet*, descubran en sus páginas a esta pequeña ciudad encaramada sobre los Andes ecuatorianos y la califiquen como una de las ciudades de élite en el planeta.

Y con razón. Cuenca, tesoro escondido, resulta ser una de las ciudades mejor preservadas del mundo. Es una ciudad que ha logrado, con esfuerzo y decoro, mantener intactos sus testimonios y lograr un raro equilibrio entre la urbe y la naturaleza, una metrópoli moderna y bien servida, de clima benigno, de tamaño moderado y acceso permanente a alimentos frescos, de amplio espectro en cuanto a oportunidades culturales y de negocios. Una ciudad que, en suma, ofrece lo más que se puede ofrecer: la posibilidad de vivir bien.

Y es que vivimos en un mundo donde es cada vez más urgente repensar nuestras grandes ciudades, esas catástrofes ecológicas atiborradas por la invasión de los desterrados del campo. Esas descomunales e insomnes aglomeraciones de personas agotadas y enfermas por la contaminación y el encierro, por la violencia, el miedo y



el estrés como el factor que rige la existencia de quienes miran pasar la vida por la ventanilla del coche mientras esperan y desesperan en los atolladeros del tránsito. Ciudades donde los que antes fueran ciudadanos hoy son, magia de los nuevos tiempos, simplemente *consumidores*. Ciudades pensadas más para los automóviles que para las personas que los conducen. Culto al dinero. Santa Alianza donde la industria, la urbanización y el progreso han dejado de ser compatibles con la necesidad de volver a la naturaleza. Realidades a las que es necesario encontrar una respuesta, una alternativa.

Pues bien, Cuenca parece ser una de ellas, acogida por varios miles de extranjeros. Estos ciudadanos norteamericanos y europeos llegan atraídos por un costo de vida asequible donde sus rentas de jubilados, exiguas en sus países, le permiten una vida cómoda. Ciudadanos del mundo han venido, además, a dinamizar nuestros mercados, el mercado turístico, de entretenimiento, de bienes raíces y otros donde han fundado negocios y empresas de la más diversa índole. Y claro, habrá quien diga que esto ha provocado cierto incremento en los precios de los bienes raíces. Y tendría razón, salvo por el hecho de que no son ellos, sino nosotros los que hemos dado paso a la especulación.

Ahora, cabe preguntar ¿es esta realidad algo perenne que casualmente nos ha tocado en suerte? ¿O será, por el contrario, una condición que se debe mantener con base en el trabajo, compromiso y sentido común? ¿Estamos haciendo algo al respecto? ¿Estamos, en verdad, asumiendo los retos que esta nueva calidad de ciudad global nos plantea? El fantasma de la contaminación, los problemas de tránsito y las deficiencias en seguridad parecen indicar que nos queda mucho camino por recorrer, nuevos desafíos que deberán asumirse con responsabilidad si queremos defender el privilegio de ser, ante el mundo, un ejemplo, una rara muestra de que la combinación entre belleza, naturaleza y progreso es posible...



LA NOCHE DE JULIÁN MATADERO, EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS

Hay algo que es muy cierto. Entre nuestras incontables quebradas, ríos y los centenares de lagunas que los preceden en el Cajas, la historia de Cuenca está y estará atada al misterioso espíritu de las aguas. Estas han determinado nuestro origen y, con seguridad, determinarán también nuestra historia.

Y sí. Todavía quedan algunos viejos que lo recuerdan. Rompía el alba y un cielo encapotado por pesadas nubes grises anunciaba un día umbroso en la devota y lejana Cuenca del 3 de abril de 1950. Una ciudad, casi pueblo, que en aquel entonces recién convocaba a algo más de cuarenta mil habitantes. Y sin embargo ya era bella, y se erguían orgullosas las casas del Barranco a cuyos pies corría el Tomebamba bajo el centro colonial y su estampa imponente de balcones centenarios.

Pero ese día fue diferente. La mañana había llegado poblada de extrañas noticias que llegaban desde los lejanos poblados de Sayausí y Barabón en las que se hablaba de torrenciales aguaceros, de tormentas imposibles que habían convertido los pacíficos arroyuelos del Cajas en pesados torrentes que arrasaban con huertas y caminos a su paso, noticias que se confirmaban en el caudal del impetuoso Tomebamba que crecía minuto a minuto.

– Ya en la tarde vimos que había crecido bastante –cuenta César y entrecierra los ojos para evocar mejor– yo se lo dije a mi mujer: «anda bravo el Julián».

Y aunque en sus largos años había podido ver otras crecientes, recuerda esa en especial, ese día era diferente, esa creciente era distinta. El río tenía metido un diablo. César recuerda bien. No se trababa solamente de una creciente. Algo había cambiado. Ese día, el Tomebamba estaba distinto, hosco, rugiendo y encrespándose como en los tiempos anteriores a su cristiano bautismo con agua bendita, ocurrido en 1802. Ese día, el Tomebamba

volvía a ser el pagano y feroz Julián Matadero y aquella misma noche cobraría su venganza. Había pasado ya la hora del crepúsculo y llegaba la noche. La ciudad aguardaba silenciosa y nada se oía, salvo el estruendo del torrencial aguacero que caía como un presagio. Luego, de pronto, un ruido lejano, un distante bramido que crecía a cada minuto y parecía surgir de las entrañas del Cajas. Los ojos abiertos en la oscuridad. Un presentimiento helado. Atroz. Y, finalmente, el bramido atronador con el cual el Tomebamba hacía su furiosa entrada a la ciudad, trayendo consigo los restos de puentes, casas y gigantescos eucaliptos arrancados de cuajo por el torrente imparabable.

Las sirenas municipales anunciaron, demasiado tarde, la furiosa entrada del Julián Matadero que, esa noche, no respetaría ni siquiera a su amada, la hermosa y orgullosa Santa Ana de los Ríos de Cuenca, que había sido bautizada en su nombre. Unas horas más para el amanecer silencioso, los vecinos, sin comprender, observaban incrédulos los solares vacíos donde antes se levantaban la capilla de El Vergel, la casa parroquial de San Roque, el Camal y varias casas. Sepultada bajo el torrente, y en cuestión de minutos, había desaparecido la avenida de La Alameda – hoy 12 de Abril– y eran espacios vacíos los lugares donde estuvieran el Puente del Vado, el de Todos Santos, aquel llamado «Juana de Arco» –hoy del Centenario– y catorce de los dieciséis puentes que comunicaban la ciudad. Solo quedaron en pie la Casa de Ancianos y el Hospital San Vicente de Paúl dado que, en aquel punto llamado Tres Tiendas, el río se bifurcó para perdonar a los ancianos y los enfermos.

– Es que el Julián será bravo, pero no perverso –dice César, este abuelo que a sus noventa años lleva intacta en su memoria aquella noche brutal–. Y, además –aclara– preferible bravo que resentido.

Y evocaría aquellas sequías de 1577 cuando, bajo la canícula ardiente, el orgulloso Tomebamba de los incas volvía la espalda a los invasores convirtiendo su cauce en un lecho polvoriento.

Tuvieron que pasar solo unos días para que el pueblo, espantado, le rogara al clérigo José Carrión y Marfil que aplacara la furia del Tomebamba repitiendo el bautismo con agua bendita que en la Cuenca colonial de 1802 ya había administrado Monseñor Francisco Xavier de la Fita y Carrión justamente, precisamente el día de San Julián, de ahí su emblemático nombre: Julián Matadero.

Sin embargo, tal parecería ser que, de tanto en tanto, el Julián olvida su piadosa condición de católico y vuelve a ser el intrépido y profano Tomebamba, hijo del Valle del Puñal que conocieron aquí los Incas.

– Es que el Julián estaba enojado. Enojado con nosotros –agrega César y le encuentra así una razón al desastre. –Vino para lavarnos por dentro, para llevarse el pasado, para que recordemos quienes somos. Vino porque nos habíamos olvidado...

– ¿Olvidado de qué? –Le pregunté yo, sin atinar a comprender.

– Pues de ser cuencanos –me dice mirándome por sobre los anteojos.

Yo, la verdad, no supe qué responder...

AMBIENTE E IDENTIDAD

Bien los sabemos. El pretender convencer a alguien de cuidar algo que no siente como suyo es tarea harto compleja. Y esta es una verdad tan contundente como aquella de que nadie daña aquello que se tiene como propio. Dos sencillos preceptos del comportamiento humano que, elevados a nivel de política pública y paradigma social, podrían enseñarnos algunas lecciones importantes.

Por ejemplo, aquella de que el sentido de pertenencia hacia los proyectos sociales y la identidad compartida como cuencanos son las dos grandes columnas sobre las cuales se construye el desarrollo de esta excepcional ciudad. Esa identidad se dice fácil, pero se consigue difícil. Implica el tránsito por varias facetas que van desde la tarea de liberarnos del complejo de inferioridad que nos lleva a mirar a otras sociedades hacia arriba, hasta la faceta de reaprender la defensa de los símbolos, valores y rasgos culturales que representan lo cuencano, desde los rasgos más sencillos como el apoyo al amado Cuenquita, que sentimos tan nuestro, hasta la compleja y trascendente tarea de participar como sociedad del diseño de las políticas públicas de los gobiernos locales.

¿Qué políticas públicas en particular? Sobre todo, aquellas que buscan fortalecer y cimentar aquel compromiso que todos los cuencanos asumimos hace casi veinte años, cuando la humanidad entera puso a nuestro cuidado el irrepetible patrimonio histórico del casco urbano y el delicado patrimonio ambiental de los páramos del Cajas y las demás reservas ambientales que rodean, como una corona, nuestra amada ciudad. Esta ciudad de balcones y las plazoletas coloniales, ebrias de historia y cultura, donde los siglos han visto convertirse el pintoresco pueblito enmarcado entre ríos en una metrópoli de vanguardia y progresismo. El exuberante y silencioso bosque helado del Cajas y Mazar, laberintos de niebla anteriores al Génesis, donde la vida continúa conservando el misterio de la creación del mundo.

Pesadas herencias que los gobiernos locales asumen haciendo lo que pueden con lo poco que tienen. Tarea enorme que, para cumplirse, requiere que los cuencanos asumamos la enorme responsabilidad cultural y ambiental que la humanidad nos ha confiado. Una tarea que requiere el poner sobre el tapete algunos temas incómodos que hemos evitado por años, como el reciclaje y el procesamiento de los residuos y desechos, la polución del aire y la contaminación de las fuentes de agua potable, la caótica expansión de la frontera urbana, el galopante deterioro del patrimonio cultural, el asfixiante tráfico que se multiplica día con día. Estos numerosos factores que apuntan todos a un factor en común: la extrema comodidad con la que asumimos la responsabilidad patrimonial-ambiental y la falta de una ciudadanía decidida a imponer los controles y sanciones necesarios para aquellas almas impenitentes que nunca faltan.

De ahí se deriva la necesidad apremiante por construir una consciencia ciudadana educada y comprometida con la certeza de que el crecimiento económico solamente será válido en cuanto vaya de la mano con la responsabilidad. Una cultura en la que el cuidado por el patrimonio histórico y natural ya no sea percibido como una política impuesta desde fuera, sino como un hábito cotidiano a los hogares del casco urbano y las empresas del parque industrial, comercial y de servicios de la localidad. Y esto, además, con sentido de urgencia, ya que para nadie es noticia que el lamentable descuido del patrimonio histórico y los efectos de la contaminación ambiental ya no son nubarrones que anuncian la tempestad, sino realidades crudas y palpables.

Han quedado atrás los tiempos de los buenos propósitos y las máscaras verdes. La realidad de hoy exige acciones convincentes que incorporen las buenas prácticas de responsabilidad social a las estructuras, planes, políticas, códigos y presupuestos de las empresas locales. La ecología tibia, cómplice, neutral e informativa, más parecida a la

jardinería que a la acción social, deberá dar paso a la ecología militante que lucha por la comida sana, el agua limpia y el aire puro, que comprenda su patrimonio ambiental como un derecho y no como un favor, que comprende su patrimonio histórico como estandarte de su cultura y no como un elemento decorativo, que mira la enorme responsabilidad sobre nuestros hombros no tanto como una imposición, sino como el resultado del sentido común que busca, en el desarrollo sostenible, garantizar a las nuevas generaciones el privilegio de seguir viviendo en esta ciudad maravillosa.

BAJO EL VOLCÁN

Estas líneas las traigo dentro hace rato. Las he guardado para escribir sobre una ciudad que no es la mía, aunque venga un poco de allí. Es la ciudad donde nació mi padre. La vieja Riobamba que, si se mira más de cerca, tiene algo nuestro, ese aire como de distinción que nosotros conocemos bien. ¿Será porque, al igual que nosotros, destila historia desde sus plazas y balcones centenarios?, ¿o será porque también ha mezclado la estampa de la vieja España con las ciudades sagradas de nuestros pueblos ancestrales?

Lo cierto es que comparte nuestra esencia. Las calles frías y angostas donde siguen caminando los fantasmas de quienes forjaron la patria. Callejones encantados y encerrados entre casas de juguete, con pequeños balcones elevados solo unos centímetros del suelo. Balcones para el amor. Para el sereno que se destila amparado por la noche helada del volcán inmenso. Del volcán majestuoso que la guarda y la contempla. El Chimborazo, Olimpo de América. Rey soberano de los Andes, a cuyos pies descansa este frío pueblo con olor a monte y a pólvora de otros tiempos.

Pueblo risueño que, como nosotros, está rodeado por haciendas hoy convertidas en hogar del viajero. Haciendas brumosas que guardan las viejas casas con forma de convento con los corredores a modo de cuadrados sobre un patio coronado por una pileta. Viejas, hermosas, ahítas de historia. Testigos de su tiempo que miraron a miles de indígenas aferrarse, con la furia propia de su raza, al proyecto supremo del ferrocarril que uniría la patria. Allí nació la colosal serpiente de hierro que rompía el helado silencio del páramo, la vieja estación donde todo empezó.

Casualmente anduve por allí, un rato después del ocaso. Tuve la suerte de compartir un cigarro y un canelazo con un viejo de aspecto centenario de quien no supe si guardaba la vieja estación o simplemente fue, como yo, a observarla en silencio.



– Yo vengo aquí porque aquí conocí a mis primeros fantasmas –me dijo– fantasmas viejos. De cerro. De leyendas que ya se han olvidado.

Y me contó que siempre recuerda la historia de aquel tren que, cuando él era chico, se había descarrilado cuando pasaba sobre una laguna llamada Yambo, no muy lejos de allí, y había desaparecido en las aguas verdosas con todos sus pasajeros.

El tren todavía pasa –me dijo en un susurro, como contándome un secreto– a la media noche siempre, con una lamparita encendida. Y pita bien duro para que lo oigan hasta lejos. Y los muertos salen a caminar en las rieles para recordar a los que viajan y que, a veces, no llegan. ¡Son los gagones! –rematbdió mientras se perdía en esta historia de la noche, la luna y los montes, unos bichos ñutos, mezcla de zorro y gallinazo, con ojos prendidos de candela.

– Dicen los indios viejos que, si se les mira, el viaje nunca concluye para los pasajeros – contó mientras se incorporaba trabajosamente y me daba la espalda.
– «No concluye... nunca» remarcó, por última vez, antes de alejarse.



Andrés Ugalde

Andrés es economista, con un PhD en Administración de Empresas. Su trabajo ha girado siempre entre dos grandes vocaciones: la cátedra universitaria, en la que se desempeña hace más de 15 años, tanto en pregrado como en postgrado; y la política, trabajando sucesivamente como director provincial de desarrollo económico, director zonal de industrias básicas y llegando a ser, en la actualidad, concejal urbano del Cantón Cuenca. En su faceta de emprendedor, es socio fundador de Cathedra Consultores y Human Management Tool, dos empresas dedicadas, hace más de veinte años, al desarrollo empresarial. Finalmente, su relación con la literatura, otra de sus grandes pasiones, inicia también hace casi dos décadas, actuando como editorialista, primero en Diario el Tiempo y hace más de diez años en Diario El Mercurio, dónde aún entrega un artículo semanal.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-847-29-4



9 789942 847294